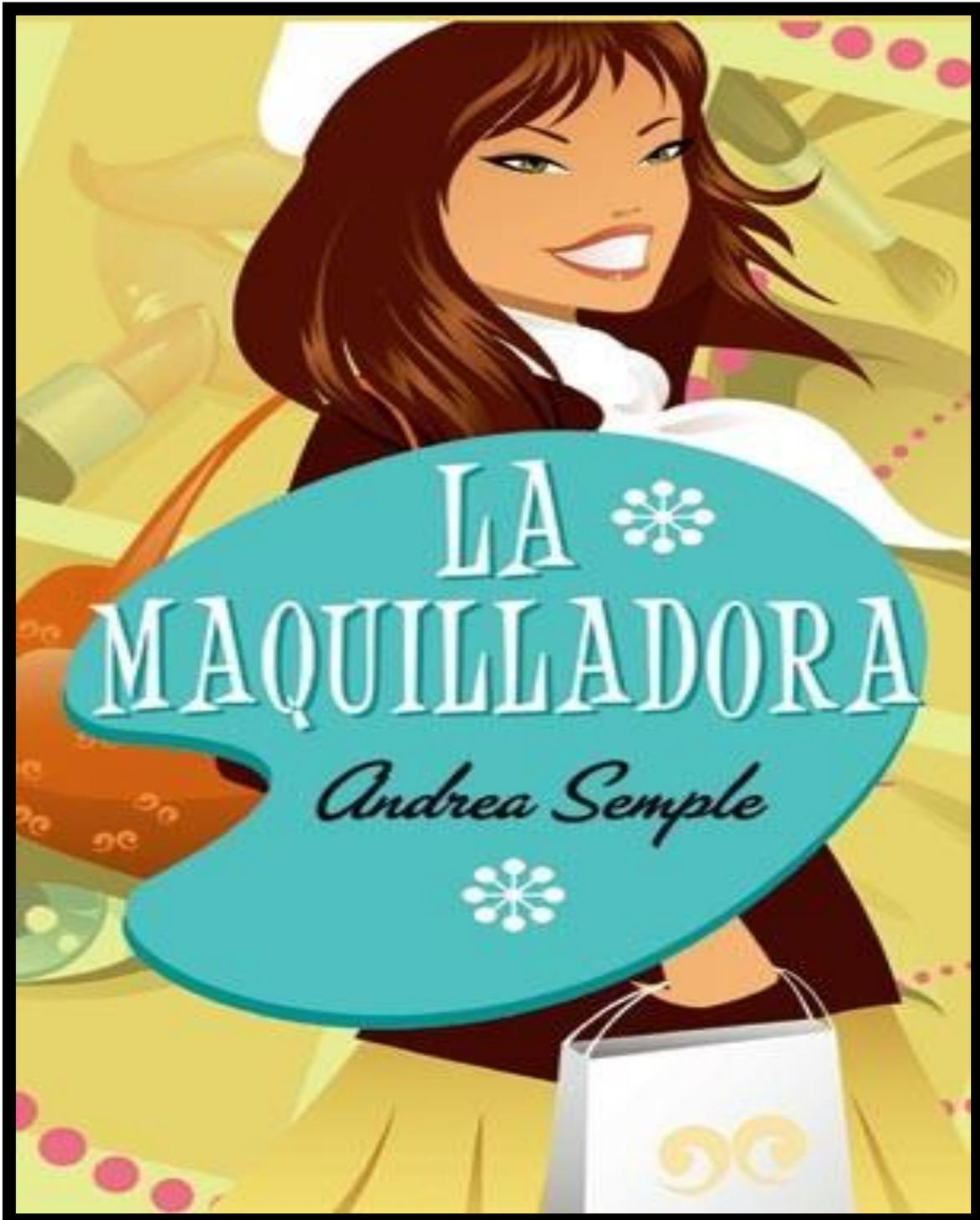


LA MAQUILLADORA

ANDREA SEMPLE



INDICE

Capítulo 1	5
Capítulo 2	7
Capítulo 3	11
Capítulo 4	14
Capítulo 5	16
Capítulo 6	18
Capítulo 7	20
Capítulo 8	23
Capítulo 9	27
Capítulo 10	31
Capítulo 11	35
Capítulo 12	38
Capítulo 13	42
Capítulo 14	45
Capítulo 15	49
Capítulo 16	50
Capítulo 17	55
Capítulo 18	58
Capítulo 19	62
Capítulo 20	67
Capítulo 21	68
Capítulo 22	72
Capítulo 23	75
Capítulo 24	78
Capítulo 25	80
Capítulo 26	81
Capítulo 27	84
Capítulo 28	85
Capítulo 20	88
Capítulo 30	92
Capítulo 31	95
Capítulo 32	100
Capítulo 33	104
Capítulo 34	108
Capítulo 35	110
Capítulo 36	113
Capítulo 37	118
Capítulo 38	121
Capítulo 39	123

Capítulo 40.....	127
Capítulo 41.....	129
Capítulo 42.....	131
Capítulo 43.....	134
Capítulo 44.....	136
Capítulo 45.....	138
Capítulo 46.....	139
Capítulo 47.....	143
Capítulo 48.....	145
Capítulo 49.....	147
Capítulo 50.....	148
Capítulo 51.....	150
Capítulo 52.....	153
Capítulo 53.....	155
Capítulo 54.....	157
Capítulo 55.....	160
Capítulo 56.....	162
Capítulo 57.....	163
Capítulo 58.....	167
Capítulo 59.....	169
Capítulo 60.....	171
Capítulo 61.....	176
Capítulo 62.....	177
Capítulo 63.....	180
Capítulo 64.....	184
Capítulo 65.....	189
Capítulo 66.....	191
Capítulo 67.....	193
Capítulo 68.....	197
Capítulo 69.....	200
Capítulo 70.....	202
Capítulo 71.....	206
Capítulo 72.....	209
Capítulo 73.....	211
Capítulo 74.....	213
Capítulo 75.....	216
Capítulo 76.....	219
Capítulo 77.....	221
Capítulo 78.....	224
Capítulo 79.....	227
Capítulo 80.....	230
Capítulo 81.....	231
Capítulo 82.....	233

Capítulo 83.....	235
Capítulo 84.....	238
Capítulo 85.....	239
Capítulo 86.....	243
Capítulo 87.....	245
Capítulo 88.....	248
Capítulo 89.....	249
Capítulo 90.....	252
Capítulo 91.....	255
Capítulo 92.....	256
Capítulo 93.....	258
Capítulo 94.....	261
Capítulo 95.....	267
Capítulo 96.....	269
Capítulo 97.....	272
Capítulo 98.....	274
Capítulo 99.....	277
Capítulo 100.....	284
Agradecimientos.....	285
RESEÑA BIBLIOGRÁFICA.....	286

Capítulo 1

Llego tarde.

Mejor dicho, no llego.

Se me ha hecho tarde. Llevo tres años esperando esta entrevista, tres años, y debería haber llegado hace cinco minutos. Vamos a ver ¿cómo ha podido ocurrir esto?

De hecho, he salido de casa con tiempo. Bueno, la primera vez que salí de casa, iba con tiempo.

Luego, me he dado cuenta de que se me había hecho una carrera en las medias. Así que he vuelto.

Luego, me he dado cuenta de que parecía un vampiro. Así que me he echado un poco de crema bronceadora.

Luego, me he dado cuenta de que me tendría que haber cambiado el tampón, por si acaso.

Luego, me he dado cuenta de que he perdido el autobús.

Luego, me he dado cuenta de que tenía que sacar dinero para el taxi.

Luego, me he enterado de que el cajero no podía realizar la operación, y se me ha sugerido que me ponga en contacto con la sucursal emisora de la tarjeta.

Luego, me he dado cuenta de que he superado el límite de crédito por comprarme estos zapatos.

Luego, me he dado cuenta de que iba a tener que ir a pie.

Luego, me he dado cuenta de que los zapatos que me han destrozado el crédito de mi cuenta bancaria parecen tener también capacidad de destrozarme los pies. Especialmente ahora que me encuentro realizando el agotador intento de batir el récord de velocidad para evitar que se esfumen mis posibilidades completamente.

Ahí está.

Taconeando por la acera a súper velocidad, la veo.

La sede de la agencia de publicidad Coleridge, la empresa de relaciones públicas más importante fuera de Londres. Ahí está, seis pisos de reluciente esperanza.

Decido reducir a paso rápido. De hecho, se trata más de una necesidad física que de una decisión. Estoy hiperventilando y tengo el corazón a punto de salirse por la camiseta, y mis aplastados pies son ahora dos tallas más pequeños que cuando empecé a correr.

Me detengo completamente antes de llegar al vestíbulo, y me agarro a unas barandas negras.

De acuerdo, respiro profundamente.

Pensamientos apacibles. Cierro los ojos y estoy en una playa, suaves olas, palmeras balanceándose con la brisa...

— ¿Tienes cambio, guapa? —Abro los ojos y veo a un chaval muy flaco, con aspecto enfermizo, que no pasa de los dieciséis, sujetando una gorra de poliestireno medio llena de monedas oscuras.

—Eh... sí —digo, hurgando en el bolso por si tuviera algunas monedas sueltas. Realmente no tengo tiempo, pero es que tengo que alcanzar todos los estadios del karma y además, parece bastante desesperado— Toma.

—Muy bonito —dice, evaluando la minúscula cantidad que he depositado tintineando en su gorra.

Observo al chaval mientras se aleja, desgarrado, con la ropa desgastada, y trato de infundirme algo de perspectiva. Se trata solo de una entrevista de trabajo, me digo, no es a vida o muerte.

Con ese pensamiento, lleno el pecho de aire y subo por las escaleras de piedra dirigiéndome hacia las puertas giratorias. Al otro lado del cristal se ve el vestíbulo, en cuyo interior hay un mostrador muy alto e intimidatorio, con una mujer de aspecto immaculado sentada tras él, hablando por el móvil con aires de importancia.

Un río de gente sale del edificio para comer, supongo, y espero tímidamente para tratar de saltar a las veloces puertas giratorias.

Ya está, me digo.

Esta es mi oportunidad para hacer las cosas bien.

Capítulo 2

Una vez dentro del vestíbulo, me empiezo a acalorar. Quiero decir que, literalmente, me sofoco. Tras tres kilómetros corriendo con tacones y traje esto es justo lo que me faltaba: una sauna antes de la entrevista. La mujer de aspecto inmaculado de detrás del mostrador debe de ser una psicópata. O eso, o no es un ser humano y necesita esta temperatura para calentarse la sangre.

Llego al mostrador y aguardo a que termine la llamada y se percate de mi presencia. Mientras tanto, observo cómo va maquillada. Una base de maquillaje extendida uniformemente. Colorete perfecto en las mejillas. No tiene bolsas ni ojeras. Entonces empiezo a preocuparme. Tengo que tener un aspecto horrible. Vamos a ver, normalmente, el maquillaje se me da muy bien, pero esta mañana todo estaba manga por hombro. Seguro que me he pasado con el color y la carrera no creo que me haya ayudado mucho.

La inmaculada concluye su llamada y me mira. Me lanza una breve mirada de forense. Puede que esté paranoica, pero parece que mi aspecto le divierte. Oh, no. ¿Qué pasa?

¿Me ha cagado un pájaro en el hombro o algo así?

—Esto... tengo una entrevista.

— ¿Perdona? —me pregunta, su regodeo se torna en confusión.

—Tengo una entrevista —repito, tratando esta vez de que los nervios no me hagan decir incoherencias.

— ¿Con qué empresa?

¿Qué quiere decir con «qué empresa»? ¿Es que no es suyo todo el edificio?

—Eh... la agencia de publicidad Coleridge. Con Sam Jonson.

— ¿Se refiere a John Sampson?

Mierda, qué idiota.

—Sí, disculpe. Soy Faith Wishart. —Bueno, al menos eso lo digo bien. La inmaculada descuelga el teléfono y presiona un número. Dos segundos después dice.

—John, Faith Wishart.

Dios mío, pienso. ¿Tan importante es John Sampson que no tiene tiempo ni para escuchar frases completas?

—Estará en dos minutos —dice la inmaculada, enarcando una de sus perfectamente depiladas cejas y riéndose para sí, con aire engreído.

De acuerdo, definitivamente estoy paranoica.

Me siento junto a una maceta de metro y medio que, una vez cerca, resulta ser de plástico. Hay algunas revistas sobre la mesa que tengo delante. Me resisto a tomar el último número de *Glamour* y tomo un ejemplar de *Relaciones Públicas* de la Semana, fingiendo interés.

Mierda, me tiemblan las manos. Y tengo las palmas sudorosas.

Vamos Faith, concéntrate.

Trato de recordar lo que escribí en el impreso de solicitud. Lo que era cierto, lo que era casi cierto y lo que era completamente falso. Pero no puedo pensar con claridad.

¿Por qué se me da bien el trabajo en equipo?

¿Dije que me había licenciado con sobresaliente o con notable?

¿Qué experiencia se supone que tenía?

La cosa no va bien. El tranquilo latido de mi corazón se ha acelerado y ahora va a ritmo de bongo frenético. Se me han entumecido las piernas y tengo la lengua pegada al paladar.

Se oye el ascensor y se abren las puertas para mostrar a un hombre alto, elegantemente vestido, que me mira de frente.

— ¿Faith? —pregunta, con una voz tan profunda que debe de tener las cuerdas vocales en los testículos. Me acerca su enorme mano— John Sampson.

Diablos, está buenísimo.

Vaya traje. Debe ser de Gucci o alguno de esos. Camisa morada, sin corbata, el cuello abierto, pelo oscuro rizado, sonrisa confiada y uno de esos rostros a los que les sienta bien la edad. Y, cuando hablo de edad, no me refiero a edades como la de Hugh Hefner¹, sino a la de George Cloony.

Vale, la camisa morada no le favorece. Ya ves, es un hombre que, obviamente, está en

¹ Fundador de la revista Playboy, ahora octogenario. (*N de la T*)

contacto con el majadero que lleva dentro, pero es exactamente como los hombres que describen en las novelas.

Alto, sí.

Moreno, sí.

Atractivo, sí, sí.

Si estuviéramos en el siglo diecinueve, en este mismo instante me estaría desmayando. Me estaría desmayando por Inglaterra, y él me sujetaría y me sacaría de allí en su negro corcel (lo que quiera que sea un corcel negro) y me llevaría a su castillo, me raptaría y me escribiría un soneto de amor, nos dormiríamos y envenenaríamos, o nos ahogaríamos en un lago, o comenzaríamos una revolución o algo...

Mierda, estoy delirando.

Tendría que haber desayunado esta mañana.

No obstante, no estamos en el siglo diecinueve y tengo que conseguir un trabajo.

De alguna manera, trato de levantarme.

—Encantada —tiemblo.

Me mira fijamente y recuerdo, contacto visual. Si quieres dar buena impresión, tienes que mantener la mirada de tu interlocutor.

—Después de usted —dice, haciendo un gesto hacia la puerta abierta del ascensor, mirándome a los ojos.

Vacilo.

Hay una mujer de extraño aspecto en el ascensor, mirándome de frente. La mujer tiene un color naranja chillón y parece completamente petrificada. ¡Oh, mierda! Es un espejo.

La mujer petrificada naranja chillón soy yo. Diablos, ¿cuánto colorete me he echado?

El tarro prometía un bronceado profundo, natural y radiante. Más bien radiactivo. Vamos a ver, ¿qué bronceado va a parecer natural en abril? ¿En el jodido Leeds?

Es más, ha empezado a agrietarse a la altura de la oreja. Y todo porque mi madre siempre me dice que parezco anémica.

No me extraña que la recepcionista immaculada tuviera esa sonrisa maliciosa. Entro en el ascensor y trato de recordar exactamente lo que puse en la solicitud. En ese instante, tengo un presentimiento. Como si algo terrible estuviera a punto de pasar.

Capítulo 3

Para cuando la puerta del ascensor se ha cerrado, el percusionista loco que tengo encerrado en el pecho está saltando como si fuera el primer día del carnaval de Río. A los súper nervios por la entrevista se les han añadido ahora los nervios por tener al lado a un hombre atractivo.

Si no tuviera la cara naranja chillón estaría roja como un tomate. De hecho, creo que es una combinación de los dos colores.

Una naranja sangre.

Agrietado.

Venga, me digo. Probablemente no estoy tan mal. Después de todo, suelo ser bastante crítica con estas cosas.

El hombre atractivo que me va a entrevistar y que es mi potencial jefe, cuyo nombre he olvidado, me sonrío. Tiene una sonrisa bonita, diseñada para que me sienta cómoda, pero no funciona.

Ni de lejos.

—Hace buen día —comento, aunque en cuanto lo digo, me doy cuenta de que estoy mintiendo. No hace un buen día, antes de empezar a correr hacía mucho frío— Para ser abril, quiero decir.

Él asiente, no mostrando su acuerdo, sino en un intento por lograr que me relaje. Dios mío, es horrible. La forma en que combina su atractivo y su poder en una sola mirada me hace sentir débil. Es como compartir ascensor con Colin Farrel y Bill Gates al mismo tiempo.

—Muy bien —dice— ya hemos llegado.

— ¿Qué? —Pero entonces el ascensor chirría, se abren las puertas y me doy cuenta de que se refiere a que ya hemos llegado a la planta correspondiente— Oh —digo— sí.

Le sigo por la planta y por un instante me parece que estoy soñando. La razón es que este es mi sueño. Vamos, que si cierro los ojos y trato de imaginar el lugar de trabajo perfecto, este se parece bastante.

Espacios abiertos. Zonas de descanso de colores. Modernos paneles divisorios de cristal.

IMacs en todos los escritorios. El sutil murmullo de la creatividad. La gente va vestida a su antojo y charla en sus asientos. Todo, en su conjunto, crea esa aureola de seguridad y poder adquisitivo que parece corresponder solo a la gente importante, no a los *curritos*.

Durante un segundo, me quedo tan impresionada con la escena, que casi se me olvida que estoy nerviosa.

—Muy bien, por aquí —dice John (se llama así ¿no?), atravesando la sala, encaminándose hacia su despacho.

Hace a los empleados unas cuantas preguntas ininteligibles, obteniendo un tono en las respuestas que confirma que él es el jefe. Estoy ante un hombre, me da la impresión, que no solo es respetado, sino que agrada invariablemente a sus empleados. Mientras camino, me siento sutilmente evaluada. Todos tratan de averiguar si soy el tipo de persona que encajaría en Coleridge. Dios mío, espero que nadie me cale. Espero que nadie...

¡Oh no!

La chica que está en la fotocopidora. La flaca del flequillo gigante y la camiseta Diesel, con la nariz respingona y brillantes labios color carmesí. Me mira con más descaro que el resto. Trato de contestar a su mirada con una mini sonrisa, pero no funciona.

Sigue mirándome.

Sinceramente, resulta casi un alivio llegar al despacho de John y oír que se cierra la puerta. Digo «casi». Esto no deja de ser una entrevista, después de todo.

La entrevista.

—Tome asiento —dice, con el mismo tono testicular. Tomo asiento.

John Sampson se sienta frente a mí, al otro lado de la mesa. Una imagen *guccificada* de poder y *follabilidad*.

—Faith... Wishart —musita, mientras ojea mi solicitud.

—Sí —digo, segura porque, al menos, mi nombre es real.

Continúa evaluando mi solicitud y lo hace sonriendo. Ahora es una sonrisa distinta a la mostrada en el ascensor. Una sonrisa ligeramente engreída, arrastrando un arqueado simultáneo de la ceja derecha.

—Debo decir, para empezar, que me impresionó mucho su solicitud. Sus calificaciones,

experiencia y referencias son absolutamente soberbias.

Buenas palabras. Son justo las palabras que una sueña con escuchar de camino a una entrevista, así que ¿por qué me pone nerviosa oír las?

—Oh —digo, cambiando el peso de una nalga a otra— gracias.

—Sí —continúa— al menos sobre el papel, parece idónea para este puesto.

Deja la solicitud sobre la mesa, se reclina en el asiento, colocándose las manos detrás de la cabeza, codos arriba. Entonces, algo ocurre en su mirada.

Se estrecha y se vuelve más punzante. Si no estuviéramos en una entrevista, se podría calificar la mirada como atractiva. Pero estamos en una entrevista, y podríamos calificar la mirada como espeluznante.

Capítulo 4

Una rápida confesión.

Es por mi trabajo. Mi trabajo actual, no el puesto para el que me están entrevistando. Soy maquilladora. Trabajo a tiempo parcial en un mostrador de cosméticos en los almacenes Blake por un sueldo escasamente equivalente a una miseria² la hora. Podría bastar para pagar el alquiler del piso más barato del norte de Leeds, pero es un trabajo de mierda.

Mi madre cree que trabajo para una importante empresa de relaciones públicas que tiene la sede, como Blake's en el centro de Leeds. El trabajo es a tiempo completo, pagan bien, lo suficiente como para mantener saciada a toda la población de monos durante un año, y está repleto de perspectivas de ascenso. Cree que llevo los últimos tres años trabajando de ejecutiva contable. Para ser totalmente sincera, no pretendía que fuera mentira. Cuando iba a la uni estuve trabajando para una empresa de relaciones públicas en Leeds para pagarme el préstamo de estudios y me habían ofrecido un puesto para cuando terminara. Lo que pasa es que, cuando se enteraron de la mala calificación que me dieron en la tesis, anularon la oferta. El problema es que jamás se lo conté a mi madre, de hecho, nunca le he contado lo de la mala nota.

Así que, cada vez que me llama tengo que inventarme algún cuento sobre lo que me pasa en la oficina o sobre lo que algún compañero inventado me ha dicho en el dispensador inventado de agua.

Y cada vez se me hace más difícil contarle la verdad. Cada vez es más difícil contarle que soy maquilladora. Que trabajo a tiempo parcial en un mostrador de cosméticos en unos grandes almacenes.

Porque mi madre quería que triunfara, que hiciera carrera, quería estar orgullosa de mí, como podía estarlo de mi hermano Mark. Porque somos todo lo que tiene, somos lo único en lo que piensa desde que papá murió y mi hermana se marchó a Australia.

Y hace tres años estaba dispuesta a hacer o decir lo que fuera con tal de hacerla feliz. Demonios, ¿a quién estoy engañando? Ahora haría lo mismo. Aunque pudiera sentarse durante cinco minutos sin llorar por mi padre.

Así que, si ella quiere que yo tenga una carrera profesional, y un notable y todo lo

² *Three peanuts an hour* en el original. Expresión utilizada en inglés para referirse a un sueldo misero Peanut significa «cacahuete», de ahí el comentario jocoso sobre los monos que sigue a continuación. (*N de la T*)

demás, entonces es lo que le diré que tengo. ¿Por qué debería dejar que la realidad se interponga en su felicidad?

Y si jamás logro contárselo, entonces tendré que hacer que las mentiras se hagan realidad.

Capítulo 5

—Quisiera preguntarle una cosa... —dice John Sampson.

Bueno, por supuesto que quiere. Vamos, que esto es una entrevista y la historia esta de las entrevistas va de preguntar cosas, así que estoy preparada. De hecho, me podría pedir cualquier cosa y lo haría.

Saltar a una pata.

Cantarle una nana.

Dedicarle un baile exótico.

— ¿Por qué a nosotros? ¿Por qué PC?

¡Oh, Dios, una fácil!

—Bueno, son la mejor agencia. Por lo que he... bueno... visto. Y oído. Y son los que más proyección tienen fuera de Londres.

Él permanece reclinado en su asiento, esperando más.

—... Y me gusta el trabajo que hacen. La campaña que hicieron para los cosméticos Keats fue realmente brillante, ya sabe, con las jaulas y todo eso...

Me he metido en terreno pantanoso ahora.

—Quiero decir, trabajo para cosméticos Keats. Bueno, en el último escalón. Soy una de sus maquilladoras, aunque no he probado su nuevo bronceador hasta esta mañana. Y soy buena en mi trabajo. Vaya si lo soy. Piénselo. ¿De qué trata el maquillaje al fin y al cabo? De manipular al yo real. Se trata de encubrir. Ocultar, dar brillo.

La cuestión es que yo no había mencionado mi trabajo en la solicitud, dado que trabajar en un mostrador de maquillaje a tiempo parcial para unos grandes almacenes no supone exactamente una gran experiencia para hacer carrera como relaciones públicas.

Pero tenía que decir algo, y la campaña de Keats, obviamente, fue la primera que se me vino a la cabeza. Y, además, fue una campaña brillante. Probablemente se acordaran de ella. Ya saben, esa en la que Keats salió con el eslogan «Testado en humanos» e incidieron en que no se habían empleado animales para probar ninguno de sus productos. Bueno, sea como sea, fue

Coleridge quien se encargó de la publicidad y organizó una sesión de fotos con un montón de modelos desnudas metidas en jaulas en mitad de la plaza de Leicester Square, donde montones de falsos científicos probaban los productos con ellas. Al parecer, las fotografías aparecieron en todos los periódicos y las incluyeron justo al final de las noticias de las diez, tras las noticias serias sobre guerras. Ya saben, cuando tratan de terminar con algún apunte divertido, para que no tengamos pesadillas sobre el fin del mundo y todo eso.

John Sampson no dice nada. Se limita a mirarme, evaluándome como si cada vibración de mi boca portara la llave de mi verdadera personalidad. Y yo tengo en la cabeza todo el tiempo: *estás en una entrevista, oh, ¿no te da miedo? Estás en una entrevista y toda tu futura existencia depende de cómo te comportes y de lo que digas. El resto de tu vida depende de los próximos diez minutos...*

Odio esa voz en mi cabeza.

Nunca está de mi parte.

Capítulo 6

Pero aunque me asusta, casi estoy disfrutando. Vamos, nunca nadie tan rico, sexi, atractivo, poderoso y, bueno, machote me había prestado tanta atención en toda mi vida.

Espera, este silencio se alarga ya demasiado.

—Bien —dice finalmente— cuénteme un poco sobre su experiencia previa más relevante.

—Bueno, estudié comercio y marketing en la universidad de West Yorkshire y... bueno, fue ahí cuando me introduje por primera vez en la disciplina general de las relaciones públicas... —« ¿Disciplina general?» ¿Qué idioma es ese?— Y luego, tras licenciarme, me fui a Australia...

— ¿Ah sí? ¿A qué parte?

—Eh... a Sidney.

—Estuve allí hace seis años.

Mierda.

—Oh, vaya.

— ¿Dónde vivía?

Oh, Dios.

—Estuve en... M... Manley. —Manley, sí. Ahí es donde vivía Hope. Hope es mi hermana. Luego les hablaré de ella. Es una larga historia, ahora estoy un poco ocupada siendo entrevistada.

—Oh, Manley. ¿Cómo lo encontró?

—Um... tome un taxi.

Tiene otra vez esa mirada, solo que esta vez no resulta divertida. Esta vez me siento como si me estuvieran interrogando, y cada vez me resulta más difícil mantenerle la mirada. ¿Y qué tiene que ver mi año inventado en el extranjero con todo esto?

—Quiero decir —dice, pasándose pensativamente el bolígrafo de plata entre la barbilla

y el labio inferior— ¿qué le pareció?

Mi percusionista interno vuelve a escena.

—Eh, hacia mucho... calor. —John Sampson alza una ceja y asiente con la cabeza— Y la gente era... muy amable... y fue muy... agradable... y...

Levanta la mano.

—Vale. Ahora hábleme un poco de su experiencia.

Dios mío, estoy a punto de desmayarme. Vale, ahora ¿qué se supone que se debe hacer? Pensar en el entrevistador en calzoncillos, eso es.

Vale, me arriesgaré a imaginarme unos pulcros calzoncillos ajustados. Negros. De Calvin Klein.

—Mi experiencia... —digo, mientras me lo imagino medio desnudo. Oh no, no me ayuda, está aún más impresionante e intimidante sin ropa y ¿has visto qué paquete? Me distrae. No puedo ni pensar— Mi experiencia.

—Permítame ayudarla —dice con una voz que, automáticamente, lo vuelve a vestir. Comienza a leer en voz alta mi solicitud, con las cejas bailando acompasadamente mientras lo hace— Dos años en Relaciones Públicas Glory, en Londres. Ejecutiva contable. Funciones: redactar notas de prensa, relaciones con los clientes, organizar sesiones fotográficas, crear dossiers para los medios de comunicación... —continúa leyendo, y yo voy asintiendo con la cabeza con cada una de las funciones enumeradas, como si realmente las estuviera recordando.

En este instante, mi falso bronceado es la última de mis preocupaciones.

Es toda una vida inventada lo que ha pasado a ser mi preocupación inmediata.

Capítulo 7

Una vez que John Sampson ha terminado de enumerar mis funciones, cruza las piernas y vuelve a dejar la solicitud sobre el escritorio. Tras él, y tras el ventanal del despacho, está el resto de la ciudad de Leeds, los rascacielos de oficinas y los nuevos hoteles, las grúas y los obreros, toda una ciudad en altura. Podría ser parte de ella. Parte de algo resplandeciente e importante. Dios, necesito este trabajo.

—Es un buen listado —dice, con expresión indescifrable.

—Sí —contesto— un buen trabajo.

Guiña los ojos con un gesto que, preocupantemente, se me antoja travieso, y se empieza a mesar los oscuros rizos. Echo un vistazo a su reloj que destella como la plata.

—Ahora tan solo recuérdeme, si puede, ¿quién dirigía la empresa?

— ¿Perdón?

—En Glory, ¿Quién era su jefe?

Su mirada es tan penetrante, que ahora soy yo la que está ahí sentada en ropa interior. De hecho, estoy empezando a preguntarme la razón de aquella sonrisa en el ascensor. Quizá no pretendía ser tranquilizadora. Quizá era la sonrisa de un león hambriento saludando a una sabrosa gacela en el interior de su jaula.

— ¿Mi jefe?

Asiente, manteniendo la misma mirada.

—Su jefe.

Alguien llama a la puerta.

—Sí —responde John, cerrando los ojos con frustración. Al abrirse la puerta, me vuelvo. Es la chica del flequillo gigante, asomando la cabeza.

—Carla, ¿qué pasa? Estoy en mitad de una entrevista.

—Lo sé, John —dice Doña Flequillo Gigante, mascando chicle— perdona, pero es bastante importante.

—Será solo un minuto —me dice, y yo me giro para ver cómo desaparece tras la puerta su súper culo *calvinkleineado*.

Un minuto. Sería suficiente para saltar por la ventana. Seis pisos. *Si*, con eso estaría acabada.

Oh, mierda, la chica. Doña Flequillo Gigante. Ya sé dónde la había visto antes. En la tienda. La maquillé hará dos viernes. Sombra de ojos violeta, base de maquillaje clarita, polvos traslúcidos, perfilador de labios, todo. Incluso le expliqué cómo echarse el colorete justo debajo de los pómulos para definir mejor la forma de la cara.

¿Y así es como me lo agradece?

Pero espera. Para un momento. Puede que no sea eso. Puede que se trate de otra cosa «bastante importante». Puede que no tenga nada que ver conmigo en absoluto. Aun así, aún tengo que...

La puerta se abre tan rápido que crea ventolera, levantando la primera página de mi solicitud.

—Bien —dice John, con tono de *a lo que íbamos, el león vuelve por su almuerzo*— ¿dónde estábamos? Ah, sí, ya. Iba a decirme el nombre de su jefe en Glory.

—Sí —digo, tratando de ganar tiempo— El... nombre... de mi jefe... era... —Y entonces lo recuerdo, de cuando estaba en la universidad e hice la tesis sobre *Las relaciones públicas en la industria cosmética*. Cité al fundador y director ejecutivo de Relaciones Públicas Glory unas cincuenta veces y su nombre era... — Peter... Richmon.

—Ah, sí, claro... —dice Sampson, casi triunfante— el bueno de Peter.

Mierda, lo conoce. Asiento con la cabeza, nostálgica. El bueno de Peter.

—Eh, sí, mmm, he pensado que mejor le cuento un poco lo que puedo aportar a la empresa. Quisiera decir que se me da bien la gente y me suelen decir que soy muy buena trabajando en equipo y...

De nuevo vuelve a levantar la mano.

—Habla de eso en un minuto, primero quiero saber lo que pensaba del bueno de Peter. Todo un personaje ¿eh?

—Sí, sí, lo era —digo rauda— Lo era, pero tampoco lo veía mucho, porque no solía pasar mucho por la oficina. Le gustaba trabajar a distancia.

—Muy a distancia, imagino —dice, reprimiendo una sonrisa maliciosa.

—Pero, bueno, ya sabe, a veces se pasaba por la oficina para ver cómo iba todo.

— ¿Hizo algún trabajo directamente para él? —me pregunta, sin reprimir ahora la sonrisa.

—Eh, sí. Le gustaba mi forma de trabajar y me solía pedir que redactara las notas de prensa o alguna promoción o...

— ¿Su obituario?

La habitación se comprime a mí alrededor.

— ¿Perdón?

—Bueno, está muerto ¿no? Murió de un ataque al corazón por el estrés en 1998, lo cual, según su solicitud, son tres años antes de que empezara a trabajar para él.

¡Oh, no!

—Eh, sí. Puedo explicarlo. Las fechas... el tema es que... debo de haber...

—Ya ve —me interrumpe— es lo que pasa con las relaciones públicas. Es un negocio muy estresante, no es como, oh, no sé, veamos... permítame tomar algo completamente al azar de aquí... no es como «trabajar en una tienda».

Estoy desnuda. Mido cinco centímetros. Estoy a un tris de subirme a la mesa y saltar por la ventana.

—Puedo explicarlo —digo, pero él aparta mis palabras con la mano. No quiere que se lo explique. Se lo está pasando en grande.

Capítulo 8

De repente, quiero volver a mi mostrador de maquillaje, hablar con las clientas sobre cómo encontrar la mejor base de maquillaje para combinarla con la piel. En cualquier otro sitio menos aquí.

—También dice aquí que obtuvo un notable en Comercio y Marketing en la Universidad de West Yorkshire.

—Sí —contesto con cara de no haber roto un plato.

—Bueno, tras hacer algunas averiguaciones con el director del Departamento de Comercio de la Universidad, resulta que no es cierto.

—Ah, ¿no? —le pregunto, con cara de haber resquebrajado algún plato que otro.

—Sí —dice, reclinándose en su silla giratoria, poniéndose el bolígrafo de plata en el hueco entre el labio inferior y la barbilla.

Miro a mis espaldas, barajando mi salida. Junto a la puerta, la pared es de cristal traslúcido, distorsionando la imagen de la zona de trabajo, convirtiéndola en una serie de objetos y figuras indiscernibles. De repente, todo parece un sueño.

—Bueno —dice el león hambriento— ¿me puede decir si hay algo en su solicitud que sea cierto?

—Lo siento —digo— solo quería...

—Todo, desde su sobresaliente en selectividad hasta sus referencias, todo es inventado, ¿verdad? Una mentira. Apuesto que hasta sus aficiones son falsas, ¿verdad? Aquí están: cabalgar, teatro amateur, navegar y —levanta la cabeza, me mira el cuerpo antes de anunciar mi afición ficticia definitiva— escalar.

—Yo, eh, una vez hice rápel. En sexto, fue una excursión... —Se me pierde el hilo de voz.

—En todos los años que llevo haciendo entrevistas, debo decir que jamás me he topado con un caso como este.

—Ya lo sé, solo...

—Una mentira tras otra mentira flagrante —se ríe, incrédulo, agitando la cabeza.

—La cuestión es que yo... —Vuelve a alzar la mano para interrumpirme.

—Así que, Faith, suponiendo que ese es su nombre real, a ver si lo entiendo. Usted es maquilladora, una de esas chicas que trabajan en los mostradores de cosméticos y no tiene experiencia alguna en el área de las relaciones públicas, y se presenta en una de las agencias más grandes del país, a sabiendas de que su solicitud es una enorme mentira.

La ventana se abrirá fácilmente, puedo llegar hasta allí antes de que le dé tiempo. Seis pisos.

—Bueno, sí que estudié Comercio y Marketing —le digo, porque así es.

—Pero no sacó un notable, ¿verdad?

—No —digo— un suficiente. Pero fue porque tuve que volver a casa para vivir con mi madre a finales de año porque falleció mi padre. Y de todas formas, al final del segundo curso tenía un seis y medio, lo cual viene a ser un notable bajo, pero sé que podría haber sacado un notable alto si las cosas hubieran ido de otra manera. Si no hubiera ocurrido nada.

—Y realmente vive en un piso en Hyde Park, supongo que no se habrá inventado eso ¿no?

Pienso en mi piso. La ventana del *office*. La moqueta naranja arrugada.

—No —digo— no me lo he inventado.

— ¿Y sus referencias?

Hace dos semanas, Alice, mi mejor amiga tomo el teléfono, puso una voz ronca afectada y le dijo al jefe de Recursos Humanos de Coleridge que era la alumna más trabajadora y entusiasta de todos los que había tenido en Comunicación y Marketing en los veinte años que llevaba en la Universidad de West Yorkshire. Alice tiene veinticinco años. Lo más cerca que ha estado de la universidad es cuando vomitó todo el contenido de su estómago, saturado de vodka, en la fachada del edificio, justo antes de que dejara de querer salir. Y lo único valioso que me ha enseñado es que se queman más calorías pasando la aspiradora que haciendo el amor.

—Oh, las referencias son ciertas —le aseguro.

Enarca una inquisitiva ceja.

—No, se lo prometo —digo, ya que soy incapaz de ser sincera aun habiendo llegado a este punto— no sería capaz de inventarme tanto.

Le lanzo una sonrisa nerviosa, pero no me va a dar nada a cambio, tan solo un condescendiente resoplido por la nariz.

Estoy empezando a odiar a John Sampson. Vale, mentí en la solicitud. Me lo inventé casi todo, escondí algunos detalles bajo la alfombra, me mejoré un poquito, pero, si lo sabía todo, ¿por qué se ha molestado en hacerme la entrevista? Le encanta. Le gusta verme sufrir.

Es delirante.

Aun así, tampoco debo engañarme a mí misma, si me hubiera ofrecido el trabajo, lo hubiera tomado.

—Ahora escuche —dice una voz. Una voz extrañamente familiar. Entonces me doy cuenta de que es la mía. Debo de haberme vuelto loca. ¿Qué estoy haciendo? Me acaban de descubrir (bueno, afrontémoslo, que soy un fraude) y estoy poniendo voz mandona. Oh no, ahí viene otra vez— Puede que haya mentido en la solicitud, pero eso tampoco significa que sea una asesina en serie.

—No —afirma— significa que es usted una mentirosa.

—Sí, lo sé —le digo, notando que mis falsas mejillas bronceadas se están sonrojando— mentí, pero solo porque sabía que con la verdad no sería suficiente. Sabía que no me haría justicia porque, ya ve, la cuestión es que sería una ejecutiva contable realmente buena, sería realmente buena. Desde que estudié relaciones públicas en la universidad supe que se me daría realmente bien, y habría conseguido un buen puesto de relaciones públicas cuando me licenciara, si no hubiera sido porque me tuve que ir a casa y cuidar de mi madre cuando mi padre murió...

Esta vez, levanta ambas manos.

—No tengo tiempo para escuchar su autobiografía.

—Pero sé que sería muy buena —digo, con tono de *kamikaze*, con tono de segundo día del periodo, sin nada que perder— Me he pasado toda la vida haciendo que todo suene mejor de lo que realmente es, haciendo que la gente sea más guapa de lo que realmente es, puedo hacer lo mismo en una empresa.

— ¿Y qué nos denuncien por fraude?

—Bueno, sé que me he pasado un poco en la solicitud, pero solo fue porque lo

necesitaba, no mentiría si tuviera ese puesto. Se lo prometo. Solo, bueno, presentaría las cosas... como hay que presentarlas... para que parezcan más atractivas. Realmente no es tan diferente del maquillaje, si lo piensa usted bien. —Busco en su rostro algún signo de esperanza.

No hay nada.

Entonces pienso en la cara de mi madre y en todas las mentiras que le he contado en los últimos tres años. Todo lo que le he contado sobre esta empresa. Sobre lo bien que me llevo con el jefe. Con él, John Sampson.

—Por favor —digo con voz de desesperación, con las nalgas asentadas, suplicantes, en el borde de la silla— por favor, de verdad que necesito el puesto. Siento haber mentido, señor Sampson, se lo suplico, por favor, de verdad. Haré lo que sea, por favor.

—Bueno, de hecho, hay algo que podría hacer.

Ya está. No sé cómo, pero he conseguido darle la vuelta a la tortilla. Lo he conseguido. Como en un libro. O en una película. He dado mi gran discurso como Rene Zellwegger en *Jerry MacGuirey* ahora va a ceder. Voy a conseguir este puesto. Puede que me baje un poco el sueldo, o que me dé menos responsabilidades, pero seguro que se ha dado cuenta de estoy en un aprieto. Soy una damisela en apuros y él va a salvarme. Va hacer que todo salga bien. Como si estuviéramos en el siglo diecinueve. Se lo veo en la cara.

—Lo que sea, haré lo que sea. Lo que sea.

—Bien —contesta— puede usted cerrar la puerta cuando salga.

Capítulo 9

Ya está. Mi casi carrera como relaciones públicas ha durado unos diez minutos. Mi carrera ficticia de relaciones públicas, por otro lado, va cada vez mejor. Pregúntenle a mi madre. Que se los cuente ella. Lo encantados que están todos conmigo, cómo me han nombrado empleada del mes no una ni dos, sino tres veces. Chicos, se los digo, es todo un logro ficticio. Cuesta mucho trabajo ficticio lograr todo este reconocimiento ficticio.

— ¿Qué tal te ha ido el día? — me pregunta mi madre por teléfono.

— Genial — digo, en plan suicida, tragándome un vaso de meado de gato búlgaro.

— ¿Te estás tomando algo?

— Sí — contesto — un zumo.

— Bien — dice — necesitas tomar muchas vitaminas con este tiempo. Mucha vitamina. — Por el tono, mientras habla, noto que está hiperactiva pérdida, haciendo alguna tarea del hogar. Me la puedo imaginar, arrodillada, sacudiendo la mesa camilla con una sutil mirada de maníaca. Una mirada usada y desgastada desde que perdimos a papá.

— Sí, mucha vitamina.

— ¿Qué tal en el trabajo? — me pregunta, forzando una voz alegre.

— Genial — repito, mirando la etiqueta para ver qué graduación tiene. Doce grados y medio. Tendría que haberme pedido un vodka.

— ¿Ha pasado algo?

Vale, posibles respuestas:

1) *He ido a una entrevista de trabajo para un puesto que crees que ya tengo.*

2) *He conocido al idiota más grande del planeta.*

3) *Pensé que la mejor manera de impresionarlo sería experimentar con el nuevo bronceador de Keats.*

4) *He descubierto que el nuevo bronceador de Keats complementa el tono natural de tu piel. Siempre que seas un orangután.*

5) *Me han pillado mintiendo en mi solicitud.*

Respuesta real:

—Me han vuelto a nombrar empleada del mes.

Pero, por supuesto, ni mis mentiras son suficientes para mi madre. Quiere más. Quiere que sea mejor.

— ¿Empleada del mes? Eso está bien, ¿te van a pagar más?

Ya ven, no importa lo que le diga, nunca es suficiente.

—No —digo, quizá con tono de excesivo enfado— eso no implica ganar más.

—Oh, no importa. Estoy segura de que pronto tendrás suficiente dinero para...

Aún borracha perdida, sé lo que viene ahora.

—Mamá, estoy bien aquí. Ya sé que el piso no es perfecto, pero me gusta la zona. Es muy... peculiar.

Y supongo que es la verdad. Hyde Park, la zona de Leeds en la que vivo, es muy peculiar. Hay drogadictos que se derrumban de manera muy peculiar en mitad de la calle. Hay niños peculiares que te escupen en la espalda cuando te agachas para tomar un periódico. Hay peculiares alarmas de coche y helicópteros de la policía que te mantienen despierta hasta las cinco de la mañana. Hay matones peculiares que gritan insultos racistas a cualquier minoría étnica que entre en su campo de visión. Hay borrachos que te lanzan un alegre, semi incoherente «que te follen» cuando te los cruzas por la calle, inhalando los peculiares aromas de los tubos de escape de los coches, la orina y los menospreciados kebabs mientras caminas.

No hay lugar a dudas, esta zona solo se puede definir como «peculiar».

Y luego está mi piso en sí. Aun omitiendo el hecho de que mi casera ha estado reformando ruidosamente el sótano (debajo de mi piso) durante los últimos seis meses, no es exactamente una pasada. Jodidamente frío y jodidamente feo. Por supuesto, feo a los ojos del espectador, pero quisiera yo ver a un espectador que lograra hallar otra palabra para la catástrofe estética que es mi piso. Vale, hay un par de detalles pintorescos victorianos de época. Techos altos. Un mirador. El fantasma de una vieja con un camisón blanco. Realmente, no sé si de veras hay un fantasma, porque la única vez que lo he visto fue aquella tarde, después de la peli de terror de *Los otros* en la tele y me tuve que ir a dormir a casa de Alice (Alice es mi mejor amiga, mi única amiga de verdad en Leeds, ya les contaré luego más de ella).

Pero, de todas formas, aparte del techo y de la ventana, el resto es una porquería. Una porquería de moqueta naranja. Una porquería de empapelado. Una porquería tan grande que la porquería de suelo de linóleo de la cocina se enrolla sobre sí mismo de asco, por no tocar la pared.

He tratado de mejorar su aspecto. He pintado el baño y me he comprado una mesa muy bonita con sus sillas. Pero son armas insuficientes para contrarrestar la sobrecogedora fuerza de la porquería.

De todas formas, ese es el problema. Mi madre cree que tengo un pedazo de trabajo y, claro, viene a visitarme y es como «vaya». Vamos, que no se parece mucho a los pomposos palacios con suelo de tarima en los que viven las chicas triunfadoras que salen en las revistas.

Pero no solo no he logrado una carrera en los medios de comunicación.

De hecho, miento en todo.

De verdad, lo que sea, yo he mentido sobre ello.

Si la teoría del crecimiento nasal de Pinocho fuese un hecho científico, no podría girar la cara sin darme contra una ventana.

Ya ven, sin todas esas mentiras, mi vida sería, bueno, mi vida. Y eso no es lo que quiero que sea. Y mi madre tampoco. No, lo que yo quiero es que se parezca a las de los libros. Ya saben cuáles. Esos en los que hay un comienzo dramático y una chica con un gran trabajo, que vive en Londres o en Nueva York, o en alguna gran ciudad, que a lo único a lo que se dedica es a soñar con el hombre perfecto. Luego encuentra al hombre perfecto en el último capítulo que resulta ser alguien que ha estado delante de sus narices todo el tiempo.

Quiero que mi vida esté llena de dramatismo, que sea excitante, que tenga giros inesperados.

Que sea una novela romántica.

Quiero que tenga una portada elegante.

Pero lo cierto es que, toda mi existencia está basada en los remaches, como en los de los manuales de Ikea que te explican cómo montar una estantería.

Así que para encubrir la triste realidad, me invento cosas.

Ya sé lo que estarán pensando. ¿Por qué lo hago? ¿Soy una mujer rara? No lo sé. Quizá sí. Pero la cuestión es que quiero que mi madre esté contenta conmigo. Quiero impresionarla.

Quiero que me diga que mi padre estaría orgulloso. Sé que son tonterías, pero significan mucho para mí.

Lo son todo.

Capítulo 10

El problema es que solo hay una persona capaz de impresionar a mi madre, al menos desde que murió mi padre, y ese es Mark. Mi hermano. Mi hermano mayor, más listo, más rico y más de todo. Por ejemplo, en este momento.

La llamada telefónica a mi madre ya ha llegado al punto en que ella me comenta cada una de las cosas que mi hermano le ha contado en su última conversación telefónica. Mark esto, Mark lo otro, Mark lo de más allá... y así hasta el infinito. Cuando empieza con el tema de mi hermano puede estar horas con él. Empieza a provocarme dolor de cabeza. Ah no, puede que sea el meado de gato búlgaro.

—... Así que parece que va a estar demasiado ocupado para quedarse ese fin de semana. Sinceramente, Faith, trabaja tan duro.

—Sí mamá, ya lo sé.

—Oh, y me ha estado contando lo de su nueva casa. Parece estupenda. Fíjate que con la cantidad de horas que pasa trabajando, apenas la podrá ver.

—No —digo, suspirando cansada, bajo el peso del enfurruñamiento de hermana— supongo que no.

No alcanzo a comprender por qué me revienta tanto que me cuente lo mucho que trabaja mi hermano. Quiero decir que, vale que trabaje una burrada. Se levanta a las cinco de la mañana y suele dejarlo a las ocho o las nueve de la tarde. Trabaja en la City, negociando con «futuros». Ni yo ni mi madre sabemos exactamente lo que eso significa, pero tampoco entendimos una sola palabra de su tesis en Matemáticas en Oxford, que le llevó hasta su actual trabajo. Para mi madre, ya fue suficiente con que saliera en el periódico local en primera página por haber sido aceptado en Oxford (soy del nordeste, donde ese tipo de sucesos ocupan los titulares).

Sea como sea, se dedica a eso. Negocia con futuros. A veces desearía que pudiera negociar mi futuro, pero estoy segura de que no le darían mucho por él.

Es encantador. Les gustaría, estoy segura. No es el típico asesor de inversiones estirado. Es bastante tranquilo y amable, y nunca critica a nadie. Ni siquiera a Hope, mi hermana.

Ni siquiera después de que nos dejara y se marchara a Australia, en lugar de cuidar de mamá.

—Era demasiado joven para enfrentarse a ello —dice él. Y vale, tenía dieciocho años cuando a papá le dio el ataque al corazón, pero ahora tiene veintiuno y, aun así, no va a volver a dar la cara.

Pero, de todas formas, lo que quiero decir es que mi hermano es una buena persona.

Incluso ahora aquí, escuchando a mi madre contándome lo rico y triunfador que es, mi hermano es más que eso. Es alguien que está planeando jubilarse dentro de seis años, cuando cumpla los treinta y cinco.

Es alguien que siempre está demasiado ocupado como para hacer una visita o para llamar por teléfono.

Es alguien que conduce un coche tan novedoso que ni siquiera he oído hablar de él.

Las cosas que teníamos en común se han convertido en polvo y es tarea de mi madre limpiarlo. Y vaya si se le da bien.

—De verdad, Faith —me dice— ¿no estás orgullosa de él?

—Mamá, estoy segura de que si supiera exactamente a lo que se dedica estaría muy orgullosa.

—Bueno, tampoco tenemos que comprenderlo para saber que ha triunfado. Basta con ver los trajes que lleva.

—Mamá, yo también llevo traje para ir a trabajar —miento— no tiene nada de especial llevar traje.

—Vamos, Faith, cariño, no te pongas celosa. No va contigo.

—No estoy celosa, estoy...

Bueno, reconozcámoslo, celosa.

—De todas formas —sigue mi madre— la razón por la que te he llamado es porque quiero hacerte una visita dentro de dos fines de semana.

Oh, mierda.

—Mmm, no puede ser —le digo, tratando de ignorar las alarmas que retumban en mi cabeza.

—Muy bonito —dice mi madre, con una risita tensa.

—No, me refiero a que tengo que trabajar el sábado y Adam va a ir a visitar a sus... padres ese fin de semana.

—Muy bonito eso de que te hagan trabajar los sábados.

—Ya lo sé —contesto— pero no puedo hacer nada.

—Bueno, en algún momento tendré que conocerlo, ¿qué te parece el siguiente fin de semana? ¿O este mismo fin de semana? También puedo pasarme a visitarlos entre semana si les viene mejor... estoy deseando conocerlo.

—Mmm, yo...

—No te avergüenzas de mí ¿no? Te prometo que no te voy a dejarte en evidencia. Me portaré bien.

—No, en absoluto. No me avergüenzo de ti, es solo que ¿te importa que le consulte primero a Adam?

—Bueno, vale, tómate tu tiempo. Es que tengo tantas ganas de conocerlo.

—Ya lo sé, ya me lo has dicho.

—Me alegro tanto por ti.

—Vale. —Me muerdo el labio y trato de reprimir la extraña sensación que tengo.

—Oh, ya veo, está ahí ¿verdad? Te estás haciendo de rogar.

—Sí —le digo, mirando fijamente el sofá vacío— está aquí. Está viendo la tele.

En ese momento mi madre dice algo más, pero no le prestó atención.

— ¿Faith? ¿Me estás escuchando?

—Sí mamá —miento— perdona.

—Tenemos que poner una fecha.

—Una fecha, sí, la pondremos, te lo prometo...

—Estoy impaciente por conocerlo.

—Ya lo sé, eso ya lo has dicho. Escucha mamá... —Hago una pausa momentánea al

darme cuenta de que las cortinas están abiertas, como la parte de arriba de mi pijama. O, al menos, está lo suficientemente abierto como para dejarme al descubierto el pecho izquierdo ante toda la población del lunes por la noche de Sheldon Terrace.

Entonces oigo algo.

El maletero de un coche.

Echo un vistazo por la ventana y, en la penumbra, me fijo en un extraño objeto cuadrado que se acerca. Conforme se va acercando, me doy cuenta de que el extraño objeto cuadrado tiene piernas. El extraño objeto cuadrado toma forma. Es el nuevo inquilino del entresuelo, cargado con un tablón de corcho. Debe de estar haciendo hoy la mudanza. Me ha visto el pezón. ¿Cómo voy a saludar a un hombre que me ha visto el pezón antes de saber cómo me llamo?

—No te dejaré en evidencia, te lo prometo —dice mi madre, sacándome del trance.

—Escucha, mamá, tengo que dejarte. Tengo que prepararme para mañana.

— ¿Ah, sí?

—Sí, tengo muchas cosas que hacer —digo, tratando de ignorar los golpes y portazos de abajo— mañana tengo que madrugar, tengo que arreglar un montón de trabajo administrativo.

—Bueno —dice con su tono frustrado de «mejor no preguntar» que siempre pone cuando utilizo palabras como «administrativo».

—Vale, luego hablamos.

—Sí, no trabajes demasiado.

—No.

—Adiós. Te quiero.

—Sí mamá —digo— yo también te quiero. —Aunque solo sea eso, al menos las últimas cuatro palabras siempre serán ciertas.

Capítulo 11

Ahora, será mejor que los ponga un poco al día sobre Adam. En muchos sentidos, supongo que es el novio perfecto. Lo primero de todo, es abogado, así que mi madre está encantada. Jamás mira a otras mujeres. Jamás me sugiere que pierda algo de peso.

Jamás se tira pedos en la cama, ni se deja la tapa del váter levantada. Nunca se aparta para dormirse tras hacer el amor. Jamás lo verás a las dos de la mañana tirando del edredón mientras yo trato de dormir.

Jamás sugiere pasar la noche viendo el fútbol ni nada extraño que implique uniformes, esposas ni barritas Mars. De hecho, jamás hace nada. No existe. Me lo he inventado.

Sí, lo sé. En lo que respecta a las relaciones de pareja, es un pequeño problema.

Me refiero a que no se trata de algo que pueda contarle a una asesora sentimental.

—Bueno, señora consejera, el problema que tiene Adam es que se niega obstinadamente a materializarse en un ser humano real.

—No te preocupes, Faith —respondería la asesora— es un asunto bastante común. Debido a la crisis continuada de masculinidad, muchos de los hombres de hoy en día tienen problemas de existencia. Simplemente, no están ahí cuando los necesitas.

¿Y qué me prescribiría?

¿Un curso de asimilación de la inexistencia?

Para ser completamente sincera, lo único que he tenido han sido novios imaginarios. Aunque parecían bastante reales. Tenían ojos reales, narices reales, bocas reales, escalofríos reales. La mayoría ha tenido hasta pelo y dientes reales.

Pero jamás han sido los hombres que he imaginado que serían. Entonces ¿De quién es la culpa, suya o mía? No lo sé. Probablemente jamás lo sabré.

Lo único que sé es que siempre que conozco a alguien, alguien de quien pienso podría ser él, mi imaginación siempre supera a la realidad.

Estaba Paul, mi amor del colegio, de quien me imaginé que no se lo contaría a sus amigos.

Estaba James, mi amor de verano, con quien me imaginé que mantendría el contacto.

Estaba Cecil, el hombre que conocí en la cola de correos, de quien me imaginé que estaba bromeando cuando afirmó que aquél era su verdadero nombre.

La cuestión está en que, cuando te enamoras, te fabricas una imagen. Una imagen de la persona con la que estás. Y esa imagen es una ilusión, puede que no sea una ilusión del todo, pero una ilusión al fin y al cabo.

Te quedas con las cosas que más te gustan y las magnificas hasta que se transforman en una persona en sí. Pero esa persona es diferente de la persona real con la que estás, a quien descubres solo cuando todos esos sentimientos del enamoramiento empiezan a difuminarse.

Una vez leí algo sobre eso en *Glamour*. La consejera sentimental esa que tienen. Martha nose qué. Lo llamaba el efecto halo. La forma en que puedes juzgar mal a alguien segundos después de conocerle, y así es como los verás en adelante.

Lo que estoy tratando de decir, básicamente, es que aunque tuviera novio, me imaginaría a otra persona. A alguien mejor. A alguien a quien pudiera amar. A alguien que me pudiera corresponder.

Pero, sea como sea, es lo que hay.

Soy una mala persona que miente a su propia madre. Probablemente ya estarán hartos de mí. Probablemente ya me desprecian. Pero antes de hacerlo, solo quiero aclarar una cosa. Miento por un motivo honesto. Para ayudar a mi madre.

Ya ven, desde que terminé la universidad ha estado pendiente de mí por no tener novio. Me decía que si «no me interesaban los chicos» (código materno para «lesbiana»), se lo tenía que contar. No importan las veces que le haya asegurado que sí que me interesan los chicos, que, simplemente, soy feliz siendo soltera, jamás me ha creído.

Es lo que tiene mi madre. Cuando le digo la verdad, cree que le estoy mintiendo, y cuando le miento, cree que le digo la verdad.

De todas formas, la razón por la que fingí haber conocido a un chico llamado Adam fue porque estaba llorando. Llorando de verdad. Aullando, sorbiéndose la nariz, gimiendo y desmoronándose. Fue un sonido que me devolvió a la primera semana tras la muerte de mi padre, cuando lo único que se oía era la dolorosa banda sonora de mi madre sorbiéndose los mocos.

Fue hace unos meses, estaba atravesando un mal momento, viendo antiguos vídeos

caseros y haciendo la limpieza de primavera como una maníaca. Sabía que la única manera de animarla era contarle una buena noticia, pero no tenía ninguna buena noticia que contarle, estaba borracha y no podía pensar con claridad, así que salí con eso.

—Tengo novio. Es abogado. Se llama Adam.

Y funcionó.

Paró de llorar.

Así que la siguiente vez que empezó de nuevo, le contaba cualquier cosa, como que me había invitado a comer a un restaurante pijo o algo, hasta que, antes de que pudiera darme cuenta, estaba inmersa en una relación seria con alguien que me había inventado.

Pero me gusta pensar que soy una persona optimista. Soy del tipo de chicas que ven el vaso medio lleno. Creo que aún hay esperanza para mí y para Adam, a pesar del pequeño fallo técnico. Siento que la inexistencia de Adam es algo que tendré que solucionar para que nuestra relación funcione. No niego que sea importante, es solo que hay muchas parejas con problemas y que los superan, siguen adelante. Si los alcohólicos pueden dejar de beber y las ninfómanas pueden dejar de trincar, entonces Adam puede dejar de no existir, diablos.

Capítulo 12

Concluida la conversación telefónica, apuro el vino y enciendo la tele, en un intento por ahogar la música a todo volumen que ha empezado a sonar en el piso de abajo. Estrategia con la que solo logro que me entre dolor de cabeza.

Debería bajar y quejarme.

¿Pero y si es un asesino?

Un asesino que me ha visto el pezón.

Vamos, no es probable, pero yo no descartaría nada, después del día que he tenido. Lleva aquí diez minutos y ya se comporta como si fuera un vecino del demonio.

Antes de que me dé tiempo a desarrollar mis paranoias, suena el teléfono.

— ¿Cómo ha ido? —pregunta una voz, tras presionar el botón verde.

Alice.

La única persona en el mundo a la que jamás he tenido que mentir. La única que me acepta tal y como soy.

—Una mierda —digo— ha sido una mierda.

— ¿A pesar de las referencias? —pregunta, completamente desconcertada.

—Eso me temo —contesto— el hombre sabía que estaba mintiendo.

—Oh, Faith, lo siento. —Y así es, lo percibo.

—No te preocupes —le digo, a sabiendas de que Alice tiene un cupo de preocupaciones más repleto que el resto.

—Todo saldrá bien, ya lo sabes —dice— lo sé.

Las palabras suenan como un vaso de leche caliente, y me tranquilizan al instante.

—De todas formas —digo— ya está bien de hablar de mí. ¿Qué tal te ha ido el día?

—Oh, bien —contesta— hemos salido.

Por «hemos» sé que se refiere a su estomago de ocho meses.

—Al parque, y, ya sabes, no ha sido muy agradable.

—Ya vez —le digo, devolviéndole otro vaso de leche— ya es un paso.

Es algo, si es que caminar doscientos metros hacia el parque sin tener un ataque de pánico se puede considerar un paso, pero ahí lo tienen. Así es Alice. Pero si ella puede ser optimista, también puedo serlo yo.

— ¿Qué es ese ruido? —pregunta.

—Oh, hay un inquilino nuevo en el piso de abajo.

—Tal como suena, debe de ser Marilyn Manson.

—Ya, lo sé —contesto, preguntándome si la licorería seguirá abierta.

—Voy a ir a terminar de pintar.

— ¿Pintar?

—La habitación, para el niño.

—Ah, sí —contesto— vale, te dejo entonces.

—Nos vemos.

—Vale, me paso mañana a verte después del trabajo.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

Apago la tele y trato de ahogar el ruido del piso de abajo leyéndome el libro que empecé hace una semana.

Se titula *Daisy va de compras* y trata sobre una relaciones públicas que trabaja en Londres y que tiene una vida apasionantemente glamurosa con su novio millonario, pero se siente vacía. Algo falta en su vida.

Pobre Daisy, con un novio millonario. La vida tiene que ser muy dura.

Pero, ¿saben qué? Sé que al final todo saldrá bien. En el capítulo final, todo le irá

estupendamente a Daisy. Descubrirá el verdadero amor y la felicidad en brazos de alguien que no sea millonario.

Sí, esa es mi predicción.

Voy por el capítulo siete, pero no puedo pasar de la primera frase por culpa de la música de abajo. Incluso trato de leer en voz alta para comprender lo que leo.

—Daisy se ha pasado toda la vida de compras y se aburre enormemente...

Oh, mierda. No funciona. No puedo pensar con el ruido. Eso es. Voy a bajar a quejarme, me haya visto o no el pezón.

En el trayecto hacia el piso de abajo debo de haber sido transportada a otra dimensión temporal, porque justo frente a mí hay un hombre de Neandertal vivo. Está claro que se trata de alguien para quien las palabras «afeitarse» y «cortarse el pelo» no significa nada en absoluto. A juzgar por el olor de su camiseta incrustada, la palabra «lavar» tampoco significa nada.

— ¿Uh? —pregunta el neandertal.

—Eh, sí —digo, serenándome completamente por la mezcla de nerviosismo y aire fresco— Hola, perdone, eh, que lo moleste, pero me preguntaba si, quizá, podría, si no le importa, bajar la música un poquito. —Estiro el cuello y me atrevo a mirarle directamente a los ojos durante una milésima de segundo, para después volver a desviarlos— ¿Es posible?

El neandertal se queda ahí, apoyado en el marco de la puerta, mirándome sin decir nada. ¿Qué es todo esto? ¿El Día Nacional del Silencio Incómodo?

Veo que lleva una botella de vodka barato tomada con una de esas manos peludas y mugrientas, muestra de que las licorerías son un aspecto de la civilización con la que está familiarizado. Debido al excedente de pelo, resulta imposible averiguar la edad del hombre, pero probablemente es más joven de lo que con su barba aparenta. Poco más de treinta, si llega.

Conforme el silencio se alarga, comienzo a sentirme algo intimidada. Aquí estoy, cara a cara con uno de los hombres más altos, peludos y hediondos con los que he tenido la desgracia de cruzarme, y le estoy diciendo lo que tiene que hacer. Casi creo que me va a dar un botellazo en la cabeza con la botella de vodka, me va a arrastrar a su mezcla de cueva sótano agarrándome del pelo y hacérmelo a lo neandertal.

Decido romper el silencio.

—Mira, lo siento, de verdad, no debería haberte molestado. Es solo que he tenido un día muy estresante y estoy tratando de relajarme y concentrarme en un libro, y lo único que oigo es ese... ruido, lo siento, esa música y me estaba dando dolor de cabeza, así que he decidido bajar a pedirte que la bajas un poquito... —Mi voz parece próxima al llanto, ¿qué me pasa últimamente? ¿Por qué todo me supera?

Me doy cuenta de otra cosa, el neandertal me está mirando fijamente la camiseta. No. Los pechos.

—Eh —digo, retrocediendo— ¿Qué... qué haces?

—Te estoy mirando los pechos —suelta con naturalidad, antes de tomar un trago de vodka. Ya no me intimida, ahora me enfurece. Después del día que he tenido, no tengo por qué estar aquí aguantando la terquedad del cerdo machistaapestoso y peludo este.

Estoy a punto de decirle unas palabritas al respecto, cuando vuelvo a mirarlo a los ojos.

—Eh... mira... —le digo, preguntándome por qué estoy tan desconcertada.

Después de todo son unos ojos relativamente normales, unos círculos verdes rodeados de un color rosado, húmedos por el vodka. Pero, de alguna manera, tienen un efecto extraño sobre mí, un vacío angustioso que me produce escalofríos.

—Solo me preguntaba si podrías bajarla un poco. —Mi voz suena ahora poco convincente, casi se pierde en el rumor distante del tráfico.

El hombre no dice nada. Solo le da hipo, cierra la puerta suavemente y desaparece de mi vista, dejando en el aire vespertino su olor a rancio.

—Raro —le digo a un público imaginario, antes de dirigirme hacia los escalones de piedra, en dirección a mi piso y a *Daisy se va de tiendas*. Entonces, al entrar en el salón me doy cuenta de algo, la música ha desaparecido.

No la ha bajado, la ha quitado.

—Raro, raro, raro —musito, antes de tirarme en el sofá.

Capítulo 13

No he dicho nada de la entrevista. Quiero decir, ¿cómo voy a contarlo? Era para un puesto que no tiene nada que ver con la cuidadosa aplicación del lápiz de ojos ni del brillo de labios.

Y de todas formas, quiero llevarme bien con Lorraine. Es mi jefa. Bueno, algo así. No fue ella la que me contrató, pero lleva cien años como encargada del mostrador de cosméticos Keats. Es con quien tengo que hablar para cambiar el turno o si quiero tomarme vacaciones.

También es la persona a la que tengo que dar explicaciones si se me pegan las sábanas y llego tarde. Como hoy.

—Faith, somos las únicas trabajando en este mostrador —dice con tono de maestra— así que estaría bien que llegaras a tu hora.

—Sí, lo sé —le digo, sudando bajo el maquillaje— lo siento, llego un poco tarde, es que... — *¿Es que qué? Qué me lo estaba montando con Colin Farrell y no quería que acabara...* — Es que me he encontrado con esa anciana, ya sabes, Josie, la que viene los sábados para que la maquillen. Me ha preguntado como disimular las manchas de envejecimiento. Y ya sabes cómo es cuando empieza a hablar. Es imposible librarse. —De hecho, es la verdad, aunque obviamente no es toda la verdad.

Por un momento creo que Lorraine me está atravesando con la mirada. Pero luego recuerdo una cosa, siempre te mira así. Bueno, desde que empezó a botoxearse cada centímetro cuadrado de la cara.

—Muy bien —corta— procura que no vuelva a suceder.

—No volverá a pasar.

Los martes suelen ser tranquilos en el mostrador de Keats, y esta mañana no es la excepción. De hecho, miro toda la planta y solo hay dependientes. Las de Clinique con sus batas blancas, que parecen estar a punto de operar. Las relucientes y doradas chicas de Clarins, todo sonrisas y rizos ellas. Las mujeres que trabajan para Lancôme, que se pasan todo el día contándose historias de divorcios. Y luego están las chicas *funky* que trabajan para MAC, todas con sus cortes de pelo retro ochenteros de Tony&Guy y su parloteo incesante.

Es raro.

Aunque todas trabajamos en los mismos almacenes, prácticamente no hay interacción entre nosotras. Es como si estuviéramos en cuarentena o algo así. Ya ven, las maquilladoras permanecen completamente fieles a sus marcas.

No verán nunca a una chica de Clarins pintándose con St. Tropez, ni a nadie de Clinique disimulando la resaca con una capa del bálsamo Flash Beauty, jamás. Y a mí me pasa exactamente lo mismo con Keats. Jamás utilizo otra cosa distinta. Todos los días, es la misma capa de maquillaje de Keats. Lorraine, que no ha sido capaz de serle fiel a ninguno de sus dos maridos, sin embargo, se ha mantenido leal a la empresa.

Así que resulta realmente extraño que apenas tenga clientela. Todas las chicas están por ahí, o se sientan en sus mostradores mirándose con recelo tras sus trincheras cosméticas, o juegan con su propio maquillaje.

Que es exactamente lo que estoy haciendo en ese momento.

Cuando Lorraine ha salido para almorzar antes de la hora, me he puesto a probar con diferentes combinaciones de sombras de ojos y lápiz de labios. Ahora mismo estoy tratando de lograr un efecto malva. Me parece que esta me favorece, aunque puede que los labios queden un poco exagerados.

Siento algo extraño en la pierna. Y me acuerdo: tengo el móvil en vibración. Para ser más exactos, debería estar apagado, pero como solo hay tres personas en el mundo que tengan mi número, no suele ser problema.

Como Lorraine no está, y no hay clientes cerca, decido contestar.

— ¿Sí?

Por la fuerte respiración, parece que Darth Vader ha decidido llamarme. Pero luego se escucha una voz. Débil, asustada.

—Faith. —Y comienza de nuevo a oírse la fuerte respiración.

—Alice, ¿eres tú? ¿Estás bien?

Dos de las chicas de Clinique me miran con desconfianza.

—Por favor... ven. —Su voz suena desesperada.

— ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

—Necesito que vengas... lo... lo siento... no puedo...

—Ali, estoy trabajando.

—Lo siento... lo siento...

Miro la hora. Es solo un trabajo, me digo a mi misma. No es más importante que mi mejor amiga. Y, de todas formas, probablemente estaré de vuelta antes de que Lorraine termine de comer, me digo.

— ¿Dónde estás?

—En la calle Spring —contesta, jadeando— estoy... en una cabina.

—Vale —suspiro— espérame allí.

Capítulo 14

A Alice empezaron a darle ataques de pánico cuando su madre murió. Se acuerda de la primera vez que le dio uno como si fuera ayer. Estaba haciendo la compra en Tesco, buscando un tarro de salsa para la pasta, cuando, de repente se le cayó el cielo encima. Se le aceleró el corazón, le entró el pánico y creyó que se moría.

Me contó que las etiquetas de los tarros del pasillo que tenía enfrente empezaron a pasarle por la mente a toda velocidad. De repente, todas las palabras tenían un significado aterrador. «*Carbonara*» y «*arrabiata*» eran siniestros mensajes que solo ella podía comprender. Lloyd Grossman y Paul Newman³ eran anticristos sonrientes. Dice que se sintió como si no estuviera dentro de su propio cuerpo, como si estuviera en otro sitio, funcionando por control remoto. Todos los sonidos del supermercado se alejaron, se distorsionaron. Como en una caracola de la playa, así me lo describió.

Cuando dejó de pensar que iba a morir, empezó a creer que se estaba volviendo loca. Se imaginó a sí misma con una camisa de fuerza, golpeándose contra las paredes, mientras un equipo de médicos trataba de contenerla. Se vio en el futuro, todo era blanco. Paredes blancas, batas blancas. Su propio rostro blanco, asustado, mirándola fijamente desde el espejo.

Pero, al final, el pánico efervescente se fue rebajando hasta un estado de ansiedad controlable y pudo salir del supermercado (aunque tuvo que dejar la cesta y la salsa para la pasta). Pero no fue la última vez. Durante los cuatro años posteriores a la muerte de su madre le estuvieron dando ataques de pánico todas las semanas, a veces incluso todos los días.

Uno de los peores ataques le dio el año pasado.

Otra vez en el supermercado.

Solo que esta vez, tenía ayuda a mano.

Más concretamente, la ayuda llegó en forma de mano, fuerte, cálida y masculina. Una mano preocupada, que se posó sobre la de ella.

— ¿Estás bien? —le preguntó el dueño de la mano, un hombre alto vestido con traje, que sonreía suavemente.

Alice alzó la cabeza y sintió que le abandonaba el pánico. Las salsas para la pasta ya no

³ Tanto el famoso presentador y cocinero británico como el actor norteamericano han patentado marcas de salsas en EE UU (*N de la T*)

ocultaban aterradores secretos y el pasillo del supermercado ya no se estrechaba.

El hombre se llamaba Peter. O al menos, es lo que le dijo a Alice. Jamás lo llegué a conocer, pero Alice me contó que era empresario. A lo que se dedicaba, no lo sé. Alice siempre era ambigua con ese tema. Tenía cuarenta y un, años (A Alice siempre le han ido los hombres mayores). Divorciado. Se lo contó delante de un zumo de naranja y una magdalena de arándanos en la cafetería del supermercado.

Le dijo a Alice que era guapa. Que una chica como ella no tenía razones para ser insegura. Que tenía unos ojos increíbles. Le dijo unas cosas muy bonitas. Se las decía como si realmente pensara que eran ciertas, como si ella fuera alguien realmente especial.

Y cuando ya no estaba con ella, quería volver a escuchar todas esas cosas, así que lo llamó al móvil que le había dado para aceptar su invitación para tomar algo. Cuando llegó al bar, él ya estaba en la mesa, y cuando se acercó, él alargó la mano y se levantó un poco. A Alice le encantó. Eso de levantarse un poco. Para ella, aquello significaba algo. No había nervios de primera cita, y la conversación fluyó tan desenvueltamente como el tinto de la casa. Estando con él, se dio cuenta, conforme el vino fue surtiendo efecto, que se sentía cómoda, relajada, lo cual es algo que no suele ocurrirle mucho a Alice.

Y quería seguir sintiéndose así toda la noche, así que lo invitó a su casa. Funcionó: por una vez, logró estar toda la noche sin dormir por una razón diferente al insomnio.

Le gustaba aquella nueva sensación. Se sentía protegida, halagada. Ahí estaba, recibiendo los mimos y la protección de aquel atractivo hombre mayor que ella. Aparentemente, todo en Peter parecía seguro. Si Marks & Spencer tuviera una agencia de escoltas, Alice decía que Peter sería el tipo de hombre que esperarías encontrar ahí. Tenía unas manos seguras, una sonrisa segura, un traje seguro, unos gustos musicales seguros.

Alice se equivocó. Ya ven, en el aspecto en el que Peter debía haber sido seguro, no lo era. En el sexo, vamos. Su pene era zona sin látex, y a Alice, como es como es, no le gusta sacar el tema del condón. De todas formas, nada podía ocurrirle mientras estuviera en sus brazos. Nada malo.

Se volvieron a ver otra vez, y otra. Lo suficientemente a menudo como para que Alice creyera que estaban iniciando una relación que podía convertirse en algo.

Pero se equivocó.

La prueba, cuando la hizo, lo demostró.

Se puso del color equivocado. Durante quince minutos rezó por que saliera blanco, pero

el blanco no la escuchó. Tenía el día libre. El azul era el destino de Alice.

Un hermoso y terrorífico azul bebé.

Peter lo comprendería, se dijo. Se alegraría. Le encantaría. Seguro que era lo que quería.

Pero se equivocaba.

Cuando al fin se lo contó, durante una comida que tardó dos horas en preparar, él dijo.

— ¿Qué?

Como la prueba, empezó a ponerse del color equivocado. Fue como si el pánico que había logrado calmar en Alice hubiera pasado a él.

— Embarazada — dijo Alice, y no me hizo falta estar ahí para oírla. Un susurro frágil, expectante. El sonido de la esperanza, quebrantado.

Fue entonces cuando se percató, por primera vez, de la línea blanca de su cuidada mano en la base del dedo anular. Revelaba que de lo único que Peter estaba divorciado era de la verdad. Estaba casado. Tenía hijos. Trabajaba lejos de casa. Independientemente de lo que hubiera pensado de él, en aquel momento lo comprendió todo. Ella era el secreto de Peter de después del trabajo. Ella era las horas extra.

— Tengo que irme — dijo, cerrando la puerta para siempre — tengo que irme.

Se acabó.

Por supuesto, sé qué es lo que Alice debería haber hecho. Debería haberle obligado a asumir su responsabilidad. Debería haberle exigido a Marks & Spencer una indemnización. Y sobre todo, debería haberse enfadado.

Pero la ira es una emoción para aquellos a los que les queda algo por lo que luchar. Justo entonces, justo en aquel momento, Alice sintió que había perdido la batalla. No tenía nada. Ni esperanza siquiera. Un aborto le resultaba aún más imposible que la perspectiva de ser madre soltera.

— No soy una destruye hogares — me dijo.

Le recordé la responsabilidad de Peter. Al menos la económica.

— No quiero pensar en él. No quiero nada. No quiero volver a hablar de él.

No la presioné. Quizá debería haberlo hecho, pero no lo hice. Desde el primer momento

en que la conocí hace cinco años, cuando trabajábamos de camareras entre el ruido y el vapor de Luigi's, comprendí que Alice tiene un límite. Si lo traspasas, se deshace en mil pedazos.

Sus padres están muertos, no solo su madre. Su padre murió antes, de un cáncer en el tracto digestivo, cuando ella tenía once años. Su madre murió en un accidente de coche una década después. Salió en los periódicos locales.

Puede que la pérdida de sus padres implicara poder comprarse un apartamento de un dormitorio en Leeds, pero también significó tener que despedirse de la antigua Alice. Esa Alice segura de sí misma. La nueva Alice era alguien a quien hasta salir de casa podía provocarle un pánico y un abatimiento absoluto. Desde entonces tenía ataques de pánico.

Toda su vida, al menos sobre el papel, ha sido un largo y prolongado desastre. Soy lo único en lo que puede confiar y no puedo decepcionarla. Alice es mi mejor amiga, la única persona fuera de mi familia que estuvo realmente ahí cuando mi padre murió.

Jamás me ha pedido que viva con ella.

Pero sé por qué. Cree que, si viviera conmigo, yo llegaría a odiarla, vería que es una carga y la abandonaría como todos los demás la han abandonado. Se mantiene apartada de mí para tenerme cerca. Suena extraño, pero ese es el nivel de inseguridad al que nos enfrentamos.

Así que continúa viviendo sola, fingiendo que Peter jamás existió, aun cuando la prueba delatora tiene ahora el tamaño de una sandía de campeonato.

Capítulo 15

Puedo ver desde aquí su expresión fantasmal desde detrás del cristal. Estoy sin aliento, pero sigo corriendo, zigzagueando entre el gentío de compras.

—Perdone —digo, al chocar con un hombre gordo trajeado.

— ¡Qué narices! —le oigo rugir a mis espaldas.

Me ha visto. Se le alivia la expresión de la cara y se gira para colgar el teléfono y marcar el fin de la llamada imaginaria que debe de haber estado haciendo para no llamar demasiado la atención.

Abro la puerta, mis pulmones jadean para captar oxígeno. Se me tira a los brazos y me agarra con fuerza. Puedo sentir su vientre duro y, sobre él, el corazón latiendo frenéticamente, como las alas de un pájaro asustado. La gente nos mira, pero trato de ignorarlos.

—No podía...lo siento...no...es solo que...estaba de compras...y me sentí...rara...y...la gente...

—Está bien —le digo, tratando de no pensar en Lorraine— está bien. No te va a pasar nada. Te ha pasado antes. Te pondrás bien.

—El bebé...

—El bebé está bien.

Se echa atrás, se aparta de la mejilla el mechón empapado por las lágrimas, colocándoselo detrás de la oreja.

— ¿Estás... estás segura?

—Alice, estoy segura. Tú y tu bebé están perfectamente.

—Oh —dice, mirando a los lados, mirando la masa de gente que pasa— gracias.

La rodeo con los brazos y salimos de la cabina.

—Vamos. Vamos a casa.

Capítulo 16

Para cuando he dejado a Alice y he vuelto al trabajo, Lorraine ya ha terminado de comer.

Oh, diablos.

Diablos.

¿Y cómo le explico yo esto?

Me atraviesa con la mirada mientras me aproximo al mostrador de Keats. Hace una mueca con los labios. Pero, para ser sinceros, hace una mueca con los labios desde que se inyectó el equivalente a medio culo de vaca como consuelo por su reciente divorcio, por lo que tampoco es un indicador muy fiable.

Los brazos cruzados y el humo procedente de las aletillas de su nariz cosméticamente optimizada sí que son delatores.

—Lo siento —digo.

— ¿Lo siento? ¿Lo siento? ¿Me puedes explicar exactamente por qué te pagamos?

Me molesta. Así que, vale. Debería haber estado aquí estos diez minutos, pero no tenía opción. Y, de todas formas, Lorraine tiene más descansos que la leche y se pasa la vida en el almacén, cuando debería estar en la tienda.

Por el rabillo del ojo puedo ver a tres de las chicas Clinique mirando maliciosamente, resplandeciendo como blancos ángeles de la muerte.

No se me ocurre ninguna mentira. Busco desesperadamente en mi cerebro, pero me he quedado sin ninguna. Y justo cuando estoy a punto de perder el puesto oigo una voz.

La voz de un hombre. A mis espaldas.

—Disculpe.

Lorraine asiente para señalar al cliente, luego desaparece para comprobar el almacén.

—Sí —digo, girándome rápidamente para atenderle.

El hombre es mono, con buen aspecto, rubio, con una camisa azul claro y corbata. La

ropa de oficina sugiere que tiene unos treinta, aunque la mirada nerviosa sugeriría una edad de unos tres años.

—Estoy, eh, buscando a mi novia.

— ¿Ha perdido a su novia?

—No —se ruboriza, estilo príncipe Guillermo— no, quiero decir que mi novia quiere que le compre algo como, eh, eso.

Señala una de las nuevas barras de maquillaje de Keats como si fuera un vendedor de periódicos pidiendo un ejemplar de *Afroputas* o *Amas de casa cachondas* o algo de eso. Dios, debe de ser amor. Es el tipo de hombre que quiero. Alguien capaz de comprarte él solo el maquillaje.

Su novia es una persona afortunada.

—De acuerdo —digo— ¿qué tono de piel tiene?

—Ella es, eh, no sé. Normal, como la mía.

Le miro las mejillas y me pregunto si Keats tiene tono de maquillaje color tomate ciruela.

—Así que para piel clara —digo, suponiendo que ese es su tono cuando no está ruborizado.

—Sí —dice, cambiando de postura— piel clara.

Le doy un tono dos y me entrega la tarjeta de crédito. Miro el nombre. Adam Stonefield.

Adam Stonefield.

Adam.

Es Adam.

— ¿Hay, eh, algún problema con la tarjeta? —pregunta. Pregunta Adam, deseando claramente salir de la sección de maquillaje lo antes posible.

—No —le digo, saliendo de mi trance, pero, al pasar la tarjeta no puedo evitar pensar.

Es él.

Es mi novio.

Exactamente como me había imaginado que sería.

Altura perfecta.

Edad perfecta.

Traje perfecto.

Cuerpo perfecto.

Pero, lo que es más importante: nombre perfecto.

Así que, vale, Adam no es precisamente el nombre más extraño del planeta. No es como Zariah, o Hendrix o Zappa Hazdeluna Hijonatural tercero o algo así. Quiero decir, sería una enorme coincidencia. Sería como «uau, cuando te inventé ni siquiera sabía que tu nombre existiera». Y Zappa Hazdeluna Hijonatural tercero me miraría fijamente a los ojos y diría: «Eso debe significar que estábamos destinados a encontrarnos».

Pero, sea como sea, creo en el destino.

Y además, en el contexto de una sección de maquillaje, Adam es un nombre poco habitual. Quiero decir que, pocos hombres se acercan tanto. Normalmente se quedan unos metros detrás de sus esposas y novias mirando el mostrador de la Mach 3, tratando de asegurarse de que no les roban demasiada testosterona.

Así que esto significa algo.

Y no es solo por el hecho de que se llame Adam. Está bien.

Quiero decir que, obviamente, no he entrado en muchos detalles cuando mi madre me pregunta por él, pero cuando me imagino a mi falso novio, se parece bastante a este.

A mi madre le encantaría. Vaya que sí.

—Lo siento —le digo, mirando la pantalla que ya ha autorizado la tarjeta— a veces tarda un poco.

—No pasa nada —dice, echándome una mirada al cuello. Suponiendo que no sea un vampiro, esa mirada sugiere que podría gustarle.

Pero por supuesto que le gusto.

Es Adam.

Le sonrío, coqueta. Me responde con la mirada, pero mantiene la boca cerrada.

Luego me acuerdo: tiene novia. Por eso ha venido aquí. Firma el recibo con un garabato de trazos delicados.

—Bien —digo, juntando la barra de maquillaje y el recibo en la bolsa— ya lo tiene.

Se queda ahí. Parado.

Mi novio inexistente.

Mi existente no novio.

Lo que sea.

Va a decir algo. O está esperando que yo diga algo. Siente que hay química entre nosotros, sé que es así.

De repente, mi vida empieza a parecerse a una novela, tal como siempre he deseado. Aquí está el giro.

Su novia no significa nada.

Estamos destinados a estar juntos.

Está a punto de pedirme que salga con él, lo presiento. Me va a pedir que me tome algo con él.

De hecho, ya ha dicho algo. Acaba de decirme algo y yo estaba tan sumida en mi mundo de fantasía que no lo he oído.

— ¿Qué? —le digo indecisa, aguardando su proposición amorosa.

—La tarjeta —dice.

—No le entiendo. —Miro a las de Clinique, viendo como se derrumba mi sueño.

—Mi tarjeta de crédito —dice— me has dado el recibo, pero te has quedado con la tarjeta.

Miro el mostrador y veo el ultrajado trozo de plástico.

—Perdona —le digo, devolviéndosela— hoy no estoy en lo que estoy.

—No pasa nada —dice, transfiriendo la sensación de vergüenza al otro lado del mostrador— sé cómo te sientes.

—Seguro —musito, mientras observo a Adam saliendo de la tienda.

De vuelta a la inexistencia.

Capítulo 17

Antes de continuar, creo que les debo hablar de mi padre. No sé muy bien qué contarles, pero sé que debo hacerlo. Lo quería, se los aseguro. También lo odiaba a veces. Cuando más lo odiaba es cuando le gritaba a mi madre o a nosotros sin razón, y luego se largaba a lavar el coche y a charlar con los vecinos como si fuera el hombre más agradable de la tierra. Cuando explotaba si accidentalmente rompías el pomo de la puerta o ensuciabas la alfombra.

O la forma en que me miraba a mí o a Hope antes de salir y luego a mi madre, que se sentía obligada a decir: «Es la moda». O cuando le sonreía a Mark como jamás nos sonreía a nosotras, sus hijas. Una sonrisa orgullosa, casi gloriosa.

Pero todo eso no significa ya nada. Son detalles irrelevantes que quedan abiertos a cualquier interpretación. El padre que decidí recordar es aquel al que quería. El hombre antes de que le fallara el corazón. El hombre que estaba ahí diez minutos con nosotros antes de irse con mi madre. El que me daba con el codo en el costado cuando se reía delante de la tele.

—Deja de hacerme reír —me decía, partiéndose de la risa.

—Si no hago nada.

—Doreen —le decía a su mujer— me está haciendo reír.

En ese punto, mi madre intervenía y decía,

—Parecen dos niños, vaya dos.

Y yo insistía.

—Si no le hago nada. Es la tele.

Entonces él me miraba, se reía con los ojos llorosos.

—Eres una chica muy graciosa.

Ese era mi padre. Tierno y severo. Amable y furibundo. Intolerante y acogedor. Encorvado, sonriente y roncador, una mole andante de contradicciones. En pocas palabras, un ser humano.

Un ser humano al que aún puedo ver, mirándome mientras se ocupaba de las macetas,

con una amplia sonrisa, o escuchando el fútbol por la radio en su invernadero, mientras fumigaba los tomates.

Al menos, eso es lo que quiero ver. A menudo, esa imagen se ve desplazada por el hombre retorciéndose de dolor en el suelo, con su corona naranja de papel aún puesta, haciendo lo posible por quedarse con nosotros. Tratando de asegurarse de que la preocupación en la mirada de mi madre no se convirtiera en algo peor. Consciente de que el ataque al corazón podía hundir a mi madre.

Y, por supuesto, así fue, al menos durante unos instantes.

Cuando mi padre murió, Mark se sumergió en el trabajo más que nunca. Si sentía dolor, se lo guardaba para sí, sin permitir que ni una sola lágrima le rodara por la cara. Aun en el hospital, cuando toda la existencia de mi padre quedó reemplazada por un pitido continuado, jamás se derrumbó ante nosotros. Se quedó ahí, a su lado, apoyando a todas las mujeres conforme la gravedad del asunto fue tomando fuerza.

—Está bien —dijo con calma, ante nuestro llanto— todo irá bien.

El llanto más sonoro provenía, supongo, de Hope. Incluso cuando todo ocurrió, cuando la mano de mi padre aún estaba sujetándose el pecho, ella se estaba derrumbando visiblemente. Cuando Mark llamó a una ambulancia y mi madre y yo tratábamos de calmar a mi padre, Hope estaba de cuclillas en el suelo junto al árbol y los regalos, llorando de miedo, anticipando el dolor.

Aún puedo oírlo todo, la escena completa. La voz ultraserena de Mark al teléfono, con la tele navideña sonando de fondo, ajena; mi madre hablando a toda velocidad, diciendo Dios sabe qué y Hope aullando desesperada, gritando más que nadie.

Al final, los aullidos se detuvieron y Hope empezó a reaccionar a su manera. Se compró un billete de ida a Australia y se marchó en su decimoctavo cumpleaños. Mark creía que se quedaría para cuidar de mi madre, ya que era la única que seguía viviendo a tiempo completo en casa.

Pero no lo hizo.

No pudo.

Así que Mark y yo tuvimos que repartirnos los fines de semana, y mi madre tuvo que quedarse en caída libre de lunes a viernes sin poder apoyarse en ninguno de sus tres hijos.

Quise dejar la universidad, pero mi madre dijo que jamás se lo perdonaría. Así que, en

cierto modo, si me permiten hablar un poco egoístamente, eso fue lo peor, la carga de la culpa sobre la carga del dolor.

Todos los lunes por la mañana iba a la estación de Darlington, con mi madre sollozando en mi hombro, agarrándome con fuerza del brazo.

—Mamá, me quedo.

—No, tienes que irte. Tienes que estudiar mucho. Tienes que hacer que tu padre esté orgulloso.

Así que me marchaba, pero jamás la dejé tirada. En cada clase, en cada lección, estaban ella y mi padre, confabulándose para destrozarme. Para dejarme en evidencia delante de todos, mientras salía con dificultad de mi asiento, pasando por encima de un ejército de rodillas resistentes, hasta liberar todas mis emociones en algún cubículo anónimo decorado con grafitis.

—Está mucho mejor —solía decir mi hermano por teléfono— ¿verdad?

—Supongo.

—Se ha vuelto a levantar.

No se podía negar. De hecho, jamás estuvo sentada. Pasando la aspiradora, limpiando el polvo, limpiando los cristales, ordenando los armarios, haciendo las camas...

—Hay tanto que hacer —decía— tanto que hacer.

Mi padre, un hombre que desde su prejubilación del cuerpo de Policía logró que el permanecer sentado fuese una ocupación casi a tiempo completo, irónicamente había hecho del sofá una zona prohibida para la mujer a la que había dejado.

Para mi madre, sentarse significaba frenar y aquello, en aquel momento, era imposible. Imposible porque implicaría ponerse a pensar y sabía muy bien a dónde la llevarían los pensamientos.

La llevarían al dolor. La llevarían a una montaña de pesar. Las verdades jamás mencionadas para las que jamás tuvieron tiempo.

La llevarían al fin del mundo.

Capítulo 18

Estoy desayunando galletas Jaffa y Pringles delante de la tele cuando, de repente, empiezo a sentir que me estoy volviendo loca. Hace diez segundos todo iba bien.

Solo estaba viendo el programa matutino, esperando a que llegue la sección de belleza, cuando de repente la veo.

Hope.

Mi hermana.

Mi hermana, que ni ha llamado, ni ha mandado cartas, ni correos electrónicos, ni siquiera señales de humo, ni nada en los últimos dos años, a pesar de la riada de cartas de mi madre. Mi hermana, que desapareció de nuestras vidas cuando mi padre murió. Que hizo las maletas y se fue a la otra punta del planeta.

Y ahora ahí está, más guapa que nunca, reflejada en mi salón, resplandeciendo como una alucinación. Una alucinación muy atlética, vestida de pies a cabeza con ropa deportiva, tonteando con el presentador de la tele.

«Según una reciente encuesta —dice el presentador— los británicos son ahora la nación menos satisfecha sexualmente de Europa. Parece que el ochenta por ciento de los hombres de ese país disfrutan más viendo el fútbol, mientras que nueve de cada diez británicas prefieren ir de compras y comer chocolate a la actividad sexual. Bueno, tras diez años viviendo con mi esposa, no me hace falta ninguna encuesta para saberlo, eso se lo aseguro. Es broma, querida. —El presentador sonríe a cámara y bate las pestañas, mientras mi hermana, repito, mi hermana finge reír tras él.»

«De todas formas, no teman —continúa leyendo el *autocue*— ya que parece que la solución está aquí. Olvídense de la Viagra, la nueva forma de mejorar nuestra vida sexual es... —Hace una pausa para darle un efecto teatral— ... El yoga.»

¡Yoga! ¿Qué narices sabe mi hermana de yoga? La mandíbula, abierta bajo el peso de la sorpresa y las galletas llega hasta la alfombra.

«Tenemos aquí para hablarnos de ello a la instructora de yoga Hope Wishart, que acaba de llegar de Australia, donde sus revolucionarios ejercicios yogásmicos han tenido un enorme éxito. Y ahora, tengo entendido que va a salir un libro y un DVD con ejercicios, ¿es así?»

Es demasiada información para asumirla de golpe.

Yoga.

Instructora.

Ejercicios yogásmicos.

Mi hermana.

La tele.

Libro.

DVD.

Ha regresado de Australia.

Mi cerebro está a punto de *cortocircuitarse*.

«Sí, exacto —dice mi hermana— salen hoy al mercado.»

«Muy bien —dice el presentador, barajando las tarjetas— y ¿cómo podemos condimentar nuestras vidas sexuales sentándonos con las piernas cruzadas?»

«Te impresionaría —dice mi hermana, flirteando desvergonzadamente— Y el yoga es mucho más que sentarse con las piernas cruzadas. De hecho, la mayoría de ejercicios y posturas que empleo en los ejercicios yogásmicos se realizan de pie. Pero tanto el yoga como el sexo son ejercicios mentales y físicos. »

« ¿Pero no es para relajarse? ¿No nos vamos a quedar dormidos?»

«No. En realidad el yoga es muy estimulante. Especialmente las posturas tántricas que utilizo.»

Las cejas del presentador se empiezan a mover insinuantes mientras mira a cámara.

«De acuerdo —dice— quizá le gustaría hacernos una pequeña demostración.»

Mi hermana se adelanta y me mira a mí y al resto de la audiencia. Luego estira los brazos sobre la cabeza y arquea la espalda.

Mientras lo hace, continúa hablándole al presentador, aunque yo ya no la escucho.

De hecho, apenas puedo moverme.

Ahora está moviendo las caderas, respirando como una loca sacando la lengua.

Esto es surrealista, de verdad.

Estoy a punto de llamar a mi madre para contárselo, pero luego me acuerdo: cree que estoy en el trabajo. Pero ¿y si la está viendo? Sería demasiado para ella.

Vamos, es Hope.

Es la chica que se marchó a Australia cuando papá murió.

No pudo asumirlo, aquella fue su excusa. Como si los demás hubiéramos tenido otra opción.

Y ahora, tres años después, aparece otra vez en el país. En la tele. Una famosa sonriente y coqueta haciendo yoga, a la que le ha parecido que la mejor manera de tratar a su familia es repudiándola.

Cuando el programa termina y Hope desaparece me voy a ver a Alice para contárselo.

Alice, que parece haber superado la pesadilla de la cabina, está rellenando sobres. Es el nuevo plan de trabajo en casa que ha encontrado en Internet. Me suena un poco dudoso, pero supongo que cuando apenas puedes salir por la puerta sin que te dé un ataque de pánico, las opciones profesionales se limitan bastante.

—Oh, Dios mío —dice, cuando se lo cuento— ¿cuándo volvió? ¿Dónde vive? —pregunta antes de pasar la lengua por el sobre.

—No lo sé tampoco. En Londres, supongo.

— ¿Qué va a decir tu madre?

—Se va a quedar destrozada. No la ha visto en tres años y acaba de volver sin decirnos nada.

— ¿Lo sabe tu hermano?

—No, bueno, no creo. No ha dicho nada.

Alice parece algo distante y se toca el vientre.

—Dice que va a iniciar la revolución del yoga sexo —le digo— ¿Has oído alguna vez una cosa más tonta?

No me gusta mi nuevo tono de voz. Suena vil. Celoso. Amargo. Pero no puedo evitarlo. No puedo.

No es que Alice no me esté escuchando. Sigue perdida en algún ensueño prenatal. Pero la voz continúa, vil, celosa y amarga, como si tratara de recuperar los tres años perdidos.

Es una voz que finge estar hablando en nombre de mi madre. Por todas las lágrimas, por todos los días de soledad, cuando Hope podría haber estado ahí.

Cuando todos deberíamos haber estado ahí.

Pero si profundizamos, me temo que no hablo por mi madre. Me temo que solo estoy hablando por mí misma. Me temo que, en el fondo, desearía haber hecho lo mismo que Hope.

Haberme largado.

Haber escapado.

Haberme ido al otro lado del planeta dedicándome a joder. Pero no lo hice.

Me quedé. Porque siempre me resultó más fácil inventarme una vida que largarme y construirme una.

—Bueno —dice Alice con sonrisa triste, al terminar el último sobre— ya está.

Capítulo 19

Estoy en el piso de abajo en los almacenes HMV viendo los DVD de *fitness* y, seguro, ahí está.

Los ejercicios yogásMICOS.

Mi hermana, el DVD.

Dios, tiene buen aspecto. Vamos, probablemente la habrán peinado un poco para la carátula, pero aun así, parece una persona distinta a la que se marchó al otro lado del mundo hace tres años.

Sonrío con lo que espero sea una sonrisa orgullosa, pero en el fondo sé que solo me engaño a mí misma. Lo cierto es que estoy celosa como un demonio.

¿Por qué no lo hice yo? ¿Por qué no huí a Australia para iniciar una revolución tántrico-yoguil?

Le doy la vuelta al DVD y miro los contenidos en la contraportada.

Introducción: Técnicas de respiración

Calentamiento

Giros tántricos

Tonificación tántrica

Rotaciones pélvicas

Ejercicios en el suelo

Enfriamiento

Estiramientos sexis

Extras del DVD: Galería fotográfica

Entre bambalinas

Entrevista a Hope Wishart

¡Extras! ¡Mi hermana tiene extras!

¡Quiero un DVD!

¡Quiero extras!

No me importan las técnicas de respiración del yoga. Ahora mismo me basta con poder respirar con normalidad. Me tiemblan las manos, me sudan las palmas, me da flojera en las piernas. Debo estar convirtiéndome en Alice.

Pero ¿Por qué me pongo así? ¿En este estado? ¿Por qué no me puedo alegrar por ella?

Se trata de mi hermana, después de todo.

En un esfuerzo por ser una buena hermana mayor, decido comprarme un ejemplar del DVD y llevármelo a casa.

Soy una buena hermana mayor, me digo.

Pero aun siendo una buena hermana mayor, (y a juzgar por la silueta de la portada, soy bastante mayor), tardo seis horas en poner el DVD. Paso la aspiradora, ceno, veo *Newsnight*, pero sé que no puedo posponerlo más. Así que allá voy.

Ahí está.

Dios mío.

¿Cuánto peso ha perdido? En serio, existen insectos palo con muslos más grandes que los suyos.

«Bienvenidos a los ejercicios yogásicos —dice mi hermana desde un decorado rojo, alumbrado con estrellas, con una estética en algún punto entre un vídeo de rock de los ochenta y un burdel de lujo— soy Hope Wishart y durante la próxima hora les voy a ayudar a dar los primeros pasos en su viaje hacia un cuerpo mejor y una vida sexual más satisfactoria. Estos ejercicios no solo van a ayudarles a tonificar su cuerpo y perder grasa, sino que también les ayudarán a obtener más placer sexual... — ¡Dios mío!— Antes de nada vamos a empezar haciendo algunos ejercicios de calentamiento para ayudarles a conectar con su yo tántrico y recargar parte de su energía sexual latente...»

Muy bien, ese es justo el tipo de cosas que una quiere que le enseñe su hermana pequeña, ¿no? A recargar mi energía sexual latente. A conectar con mi yo tántrico.

Tomo el mando y paso a la siguiente sección.

«Muy bien —me dice mi hermana, balanceando la pierna izquierda cuidadosamente tras su cabeza— deben estar sintiéndolo ahora mismo.»

Sí, lo estoy sintiendo muy bien. Solo que no lo siento en las piernas, que están en su posición habitual, despatarradas en el sofá, sino en esa parte del cerebro que contiene todos esos sentimientos desagradables. Celos. Ira. Desesperación. La futilidad absoluta de la existencia humana.

«Y vamos a estirar contando hasta ocho, uno, dos...»

De repente, escucho un ruido horrible. Tardo algunos segundos en darme cuenta de que ese ruido no es una manifestación àurica de todos mis sentimientos desagradables anti yoga. Es música. Una guitarra alta, iracunda, y no parece que vaya a apagarse.

Genial.

Mi vecino está tocando *death metal* a las doce y cinco de la madrugada.

Subo el volumen de la tele con el mando, pero el ruido persiste.

«Conforme vayan bajando la pierna lentamente, exhalen y liberen toda esa energía negativa... »

Sí, muy bien. Bajo la pierna, la saco del sofá y golpeo tres veces con la vana esperanza de que el nuevo inquilino entienda el mensaje.

Lo único que logro es que suba la música.

Trato de ignorarla durante diez minutos, pero al final me doy cuenta de que voy a tener que enfrentarme con él. Mientras me pongo la chaqueta vaquera, echo otro vistazo a la tele.

Mi hermana, ahora en proceso de sintonizar los músculos pélvicos, tántricamente ajena al ruido ensordecedor procedente de abajo.

«Bien, ahora eleven las nalgas hacia el cielo y mantened el pubis metido.» —Son sus últimas palabras mientras me dirijo a arrostrar a mi vecino.

Me detengo en el umbral de la puerta, luego llamo y, mientras lo hago, me doy cuenta de que la puerta está entreabierta. Aguzo el oído, pero no se oye más que las mismas guitarras distorsionadas causantes del conflicto y las voces iracundas.

Vuelvo a llamar, solo que esta vez lo hago con más fuerza.

Como no viene nadie, me acerco a la ventana, pero las cortinas están echadas.

Golpeo el cristal con los nudillos, pero enseguida me doy cuenta de que no es mi día de suerte. Luego, cuando estoy a punto de admitir mi derrota y marcharme a mi piso, algo me detiene.

Es una sensación de que algo no marcha bien aquí.

No tiene ninguna lógica, pero es como si pudiera sentir que algo va mal. Hay algo en el aire.

Dicen que se pueden oler los problemas y en este mismo momento creo que es cierto.

Vuelvo a la puerta y la empujo.

A diferencia de mi piso, no hay vestíbulo. La puerta lleva directamente al salón. No hay luces encendidas, pero resulta fácil ver que todo está patas arriba. Y el olor de los problemas se une a otros hedores más reconocibles de tabaco rancio y ropa sucia.

Miro abajo y veo que tengo el pie sobre la moqueta, junto a una lata arrugada de cerveza de mucha graduación y una mancha de aspecto bastante incierto.

¿Qué estoy haciendo?

Esto es allanamiento de morada.

Es ilegal.

También es insensato.

Quiero decir que el neandertal alcohólico que vive aquí no se me antoja del tipo de personas a las que agrade que la gente entre en su apartamento sin permiso.

¿Y si es un asesino en serie? Vamos, tiene los gustos musicales adecuados para ello. Y el vello facial era como el de las fotos policiales de identificación.

Sí, eso es. Estoy aquí en el apartamento de un psicópata con la música tan alta que nadie me oirá gritar. Tengo que marcharme ahora mismo.

Vamos, Faith, date la vuelta y sal por la puerta. ¿Quién me he creído que soy? ¿Jodie Foster? Es más de medianoche. Es aterrador.

Pero no puedo apartarla.

La sensación de que ha ocurrido algo malo.

Capítulo 20

— ¿Hola?

Nadie responde.

— ¿Hola?

Nada.

Observo con la media luz de la lámpara del suelo y veo algunas cajas. Cientos de cajas, apiladas unas encima de otras. Algunas altas, otras bajas, la habitación es una metrópolis de cartón.

Un par de cajas han sido señaladas con un rotulador: «Cosas de R», escrito con letras grandes, poco firmes, a los lados.

Dios mío. Lleva aquí días y no ha desembalado nada. Debe ser aún más desordenado que yo.

O alcohólico. Observo meticulosamente la caótica disposición de latas vacías de cerveza y botellas de vodka que decoran la moqueta. Sigo su rastro desperdigado hacia la puerta y veo... oh, Dios mío.

Me quedo helada. Literalmente, la sorpresa hace que me resulte imposible moverme.

Capítulo 21

Un pie.

Un enorme pie descalzo, sobresaliendo por la puerta.

Me lleva unos segundos comprender lo que estoy viendo, comprender que es probable que ese pie esté unido a un cuerpo y que (a juzgar por la postura del pie) el cuerpo esté tumbado en el suelo, boca arriba, inerte.

Entonces me doy cuenta de que es el tipo de escena en la que uno no se puede quedar inmóvil durante mucho tiempo.

Camino hacia delante, dirigiéndome al dormitorio y me escucho gemir de susto.

Es él. El neandertal. Tumbado completamente desnudo en el suelo. Inerte.

Tiene vómito en la cara, saliéndole de la boca, abierta, atravesándole la barba, hacia las mejillas.

Tiene una botella vacía junto a la cabeza.

Y luego, todo parece irreal, ficción, tiene la pinta que siempre tienen las situaciones de emergencia.

De repente, me encuentro moviéndome a velocidad de crisis, arrodillándome, buscando algún signo de vida. Le pongo los dedos en el cuello, aguardando, tratando de hallarle el pulso.

Nada.

Tras despejarle las vías respiratorias, le levanto la mano. La mano que ha caído sobre su ingle, la mano que pesa más de lo que jamás pensé que podía pesar una mano. Está caliente.

La dejo y vuelvo a buscarle el pulso.

Nada.

—Por favor —digo, tirándole del hombro con la mano que me queda libre— por favor, despierta.

Tiene los ojos abiertos, mirando vacíos al techo. No ven. O ven demasiado lejos.

De repente se me viene a la cabeza: está muerto. Estoy tocando un cuerpo muerto.

Pero conserva la temperatura corporal. El sudor de la cara brilla y está húmedo. Tiene la piel pálida, pero no del tono de los muertos. Estoy al teléfono, con el móvil, en este momento. Me he oído a mí misma pidiendo una ambulancia, me he oído dando la dirección, pero todo esto está ocurriendo demasiado deprisa. A cámara lenta. En tercera persona.

Es como si estuviera observando toda la escena desde arriba. Porque ya no soy yo. No puede ser. La chica que está dejando el teléfono en el suelo, colocando las manos juntas sobre el pecho del hombre, la chica que está presionando el pecho de un hombre, tratando de devolver al muerto a la vida. Esa chica es otra persona. No yo. Estas cosas no me pasan a mí. Mi día típico no incluye toparme con cadáveres desnudos en pisos de entresuelo.

Quince intentos en el pecho, luego dos en la boca con la nariz tapada. Tal como aprendí en aquel curso que hice. Primeros auxilios de St. John. Tras la muerte de papá, equipándome de conocimientos que me habrían hecho falta hace un año. Tengo un vago recuerdo de la demostración práctica, con muñecos de plástico, de alguien diciéndome que no tuviera miedo de apretar fuerte, porque, a veces, implica romper la caja torácica.

Mientras presiono con fuerza, por novena vez, un nítido pensamiento se abre camino en mitad de esta pesadilla viviente. El pensamiento es: ¿Y si me acusan falsamente? Quiero decir, sencillamente, que acabara de morir y que casualmente yo entrara en el piso no suena bien. Lo veo: «Mujer mata a vecino ruidoso (después, le roba la ropa)».

—Diez —digo, siguiendo la cuenta mientras vuelvo a presionarle el pecho, empleando todo el peso de mi cuerpo. Vamos, por favor, vamos. Despierta —... Once.

Le miro la boca, el vómito alrededor de ella, colgándole de la barba. La idea de poner mis labios sobre los suyos resulta imposible, solo faltan cuatro apretones más.

—Doce.

La persona del teléfono me ha dicho que siga haciéndolo hasta que llegue la ambulancia, que llegará «muy pronto». Pero «muy pronto» está empezando a hacerse eterno.

—Trece.

¿Cuánto tiempo se puede estar sin pulso? ¿Un minuto?

No, más. ¿Tres minutos? ¿Han pasado tres minutos? Ni idea. Mi mente centellea rápido, como un montaje de la MTV.

Una peli de los ochenta con Kiefer Sutherland. Julia Roberts también salía, creo. *Línea mortal*, esa era. Un grupo de estudiantes de medicina probando cuánto se puede aguantar sin pulso. Uno de ellos aguanta unos catorce minutos. Ese es el tiempo que un ser humano puede estar sin oxígeno. Me acuerdo cuando fui a Sea World de niña, cuando estuvimos en Florida, tenían esos submarinistas sudamericanos buscadores de perlas que no llevaban ningún equipamiento. Recuerdo las minúsculas burbujas subiendo a la superficie del agua. Fue la imagen más bella que había visto jamás. Las bonitas pequeñas burbujas, como perlas que escapaban, aumentando de velocidad conforme ascendían. Recuerdo que le pregunté a mi padre si podía aguantar la respiración durante tanto tiempo. Durante catorce minutos. Dijo que no podía, pero no le creí.

—Catorce.

Cada milisegundo se extiende una eternidad y una extraña calma distante me asalta, o mejor dicho, asalta a mi otro yo, mi yo está mirando desde arriba. Por primera vez desde que me lo he encontrado, he percibido la increíble rareza del cuerpo del neardental. El contraste entre la palidez de su piel y la oscuridad de su cabello. La extraña forma de su cuerpo. Demasiado gordo y demasiado flaco a la vez, una forma insalubre, pero no una forma atrofiada ni muerta, no es una forma hecha para los ataúdes.

Mis ojos, que aún no se han acostumbrado a la oscuridad de la situación, le miran el pene. Yace flácido, hacia arriba, hacia el ombligo, parece derrotado, inerte, como si imitara el cuerpo al que pertenece.

Es un pene grande. Enorme, de hecho, considerando la falta de flujo sanguíneo. Aun derrotado, surge orgulloso y amplio desde la melena del pubis. ¿Pero es eso posible? ¿Es posible que sea del tipo de persona que, mientras trata de salvarle la vida a alguien, está a su vez contemplando el tamaño de su pene? Al parecer, sí. En mi mente se pueden colar pensamientos obscenos y ridículos en cualquier momento. Incluso en un momento como este.

—Quince.

No aparece la ambulancia. Ni una sirena distante. Tampoco es que pudiera oírla con el ruido de las guitarras berreantes.

Estamos solos yo, el cadáver y las cajas sin desembalar. La respiración boca a boca está a punto de suceder.

La nariz le brilla, transpira alcohol, y la tiene atestada de espinillas. Se la tapo, luego me tapo la mía para tratar de reprimir las náuseas.

Me da una arcada al darme cuenta de que le queda algo en los labios, pero no hay

tiempo para limpiárselo. Podría ser el segundo. Podría ser el momento fatal en el que se pierda para siempre.

No.

No puedo hacerlo.

En este instante me doy cuenta de quién soy. Soy alguien que puede pensar en el tamaño de un pene en una situación de vida o muerte. Soy alguien que necesita limpiar el vómito (aunque rápido, con el lateral de la muñeca) antes de hacer el boca a boca.

Pero no logro limpiarlo todo. Puedo sentir su sabor, aunque no lo identifico. Me concentro en el roce de su barba en mi barbilla. Inspiro profundamente, soltando el aire en su interior. Un hombre que no sé ni cómo se llama.

Me levanto, inclino la cabeza y observo cómo se le desinfla el pecho. Desde este ángulo, su cuerpo es solo vello. Desde este ángulo es un *yeti*.

Cuando se le desinfla completamente el pecho, vuelvo a poner los labios sobre los suyos para volver a exhalar un lento y potente torrente de aire. Conforme voy soltando el aire me pregunto qué habrá pasado. Me pregunto por qué no lleva puesta la ropa. Por qué se ha hecho esto, y si habrá llegado hasta este punto deliberadamente.

No hay luz.

Vuelvo a su pecho, empleando toda la energía revitalizante que puedo.

—Vamos... por favor no te mueras... por favor.

Capítulo 22

Todo el piso está conmigo. De mi parte. Puedo notarlo, la fuerza de todos los secretos contenidos en esas cajas sin desembalar, un poder casi sobrenatural. No puede morir. Este hombre, este ser humano, sea lo que sea lo que se haya hecho, debo deshacerlo; sea lo que sea lo que ha ocurrido, no ha terminado del todo.

Mientras sigo presionando, inclino la cabeza para mirar por la ventana. La lluvia golpea incesantemente los cristales y es difícil ver algo, aunque sí puedo decir que la ambulancia aún no ha llegado. Por supuesto que no ha llegado. Si acabo de llamar... ¿Cuándo? ¿Hace un minuto? ¿Menos de un minuto? ¿Podría incluso hacer menos de un minuto? ¿Quizá más? Ni idea. Resulta engañoso.

La música se detiene. El breve silbido de una cinta y luego nada. Tan solo el sonido de la lluvia, el rumor distante de un rayo y mi propio agotamiento.

De nuevo, trato de llegar a un acuerdo con él mientras le presiono el pecho.

—Despierta... Lo siento... No quería quejarme... Quien quiera que seas... Por favor, despierta... Por favor... Si puedes oírme... Me encanta tu música... Puedes ponerla... tan alta como quieras... Lo siento mucho...

El hombre, su cuerpo, su olor, su barba, su desnudez, su vello corporal, nada de eso me resulta repulsivo ahora. Resulta bello en su indefensión y debo seguir, a pesar del hecho de que mis brazos están a punto de rendirse, a pesar del hecho de que ya debe de estar...

Algo ha ocurrido.

Justo en ese momento.

Lo noto, bajo las palmas de la mano de mis agotadas manos.

— ¿Hola? ¿Me oyes? ¿Hola?

Aparto las manos del pecho.

Un extraño sonido, un gemido al revés, luego se le agita todo el cuerpo con una convulsión. Se asfixia, levanta la cabeza, como en una pesadilla, tratando de tomar aire. Las convulsiones se detienen y le sale más vómito acuoso de la boca.

La cabeza cae hacia atrás, pero ahora tiene una chispa de vida en la mirada.

Vuelvo a preguntarle.

— ¿Me oyes?

Se le abre la boca para emitir algún sonido inarticulado. Le compruebo el pulso en la muñeca. Débil y lento, pero es pulso, al fin y al cabo. Vuelve a cerrar los ojos.

—Mantente despierto —le digo— por favor, mantente despierto. Te vas a poner bien, pero mantente despierto.

La voz de un hombre.

— ¿Hola? —La ambulancia debe de haber llegado.

—Hola —contesto— por aquí.

Un hombre y una mujer vestidos con uniformes verdes entran en el salón. Jamás me había alegrado tanto de ver a alguien en toda mi vida como ahora, al ver a estos dos arcángeles de verde.

El hombre pregunta.

— ¿Cómo se llama?

—No lo sé.

La mujer pregunta:

— ¿Tiene pulso?

—Creo que sí... sí... sí tiene.

El hombre pregunta.

— ¿Lo has reanimado?

Las palabras llegan a más velocidad.

—Sí... se ha despertado... Se le ha movido el cuerpo como si le estuviera dando un ataque y luego ha cerrado los ojos y no sé qué ha pasado, se le ha caído la cabeza hacia atrás y se le han cerrado los ojos y no sé qué hacer... no sabía... es que... yo... no sé si está... si se va a poner bien...

El hombre me pone una mano en el hombro. Quiere tranquilizarme. Quiere que hable

coherentemente. Y desde luego no estoy hablando con coherencia.

Tengo las manos en la boca, temblando, temblando no, vibrando. Me echo atrás, apoyándome en la pared. Los de la ambulancia se arrodillan buscando signos de vida. Despliegan una camilla y lo empujan sobre ella.

Empujan de nuevo para alzar la camilla.

La ropa está en el suelo, colgada de la puerta del dormitorio. Vaqueros negros, un jersey de lana, zapatos. La tomo y sigo a la camilla.

— ¿Va a venir con nosotros? —pregunta la mujer de la ambulancia, caminando de espaldas, haciendo fuerza.

—Sí —digo, recuperando algo la compostura— va a necesitar la ropa.

Así que nos dirigimos a la ambulancia, pasando entre las cajas. Fuera, bajo la lluvia.

Capítulo 23

No hay nada peor que el olor de los hospitales. Ese olor a antiséptico, desinfectante, médicos y muerte.

Llevo aquí sentada, en esta triste sala de espera, con el mismo vaso de plástico, unas tres horas. Tres horas.

¿Y qué es lo que he averiguado en este tiempo?

Que probablemente se pondrá bien.

Que ha estado en estado crítico, pero que se ha estabilizado y que está semiconsciente.

Que se llama Frank.

Frank Black.

Creo que es lo que ha dicho la chica del mostrador. Se estaba jalando un sándwich de queso de dudosa calidad en ese momento.

Parece que tiene sentido. Si hay alguien que debía llamarse Frank, tenía que ser él. Parece que responde a su aura general de rareza. De *barbeza*.

También me he enterado de otras cosas. Me he enterado de que la mujer del mostrador le dieron el empleo para llevar a cabo algún tipo de pantomima macabra. Vamos, hay dos pruebas de ello sobre la mesa. Una dice «Ayuda». El otro dice «Información». Deben de ser las dos palabras en inglés que menos se le podrían aplicar. Sí, vale, me ha dicho su nombre. Pero eso es todo. En serio, me he acercado al mostrador unas setecientas veces para preguntar si está bien, cuánto iba a tardar y todo eso y todas las veces me ha saludado con un tono gélido, de turno de noche, con mirada de «Los vampiros me han poseído» y contestaba algo como «Hay más gente esperando noticias».

Lo cual era, de hecho, mentira.

Solo hay otra persona en la sala de espera, un hombre de mediana edad vestido con un anorak, cuya mujer ha tenido un accidente con la freidora. Y estaba demasiado absorto mirándome el canalillo como para levantarse a pedirle información a Doña Servicial.

Solo me he podido enterar de algo más cuando ha llegado una mujer con gafas, bata blanca y una carpeta. Aun así, sigo sin saber si le darán el alta esta noche. O si puede haber

complicaciones.

Así que ¿por qué sigo aquí?

Ya les he dado la ropa, no hay nada más que preguntar, son las cuatro de la mañana y ¿dónde estoy?

Sentada en una silla que bien podría haber sido diseñada por el marqués de Sade, con un masoca vestido con un anorak mirándome embobado las tetas y donde el único elemento de compañía es el vigilante de *Prisoner Cell Block H*.⁴

Y mañana trabajo.

Dentro de cinco horas.

Así que estoy, técnicamente, loca.

Pero la cuestión es que, necesito saberlo. No puedo irme a casa ahora sin haberle visto en persona. Le he salvado la vida. Es lo que me ha dicho el de la ambulancia. Ahora, eso tampoco tiene que ver con el hecho de que sea un borracho neandertal y patán, pero quiere decir algo. Quiere decir que necesito verlo personalmente. Solo para estar segura.

Miro mi vaso vacío y recuerdo la última vez que hice esto. La noche que papá murió. Cuando nos dijeron que esperaríamos fuera y mi madre fue la única a la que dejaron quedarse con él, y nos dejaron fuera mirando el reloj de la pared. Mirando el minuterero y preguntándonos si queríamos que el tiempo se detuviera, o que transcurriera más deprisa.

Voces.

Pasos.

Retumbando en el pasillo.

Es él. Frank. Ahí de pie, con aspecto de estar medio muerto.

Pero es un alivio verlo. Después de todo, tener cara de medio muerto siempre es mejor que tener cara de muerto completo. El médico está junto a él y me sonrío, como si yo fuera su mujer, su novia, o algo.

Frank, sin embargo, no sonrío. Ni cuando me ve, hace gesto alguno. No me reconoce. Tan solo camina pasando junto a mí.

⁴ Serie de la televisión australiana de gran éxito entre 1979 y 1986 ambientada en una prisión para mujeres. (*N de la T*)

Quizá esté aturdido.

Me levanto y lo sigo. La mujer del mostrador sonríe por primera vez desde que he llegado.

—Disculpa —le digo— Hola, Frank, soy yo. Faith. La chica del piso de arriba. Te encontré...

Las puertas automáticas se abren cuando Frank se acerca. Sigue lloviendo y Frank, vestido con la ropa que le he traído, sigue sin decir nada.

Lo tomo del brazo. Se detiene, se gira y me mira. Bajo la luz artificial parece un zombi. Tiene el pelo más oscuro y la piel más pálida que otras veces. Algunas gotas de lluvia le decoran la barba.

—Tenemos que ir a casa —le digo—  Has llamado a un taxi?  Te han pedido uno?

Niega con la cabeza.

—No.

Vale que no está siendo una conversación profunda y significativa, pero es un comienzo. Me saco el móvil del bolsillo y luego saco el monedero, donde tengo una tarjeta arrugada. «Al taxis».

Frank me observa con un silencio sombrío mientras marco y pido que nos lleven a casa.

—Tardar  cinco minutos —le digo.

Se gira y aguarda bajo un toldo que hay junto a la puerta de la sección de radiología.

Ya sé que hace menos de cuatro horas casi se muere de una intoxicación etílica. Pero tampoco es razón para ser tan grosero. Bicho raro barbudo e idiota. No sé por qué me he molestado en pasarme toda la noche sin dormir, de verdad que no lo sé.

Aguardamos en silencio a que llegue el taxi, observando los charcos bajo la lluvia.

Capítulo 24

—Te traje la ropa —le digo, mientras el taxi sale a la calle principal— me metí en la ambulancia y te traje la ropa al hospital.

No contesta. Tiene la cara apoyada en la ventanilla, mirando por la ventana. Nada en su mirada indica que haya oído nada de lo que le acabo de decir.

El taxista, un indio de triste sonrisa, se gira para confirmar la dirección. Como Frank no contesta, asiento con la cabeza y le digo que la dirección es correcta.

Cuando pasamos por la puerta del Tesco veinticuatro horas, resplandeciendo como una falsa eternidad, miro la cara barbuda de Frank. Le haría falta un tratamiento de belleza integral a manos de un profesional y dos semanas en un balneario para recuperar las fuerzas.

—No era mi intención entrar en tu casa —le digo— es que bajé para... —vacilo al recordar exactamente por qué había bajado— la puerta estaba abierta —digo.

Me mira.

Ahora es cuando va a pasar. Ahora es cuando me va a dar las gracias por haberle salvado la vida.

—A eso te dedicas, a llamar a la puerta de la gente, y cuando encuentras una abierta, entras. —Niega con la cabeza. Está enojado. ¡Enojado!

Enseguida me doy cuenta de que la furia es contagiosa.

—Oye... Escuche, señor... Frank o como te llames. Si no llega a ser porque abrí esa puerta. Si no me hubiera preocupado por comprobar si estabas bien... si no hubiera...

Frank cierra los ojos, echa la cabeza hacia atrás y levanta una mano desdeñosa.

— ¿Qué quieres? ¿Un premio Nobel?

Abro la boca. Cierro la boca. Me he quedado muda.

Lo vuelvo a intentar. Esta vez salen palabras.

—Te he salvado la vida.

La sonrisa del taxista cambia de la tristeza a la sonrisa cuando mira por el espejo

retrovisor.

Frank se gira y me mira.

—Te he salvado la vida —le repito, esta vez con voz más baja para que el taxista no me oiga.

Los ojos de Frank, unas islas verdes en medio de una isla rosa, me hacen sentir culpable al instante. Por qué razón, no lo sé exactamente.

El taxi se detiene.

Mientras revuelvo en el monedero buscando el importe exacto. Frank sale.

—Muy bien, te vas —digo, dándole al taxista un puñado de monedas.

El taxista las cuenta, asiente con la cabeza y se marcha. Me giro para preguntarle a Frank si está bien.

— ¿Estás...?

Pero ya se ha ido.

Capítulo 25

Esa noche apenas logro dormir.

No puedo evitar pensar que Frank es más de lo que parece. Había algo en la manera en que me miraba, en el taxi. Era casi como un alarido pidiendo ayuda o algo.

¿Y por qué no ha desembalado las cajas?

Estoy ahí tumbada, mirando al techo, preguntándome cuál será la historia que contienen esas cajas. Una historia que le ha llevado a beber hasta el coma.

Luego, antes de darme cuenta, es hora de levantarme.

Capítulo 26

Lorraine no tiene cara de felicidad. Bueno, para ser más exactos, no tiene cara de nada. Punto. Vamos, estamos ante una mujer que hace que Michael Jackson parezca un hito de la belleza natural.

Pero, de todas formas, está de malas. Está de malas porque acaban de retirar del mercado el nuevo gel limpiador y el desmaquillador de Keats. Resulta que a todas las que lo utilizan les sale un terrible sarpullido que dura semanas. Al parecer, solo podemos vender la versión hipo-alérgica a partir de ahora. Oh, y también está enojada conmigo.

—Faith, ¿por qué no le diste una bolsa de muestras gratuitas a esa mujer?

Ups.

—Oh, se me olvidó.

— ¿Se te olvidó?

—Sí. Lo siento.

Trata de enarcar una ceja. Se mueve medio milímetro.

— ¿Lo sientes?

Dios. Cualquiera diría que he puesto en peligro la seguridad nacional, y no que se me haya olvidado darle una flamante bolsa de muestras gratuitas.

—Sí, no volverá a ocurrir.

—Y arréglate la cara. Tienes un aspecto horrible —le dijo la sartén al cazo. Pero me miro en el espejo y me doy cuenta, recelosa, de que tiene algo de razón. Mira qué ojeras.

—Lo siento. Me pondré algo de maquillaje. Es que apenas he dormido esta noche.

Juguetea indiferente con el expositor del autobronceador.

—Faith, no me interesa tu vida sexual. Solo quiero que hagas bien tu trabajo.

¿Mi vida sexual? Vale que una noche en la sala de espera de un hospital, soportando la mirada babosa de un masoca vestido con un anorak pudiera valer para algunas, pero yo no soy una de ellas.

—No he estado...

Pero lo dejo. ¿Para qué molestarme? Ni siquiera he sido capaz de justificarme a mí misma, por qué me he tirado toda la noche sin dormir por el hombre más grosero de la tierra, así que difícilmente voy a poder hacérselo comprender a Lorraine.

Así que me quedo callada, me maquillo los círculos oscuros hinchados de debajo de los ojos y me pongo a trabajar. Y justo cuando creo que el día no podría ir peor, entra alguien a quien conozco.

La chica del flequillo gigante.

La pequeña Doña *Fashion Victim*.

De la agencia de publicidad Coleridge.

Aquella que quería hablar un momentito con John Sampson a mitad de mi entrevista. Aquella que hizo que se esfumaran completamente mis posibilidades.

— ¿No la conozco de algo? — me pregunta, a sabiendas de que me conoce.

—Creo que no —le digo— ¿Puedo ayudarla?

Cruza los brazos y sonrío.

—Eres la que trató de hacerse con el puesto. ¿Verdad?

Lorraine está cerca. Si se entera de que he estado buscando otro trabajo mintiendo en el currículum estoy perdida.

—Tenemos una oferta especial de tres por uno en la gama de cuidado facial —le digo, ignorando la pregunta.

Doña Flequillo Gigante mira a Lorraine, luego me mira a mí, chasqueando la lengua. Si tuviera un buen día, podría con esta situación. Probablemente podría inventarme alguna forma de librarme de ella. Pero el día de hoy es a los días buenos lo que el papa a los burdeles.

Doña Flequillo Gigante aguarda un momento. Solo para asegurarse de que comprenda que está por encima de mí.

—Solo un brillo de labios —me dice con frialdad— y un gel limpiador.

Cuando lo dice, Lorraine se cruza con nosotras y dice.

—Voy a hacer un descanso. Vengo en diez minutos.

—Oh, vale.

—Tómate tu tiempo —dice Doña Flequillo Gigante, mirando el reloj, al darle el brillo de labios.

Tras darle el brillo, me pongo a buscar el gel limpiador hipoalergénico y veo que quedan todavía de los otros. Los que te provocan un terrible sarpullido. Me aseguro de que Lorraine se haya marchado y entonces le cuelo una caja a Doña Flequillo Gigante.

—El gel limpiador —le digo con mi mejor tono de maquilladora— te lo tienes que aplicar muy generosamente, porque es muy suave.

Doña Flequillo sonrío con desdén, paga y se lleva el brillo de labios y el gel limpiador de uso industrial. Se marcha sin decir nada.

—Que tengas un buen día.

Capítulo 27

Alice está de bajón, posiblemente porque lleva todo el día rellenando sobres y tiene el panza del tamaño de un balón de playa.

—Parezco un tanque —me dice, tras enseñarme la habitación que ha decorado para el bebé.

—Que no —le digo— estás preciosa, radiante.

—Radiante está mi estomago. Tengo el tamaño de una montaña.

—No seas tonta.

—Estoy gorda.

—Que no. Estás embarazada. Tienes que tener ese aspecto.

— ¿Como Jabba el hutt?

—No. Como, como... como Demi Moore. Ya sabes cuando salió en la portada de aquella revista. ¡Demi Moore!

Decido cambiar de tema y le cuento lo de esta noche. Todo lo de Frank. No se puede creer lo que está oyendo.

— ¿Le tocaste la boca? —me pregunta.

—Ajá. Tuve que hacerlo. Al parecer es un punto esencial en el proceso de reanimación.

Entonces le cuento lo del hospital. Lo de la increíble mala educación de Frank, después de haberle salvado la vida. Lo de la vuelta a casa en taxi. Lo de la forma en que desapareció sin apenas mediar palabra.

—Dios —dice, antes de emitir su veredicto— Es un completo idiota.

Asiento. Es verdad. No es un idiota a medias, lo es del todo.

—Yo que tu me mantendría alejada de ese bicho raro desagradecido —dice.

—Sí —contesto— creo que sí.

Capítulo 28

Llego al trabajo y en diez minutos estoy en un estado de sorpresa, rígida y muda.

A cinco metros del mostrador de Keats hay un anuncio a tamaño natural de una mujer con los dientes blancos, sentada en la posición del loto.

Me doy cuenta de que la mujer de cartón es mi hermana. La razón por la que estoy segura al cien por cien es el hecho de que hay un cartel junto a ella que dice.

La experta en yoga, Hope Wishart, estrella de Buenos días Gran Bretaña, estará hoy aquí para promocionar y firmar los DVD y los libros de Ejercicios yogásimicos.

Luego, con letras más pequeñas, pone una hora.

14.30

Miro la hora: 14.12.

Diablos, esto no puede estar pasando. No puede estar pasando. No puede ser. ¿Por qué narices viene aquí? Debe de ser una gira promocional nacional.

No puede verme. No puede enterarse de que trabajo aquí. No porque me avergüence, sino porque mi madre le habrá contado que soy relaciones públicas en una de las cartas que solía enviarle. Y si Hope habla con mi madre, lo cual ocurrirá en algún momento, todas mis mentiras me estallarán en la cara.

Miro junto al cartón y el cartel. Hay una alfombra y un pequeño micrófono. Dios mío, estará justo ahí, a tan solo cinco exhalaciones yoguiles de mí. Tengo que pensar en algo. Y rápido.

—Disculpe —la voz de una clienta interrumpe el curso de mis pensamientos— ¿tienen un limpiador facial para pieles sensibles?

Me doy la vuelta y veo que la voz pertenece a una estudiante que lleva una bufanda de colores y una agradable sonrisa. Quiero engatusarla, pero Lorraine probablemente no estará muy lejos, así que mejor me dejo de rollos.

—Sí —le digo, hablando a toda velocidad— el limpiador suave de Keats, que es un limpiador con dosificador —noto que hablo aún más rápido— tiene una cantidad especial de ingredientes botánicos como camomila y romero y —aún más deprisa— dura meses y viene

con su paño de muselina que actúa como exfoliante natural que se aplica por la mañana y por la noche teniendo especial cuidado en el contorno de ojos a la vez que pule suavemente la piel para eliminar las células muertas y descongestionar la cara eliminando los restos de maquillaje pero sin restarle humedad a la piel es un producto muy popular y ganó como mejor producto en relación calidad-precio en el último número de la revista Glamour.

Buf, estoy exhausta. También lo está la señorita bufanda de colores, por lo que parece. Aun así, realiza la compra y se marcha en lo que debe de ser un tiempo récord.

Aún no he solucionado el problema de cómo voy a volverme invisible en los próximos minutos. Supongo que podría largarme, pero sé que Lorraine me despediría si la vuelvo a cabrear una sola vez más. Y no merece la pena perder mi única fuente de ingresos por evitar encontrarme con mi hermana.

Pero de nuevo, no se trata solo de toparme con Hope. Se trata de toparme con todas mis mentiras. Y eso puede ser muy doloroso. Si Hope se entera de que trabajo aquí, lo más probable es que se lo cuente a mamá, por mucho que le suplique que tenga la boca cerrada. Y si mi madre se enterara de que soy maquilladora en lugar de relaciones públicas de alto nivel le daría algo. Y empezaría a preguntarme que en qué otras cosas le he estado mintiendo y a decirme lo avergonzado que estaría mi padre si me viera y que por qué le he mentado...

Bueno, se pueden hacer una idea. Sería un follón.

Así que tengo que pensar rápido.

Entonces se me viene algo nítidamente a la cabeza de forma que, si fuera un dibujo animado, habría salido una bombilla encendida justo encima de mí.

El almacén. Justo en este instante el almacén de la planta baja está repleto de los últimos lotes de maquillaje Keats. Solo porque ha habido algún malentendido con el distribuidor, se han intercambiado las cantidades y se han mezclado. Lorraine ha estado tratando de arreglarlo estos últimos dos días, pero, por lo que sé, aún no lo ha logrado.

Miro a mi hermana de cartón, que me sonrío, y luego miro la hora: las 14.20.

Ahora o nunca, me digo, y el corazón se pone loco.

Localizo a Lorraine y le digo que voy a ordenar el almacén por ella.

— ¿Te encuentras bien? — me pregunta, poniéndome una mano con excesiva manicura en la frente.

— Estoy bien — le digo — Es solo que últimamente he sido un poco descuidada y quiero

hacer más para ayudar así que he pensado que te voy a ahorrar un poco de trabajo y voy a empezar con el almacén.

Me lanza una mirada que podría calificarse de inquisitiva, si no se hubiera botoxizado la frente, enviándola a un estado de parálisis muscular.

—Muy bien —dice, finalmente— supongo que no tenemos mucho trabajo en planta, así que toma las llaves.

Quiero a Lorraine en este mismo momento.

La quiero tanto que podría plantarle un besazo en esa enorme y vieja cara de salchicha que tiene.

Pueden decir que exagero, pero esta mujer acaba de salvarme la vida.

Me lo pienso mejor, lo del beso, y me limito a asentir sumisamente con la cabeza, tomar las llaves y empezar a caminar.

Rápido.

Capítulo 20

Mierda.

Re-mierda.

Re-mierda *choco moca con leche granizada* con nata montada y virutas espolvoreadas por encima.

Es demasiado tarde.

Es ella. Mi hermana. A veinte pasos.

Cruzando las puertas automáticas con otra mujer. Más mayor, más bajita. Debe ser su agente o algo así.

No me ha visto.

Lo único que tengo que hacer es bajar la cabeza y seguir caminando.

Cabeza gacha.

Seguir caminando.

Cabeza gacha.

Seguir caminando.

Cabeza.

— ¿Faith?

Me quedo helada, con la cabeza mirando al suelo. La puerta del almacén está a tres metros como mucho. Podría lograrlo, entrar y cerrar la puerta.

Puede que crea que se ha confundido. Había un signo de interrogación cuando me ha llamado, ¿no? Tres años es mucho tiempo, al fin y al cabo. Y ella está muy cambiada, por lo que seguramente yo también lo estaré.

Pero las piernas se me han vuelto de cemento.

En serio. No me puedo mover.

Al darme cuenta de que no lo voy a lograr a tiempo, agarro la chapa con mi nombre y me la quito con dedos temblorosos. Me la meto en el bolsillo de los pantalones rápidamente y me doy la vuelta.

Ahí está, parece tan perfecta como en el recorte de cartón, boquiabierta y negando con la cabeza en plan «Oh, Dios mío, qué increíble coincidencia».

Puede que yo también esté boquiabierta, pero mi cabeza permanece inmóvil en plan «Oh, Dios mío cómo diablos voy a salir de esta».

Seguir caminando.

—Eres tú —dice, antes de explicarle a la mujer mayor bajita— es mi hermana.

—Es increíble —dice la mujer, mientras me percató de que le vendría bien que le depilaran la barbilla. Está buscando por la planta a la persona que lleva la promoción. Seguro que es Paolo. Él supervisa todos los eventos de salud y belleza de esta planta. Es de Barcelona. Gay como él solo. Y si me ve, me hundirá la coartada.

—Oh, Dios mío —digo, recuperando milagrosamente el habla— Uau, eres tú. Dios, ¿Qué demonios haces aquí?

Por supuesto, sé qué demonios hace aquí, pero algo tenía que decir. Una vez ha terminado de contármelo, me lanza una mirada divertida.

— ¿Trabajas aquí?

Por alguna razón inexplicable, actúo como si fuera lo más hilarante que he oído en mi vida.

— ¿Trabajar aquí? Esa sí que es buena. Qué gracia. ¿Trabajar aquí? Esa sí que es buena. Qué gracia. Trabajar aquí.

¿Qué narices estoy haciendo? La primera vez que me encuentro con mi hermana, y me comporto como una loca de atar.

¿Qué le digo?

La verdad.

No.

Sí.

No.

Sí, es lo que tengo que hacer. Tengo que ser clara. Tengo que poner las cosas claras. Estoy atrapada en un amplio espacio bajo el brillo de las luces de la tienda, a la vista de al menos diez personas que saben que trabajo aquí y estoy ahora mismo con una famosilla que resulta ser mi hermana, y una mujer con barba. Soy tan poco discreta como un gorila con tutú. En las olimpiadas. No es exactamente ni el momento ni el lugar más apropiado del mundo para mentir sobre mi profesión.

—No, trabajo en la agencia de publicidad Coleridge. Una empresa de relaciones públicas. Seguramente mamá ya te lo habrá contado en alguna de sus cartas. Salgo pronto los miércoles, así que se me ha ocurrido ir de compras.

Siento una punzada. No, me refiero a una punzada de verdad, en la parte superior de la pierna. Y luego me acuerdo. La chapa con el nombre. El cierre se debe haber abierto.

Me muerdo el labio y hago una mueca por el dolor.

Me mira con recelo durante un segundo y me mira de arriba abajo el uniforme. En realidad no es un uniforme, uniforme. No es una de esas batas blancas con las que ves a las de Clinique. Es solo una camiseta y unos pantalones negros que, quitando la chapita, tampoco desvelan nada.

Pero sé que sabe que algo no va bien. Puede que se le haya transformado yogásmicamente el cuerpo, pero su mirada afilada como una cuchilla permanece intacta.

La cuestión es que todo esto no debería ser así.

Me he pasado los últimos tres años preguntándome qué pasaría si volviera a ver a mi hermana, y cuándo ocurriría, e imaginándome cómo la regañaría por habernos abandonado a todos. Ella se echaría abajo y empezaría a llorar, se incomodaría o se disculparía y luego yo me haría la condescendiente y le daría un abrazo y todo se arreglaría para siempre.

Pero aquí estoy, aterrorizada, petrificada por si averigua que estoy mintiendo, mientras trato simultáneamente de ignorar el hecho de que se me está clavando un enorme pincho enfurecido en la pierna.

En la periferia de mi campo de visión, está la figura esquelética de Lorraine, que se dirige hacia aquí.

Mierda.

Tengo que hacer algo.

Lo que sea

Como sea.

Capítulo 30

Me echo violentamente hacia la derecha, por lo que estoy fuera de su vista, tras uno de los enormes pilares.

— ¿Estás bien? —me pregunta Hope, con las comisuras de los labios arqueándose hacia abajo, divertida y con curiosidad.

Le tiro con fuerza del brazo, atrayéndola hacia mí, fuera de la mirada todopoderosa de Lorraine.

—Sí... sí... lo siento. Es la rodilla. A veces cede... por completo. Una lesión por el bádminton. Tendría que ir a que me viera un médico.

Mi hermana me mira como si fuera una parodia de mí misma. Un bufón enviado para entretenerla. Pero no me importa, no en este instante. Lo único que me importa es que se mantenga en pie mi coartada.

Lorraine pasa a marchas forzadas, ajena a todo, camino de las escaleras mecánicas. Respiro aliviada para mis adentros, luego le lanzo a Hope una sonrisa para distraerla.

—De todas formas —digo, señalando los libros y DVD expuestos para que la estrella los firme— supongo que será mejor que te deje con eso.

—Oh, no —dice— quédate. Me encantaría que te quedaras.

—No puedo. No puedo quedarme... porque... porque... tengo que irme y... darle de comer al... perro. —Oh, genial, no solo he conseguido inventarme un trabajo y afición por el badminton. Ahora he añadido un can a la lista.

— ¿Perro?

—Sí —digo— de hecho es el perro de mi mejor amiga. Lo estoy cuidando este mes mientras está de vacaciones.

— ¿Ha dejado al perro un mes?

Caray, ¿qué es, de la protectora de animales?

—Eh, sí. La cuestión es que si no vuelvo y, ya sabes, le doy de comer, podría... morirse.

— ¿Morirse?

—Sí, morir, el perro es hiperglucémico. Si no come algún tipo de carbohidrato cada seis horas, fatal... se va al garete. Se muere, así que será mejor.

—Feiz. —El sonido de la voz de Paolo hace que se me detenga por completo el corazón. En serio, se tira unos cinco segundos sin latir.

—Paolo —digo, girándome para saludar a mi amigo español, al que no veo hace tiempo. Mira el lugar en el que debería estar mi chapita y, antes de que le dé tiempo a meter su pata alpargatada, le guiño un ojo y digo.

—Hacia siglos que no nos veíamos. ¿Qué demonios haces aquí?

Me mira, confundido, antes de decir con tono de «a qué juegas»

—Trabajo aquí.

Hope me mira alucinada. Entonces me doy cuenta de por qué, sigo con el ojo guiñado.

—Oh, joder con las lentillas —digo, metiéndome los dedos en los ojos— de verdad que no debería haber dejado de usar las gafas.

—Bueno —dice Paolo— es la hora.

Para alivio mío, me doy cuenta, por su tono servil, de que se está dirigiendo a Hope, haciéndole saber que debería ir a la mesa y empezar a firmar libros. Además, se está empezando a formar una cola de seguidoras con posturas yogásmicas perfectas.

—Muy bien —dice Hope— un minuto.

Paolo asiente y se marcha, mirándome con recelo.

¡Un minuto!

¡No tengo un minuto!

Necesito salir de aquí antes de sufrir una combustión espontánea.

—Voy a tomar el último tren a Londres, ¿por qué no nos vemos después? Podemos salir a tomarnos algo, como en los viejos tiempos.

¿Viejos tiempos? ¿Qué viejos tiempos? En serio, no recuerdo haber salido de copas con mi hermana en toda mi vida. Pero, de todas formas, apenas tengo tiempo de objetar.

—Vale —digo— hay un bar a la vuelta de la esquina. Tiger Tiger. Calculo que estaré de

vuelta a las cinco. ¿Habrás terminado para entonces?

—Sí —dice, con la misma mirada divertida y curiosa.

—Vale, hasta luego.

—Sí, hasta luego.

Me marchó cruzándome con los admiradores de Hope y le susurro a Paolo en la oreja al pasar junto a él.

—No trabajo aquí.

—Lo que tú digas, Feiz, loca.

Luego huyo. Al almacén, debatiéndome con mi lesión imaginaria por el bádminton, fingiendo marcharme apresurada para dar de comer al perro hiperglucémico de mi amiga imaginaria.

Capítulo 31

Soy una imbécil.

Una enorme y gorda imbécil alimenta perros.

A lo que me refiero, es que Tiger Tiger está como mucho a dos segundos de mi trabajo. ¿En qué estaba pensando? Lo último que me hacía falta es que Lorraine, o cualquier otra, diesen al traste con mi coartada.

He decidido ir sobre seguro, por lo que he elegido una mesa en la esquina más oscura, lo más lejos posible del ventanal.

Cuando mi hermana llega, me levanto y agito la mano, manteniendo la mirada en la acera.

Esta vez, lejos del resplandor intimidante de las luces de la tienda, nos abrazamos; nos damos el abrazo apropiado para dos hermanas en plan «hace tres años que no nos vemos». Y siento bien, desde luego, como si el hecho de acercar así nuestros cuerpos nos devolviera a tiempos mejores, antes de que todo aquello ocurriera. A aquellos días en que nos sentábamos en la cama maquillándonos la una a la otra. Cuando nuestra principal fuente de discusión era sobre qué miembro de los New Kids nos gustaba más.

—Aún no puedo creerlo —le digo— ¿Qué probabilidad había?

—Lo sé. Es increíble. Debería haberte dicho que venía a Leeds, pero he tenido una agenda muy apretada. De verdad, estoy hasta arriba. Bueno, tú ya sabes cómo son estas cosas, ¿verdad?

Sonrío y asiento con la cabeza. Claro que sé cómo son estas cosas. Mi vida es una gira promocional continua. Christina. Justin. Beyoncé. No son nada comparado conmigo, se los aseguro.

Pero, al mirar a mi hermana, me siento incapaz de sentir resentimiento. Así que vale, cuando mi madre más la necesitaba, ella estaba a dieciocho mil kilómetros. Y ahora, justo cuando empezábamos a recuperarnos, vuelve a casa. Con la postura de saludo al Sol en la televisión matinal, embarcada en una carrera centrada en la palabra «yogásmico», escribiendo libros, grabando vídeos, logrando hacer que la talla treinta y ocho parezca enorme, ganando un salario probablemente equiparable al producto interior bruto de Guatemala y sin una sola arruga a la vista en su simétrica cara color miel.

Ni siquiera en los ojos.

Pero, a pesar del hecho de que soy consciente de todo ello y que, en el fondo, sé que es una egoísta (joder, ni siquiera en el fondo, está ahí, en la superficie), se trata de mi hermana. Tenemos un montón de cromosomas en común. Y recuerdos. Supongo qué eso debe de significar algo ¿no?

¿No?

Al mirarla mientras se acerca a la barra para pedir algo, me doy cuenta de que ahora me siento diferente con respecto a ella que cuando vi su imagen pixelada en la tele. Es un ser humano, de carne y hueso. Y amaba a mi padre tanto como cualquiera de nosotros. Solo que lo afrontó de otra manera, eso es todo. Quizá mi hermano tenía razón. Era la más joven. Demasiado joven para afrontar la muerte, así que se marchó lo más lejos que le fue físicamente posible. Bueno, fue como entrar en la NASA e irse a una misión a Marte.

Así que, aunque resultó fácil demonizar a mi egocéntrica hermana cuando estaba en la otra punta del planeta, ahora que estoy cara a cara (o, en este preciso instante, cara a culo descaradamente perfecto, ya que está inclinada sobre la barra esperando a que la sirvan) siento el rastro del antiguo cariño entre hermanas. De hecho me odio a mí misma por haberla odiado. ¿En qué tipo de persona me convierte eso?

No.

Voy a esforzarme.

Voy a hacer un esfuerzo con ella.

A arreglarlo.

Se desliza en la mesa, con toda la población masculina del bar mirándole el culo. Ella sonríe y arruga la nariz diciendo.

—No has cambiado ni un ápice.

Por supuesto, esa afirmación me la puedo tomar de dos formas, pero decido otorgarle el beneficio de la duda. Quiero decir «tú tampoco», pero sonaría completamente ridículo, como si se lo dijeras a Michael Jackson. Ha cambiado hasta el punto de que cuesta reconocerla.

Está más delgada, mejor vestida y tiene ese brillo que tienen los famosos. No hay rastro de la frente llena de espinillas ni de la enorme raya del ojo, ni de la ropa New Look que recuerdo de su época de adolescente. Parece la portada andante de una revista.

—Estás fantástica —le digo.

Eleva el pecho con orgullo, inhalando el halago.

—Es por los ejercicios —dice.

—Lo sé —digo— compré un vídeo. Es muy bueno. Lo haces muy bien.

Miren ¿han oído eso? Es el ruido de un hacha siendo enterrada. Estoy siendo amable con ella. No solo eso, es que me está resultando muy sencillo ser amable con ella.

—Oh, Faith, no tenías por qué hacerlo. Te podría haber dado uno gratis. Te habría firmado uno.

La miro a la cara buscando algún signo de burla. Nada.

—Oh, sé que lo habrías hecho. Es solo que no sabía dónde estabas. No sabía que habías vuelto al país, hasta que puse la tele y te vi.

—Oh —dice, con un tono que quisiera creer sincero— lo siento. Pero siempre podrías haberte puesto en contacto conmigo a través de mi agente.

—Eh, sí —le digo, reprimiendo al menos cinco argumentos negativos que podría haberle lanzado legítimamente en este punto de la conversación— supongo que podría haberlo hecho.

Ella sonrío y vuelve a arrugar la nariz. Solo que, esta vez, el gesto va acompañado de un ligero encogimiento de hombros. Si no estuviera tan decidida a seguir pensando en positivo en este momento, probablemente interpretaría ese gesto como un gesto de condescendencia. Pero, como he dicho, estoy tratando de ser positiva.

—Supongo que te resultará gracioso —dice.

— ¿Gracioso?

—Que tu hermana pequeña se haya hecho famosa.

Pensamientos positivos.

—Sí, supongo.

—Porque siempre pensamos que sería a ti a quien mejor le... —se lo piensa dos veces— ya sabes, te debe resultar gracioso.

Asiento, evitando el contacto visual, y luego sorbo de la pajita.

— ¿Pero quieres saber una cosa?

¿Quiero saber una cosa? Evidentemente, no. Pero, como no puedo decir eso, digo.

— ¿Qué?

—He aprendido una cosa, ya sabes, desde todo aquello. Ya sabes, después de que papá... ya sabes... desde que me marché. A Sidney.

—Y, eh, ¿qué es?

—Bueno, el caso es que Australia está llena de gente segura de sí misma. Tienen la actitud de que, si quieres algo, solo tienes que salir y tomarlo, ya sabes...

Se detiene, percatándose de los dos oficinistas que la están mirando. Mira su mesa, y las dos botellas de Budweiser con ansia. Vuelve a mirarme y pone los ojos en blanco. Es ese gesto que significa «me pasa todo el rato y lo odio, pero es el precio que hay que pagar por ser atractiva, glamurosa y famosa».

Trato de ignorar el gesto y empiezo a revolver los cubitos de mi vaso. Los revuelvo quizá demasiado deprisa y uno de los cubitos sale volando por la mesa.

—Ups —digo, soltando una risilla.

—... De todas formas... —dice, sin reírse— lo que te estaba diciendo es que Australia me ha beneficiado. Me hizo creer que podía salir y hacer lo que quisiera.

—Eso está bien.

Me lanza una mirada inquisitiva, como si no la estuviera entendiendo.

—Ya sabes, puedes conseguir todo lo que te propongas en la vida.

Sí, claro que puedes. Si eres capaz de abandonar a todo el mundo y dejar que se ocupen de todo. Hago todo lo que puedo por sonreír e ignorar los pensamientos negativos. Me meto la pajita en la boca y asiento con la cabeza.

—Por cierto —me dice, con fingida timidez— tengo novedades.

Oh, no. Esto no va bien. De repente tengo una extraña sensación de desazón.

— ¿Novedades?

Sonríe abiertamente, luego estira el brazo izquierdo, moviendo los dedos como si estuviera tocando un piano invisible.

Entonces lo veo.

El anillo.

—Te casas.

Capítulo 32

El anillo está ascendiendo hacia mi cara. Me quedo obnubilada con sus destellos. Puede que el diamante sea un poco pequeño, pero mirarlo es como mirar dentro de una minúscula bola de cristal. Una bola de cristal que me dice claramente que todo mi futuro será una mierda. Que me quedaré soltera para siempre. Que mi vida tendrá que seguir siendo una enorme mentira por el resto de los tiempos.

—El mes que viene. El veinticinco de mayo. En Sussex. Hemos encontrado una ermita preciosa en Sussex.

El anillo desciende misericordioso y la habitación vuelve a llenarse de oxígeno.

—Estás sentada frente a la futura señora Hope Richards —me dice, Richards... Richards... no me suena ningún... — Jamie Richards —añade.

Ahora sí que me suena.

— ¿Qué? ¿Jamie Richards?

—El mismo.

¡Oh, Dios mío! No puede ir mejor. Mi hermana no solo se ha hecho famosa, sino que, la muy maldita, se va a casar con un famoso.

Así que, vale que Jamie Richards no sea un famoso de primer orden. Pero he oído hablar de él. Es el creador de Ejercicios para realzar los glúteos, así como de Ejercicios para realzar los glúteos II. Me compré el segundo en enero tras unas copiosas Navidades. Es el «monitor de fitness de las estrellas» súper sexi y tiene un gimnasio en Covent Garden.

Así que es famoso y, probablemente, millonario. Con una tableta de chocolate en la barriga. Un pelo bonito. Y un culo que podría usarse para colocar bandejas de canapés encima.

Sé lo que debería decir en este momento.

Debería decir: «Uau».

O «Enhorabuena».

O «No puedo creerlo, es fantástico».

O «Qué suerte».

Pero se me atascan las palabras en la garganta. El monstruo de ojos verdes de mi interior, simplemente no las va a dejar salir.

Esta noche no. No está en la lista.

Así que, en lugar de eso, digo.

— ¿Desde cuándo?

—Desde hace dos semanas —me suelta— llevamos un años juntos. Le conocí mientras grababa Ejercicios para un cuerpo playero y unos glúteos realizados en playa Bondi. —Se ríe al decir la retahíla— Estaba haciendo las pruebas para tomar gente para el vídeo. Ya sabes, para que hicieran los ejercicios detrás de él. Las pruebas eran en un polideportivo gigante que hay en Sidney, en serio, había cientos de chicas allí, todas procedentes de los gimnasios locales y me enteré por alguien de la clase de yoga a la que asistía por entonces. Pero, ¿dónde estaba?

—El polideportivo —le digo, mórbidamente.

—Ah, sí. Ahí estábamos todas y teníamos que hacer varias secuencias de ejercicios diferentes, mientras él iba pasando por las distintas filas para analizar nuestra técnica.

—Vale —digo.

—Creo que empezamos con un calentamiento. Luego hicimos algunos ejercicios de glúteos, piernas, abdominales y cintura y, bueno, te haces una idea.

—Sí —digo.

—Bueno, llegó a mi fila cuando nos dijeron que hiciéramos glúteos. Ya sabes, el ejercicio en el que te tumbas de espaldas y levantas el culo hacia arriba...

—Sí —le digo— ya sé cuál dices.

—Bueno, el caso es que ahí estaba yo, y veinte chicas más, en aquella fila, tumbadas boca arriba levantando los culos hacia el cielo como si nuestras vidas dependieran de ello. Él iba y venía, recorriendo la fila como si fuese una rueda de reconocimiento o algo así, y entonces se para justo entre mis pies y se queda ahí parado sonriéndome, y me dice: «Podría estar viéndote hacer glúteos todo el día». ¿Te lo puedes creer? Eso fue lo primero que me dijo, «Podría estar viéndote hacer glúteos todo el día».

—Qué romántico —digo.

—Oh, pero cuando me sacó aquella noche fue increíble. Me llevó a una marisquería

maravillosa, me dijo que era su favorita por las vistas que tenía del puerto, y porque apenas había carbohidratos en el menú —le centellean los ojos con nostalgia— y me contó que estaba creando su propia productora para producir vídeos de fitness y me dijo que sería perfecta para protagonizar algunos de ellos. Y me quedé tan alucinada que se la chupé debajo de la mesa...

Tengo que haber oído mal. Creo que la he oído decir: «Se la chupé debajo de la mesa».

— ¿Perdona?

—Estábamos sentados apartados de la gente, y los manteles prácticamente llegaban al suelo, así que pensé, «Demonios, ¿por qué no?» De todas formas parece que funcionó. Después me dijo que le había encantado. Un mes después estaba en el estudio grabando Ejercicios yogásimicos.

—Oh... Dios... mío.

Mi cerebro no sabe por dónde empezar. Hay demasiada información que procesar.

A Jamie Richards le gustaron sus ejercicios de glúteos.

Le gustaron tanto que le pidió una cita.

Y la hizo famosa.

Y le pidió que se casara con ella.

Pero no puedo digerir nada de eso, porque lo único que tengo es la imagen de mi hermana debajo de una mesa, moviendo la cabeza arriba y abajo, como hacía en Halloween cuando participaba en el concurso de tomar manzanas con la boca. No es una imagen muy agradable.

Y ¿por qué me cuenta todo esto?

Vamos, que, vale, técnicamente hablando, es mi hermana, pero llevamos sin vernos y sin hablar tres años. Lleva casi dos semanas prometida y no ha sentido la obligación de decírselo a mi madre. Y cómo puede ser tan abierta y sincera para hablar de mamadas y explicar que ha ido ascendiendo haciéndolas, cuando no ha logrado mencionar ni una sola palabra sobre algo que sea realmente importante.

Sobre papá.

Sobre por qué se largó.

Sobre por qué no se puso en contacto con nosotros. Conmigo. Con Mark.

—Mamá te ha echado de menos —le digo, desviando la conversación.

Mis palabras tienen un extraño efecto. Se queda como los conejos cuando están cruzando una carretera y, de repente, ven que se acercan unos faros.

— ¿Sí? —pregunta, finalmente. Su voz suena diferente. Suave. Vulnerable.

—Sí —le digo. Quiero añadir «Todos te hemos echado de menos», pero algo me detiene.

—Oh.

—Deberías llamarla.

Inclina la cabeza hacia el techo.

—No sé —dice.

— ¿No pensabas contarle lo de la boda?

—Sí —dice— por supuesto, están todos invitados. Es que... es difícil, ya sabes, reunir valor. Después de todo.

Ese «todo» es una palabra muy grande. Contiene mucho y sé que lo sabe. La compadezco. En este momento, parece muy lejos de estar yogásmica. Sabe que lo ha hecho mal, al dejar a mi madre sola con su dolor. Puedo sentirlo. Quiero alargar el brazo y tomarle la mano, pero no puedo hacer ni decir nada que pueda cambiar las cosas.

Así que lo único que puedo decir es la verdad.

—Se lo debes.

—Vale —dice— pero no quiero que sepa que has intercedido tú. Quedaré mejor si mamá no sabe que nos hemos visto hoy.

—De acuerdo —digo, preguntándome las consecuencias de este acuerdo— te lo prometo.

Capítulo 33

La verdad funcionó.

La llamó. También llamó a Mark.

Se lo contó todo. Bueno, todo no. Supongo que omitiría la parte de las travesuras bajo la mesa en su primera cita.

Mark fue el primero en dar señales.

—A que no sabes quién me acaba de llamar —me dice.

Ni en un millón de años lo adivinaría.

— ¿Quién?

—Nuestra pariente perdida. —Su voz, como siempre, suena frívola. Mark, para quien el trabajo es el único aspecto verdaderamente serio e importante de la vida, siempre ha tendido a trivializar los asuntos familiares. Mientras que Hope tuvo que viajar al hemisferio Sur para poner distancia, Mark tiene esa distancia automáticamente integrada. Viene de serie. En cuanto a eso, parece tener esa virtud típicamente masculina. Aun estando en la misma habitación que tú, jamás lo sentirás cerca.

— ¿Qué? ¿Hope? —digo, fingiendo sorpresa. Tratando de ignorar el hecho de que Mark haya asumido automáticamente que nuestra hermana lo ha llamado a él primero.

—Sí —me dice— ¿y sabes qué?

Y así continúa, no sorpresa tras no sorpresa, durante al menos treinta minutos. « ¡Uau!» « ¡En serio!» « ¿Sí?» Para cuando ha terminado me estoy preguntando por qué acepté cubrirle a mi hermana su kyleficado trasero. Si no la hubiera hecho sentir tan culpable, no habría habido llamadas sorpresa. Sin disculpas. Y posiblemente, sin invitaciones de boda.

Pero entonces, cuando me llamó mi madre, me di cuenta de por qué acepté guardar silencio sobre el encuentro con Hope.

Estaba encantada.

El dolor de cabeza de tres años se ha esfumado en los veinte minutos que ha durado la llamada telefónica. La ausencia ha sido suplida.

— ¿No es increíble? —me preguntó mi madre, en un tono que sugería que no estaba observando los niveles de polvo ni examinando los cristales de la puerta para buscar huellas, ni comprobando si la moqueta precisaba ser aspirada.

Y, en aquel momento, me di cuenta de un hecho que jamás había considerado.

Todo este tiempo he estado creyendo que la razón por la que mi madre estaba deprimida era porque Hope la había abandonado. Pensaba que jamás podría comprender por qué había ocurrido. Creía que jamás la perdonaría, aunque Hope volviera a Heathrow de rodillas y le diera un ramo de flores para pedir perdón.

Pero durante todo este tiempo he estado equivocada.

Mi madre no estaba triste porque Hope se despidiera con una nota el día antes del funeral. Estaba triste porque Hope se había despedido y sanseacabó.

Y ahora estaba aquí. De nuevo.

Y con eso bastaba.

Porque lo único que Hope tiene que hacer para ser la hija perfecta es estar ahí. Eso es todo. Si se tuviera que hacer una descripción del trabajo de Hope como hija sería muy sencillo. Diría: «Estar ahí».

Sin embargo, el mío se extendería a lo largo de varias páginas. Habría páginas en las que se describirían mis responsabilidades y algunas explicaciones que tendría que dar, con los subtítulos de «profesión», «apariencia», «vida amorosa», «régimen», «deberes familiares», «cómo comportarse en épocas de crisis», «a qué hora te tienes que levantar incluso los domingos y días libres». La descripción de mis funciones como hija incluirían un prólogo, notas a pie de página, apéndices y un índice completo en la última página para buscar referencias.

Pero, está bien. He asumido ese hecho.

Todas las hijas son iguales, pero algunas son más iguales que otras.

Mi madre es alguien para quien la ley de hacerse el duro definitivamente funciona. Y dieciocho mil kilómetros, más tres años sin una sola llamada es lo que se puede decir hacerse el duro.

Mientras que yo siempre he hecho las cosas de otra forma. Me he hecho la dura tanto como un adolescente en la mansión Playboy. Soy la más facilota de todas las hermanas, siempre ansiosa por agradar. Mi madre dice «Salta» y yo le pregunto: «Cuánto».

—Nos ha invitado a la boda —me informó mi madre.

Uau. Ya lo veo en las portadas: «Mujer invita a su madre viuda y a sus dos hermanos a su boda». Qué acto de humanidad tan excepcional.

Luego, mi madre dice algo que me paraliza el corazón.

Dice.

—Le he contado lo de Adam.

Adam.

Ni siquiera se lo he mencionado en Tiger Tiger. Y, vale, tampoco es que me haya preguntado. Pero seguramente, al contárselo mi madre, le habrá despertado la curiosidad.

—Hope me ha dicho que está deseando conocerlo.

— ¿Conocerlo? ¿Conocerlo dónde?

—En la boda.

— ¿En la boda?

—También está invitado.

—Oh. Vale.

Vale.

A lo que me refiero es ¿cómo no lo había visto venir? Podría haber evitado que ocurriera. Se trataba de Hope. En Tiger Tiger. Pidiéndome que mintiera por ella.

¿Así que por qué no saqué entonces el tema? Escucha, Hope, mamá cree que tengo novio. Se llama Adam. Cree que lo conocí en el trabajo. Puede que te lo haya mencionado. Pero no trabajo donde ella cree que trabajo. Trabajo donde me has visto antes. Así que si nos vas a invitar a la boda, asegúrate de no invitarlo.

Pero no.

Aquello jamás hubiera ocurrido.

Hope anuncia que se va a casar con un hombre que no solo es rico y famoso y con un culo prieto, sino que también es monitor personal y asesor profesional. Entonces yo le cuento

que mi novio es producto de mi imaginación.

Mí no creer eso, señor⁵.

Así que estoy de nuevo donde empecé. Falta un mes para la boda. Y estoy soltando mentiras. Veintiocho días. Así que no puedo estar mareando la perdiz. No señor.

Necesito un hombre.

Y lo necesito a doble jornada.

⁵ En castellano en el original

Capítulo 34

Voy a pasar a la acción.

Si me quedo en casa toda la vida, los únicos hombres que voy a encontrar serán el hombre del gas y el cartero y, la última vez que lo comprobé, ninguno de estos dos especímenes resollantes, con culo de manteca, extraídos de Yorkshire estaba en la lista de los cien solteros más deseados.

Luego está el trabajo. Trabajar en un mostrador de maquillaje no es exactamente la mejor manera de encontrar al hombre apropiado. En realidad, ni siquiera para encontrar a un hombre inapropiado.

Así que no. No puedo perder más tiempo, nada de cruzar los dedos y esperar que pase lo mejor. Necesito ser estratégica. Demonios, voy a contrarreloj.

Necesito un hombre y lo necesito ahora.

Así que voy a hacer lo impensable.

Voy a apuntarme a un gimnasio.

No, en serio, voy a hacerlo. Aunque el ejercicio siempre me ha provocado cierta reacción alérgica (tiende a provocarme calor, sudor y me deja sin aliento), me he dado cuenta de que, probablemente es la mejor (por no decir mi única) opción.

Según la revista Glamour, el gimnasio es el mejor sitio para conocer potenciales parejas. De hecho, el sesenta por ciento de la gente que se apunta al gimnasio afirma que ese es el principal incentivo. Por encima de los bares, los pubs y el lugar de trabajo como el palacio del ligoteo.

Por supuesto, no tengo intención alguna de hacer actividad física intensa alguna. Al fin y al cabo, voy a ligarme al hombre de mis sueños, y no voy a hacerlo hecha un tomate hiperventilado. Un tomate hiperventilado con maquillaje desigual y un problema de sudoración.

Estaría mejor si pudiera ir con Alice. Pero lo último que le falta a Alice es cerrar la puerta de su casa para venir a pasar calor y sudar. Además, transportar el estomago probablemente ya es suficiente ejercicio.

Muy bien, basta de palabrería.

Voy a buscarme un hombre.

Capítulo 35

En la Edad Media había habitaciones con extraños artilugios metálicos diseñados para provocar un inmenso dolor y un enorme esfuerzo físico. Eran las cámaras de tortura. En el siglo XXI, el equivalente serían los gimnasios, y la gente paga por acceder a ellos.

Aunque no acostumbro a encontrarme entre ese tipo de personas, si con ello voy a lograr solucionar el problema de la inexistencia de mi actual novio, parece que voy a tener que cambiar mis costumbres sobasofaísticas. ¡Inmenso dolor y tortura física, allá voy!

—El bono Bronce para un año cuesta ochocientas noventa y nueve libras con noventa y nueve céntimos —dice el representante pelirrojo de Total Fitness. Me lo ha dicho de tal forma, que parece que ochocientas noventa y nueve libras con noventa y nueve céntimos es un precio bajo para todo un año de inmenso dolor y esfuerzo físico.

—Bien —digo.

Mister Fitness Pelirrojo procede a contarme las opciones de pago: todo de golpe, pagos trimestrales o mensualmente.

— ¿Se puede pagar diariamente?

—No.

—Vale, entonces creo que lo pagaré mensualmente.

— ¿Con qué forma de pago?

Con habas mágicas, preferiblemente.

—Eh... yo...

— ¿Con tarjeta, en metálico o con un cheque?

— ¿Tengo que pagar ahora?

—Tiene que abonar el precio para poder utilizar nuestras instalaciones —dice Mister Fitness Pelirrojo, agriamente.

—Vale —digo— vale... es que no sé si me he traído la chequera.

—La tarjeta de crédito también vale.

—Estoy esperando que me manden la nueva —miento— me robaron la cartera la semana pasada. —No, eso no va a colar. Ni un haz de compasión le atraviesa el pecoso rostro. Es el momento de utilizar mi último recurso— Oh, vaya, pues no sé lo que voy a hacer. Mi editor quiere algo para el final del día.

— ¿Su... editor?

—Sí, estoy escribiendo un artículo para el Yorkshire Post. Es para una nueva sección sobre fitness llamada «Gym Tonic» y pensaba describir mi primer día en el gimnasio. En este gimnasio, si pudiera ser. No me he puesto en contacto con el supervisor porque no quería recibir ningún, ya sabe, trato especial.

Le miro a Mister Fitness Pelirrojo el musculoso torso y una plaquita en la que pone, «Steve».

—Lo único que quería preguntar es si será posible entrevistar a alguno de los monitores. ¿Estarías dispuesto, Steve? Evidentemente mandaríamos a un fotógrafo la semana que viene para tomar algunas fotografías. Pero imagino que no te gustan mucho las cámaras ¿verdad, Steve?

Se mira furtivamente en el espejo que tengo detrás.

—Eh, bueno, no, no, estaría, eh, bien. —Ahora tiene la cara del mismo color que el pelo.

—Bien, ¿y qué pasa con el abono?

—Oh, no se preocupe —dice, dándome un trato especial— puede pagar cuando lo desee.

— ¿Mi color favorito? —Dice Mister Fitness Pelirrojo, repitiendo la pregunta que le he hecho— El rojo, supongo.

— ¡Como tu pelo! —le digo con tono de periodista— Muy bien, creo que ese es un buen punto para concluir la entrevista.

— ¿Ya está?

—Ajá. Mandaremos al fotógrafo la semana que viene.

—Vale. ¿No apunta nada?

—No —le digo, dándome golpéenos en la sien— memoria fotográfica.

—Pero...

—Muy bien, ¡empecemos con esas máquinas!

Capítulo 36

Aunque Mister Fitness Pelirrojo se tiró diez minutos explicándome como utilizar la cinta de andar, sigo sin tener ni idea. Es como mirar el panel de control de la Enterprise de la Flota Estelar.

Afortunadamente, otro monitor de Total Fitness, una mujer de aspecto profundamente enfermizo llamada Sharon, está a mano para ayudarme a empezar.

—Lo puedes configurar del uno al diez —me explica— uno es caminando, y el diez es corriendo esprín.

—Creo que lo mejor será que empiece por el uno.

La máquina empieza a moverse y comienzo a caminar, Sharon me deja sola. Frente a mí, desde lo alto sobre mi cabeza, hay pantallas de televisión con diferentes canales de la MTV. Sin música, parece que los cantantes están atrapados tras un cristal insonorizado, pidiendo ayuda.

Mujeres de edad y talla incierta, perdidas en sus propios mundos cardiovasculares. Corriendo o pedaleando hacia algún lejano destino imaginario, un destino que los vídeos de la MTV presentan como real, un lugar donde el sexo, el dinero y los abdominales como tableros son gratis. Un lugar al que ninguna de nosotras logrará llegar, por muchos kilómetros que hagamos en la cinta.

La sala está llena, principalmente, de mujeres. Así que decido dejar la cinta al uno y esperar a que aparezca algún aspirante a Adam.

Tampoco es que supiera muy bien qué decirle, si apareciera alguno.

Tampoco es que haya sido capaz alguna vez de acercarme a un hombre sin estar a dos copas del coma etílico.

Tampoco es que mi fofo cuerpo sin esculpir tenga algún atractivo para ningún bueno morador de gimnasios.

Tampoco es que el hecho de que yo quiera que pase algo vaya a aumentar las probabilidades de que suceda.

Pero, justo cuando empezaba a abandonar la idea de que el gimnasio fuera el mejor lugar para cazar un Adam, ocurre algo. La puerta de la sala cardiovascular se abre para mostrar dos buenorros increíbles. Para las demás, parece ser algo muy normal por lo que no

merece la pena darle la espalda al vídeo de Christina Aguilera que hay puesto sin sonido sobre nuestras cabezas. Pero para mí, la escena se desarrolla como si fuera una secuencia imaginaria a cámara lenta, acompañada de hielo y música de saxofón, cortesía de mi imaginación.

Mirándolo de pasada, uno de ellos podría pasar por un Will Smith jovencito. Y mirándolo muy de pasada, el otro podría pasar por un Brad Pitt jovencito. Bueno, es alto. Está en buena forma. Es rubio.

Sin mirar de pasada, me doy cuenta de que lo conozco de algo. Definitivamente, lo he visto en algún sitio.

Cuando pasan a las máquinas de cardio, tengo el corazón más acelerado que si hubiera hecho ejercicio. Para no parecer en baja forma, que es como estoy, y para quemar un poco el exceso de adrenalina, pongo la cinta al tres y empiezo a correr a ritmo lento.

Dios mío. El sucedáneo de Brad y el sucedáneo de Will y sus pantaloncitos apretados vienen hacia mí. Bueno, no hacia mí exactamente, sino hacia las dos bicicletas estáticas que hay junto a la cinta en la que estoy.

Vale, tranquila, me digo, tratando de mantener el equilibrio en la superficie móvil que tengo bajo los pies. También estoy tratando de imaginarme cómo se puede estar sexi en una cinta.

Opto por el método «hombros atrás, tetas fuera», e inmediatamente empiezo a entender por qué se venden tantos sujetadores deportivos, parece que funcionan. El sucedáneo de Will mira al sucedáneo de Brad e inclina la cabeza hacia mis domingas saltarinas. El sucedáneo de Brad sonrío.

En otras circunstancias, mi pensamiento inmediato podría ser, huevos canijos. Pero no estamos en otras circunstancias.

Le sonrío de parte de mis pechos, y continúo corriendo a lo que me imagino es un estilo retro a lo Pamela Anderson en Los vigilantes de la playa.

Siguen mirándome las tetas un rato, hasta que me miran la cara. Por una vez, debo de estar enviando las señales adecuadas, porque, tras cinco minutos pedaleando a toda velocidad, el sucedáneo de Will, que está en la bici más apartada, se aventura a iniciar conversación.

— ¿Es la primera vez? — me pregunta.

— Perdona — le digo, confusa. El sucedáneo de Brad reprime una risilla.

— En el gimnasio. No te habíamos visto nunca aquí.

—No. Es la primera... —por un momento me detengo para tomar oxígeno—... la primera vez.

Los tres continuamos con nuestros ejercicios en silencio durante el mismo tiempo que dura un vídeo de Justin Timberlake, luego, el que se parece a Will Smith me dice.

—Soy Danny, por cierto.

—Hola, Danny —le digo, al borde del infarto— yo soy... Faith.

—Hola, Faith.

Tengo tanto sudor en los ojos que el amigo de Danny, el que está en la bici más cercana, se ha convertido en el verdadero Brad Pitt. Me vuelve a sonreír y alarga el brazo para presentarse.

Ahora, lo que tienen que recordar es que no me funciona tan bien la coordinación. Así que el acto de correr en una cinta y, a la vez, darle la mano a Brad Pitt resulta todo un desafío. Pero, de alguna manera, lo logro. O, al menos, lo logro hasta que dice.

—Hola. Soy Adam.

Adam.

Dios mío.

A-D-A-M

Es él. Él.

De la sorpresa, le aprieto demasiado la mano a Adam. También hace que deje de correr. Desgraciadamente, la cinta no comparte la sorpresa y continúa moviéndose. Poco después estoy tumbada de espaldas. Poco después Adam está tirado encima de mí. Increíblemente, debo de haberle tomado con tanta fuerza, que he conseguido arrastrarlo de la bicicleta estática y llevármelo conmigo. A menos, por supuesto, que haya sido un acto voluntario por su parte.

—A eso lo llamo yo un buen apretón —dice, sin pudor alguno, a pesar de estar tumbado encima de una completa extraña en un gimnasio lleno de gente. Oigo a su amigo Danny riéndose detrás de nosotros.

—Te llamas Adam —digo, medio conmocionada, pronunciando su nombre como cuando Lois Lane decía «Superman».

—Sí —dice con mirada lujuriosa.

Cuando empiezo a recuperar plena conciencia, empiezo a sentir que me va creciendo la vergüenza. También empiezo a sentir que a él va creciéndole el pene, y me pregunto por qué Adam está tardando tanto en levantarse y dejarme salir.

— ¿Estás bien? —me pregunta, con un tono que interpreto como de preocupación.

—Sí. Lo siento ¿Y tú?

Ahora se levanta de un atletico brinco. Le echa una rápida mirada a su amigo, se encoge de hombros y luego, por segunda vez en el último minuto, estira el brazo para darme la mano. Se la doy y me levanto.

Una vez arriba, le suelto la mano, aunque estoy decidida a aprovechar la oportunidad que se me ha presentado. Vale que alguien que se parezca vagamente a Brad Pitt esté fuera de mi alcance, pero tampoco es que pueda avergonzarme más de lo que ya estoy.

Necesito un Adam, preferiblemente un Adam guapo. Y aquí lo tengo.

Así que este, como dice esa gran canción, es mi momento.

—Esto es muy embarazoso —le digo con mirada coquetona.

—Ha sido culpa mía —dice.

—Ha sido muy gracioso —dice su amigo Danny, riéndose y pedaleando.

Pero entonces me acuerdo de dónde lo he visto antes. Es el que se ruborizó cuando se acercó a mi mostrador para comprarle a su novia una barra de maquillaje.

A su novia.

El corazón me da un brinco. Pero después de comentárselo todo, me dice.

—Se acabó, la dejé. —Y entonces, continuamos por donde lo dejamos.

—Mira —dice Adam— vamos a tomarnos algo.

Vamos a tomarnos algo.

Vamos a tomarnos algo.

Vamos a tomarnos algo.

Sí, no hay duda, es lo que ha dicho. Trato de hablar, pero se me están pasando muchas cosas por la cabeza. Están los cientos de personas que siguen mirándonos. Está Jennifer López, atrapada tras el cristal insonorizado. Está Mister Fitness Pelirrojo, paseando por la sala, sonriendo. Está el dolor en el culo, donde he aterrizado.

Al final, logro decir.

— ¿Tomarnos algo?

—Sí —me dice— hay un bar aquí. Normalmente trato de que sea al revés, ya sabes, invito a una chica a tomar algo y luego trato de conseguir ponerme encima de ella...

Parece muy seguro de sí mismo en lo que debe de ser su entorno natural, comparado con la criatura nerviosa que era cuando lo conocí en el mostrador de maquillaje.

Le sonrío y, consciente de que esta podría ser mi última oportunidad para lograr que un ficticio Adam se convierta en uno de verdad, logro asentir con la cabeza y expresar las palabras.

—Me encantaría.

Me devuelve la sonrisa y se seca la ceja con la muñequera. Al hacerlo, me doy cuenta de la increíble fiesta de ingeniería humana que es su anatomía. Los marcados contornos triangulares de los muslos. La forma en que se le pega la camiseta al pecho. La sutil herradura de sus tríceps. No es tan grande. Al menos, no es grande, grande. Pero no cabe duda de que está perfectamente formado.

—Muy bien —dice, vamos.

Así que, con las piernas temblorosas, salgo de la sala de cardio. Con Adam a mi lado.

— ¡Eh! —Grita Danny— ¿Dónde van?

Adam se gira, se encoge de hombros y me señala haciendo un gesto con la cabeza.

—Lo siento hombre, nos vemos mañana.

—Eh... eh... —Pero Adam ignora a su amigo y abre la puerta.

—Gracias —le digo, mientras me sujeta la puerta.

—De nada —dice, con una sonrisa pícaro— sin problemas.

Capítulo 37

Justo en este momento estoy haciéndolo con alguien a quien hace menos de seis horas que conozco. Alguien que se parece un poco a Brad Pitt. Alguien que se llama Adam. Alguien que vive en uno de esos espléndidos apartamentos del centro. Ya sabes cuáles. Cocinas plateadas, paredes blancas, suelo de madera, luces que iluminan hacia arriba y no hacia abajo y camas más anchas que largas.

Ahí es donde estoy en este instante. En su cama.

El edredón, más ancho que largo, ha tomado la decisión de dejarnos solos y se ha caído al suelo.

Así que ahí estamos, él encima de mí, como en el gimnasio, solo que esta vez estamos desnudos, solo que esta vez la postura es deliberada, solo que esta vez no nos ve nadie más.

Estoy demasiado ocupada en demostrar que estoy disfrutando como para disfrutar realmente. Ya ven, quiero que quiera repetir. Quiero que necesite hacerlo de nuevo. Porque este es Adam. Es mi Adam. Con un piso espléndido en el centro y todo. Y si quiere acostarse conmigo, podré sacar mi poder de persuasión.

Lo que podría ser un rollo de una noche, puede convertirse en algo más. En una relación. Y si lo logro, todas mis mentiras dejarán de serlo.

Convertir el metal en oro.

Vale, quedarían algunos flecos.

Como el tema de cuándo nos conocimos. Como el tema de que Adam no es abogado (dato desvelado durante nuestro primer yogur de frutas en la cafetería del gimnasio. Es, de hecho, asesor de marketing. Su amigo, Danny, él sí es abogado).

Bueno, eso son detalles que tendré que resolver más adelante.

Pero lo importante lo tiene. Tiene el nombre, tiene la cara, tiene el cuerpo, tiene la cuenta corriente. Tiene de sobra para impresionar. Su sonrisa a lo Brad Pitt los hipnotizará y convencerá.

Pero, por ahora, debo concentrarme en el, ejem, asunto que tengo entre manos. Llevármelo a la cama ha sido fácil. De hecho, probablemente ha sido demasiado fácil. A la segunda ronda ya estábamos aquí. No es que nos desnudáramos con la mirada, es que

nuestras miradas eran los preliminares. Tampoco es que me queje, demonios, se me acaba el tiempo. Es que tampoco quiero parecer una pedazo de zorra, me basta con ser un poquito zorra.

Cambiamos de postura. Ahora estoy yo arriba, con una buena panorámica y percibo que quiere que le haga una demostración. Así que, dado que soy su invitada, cumplo el protocolo. Me tomo los pechos, echo la cabeza hacia atrás en un aparente estado de euforia orgásmica y empiezo a gemir como si no existiera el mañana. Es cuestión de cortesía.

—Oh sí —dice— oh, sí.

Entonces comienzan las mentiras sexuales.

—Lo haces tan bien —le digo, con susurro de pantera.

—Te gusta ¿verdad? —pregunta, pero la pregunta es retórica.

—Eres tan bueno —digo, a pesar del hecho de que consigo más placer sexual con un estornudo, que con las potentes arremetidas desencaminadas de Adam.

—Me deseas —me dice cautivadoramente al oído— me deseas tanto.

«Me deseas tanto». Se lo digo, este tipo sí que sabe decir cosas tiernas.

—Oh, sí—miento, clavándole las uñas en las nalgas— por favor, no pares.

Entonces, cuando noto que está a punto de llegar, paso a la rutina de Caperucita roja. Ya saben, «Qué brazos más grandes tienes», «Qué manos más grandes tienes», qué... más grande..., esas cosas. Grande, grande, grande. Y, a juzgar por su expresión (lengua apretada contra los labios, ojos arrugados) parece recibir bien el enaltecimiento lisonjero de sus atributos físicos. El orgasmo. La gran «o». O, en este caso, el gran cero. Aun así, se ha esforzado bastante, así que seguro que espera una ovación sostenida (o fingida).

Así que lo finjo. Empiezo lentamente, ascendiendo hacia un falsetto estridente. Emito una escala musical ascendente de placer sexual. Un orgasmo do-re-mi, solo que sin Julia Andrews correteando por las laderas austríacas.

Entonces, se derrumba sobre la cama y mira al techo. Observo cómo su pecho esculpido de gimnasio asciende y desciende mientras se recupera después de ocho minutos y treinta y cinco segundos de fuertes empujones (No es que estuviera contando el tiempo ni nada de eso).

Pongo la cabeza sobre su pecho y él me rodea con el brazo. De alguna manera, a pesar del hecho de que solo uno de los orgasmos haya sido real, parece que ha ido bien. Esto podría

convertirse en una relación.

Capítulo 38

Sienta bien.

Vale, es un poco narcisista. Pero de alguna manera lo hace más atractivo. Tiene excesiva seguridad en sí mismo, yo también, yo tengo excesiva falta de seguridad en mí misma, así que juntos podríamos parecer dos seres humanos completamente normales.

Es como juntar dos especies distintas. Alguien que no solo no tiene razones para mentir sobre sí, sino que realmente se gusta a sí mismo.

Vamos, pensemos. Si tienes una neurótica por madre y a una agorafóbica por mejor amiga, no ayuda mucho que digamos.

Y además, es solo lo que dice lo que le hace parecer arrogante. Si estuviera sorda, podría disfrutar de las vistas.

Y vaya vista. En serio, parece una escultura de esas.

Pero, de todas formas, todo esto no tiene nada que ver.

La cuestión es que parece que me desea. Y cuando me despierte, mañana por la mañana, parece que me seguirá deseando.

De hecho, me desea contra la pared del baño (me ha interrumpido mientras me arreglaba). Y luego, cuando se estaba poniendo la camisa y la corbata, me mira y me dice.

— ¿Qué haces esta noche?

¡Qué haces esta noche! No es como: « ¿Qué haces mañana?», o « ¿Qué haces el viernes que viene?», ni como «Gracias por el polvo, ya nos veremos».

— Eh, nada —le digo, algo desesperada.

— ¿Qué tal si me paso por tu casa?

— Sí, genial. Eh, vamos que, que está bien. Si quieres.

Sonríe, pasándose la corbata por el nudo.

— Muy bien — me dice — me paso sobre las ocho.

—A las ocho —digo— genial.

¿A las ocho genial? ¿Siempre parezco tan idiota, o es solo cuando trato de impresionar a algún miembro del sexo opuesto?

—Vale —dice, volviéndose para mirarse en el espejo— a las ocho.

Capítulo 39

En cuanto salgo del ostentoso mundo de ensueño del apartamento de Adam, se me cae encima el otro mundo.

Mi piso.

Mi moqueta naranja.

Mi cocina americana.

Mi ruidoso vecino neandertal.

Va a ver el piso y pensará que soy una andrajosa. Pensará que soy una hedionda pobre. Pasto de la caridad.

Con solo verlo dirá: «Unas tetas muy bonitas, pero una vergüenza de piso», entonces se dará la vuelta y saldrá de mi vida veinticuatro horas después de haber entrado en ella.

Entonces volveré al punto de partida. Volveré a mi triste y desesperanzadora situación sin Adam.

Necesito una mentira, pero ya es demasiado tarde. Ya le he dicho mi dirección. Así que cuando llegue a casa trataré de arreglar el piso.

De hecho, me tiro todo el día pasando la aspiradora, limpiando el polvo, abrillantando, metiendo cosas en lejía y cambiando objetos de sitio sin sentido. Lo cual, por supuesto, es un error. De hecho, ahora la moqueta está aún más naranja que antes.

Pero, de todas formas, si realmente Adam va a ser el Adam, más vale que se vaya acostumbrando a ver a la verdadera Faith Wishart, estridente moqueta naranja incluida.

Mientras me embarco en la última batida de polvo, pongo la tele y empiezo a cambiar. Neighbours, no... críquet no...

Y ahí está. Mi hermana. La flexible amiga del país. En el suelo, con las piernas encima de la cabeza, los pies en el suelo en una especie de rulo inmóvil del revés.

—Y una vez alcanzada esta posición —le dice a sus rodillas y a cinco millones de telespectadores— tienen que manteneros el máximo tiempo posible. Y si se sienten cómodos y seguros, coloquen los brazos detrás, en el suelo. Así. Entonces inspiren estilo yoga en esta

postura.

Inclino la cabeza hacia un lado tratando de leer la expresión de la cara de mi hermana. Parece que doblar el cuerpo como una sillita de la playa es una actividad indolora para mi elástica hermana.

Me pregunto, por un instante, si realmente seremos familia.

Le miro las tetas perfectas e indiscretas.

Le miro los brazos nervudos.

Le miro esas piernas de longitud y flexibilidad imposible.

Le miro esa capacidad para sonreír, independientemente del hecho de que probablemente podría caber en este instante en una lata de sardinas.

Independientemente del hecho de que cinco millones de amas de casa deprimidas y de estudiantes cateados le estén mirando el trasero de licra en este mismo instante.

Entonces me miro las tetas. Me acuerdo del instituto, cuando todo el mundo me llamaba por mi segundo nombre, Melanie. Pero no me llamaban así porque me llamara así, sino porque era una descripción física.

Como si me hubiera metido dos tremendos melones debajo del jersey.

No es que me molestara. En aquellos tiempos, las tetas gigantes eran un accesorio estético imprescindible. ¿Qué más da que las tuviera blandas como dos bolas de malabares? ¿A quién le importaba que una fuera ligeramente más grande que la otra? En aquel tiempo, me encantaba el hecho de que los chicos no pudieran apartar sus sucias miradas de ellas.

Pero sé por qué me encantaba.

Me encantaba porque mis tetas era algo que mi hermana no tenía. Suena fatal, ya lo sé, pero es cierto. Puede que mi hermana fuera más guapa, pero a la edad de catorce no tenía más que dos granitos bajo la camisa del uniforme.

Y ahí estaba yo, con solo dos años más, con un busto del que las mismísimas Sam Fox y Linda Lusardi habrían estado orgullosas.

Pero, por supuesto, conforme fue pasando el tiempo, mi actitud cambió. Así que vale, aún llaman la atención, pero ¿realmente deseaba ese tipo de atención? ¿No hubiera estado bien, por una vez, poder iniciar una conversación con un macho de nuestra especie sin que se

le rompiera el cuello?

Además, ya no se llevan tanto las tetas. Desde que J-Lo desvió las miradas de todo el planeta más abajo y más atrás, mi torso se ha quedado algo ochentero.

Tampoco es que mis tetas no funcionen ya. Lo hacen. Vamos, no soy tan ingenua como para creer que lo que a Adam le atrajo de mí fueron mis ojos, mi sonrisa o mi agradable comportamiento.

Claro que no. Soñaba con colinas y valles desde el primer momento que me vio.

No me malinterpreten. Cuando vas en busca de un Adam, utilizar las tetas como cebo es mejor que no tener ningún cebo. Es solo que no quiero que sea lo único en lo que piensen cuando piensen en mí.

No es que sea una artista de strip-tease. Puede que tenga las tetas algo desproporcionadas con respecto al resto del cuerpo. Pero solo un poco. No soy como las chicas esas flacas con unos melones rellenos de silicona. No soy Jorda ni Carmen Elektra ni nada parecido.

Tengo el culo demasiado grande. Ni respingón ni resultón. Ni garboso. Solo grande. Vale, tampoco es la monstruosidad de Esta abuela es un peligro, pero sería como dos Beyoncés y una Kylie. De hecho, confieso que el culo de Kylie equivale a una de mis nalgas.

Y lo que más me fastidia, confieso que el culo de mi hermana equivale a una de mis nalgas.

Así que, aunque puede que tenga las tetas más grandes, la cuestión es que todo lo tengo más grande. Y a «más grande» añádanle más fofo, más bamboleante, más flácido, más paliducho y más orondo.

Y mientras que la gravedad está empezando a hacerme efecto, parece que está teniendo el efecto inverso en mi hermana. Es como si hubiese sido Isaac Newton el que se hubiera caído encima de la manzana. Todo apunta hacia arriba.

Su culo.

Sus tetas.

Sus pómulos.

Su carrera profesional.

Su vida amorosa.

Pero, eh, no tengo por qué amargarme. Mi vida amorosa también va viento en popa.

He encontrado a mi novio inventado. Y parece que le gusta, con todas mis cosas flácidas, fofas y caídas. Y si puede pasar por alto todo eso, estoy segura de que podrá también pasar por alto mi piso.

—Vale —dice mi hermana con una sonrisa radiante, desde su decorado de inspiración tibetana— Eso es todo por hoy. Espero que se sientan vivos y revitalizados. Y recuerden — dice, apretándose el vientre, inspirando exageradamente — sigan respirando.

Buen consejo, hermanita.

Buen consejo.

Seguir respirando.

Capítulo 40

Tras un día de incesante limpieza llamo a Alice y le cuento todo.

Primero lo de Hope. Lo del anillo. Lo de la boda. Lo del ejercicio de glúteos. Lo del sexo oral bajo la mesa.

— ¿Estás de coña? —me dice, atónita.

—De primerísima mano.

— ¡No!

Y luego sigo con lo de Adam.

—Oh, parece magnífico —dice.

—Sí, no está mal —digo, mientras se me abre un bocadillo sobre la cabeza en el que se ven sus atributos físicos de macizorro.

— ¿Van en serio?

—No lo sé.

— ¿Vas a presentarle a tu madre?

—Cada cosa a su tiempo —le digo, aunque en mi interior espero ardientemente que él sea el Adam que ocupe el lugar de mi novio inventado cuando venga a visitarme mi madre.

Empieza a cantar It Must Be Love y le digo que lo deje.

Lo deja.

—Oh —dice— quería pedirte algo. ¿Podrías traerme alguna crema anti-estrías la próxima vez que vayas al trabajo? Te lo pagaré.

—Sí —le digo— por supuesto. Por cierto ¿cómo vas? ¿Te están entrando los nervios?

—Sí —dice. Luego se queda callada, dudando si decir algo más— No dejo de pensar que me voy a morir o que le va a pasar algo al bebé, o que algo va a ir mal...

—Alice, Alice, tranquila. Nada va a ir mal. Nada. Y yo voy a estar ahí, cuando venga, ya

lo sabes. Solo tienes que asegurarte de llamarme cuando rompas aguas y ahí estaré.

—Vale —dice, algo reconfortada— sí, lo haré.

Capítulo 41

Alguien llama a la puerta.

—Alice, están llamando a la puerta, voy a ver —le digo— solo recuerda que todo va a ir bien.

—Vale.

—Venga.

Voy a abrir la puerta.

Oh, Dios mío. Es el neandertal. Es Frank.

Pero tiene un aspecto distinto. Bueno, todavía lleva barba y la ropa desaliñada, pero algo ha cambiado en su mirada.

Hay un brillo saludable en sus ojos que no tenía antes.

—Hola —dice.

Vacilo. Ni siquiera sé si se merece un «hola» después de lo desagradable que fue tras haberle salvado la vida. Al final sucumbo.

—Hola.

—Solo quería disculparme —dice mirando al suelo— por lo de la otra noche.

—Está bien.

—Solo quería darte las gracias. Por, ya sabes, haberme salvado la vida. —Calla y frunce el ceño— Es que... —Se debate entre decírmelo o no— Es que... no soy yo... no he estado... pero lo estoy superando... lo estoy logrando...

—Bien.

—He dejado de beber —dice.

—Eso está bien —le digo, preguntándome si debería invitarlo a pasar.

—Y lo de la música alta. Lo siento también.

Parece que tuviera doce años. Vale, un niño de doce años con una alarmante cantidad de vello facial, pero aun así, tiene un punto de vulnerabilidad que me ablanda el corazón.

— ¿Quieres pasar?

—No —dice, mirándome a la cara por primera vez— Bueno. Es que tengo cosas que hacer.

—Vale —digo.

—Vale, hasta luego.

Capítulo 42

Adam acaba de llegar.

Llega dieciocho minutos y cuarenta y cinco segundos tarde, pero, bueno, no es que esté contando los minutos.

—Muy bien, magnífico —dice en la puerta, dándome una botella de vino.

—Oh, gracias —digo— no tenías por qué.

Me besa en los labios y me da un pellizco en el culo, para después entrar al vestíbulo. Noto que está evaluando todo lo que le rodea y no hace falta ser Lloyd Grossman⁶ para saber que su dictamen será sombrío.

No obstante, no dice nada. O, al menos, no dice nada hasta que se topa con el salón.

—Bonita moqueta —dice.

—Vale, lo siento, te tendría que haber avisado de que mi piso es un poco cutre.

— ¡Ey! —Dice, rodeándome la cintura, y algo en sus pantalones me dice que está encantado de verme— ¿qué más da, nena? No he venido por el diseño de interiores.

—Vale —le digo, ruborizada— voy... voy a abrir el vino.

Me desembarazo de él y voy a la cocina, botella en mano. Cuando reaparezco en el salón, Adam está ojeando bajo la tele, echándole un vistazo a los DVD.

—Ejercicios yogásmicos —dice, mirándome con ufana sospecha.

—Oh, sí. Eso. Es mi hermana. Es monitora de yoga. Es esa. Hope. Hope Wishart. Está ahora de moda.

— ¿Qué? —Dice con incredulidad— ¿Es hermana tuya?

Muy bien Adam, tú si que sabes cómo hacer sentirse bien a una chica.

—Sí —contesto— es mi hermana.

⁶ Este cocinero británico presentó un programa en el que se analizaban los hogares de personas conocidas. (*N de la T*)

— ¿En serio?

Su mirada destila escepticismo.

— En serio.

— Ella está... en forma — dice, casi para sí mismo.

— Sí, así es.

— Quiero decir que, ya sabes, tiene un aspecto muy saludable. — Se detiene al darse cuenta de que está metiendo la pata hasta el fondo — No es que tú no. Tú también tienes un aspecto muy saludable. De hecho diría que estás...

Alzo la mano.

— Vale — le digo, tratando de no sonreír — ya me hago una idea.

Pero Adam quiere asegurarse.

— No se parece a ti, no es que esté mejor. Es que no se parece a ti, rubia, con ojos verdes...

Y el cuerpazo de la talla treinta y seis. Y los pechos mirando al cielo. Y las piernas que se coloca detrás de la cabeza.

— Sí, lo sé — digo — somos distintas.

— Dios mío — añade — debe de encantarte tener una hermana famosa.

— Oh sí, estoy encantada.

— Vamos, con su propio DVD — continúa, observando las fotos de la contraportada con quizá excesivo interés — Es impresionante ¿La ves, eh... la ves mucho?

— No, apenas.

— Oh.

— Bueno, ¿quieres comer algo?

— No — dice, dejando el DVD — solo a ti.

— O a mi hermana.

Me analiza detenidamente.

—Tienes un pésimo concepto de ti misma ¿verdad? Un concepto terrible.

No sé cómo reaccionar. Se acerca, acariciándome suavemente la cara.

—Eres impresionante —dice— totalmente impresionante.

Ciento un estremecimientos y sus labios se toparon con los míos. Solo tengo una cosa en la cabeza.

Podría ser.

Podría ser él.

Capítulo 43

Hace una hermosa y fresca mañana. Lo noto al despedirme de Adam en el umbral de la puerta. Antes de volver dentro, veo a Frank, que viene por la calle, hacia mí. Me saluda. Le saludo.

Lleva un libro bajo el brazo. El libro se titula *¿Universo o multiverso? Teorías sobre el tiempo paralelo y el espacio alternativo*.

Frank ve que me he quedado mirando y dice.

—Vengo de la biblioteca.

Miro la hora.

—Son las ocho de la mañana.

—Ahora abre todo el día. Creo que la universidad lo hace para los doctorandos insomnes como yo.

Claro. Es universitario. ¿Qué otra cosa podía ser con esa barba y esa forma estrambótica de vestir y vivir en ese entresuelo asqueroso?

—Oh —contesto, inútilmente— ¿estás haciendo un doctorado?

—Sí —dice, y se le entristece la mirada— la universidad me ha concedido un año libre y acabo de volver a estudiar de nuevo.

Aunque me da la sensación de que me quiere contar por qué se ha tomado un año sabático, presiento que es por una razón muy personal, así que decido preguntarle lo que está estudiando.

—Teoría de los universos alternativos —me dice.

— ¿Teoría de los universos alternativos?

Se pone la mano en la nuca y mira hacia arriba.

—La Teoría de los universos alternativos sugiere que para cada consecuencia potencial de un acontecimiento, se crea un universo alternativo. Así que existe un número infinito de universos alternativos, uno por cada consecuencia.

—Ya veo —comento, aunque no estoy muy segura de hacerlo.

—Entonces es cuando la cosa se complica.

—Ya.

Asiente.

—Sí. Ya ves, implica las reglas cuánticas que rigen el nivel subatómico del Universo.

—Oh.

—Es la idea de que los universos paralelos se crean a partir de este; por ejemplo, si alguien retrocede en el tiempo, el universo original permanece y el nuevo universo comienza en el momento en que la persona que ha viajado en el tiempo ha vuelto a...

Trato de fingir que me interesa lo que quiera que me esté contando. Pero, en realidad, me estoy preguntando a quién puede importarle.

Desgraciadamente, las señales de aburrimiento deben de haberse abierto camino en mi rostro, porque Frank dice.

—Lo siento, te estoy soltando un rollo.

—No, está bien, es que estoy un poco cansada.

—Oh, sí —dice, haciendo entender sutilmente que ha visto a Adam salir— de todas formas, será mejor que me vaya.

—Bueno. Te dejo.

Sonríe con amabilidad y dice.

—Lo siento de veras. Por la forma en que me comporté. —De nuevo parece que quiera decirme algo, pero que es demasiado doloroso.

—Sí —digo, vale.

—Bueno —dice— hasta luego.

Capítulo 44

Me gusta mi trabajo.

Bueno, eso no quiere decir que no quiera cambiar. Quiero. Pero a veces pienso que si tuviera algo más de dinero y mi madre lo supiera todo, y lo que es más importante, estuviera contenta con ello, podría ser perfectamente feliz desempeñándolo durante el resto de mi vida.

Lorraine es una pesadilla, pero me llevo bien con las clientas y me gusta maquillarlas. Hay algo reconfortante en sacar lo mejor de la gente y hacerla sentir mejor consigo misma durante el resto del día.

Pongamos a la viejecita, Josie.

No sé cómo se apellida. Siempre dice: «Llámame Josie», y así hago.

Lorraine nunca tiene tiempo para ella, debido al hecho de que habla por los codos, pero a mí me encanta charlar con ella. El caso es que viene todos los sábados para que la maquille, puntual como un reloj y este sábado no es una excepción.

—Hola querida —dice.

—Hola, Josie.

Lorraine me mira y pone los ojos en blanco, a sabiendas de que la próxima media hora no estaré disponible.

Josie debe rondar la ochentena, pero tiene una piel muy bonita.

—Agua de rosas —me contesta, tras haberle preguntado— me la pongo dos veces al día, sin falta.

—Pues funciona.

—Llegarás lejos con tantos halagos —me asegura y empezamos a reírnos. Detrás veo a Lorraine, que vuelve a poner los ojos en blanco.

Josie me pide un poco de colorete y me promete que lo comprará después. Empiezo a extenderlo suavemente en las mejillas, cuando me doy cuenta de que hay alguien detrás de ella. Un calvo gordo que lleva un puro apagado.

Lo reconozco al instante. Es el señor Blake, el dueño de los grandes almacenes. Nunca

me lo han presentado, aunque lo veo por aquí a menudo.

Se está acercando, aunque finjo no darme cuenta, y continúo aplicándole suavemente el colorete a Josie. Lorraine, por otro lado, no se puede mover más deprisa. Literalmente da diez enormes pasos en un segundo y sonrío todo lo que los retoques cosméticos le permiten.

—Hola, señor Blake —dice con un tono tan servil, que casi creo que va a hacerle una reverencia, entonces se embarca en un interminable monólogo, aunque no logro captar lo que le está diciendo, a causa de los confusos ruidos de la tienda.

Josie me sonrío con una maternal y agradable sonrisa.

Le devuelvo la sonrisa, tratando de mostrarme indiferente ante la conversación que se está manteniendo a mi lado.

—No te preocupes, querida —me dice, como si me hubiera leído la mente— todo irá bien. No te preocupes. —Me pone su moteada mano sobre la mía— Todo te irá de perlas.

Capítulo 45

Después del trabajo, le llevo a Alice la crema anti-estrías de Keats que le había prometido y ella me paga las diez libras que cuesta.

Le cuento todas mis novedades. Sobre el trabajo. Sobre Josie. Sobre Frank. Pero ella desvía rápidamente la conversación en torno a Adam.

—Bueno, pero ¿has quedado con tu amante esta noche? —me pregunta.

—Sí —asiento ruborizada— Me voy a pasar por su casa. Va a cocinar para mí.

— ¡Oh! —Exclama— La cosa va en serio.+

— ¡Ay, déjalo ya! —Le increpo— es solo una comida.

Pero no puedo ocultar esa sensación. Esa sensación de nervios en el estómago. Una sensación causada por saber que ya no estoy sola. Que en algún lugar de la ciudad hay un hombre preparándose para cocinar, para hacerme la cena a mí. Y que las mentiras en mi vida están borrándose lentamente, una a una.

Capítulo 46

Esa sensación me dura hasta que llego al piso de Adam y me dice.

—Oh, mierda. Sí, se supone que tenía que haber preparado la cena ¿verdad? Se me ha olvidado comprar algo.

Se me descompone la cara, a pesar de que hago todo lo posible por mantenerla en su sitio.

—Oh —contesto— bueno.

—Una cosa, ¿por qué no te llevo a cenar fuera?

¿A cenar? No, no se puede librar tan fácilmente. No puede limitarse a comprarme. Debería ser fuerte, hacerme la dura.

—Vale, suena genial.

Así soy yo. Faith Wishart.

Todos nos vendemos por unas monedas.

Vamos a Brasería 44, cerca del muelle. Es un restaurante de postín y somos los más jóvenes, con una diferencia de unas dos generaciones. Mientras examino la carta, me debato sobre si contarle a Adam lo de Frank. No sé por qué, pero me siento culpable por ello.

Pero, por alguna razón, permanezco en silencio. No sé por qué, pero creo que lo va a malinterpretar. Especialmente la parte de quedarme toda la noche en la sala de espera, para ver si Frank se ponía bien.

Llega el camarero y toma nota. Adam se decanta por un filete, mientras que yo opto por el *risotto* con cacahuètes, que es el único plato vegetariano del menú.

Le pregunto por el trabajo, pero me doy cuenta de que no quiere hablar de ello. Quiere que hablemos de mí.

—Estás muy sexi —me dice.

¿Está loco?

—No lo creo —le contesto.

—Debes de ser la chica más en forma de todo Leeds. —Vale, eso debe de ser un cumplido. Pero, si realmente cree que soy la chica más en forma de todo Leeds ¿a qué se debe semejante fascinación por el trasero de nuestra camarera?

—Y tú debes de ser el mayor mentiroso de todo Leeds. —Pero, por supuesto, no lo es. Yo soy la mentirosa más grande de todo Leeds. Demonios, probablemente estoy camino de ser la mayor mentirosa de todo Inglaterra, si alguna vez se celebrara un concurso. Entonces me doy cuenta de que este sería un buen momento para aclarar algunas cosas.

—Adam. ¿Pu... puedo preguntarte una cosa?

—Dispara —contesta, girando la copa de vino.

Tomo aire.

— ¿Lo nuestro es oficial?

Se ríe.

— ¿Oficial? ¿Oficial de qué?

—Oficial, ya sabes, novio y novia oficiales. Quiero decir que si estamos en ese punto.

Frunce el ceño y se echa el vino al gaznate. Parece molesto durante un segundo, luego, cuando se ha tragado el shiraz dice.

—Claro. Si quieres. Es oficial. Somos novio y novia.

—Vale, entonces ¿podría contárselo a mi madre y todo eso?

Me lanza una mirada desconcertada.

—Por supuesto.

Sonrío y le miro fijamente a los ojos. Puede que no sea el novio más perfecto del mundo, pero debe de ser uno de los más guapos. Novio. Me encanta esa palabra, novio. Podría estar pronunciándola todo el día.

—Gracias —le digo— significa mucho para mí.

Me lanza una sonrisa maliciosa, aunque adorable.

— ¿Te he dicho lo sexi que estás?

—Sí —le contesto— creo que sí.

Entonces le digo que voy al baño, y lo hago, llevándome mi neceser con el maquillaje.

Hasta los baños son pijos aquí. Con perfume y pequeñas pastillas de jabón talladas, con lavabos de mármol y puertas de madera de caoba en cada cubículo.

Y ahí estoy, estoy a mitad de chorro, cuando alguien llama a la puerta.

— ¿Sí?

—Soy yo.

Es él.

—Adam. Esto es el lavabo de señoras ¿qué haces?

—He venido para comprobar si estabas bien.

—Pero estoy...

— ¿Puedo entrar?

—Esto es el lavabo de señoras —le recuerdo.

—Por favor —me suplica, con un tono encantador.

—De acuerdo —contesto— espera un segundo.

Me seco y abro la puerta. Antes de que me haya dado tiempo a subirme las bragas, me está besando y, aunque una parte de mí quiere resistirse, los besos resultan muy agradables.

—Eres tan atractiva —me dice, mientras me mordisquea la oreja. Luego, antes de que me haya dado cuenta, me está quitando la camiseta y los pantalones.

Me pongo nerviosa. Es que las relaciones sexuales en unos baños públicos no es algo que haya hecho nunca. Besarme con lengua es lo más perverso que he hecho. Suelo ser tan golfa como la abuelita de Christina Aguilera y, aun así, me estoy rindiendo a sus métodos de persuasión.

Pero tiene no sé qué.

Tiene algo eso del espacio reducido. El riesgo. El riesgo de que te pillen. La intensa urgencia del momento. Está mal, pero a su vez está bien.

Hay un portazo algunos cubículos más allá, lo cual permite a Adam emitir un gemido extasiado mientras termina. Me jadea con dificultad en la oreja y se agarra a mí hasta que se recupera.

— ¿Estás bien? —me susurra.

—Sí —le digo— estoy bien.

Capítulo 47

No puedo negarlo. Adam es adicto al sexo.

Para él, la vida es un largo polvo, demarcado por breves y depresivos interludios de no follar. No es que me queje. Después de todo, llevaba meses sin hacerlo. Noche tras noche en mi cama de matrimonio. Tenía que ponerme al día.

Pero ahora, debo admitir que ya me he recuperado.

El problema es que Adam no solo está dispuesto a hacerlo en cualquier momento, o como sea, sino también donde sea. La ducha, la moqueta del salón, los baños de un restaurante.

Y, tal como he comentado antes, es algo completamente nuevo. Esto es harina de otro costal.

Pero hay algo de mito en todo esto del sexo.

La gente cree que si te tiras un montón de tiempo sin hacerlo, estás súper cachondo. Pero mi experiencia personal dice que la cosa no funciona así.

Cuando follamos la primera vez Adam y yo fue un completo desastre. Mi primer polvo en un año, y ni una escasa vibración en la escala Richter.

No me malinterpreten, no es que no fuera agradable. Es solo que no fue especial.

Pero ahora estoy empezando a comprender.

Es verdad, preferiría si a veces, aunque solo fuera a veces, Adam quisiera hacer otra cosa que no fuera follar. Como, no sé, hablar conmigo, o algún disparate o una salvajada de esas. No, no es justo. Adam me habla. Me dice que estoy increíble, y sexi. Y me gusta cuando me dice esas cosas. Me gusta mucho. Así que no me quejo.

Los Adams no caen de los árboles.

Y estamos empezando a llegar a esa fase. La fase en la que nuestra relación pasa al siguiente nivel. Y una vez allí, no pasará mucho tiempo hasta que deje caer la gran pregunta. La gran pregunta es: «¿Quieres conocer a mi madre?»

Entonces, por supuesto, vendrían preguntas mayores, y «¿Mentirías por mí?» sería la

primera.

Y él contestaría que sí a ambas.

Lo presiento.

Porque se dará cuenta de lo importante que es para mí, aunque no debería serlo. Y hará lo correcto, porque, adicto al sexo o no, presiento que es una persona decente. También estoy empezando a intuir que me sentiría atraída por él, incluso aunque no se llamara Adam. Aunque no fuera un novio apto para padres.

Y ese pensamiento me asusta.

De verdad.

Capítulo 48

Me voy a trabajar.

Lorraine está hiperactiva. Probablemente porque la obesa y calva figura del señor Blake está por la planta, supervisándolo todo. Le sonrío como una maníaca. Resulta gracioso, él la ignora. De hecho, me está mirando a mí.

Viene hacia acá.

—Hola señor Blake —dice Lorraine.

Pero el señor Blake me da la mano y me sonrío amablemente a mí.

—Creo que no nos conocemos. —Tiene esa voz que suelen tener los hombres de negocios calvos y gordos. Grave por el tabaco. Segura. Forrada de pasta.

—No —le contesto— Soy Faith Wishart.

—Bien, Faith, encantado de conocerte. Sigue así.

—Lo haré —le digo, con una gran sonrisa atravesándome el rostro.

Lorraine, con pinta de haberse ofendido dice.

—No se preocupe, señor Blake, la vigilaré.

Pero el señor Blake ya se ha marchado.

—«Sigue así» —dice Lorraine, ceñuda— ¿A qué demonios estás jugando, Faith? ¿Qué sabe el señor Blake de tu trabajo?

—No lo sé —le contesto— de verdad que no lo sé.

De vuelta en casa, viendo la tele, oigo un ruido. Un sonido metálico. Miro por la ventana y veo a Frank. Está echando al contenedor de reciclado todas las botellas y latas.

Dios, debe de estar empezando una nueva vida.

Al volver, me ve observándolo desde la ventana. Sonrío y me saluda con la mano.

Le devuelvo el saludo.

Me acuerdo del señor Blake hoy y de lo amable que ha sido conmigo.

Y entonces, por alguna razón, me acuerdo de las palabras de Josie, la anciana a la que maquillo, resonando en mi cabeza: «todo va a irte de perlas».

Y me pregunto qué querría decir.

Capítulo 49

Me llama mi madre.

Al principio me pongo en piloto automático, mientras la escucho hablar de las invitaciones de boda de Hope y de cómo voy a ir. Luego, me cuenta cómo va a ir Mark. Y yo me limito a decir: «Ajá» y «Ah» y digo: «Sí», cuando corresponde.

Pero entonces dice.

—Voy a Leeds el sábado. Para conocer a Adam.

Pienso en el trabajo. Pero libro el sábado. Aunque podría utilizarlo como excusa, alegando que tengo que hacer una importante campaña de publicidad o algo así.

Mi madre continúa.

—Puedo llegar a la hora que sea. Así que no me digas que tienes que trabajar.

—Pero... yo... —No tengo ninguna otra excusa, que no. Y mientras vacilaba, resulta que todo ha quedado dispuesto.

—Entonces nos vemos el sábado —dice— Bueno, tengo que dejarte, tengo que limpiar las ventanas del piso de arriba.

Capítulo 50

A veces, es mejor salir con algo directo. Ya sabes, soltarlo sin pensarlo. Así que esa noche, diez minutos después de que Adam hubiera entrado por la puerta le digo...

—Tengo que pedirte una cosa.

— ¿Pedirme? —Parece preocupado, como si yo fuera a clavar una rodilla en el suelo.

—Sí. Mi madre va a venir este fin de semana, y estaba pensando que, bueno, ya sabes, si no te importa, si te gustaría conocerla.

— ¿Conocerla?

—Sí, a mi madre.

— ¿Conocer a tu madre?

—Sí, vamos, no se va a quedar mucho tiempo, y no tienes que quedarte...

—Me cago en la puta, nena —contesta, con los ojos como platos, por la sorpresa, o por incredulidad.

Niega con la cabeza.

No es buena señal.

—Me cago en la puta ¿qué? —le pregunto, bastante perpleja.

—Me cago en la puta.

Se levanta del sofá y va a la cocina. Sigue negando con la cabeza.

— ¿Qué pasa? —le pregunto.

No hay respuesta. Se limita a mirar por la ventana.

Al final dice algo, más para sí mismo que para mí, por lo que no me entero.

— ¿Qué?

—Digo —me dice, vocalizando claramente— que vas demasiado deprisa.

— ¿Deprisa? —Repito, percibiendo que el malestar corre en ambas direcciones— ¿Qué quieres decir con demasiado deprisa? ¿Porque te he pedido que conozcas a mi madre? No te va a comer, ¿sabes? Se trata tan solo de una persona.

Me mira como si no lo entendiera.

—Solo estamos empezando a salir —dice, bajando el punto de ebullición a nivel cuatro— No estamos en la fase de conocer a los padres ¿no?

—No lo sé. No sabía que tuviéramos que estar en ninguna fase.

Mira al techo y lanza un afectado suspiro.

—Creo que es demasiado.

— ¿Demasiado?

—No quiero que empieces a llevarte una falsa impresión. Vamos, que no quiero que pienses que hay algo que realmente no hay.

— ¿Y qué hay?

Se encoge de hombros.

—No sé. Pero estás metiendo muchos extras.

— ¿Extras?, Adam, no soy un DVD.

Sonríe. Es una sonrisa que no le había visto antes, y no le favorece. Le hace parecer engreído. Pretencioso y feo.

—Solo te he preguntado si te gustaría conocer a mi madre, eso es todo.

Entonces, más tranquilo que antes, sale de la habitación y del piso.

— ¡Adam, espera!

Pero es demasiado tarde. Se ha marchado.

Capítulo 51

Una hora después vuelve.

—Siento lo de antes —dice, en el umbral de la puerta.

—No importa.

Se saca tras la espalda una botella de vino. Le sonrío sin querer, y entra.

—Creo que he reaccionado de manera algo exagerada —se explica, quitando el sello del tapón de la botella.

—No —le digo con un tono tan diplomático como el suyo— Es culpa mía. Estoy precipitando las cosas. He estado viendo cosas donde no las había. Entiendo que no quieras conocer a mi madre, no pretendía asustarte.

—Si tanto significa para ti —dice, buscando un sacacorchos.

—Está ahí dentro —digo, señalando el cajón que tiene el pomo suelto— Tampoco significa tanto. —Lo cual es mentira. Que mi madre conozca a Adam lo es todo para mí. Soy consciente de que no debería significar nada. Mi felicidad no debería depender de la aprobación de mi madre. Debería salir de dentro. Pero la sensación de saber que debería ser así, hace que no sea así. De modo que cuando le digo que no me importa tanto, siento una extraña, sensación de desazón. Como cuando te despiertas tras haber tenido un sueño increíble, y te encaras con la realidad de tu mierda de apartamento.

—No, voy a conocerla —me dice, mientras sirve el vino en dos copas. *Glup, glup, glup.*

— ¿En serio? —le digo, quizá con excesivo entusiasmo. Se me queda mirando durante bastante rato, hasta que me ofrece una copa de vino.

—En serio.

—Bueno, en ese caso, tengo que contarte algo.

Arquea las cejas, expectante.

—Dime —dice.

Hago lo posible por ignorar el tono de tristeza de su voz y le digo.

—Mi madre cree que llevamos juntos tres meses.

Da tal resoplido que casi esparce todo el vino tinto por el suelo. Tras tragar melodramáticamente, dice.

— ¿Qué?

Cierro los ojos y le cuento el resto.

—Y cree que eres abogado.

El ambiente se tensa.

Abro los ojos, y veo a Adam negando con la cabeza de lado a lado, abriendo y cerrando la boca como un pez de colores demente.

— ¿Qué... yo... donde... quién... por qué? Oh, Dios.

Empieza a parecer enfadado.

Me trago el vino y echo los hombros hacia atrás para que se me noten los pezones bajo la camiseta.

Me los mira a través del vaso y toma un sorbo.

—Es una larga historia —le explico— Pero, básicamente, me cansé de que mi madre pensara que soy una lesbiana en paro. Así que me inventé un hombre. Un trabajo. Y todo. Pero, no te preocupes, no entiende nada de leyes.

—Oh —dice, mirándome todavía a través del vaso— Bueno.

Envalentonada por la primera copa de vino, me acerco a él y le meto la mano por debajo de la camiseta, rodeándole el ombligo con los dedos.

— ¿Está bien? —le pregunto— ¿Me seguirás la corriente?

—Sí —dice, con un lujurioso gemido, hasta que empieza a mordisquearme la oreja— No hay problema. Lo que sea. Lo que quieras.

¡Así que por eso ha vuelto! Dios, realmente es un adicto al sexo. Con solo un vistazo de mis protuberantes pezones, pierde la cabeza. Pero, sinceramente, no me quejo. Después de todo, ha accedido a que le presente a mi madre. Puede que se acaben las mentiras.

¿Cómo de sexi es? En una escala de uno a Colin Farrell, definitivamente es un Farrell.

De hecho, podría arrancarle la ropa en este mismo instante. Además, no estoy ovulando.

Tal como ocurre, no hace falta arrancarle la ropa. Lo hace él solito. Ahí, en la cocina. Entonces aguarda, como un entusiasmado visitante en el parque de atracciones de OK Corral, esperando a que sea yo quien mueva ficha.

Tras un instante deliberando, me quito la ropa y tiro de su cuerpo perfecto hacia el mío, sintiendo un cosquilleo al sentir su tacto.

—Oh, sí —dice, con su tono incitador; este tono sí que me resulta familiar— Eres tan sexi...

Pero entonces, cuando nos vamos a poner en faena, me acuerdo.

—El condón —digo, esquiva.

—Ah, sí —dice, y, sin ganas, busca por el suelo su cartera, entre la ropa tirada.

Entonces me acuerdo de otra cosa.

—Mejor, eh... corro las cortinas.

Capítulo 52

A la mañana siguiente me despierto y me vuelvo para abrazar a mi guapísimo novio, apto para madres, y descubro que se ha vuelto invisible durante la noche. Entonces me acuerdo: tenía que irse temprano a trabajar. A las ocho en punto o a alguna hora ridícula de esas.

Decido abrazar la almohada en su lugar, y empiezo a deslizarme en ese sueño profundo y satisfecho que jamás tuve cuando estaba soltera. Pero, entonces, empieza a sonar el teléfono. Y a sonar. Y a sonar.

Suena de manera tan persistente, que sé que solo puede ser una persona.

Lo ignoro, y meto la cabeza debajo de la almohada.

Pero sé que seguirá sonando hasta que salga de esta maravillosa y cálida cama para tomarlo. Porque no trabajo hasta media mañana. Porque son las siete y media de la mañana. Porque mi madre es una sádica, cuyo método preferido de tortura es interrumpir el sueño ajeno.

Hay una pausa. Una pausa que sé que durará lo que tarde en colgar el teléfono, volver a tomarlo y volver a marcar el número. Esa lúgubre previsibilidad me agobiaría, si no fuera porque ya estoy agobiada bajo los tres edredones más pesados del mundo, y tengo una almohada encima de la cabeza.

Ring, ring. Ring, ring. Ring, ring...

Los timbrazos suenan cada vez más fuertes, fastidiados ante el hecho de que pudiera seguir dormida. No tengo ni que tomar el teléfono para saber lo que mi madre trata de decirme: «Venga, tienes que levantarte, sal de la cama...».

Llego a un acuerdo: me levanto, pero me llevo la cama conmigo, o al menos, dos de los edredones. Mierda, ¿dónde están las zapatillas? Aún aquí dentro, envuelta en este vientre edredónico, soy consciente de que hace un frío del carajo, y la idea de atravesar el vestíbulo sin moqueta, descalza, no me resulta nada atractiva.

Incapaz de encontrar las zapatillas, decido pasar por el vestíbulo saltando, para aterrizar en la moqueta del salón.

Pero, al aterrizar, se me enreda el pie en el edredon. El impulso del salto me lanza el cuerpo hacia delante y, antes de que me pueda dar cuenta, tengo la cabeza en el suelo, junto al

mando a distancia.

—Mierda —musito, y escupo el polvo de la moqueta.

Ring, ring. Ring, ring. Ring, ring...

Capítulo 53

Para cuando he tomado el teléfono, cualquier rastro edulcorado de Adam se ha esfumado.

—Hola mamá —digo, porque sé que es ella.

— ¿Estás levantada? —me pregunta, inquietantemente previsible, en lugar de saludar.

—Sí. —Bostezo apoyándome en la repisa de la hornilla— Llevo siglos despierta. — Primera mentira del día.

— ¿Estás desayunando?

—No, ya he terminado. —Segunda mentira. Dios ¿qué me pasa? ¿Por qué me da miedo que mi madre sepa que me gusta remolonear en la cama? Vamos ¿es que es un delito?

— ¿Cómo está Adam hoy?

Entonces me acuerdo. Adam dijo que la conocería. Y que me seguiría la corriente con todas mis estúpidas mentiras.

—Ah, está estupendamente —le digo— Está deseando conocerte el sábado.

Percibo la sorpresa de mi madre, por las interferencias que oigo mientras aguardo su respuesta. Por una vez, se ha quedado sin palabras.

Saboreo el momento. Debe de haber comprendido que Adam es cien por cien de carne y hueso, y no solo un producto de mi imaginación. Durante los últimos Dios sabe cuántos años creía que, o no me interesaban los hombres, o yo no les interesaba a ellos. O era lesbiana, o una desgraciada. (No es que este mal ser lesbiana, ni ser una desgraciada, es que sé que no soy lo primero, y siempre he tenido la esperanza de no ser lo último, y no quiero que mi madre lo crea tampoco).

Espero la feliz y extasiada respuesta de mi madre. Espero que se disculpe por haber dudado de la existencia de Adam. Espero que grite de alegría.

Pero no lo hace.

En lugar de eso, hace otra cosa.

— ¿Mamá? ¿Estás... estás llorando?

—Lo siento —gimotea— lo siento... soy una tonta... es solo que... es solo que... me alegro por ti., me alegro tanto... por las dos...

—Mamá, no nos vamos a casar ni nada de eso.

—Ya, ya lo sé, Faith, cariño. Ya lo sé. Bueno, por el momento. Es solo que me alegro tanto de que hayas encontrado a un hombre tan maravilloso.

Suspiro. De repente, el glorioso momento está empezado a difuminarse. Por ese «por el momento». Santo Cristo ¿es que no tiene piedad?

—Mamá, ni siquiera lo conoces todavía...

—Ya lo sé.

—Y solo llevamos cuatro meses, todavía no lo conozco bien.

—Oh, sí —dice, con la voz quebrada, al darse cuenta de que, hasta ahora, no me creía— Lo sé, pero voy a conocerlo, Faith, cariño. Eso hace que todo sea tan... real.

Sonrío, sin querer.

He hecho feliz a mi madre.

Es solo una tontería, lo de presentarle a Adam, pero significa tanto para ella. Es lo que quiere para mí. Que siente la cabeza con un buen hombre. Y, aunque aún no he averiguado si Adam es «El Hombre», tampoco importa. Lo que importa es que podría serlo.

Al menos, en lo que a mi madre respecta, podría serlo. Y en lo de ser un buen hombre, bueno, es guapo, eso desde luego. Tiene un bonito pelo rubio, un cuerpo bonito. Unos ojos bonitos. Y el hecho de que haya aceptado conocer a mi madre y seguirme la corriente con todas esas estúpidas mentiras, eso ha sido todo un detalle ¿no? Claro que sí.

Así que todas esas persistentes dudas tendrán que quedar a un lado. Por una vez en mi vida, las cosas empiezan a irme bien. Mi madre está bien. Parece real. Y me gusta esa sensación. Me gusta mucho.

Solo espero que dure.

Capítulo 54

Seis horas después estoy en el trabajo. Estoy teniendo un día tranquilo, cuando Adam entra para hacerme una visita. Es la hora del descanso para comer, y Lorraine no está cerca, así que charlamos. Pero, como siempre, Adam solo parece tener un tema de conversación. Y es un tema que me lleva al almacén, hacia donde me he dirigido para tomar algunas cajas más de crema de noche.

Me besa en la nuca.

— ¡Adam! ¿Qué haces?

— Ya sabes lo que estoy haciendo.

— ¡No podemos hacerlo aquí!

— ¿Por qué no? — me pregunta, perplejo.

— Porque me despedirán, por eso no podemos.

Mira a su alrededor, observando las cajas apiladas de productos de belleza.

— ¿Quién nos va a ver?

— Hay cámaras — suspiro — cámaras de circuito cerrado.

Adam mira al techo, que no tiene cámaras.

— ¿Dónde?

— Tengo que volver al trabajo.

— Seguro que tienes diez minutos. Podrías estar tomándote un respiro fumándote un cigarrillo — sus ojos destilan picardía — o tomándote un respiro echando un polvo.

— ¿Qué es lo que te pasa? ¿No tienes que volver? Son casi las tres.

— Almuerzo tarde. No pasa nada. Creía que las chicas que se pasan todo el día detrás de un mostrador de cosméticos suelen estar ávidas por que las distraigan. — Sonríe con esa sonrisa del demonio, y se afloja la corbata.

— Adam, por favor. No deberías estar aquí. Por favor, vete.

—Vale, nena —dice, sin moverse un centímetro— lo que tú digas.

No tengo tiempo para esto, así que me doy la vuelta y empiezo a recolectar cremas de noche.

—Porque, en serio, me despedirían.

—Sí, sí.

Me levanto, me vuelvo, y veo un montoncito de ropa en el suelo. Entonces, sobre ella, está Adam. De pie, completamente desnudo, con un codo apoyado en una estantería.

—Soy todo tuyo —dice.

— ¡Adam! ¿Qué estás haciendo?

—Sabes que me deseas.

—Ad...

Me detengo.

Se ha oído algo.

El último de los ruidos que desearía oír. El ruido del pomo de la puerta.

— ¡Escóndete! ¡Vístete! ¡Desaparece!

Pero es demasiado tarde.

La puerta se abre y aparece Lorraine. Está mirando a Adam. La imagen de aquel musculoso cuerpo la sorprende tanto, que no es capaz de articular palabra durante los siguientes segundos. El cuerpo entero se une a su rostro en una absoluta parálisis *botoxírica*.

—Lorraine —le digo— puedo explicártelo. No es culpa mía, no estábamos haciendo nada. ¡Ni siquiera le he pedido que me siguiera hasta aquí!

Adam se agacha y toma los calzoncillos.

—Sí, no estábamos haciendo nada.

—Faith —dice Lorraine, finalmente, tomando aire— A la oficina. Ahora.

Adam se viste y huye, mientras yo sigo a Lorraine por toda la planta y subimos por las

escaleras, aguardando mi destino.

Capítulo 55

—No era lo que parecía —le digo.

Pero Lorraine no me escucha.

—Estabas con un hombre desnudo en el almacén.

—Sí —le digo— lo sé. Pero no quería que estuviera allí. No le pedí que se quitara la ropa.

—Así que ¿no conoces a ese hombre? ¿Llamo a la policía? ¿Les digo que tenemos un violador en el local?

Suspiro.

—No. Lo conozco. Es mi novio. Ha venido a verme en el descanso del almuerzo, eso es todo. Y luego me ha seguido hasta el almacén y le han entrado malos pensamientos.

—Así que ¿qué estaban haciendo exactamente en el almacén?

—Estaba tomando cremas de noche. No quedan.

Enarca la ceja (bueno, vale, cuando digo que la enarca, me refiero a que la desplaza un milímetro. Y cuando digo «ceja» me refiero a esa raya pintada que tiene encima de los ojos).

—Oh —dice, con ambigüedad— ¿Tenemos ya?

—Sí —contesto.

—Es que parece que últimamente se nos están acabando muchas cosas ¿no?

—No sé.

—Y parece que pasas mucho tiempo en el almacén, no sé si con novios desnudos o no.

— ¿Yo? — ¡Es ella la que siempre está desapareciendo en el almacén! — Creo que no te entiendo —digo.

Calla un instante y cruza los brazos.

—Faltan cosas.

— ¿Y crees que soy la responsable?

— Bueno, Faith. Casa bastante bien con tu actitud últimamente.

— ¡Yo no he hecho nada!

— Tú eres la única persona, aparte de mí que tiene acceso continuado al almacén de Keats.

— No he sido yo —le contesto.

— Y aquella mujer divirtiéndose en el almacén con un hombre desnudo, supongo que esa tampoco eras tú ¿no?

— Lorraine, lo siento. No debería haberle permitido que me siguiera, pero...

— Ya está bien de excusas —dice.

— Pero...

— Ya está bien, Faith.

— Pero...

— Estás despedida.

Capítulo 56

—Conseguirás otro trabajo —dice Adam— No hay problema, nena.

Trata de ser compasivo, creo, pero no funciona.

Me limito a asentir y digo.

—Sí. Pero sé que no conseguiré encontrar otro trabajo. Si digo la verdad, jamás me contratarán, si miento, me volverán a descubrir.

No soy capaz de conservar un trabajo, ni siquiera el de maquilladora.

Voy a tener que irme de la ciudad. Del continente.

Empiezo a llorar, y con las lágrimas, se me estropea el maquillaje.

—Lo siento —digo— no quería echarme a llorar.

Adam parece asustado. Como si la cabeza hubiera empezado a darme vueltas. O como si un alien estuviera a punto de salirme del estómago. Esta es la persona con la que estoy saliendo. Un hombre que no se lo piensa dos veces para quitarse los pantalones en público, pero al que le entra el pánico cuando entra en contacto con las emociones humanas.

—No llores —dice, pero de manera poco delicada, más bien en tono «esto es demasiado, ¿es que no podemos limitarnos a hacerlo?».

En este instante, lo odio. Sé que es irracional sentirse así. Pero al menos podría comportarse como si lo sintiera un poquitito ¿no?

Para él, con decirme que encontraré otro trabajo, es suficiente. No ha sido a él a quien han sorprendido en el almacén de su trabajo desnudo. No es él el que está rellenando los papeles del paro.

Me levanto del sofá.

—Faith, ¿adónde vas?

—Lo siento —digo, dirigiéndome al dormitorio— necesito estar sola.

Capítulo 57

Me despierto temprano. El despertador me informa de que son las seis y cuarto. Me enrosco y descubro que Adam se ha convertido en aire.

Seguro que se ha ido al trabajo. Quizá se fue esta noche.

Vuelvo a cerrar los ojos, bajo el peso del sueño, pero no funciona. Estoy demasiado inquieta para volver a dormirme.

Me apoyo sobre los codos y me siento, volviendo a abrir los ojos. Tardo unos segundos en darle forma a las sombrías formas inidentificables que constituyen mi dormitorio.

Miro el montoncito oscuro del suelo. Su ropa. Entonces, miro dos objetos que hay junto a la puerta. Sus zapatos.

¡Curiorífico y curiorífico!⁷

A lo mejor ha ido al baño. Me tumbo y aguzo el oído para escuchar un chorro o cualquier otro ruido habitual en un baño, pero no escucho nada. Vuelvo a mirar el despertador. Las seis y diecinueve. Entonces lo oigo. Un ruido. Un ligero jadeo. Procede del salón.

Cuando empiezan a asaltarme pensamientos paranoicos, se me acelera el corazón. Quizá se trata de un intruso. Un violador. Quizá han visto a Adam, lo han atado al sofá y vienen a por mí.

Echo el edredón atrás, tratando de hacer el menor ruido posible. Entonces, me dirijo de puntillas hacia la puerta. Vacilo tras haber hecho crujir el suelo. Entonces continúo hacia el vestíbulo.

Una vez allí, miro a mi alrededor, en busca de un arma.

Al acordarme de que no soy miembro del servicio secreto, finalmente tomo el paraguas. Quizá pueda atizar a los intrusos con el paraguas hasta matarlos. Entonces vuelvo a oírlo.

El ligero jadeo. Solo que, esta vez, va acompañado de un ligero gemido. Suena como si le doliera algo. Quizá posea información sobre alguna trama terrorista secreta que unos agentes del Gobierno que oficialmente no existen, le están sacando a base de torturas.

⁷ Referencia a *Alicia en el país de las maravillas*, capítulo 2. (N de la T)

Trato de contener la respiración y me acerco unos centímetros a la puerta del salón, paraguas en mano. Siento un agujonazo de culpabilidad por lo de ayer. Por la manera en que hice sentir culpable a Adam por haberme hecho perder el trabajo.

Aguardo junto a la puerta, con la espalda contra la pared, con el paraguas mirando hacia el techo, en plan fusil. Vuelvo a escuchar a Adam.

Parece desesperado.

Venga.

No puedo esperar más. Voy a entrar.

Pongo la mano en la puerta, y la abro lentamente. Al principio no veo a nadie. Pero entonces me doy cuenta de que la tele está encendida con el volumen bajo.

El programa que están poniendo me resulta extrañamente familiar. Lo cual resulta insólito, ya que jamás estoy levantada a las seis y veinte de la mañana.

Entonces me doy cuenta de lo que estoy viendo.

Es el DVD de ejercicios yogásnicos.

Es mi hermana. O, con esa postura concreta, el culo de mi hermana. No mira a cámara, tiene el cuerpo flexionado, con la cabeza entre las piernas.

Abro más la puerta.

No hay intrusos.

No hay ladrones, ni secuestradores, ni agentes del Gobierno.

Solo está Adam, sentado en el sofá, ajeno completamente a su novia parapetada detrás de un paraguas, que lo observa a sus espaldas, a dos metros de distancia.

Está llorando.

O puede que no.

En realidad, ahora que lo pienso, no parece un lamento en absoluto. Suena como si estuviera haciendo otra cosa. Algo que queda explícito por las sacudidas de su hombro derecho.

Un hombro derecho, que está unido a un brazo.

Que está unido a una mano.

Que está unida a un...

—Oh —gime— oh, sí.

Se está haciendo una paja.

—Adam —digo— ¿qué estás haciendo?

Da un respingo. Se queda helado. Luego se levanta. Se gira, con los pantalones por los tobillos, con la erección mirando ahora hacia abajo.

Me mira. Ve el paraguas.

Me planteo utilizarlo. En este instante podría hacerle bastante daño.

—Estaba... estaba...

—Masturbándote viendo el vídeo de mi hermana.

Entonces hace algo que no me esperaba, sonrío. Y dice.

—Sí. —Como si no le importara que lo hubiera pillado con los pantalones por los tobillos, meneándose la verga.

De hecho, está empezando a reírse, esperando que yo haga lo mismo.

—Tú... —Estoy furiosa, tratando de encontrar el insulto adecuado— Pajillero.

—Si —dice, levantando las manos como si se estuviera rindiendo, con el pene caído por la derrota— eso lo resume bastante bien.

Al menos podría tener la dignidad de mentir. O tratar de encubrirlo. O al menos demostrar que, para él, esta situación resulta un poquito embarazosa. Pero, finalmente y con reticencia, suelta la más patética de todas las explicaciones patéticas.

—No podía dormir.

— ¿Que no podías dormir?

Entonces me viene a la cabeza. Este es el momento en el que se supone que debería echarlo. Me ha hecho perder el trabajo, y ahora lo he pillado con otra mujer. Vale, la otra mujer ni siquiera sabe nada del tema, y está a más de trescientos kilómetros de aquí. Pero la otra

mujer es mi hermana. Y ¿realmente, puedo estar con un hombre que la desea tan explícitamente? ¿Que no se limita a las imágenes mentales, o a las fantasías privadas, sino que se hace una paja delante de su DVD? ¿En mi sofá? Joder, ¿a las seis de la mañana?

Pero ya sé la respuesta.

Ya sé que lo dejaré volver a la cama. Porque, la otra opción es contarle la verdad a mi madre y a mi deseada hermana. Y, en este momento, me odio por ello. Detesto mi debilidad. Me odio más de lo que odio a Adam. Porque, aunque Adam es, sin duda, un pajillero, al menos es un pajillero sincero. Al menos reconoce que lo es.

Así que discutimos un rato, pero luego nos vamos a la cama, donde me quedo con la mirada perdida en el techo, hasta que es hora de levantarse. Preguntándome cómo acabará todo esto.

Capítulo 58

Cuando Adam ya se ha ido a trabajar, me llama mi madre.

Me está preguntando por el trabajo, y yo le estoy contando que va genial porque, ¿qué otra cosa podía decirle? Dificilmente puedo contarle que me han despedido de un trabajo que, para empezar, ella ni siquiera sabía que tenía.

Entonces empieza a hablar de la boda de Hope.

— ¿Te has comprado ya el vestido?

—No, mamá, no he tenido tiempo.

—Qué emocionante es todo esto —dice— apuesto a que estás deseando conocer a Jamie.

—Sí, la verdad es que lo estoy deseando.

—Hope me llamó anoche. Me ha dicho que te va a enviar una invitación para su despedida de soltera. Va a ser en París. ¿A que es emocionante?

—Sí, mamá —le digo, preguntándome cómo voy a salir de todo esto.

Entonces, sin venir a cuenta, me dice.

—Solo tres días.

— ¿Solo tres días para qué?

—Para el fin de semana. Para conocer a Adam.

—Ah, sí —digo— se me había olvidado.

—Oh, Faith, estoy tan orgullosa de todos. De que a mis tres chiquillos les vaya tan bien.

—Sí, mamá, lo sé, lo sé.

El día se me hace eterno. Me siento, sin nada que hacer, y me pongo a ver la tele. Frank tiene la música puesta. Pero esta vez no la tiene puesta muy alta. No es *heavy metal* y el volumen está bajo. De hecho, suena bastante bien. Relajante. Conozco la canción. Es Al Greene. Mi padre tenía ese disco. Era un disco de grandes éxitos. Solía ponerlo alto y trataba de que mi madre bailara con él, pero ella siempre se lo quitaba de encima porque tenía cosas que hacer.

Entonces empiezo a pensar en Frank.

Se siente una extraña cuando le salva la vida a alguien. Entonces, empiezo a pensar en que parece que ha cambiado. En que ya no veo rastro de ningún tosco comportamiento de alcohólico.

Empiezo a pensar en lo que Frank me explicó cuando me hablaba sobre su doctorado. Todo eso de los universos alternativos. Lo que quiero decir es, ¿y si fuera cierto? ¿Y si realmente hubiera tantos universos como opciones? ¿Y si en alguna parte yo estuviera tomando las decisiones adecuadas?

Puede que mis mentiras no sean mentira. Puede que sean verdades que esté viviendo otro yo. Las verdades que yo misma debería estar viviendo.

Sí, suena bien. No soy una mentirosa, solo estoy contando otras opciones. La realidad de otros universos alternativos. Unos universos en lo que sí que me hice con el puesto en Coleridge y en el que mi novio no se sienta a masturbarse viendo un DVD de mi hermana.

Debe de haber un universo mejor que éste.

Y tiene que existir una Faith Wishart mejor que ésta.

Una a la que no le asuste vivir su vida simplemente por ella, no por su madre.

Capítulo 59

Adam viene a casa de mal humor.

— ¿Qué tal el día? —le pregunto.

—Una mierda —dice, sin preguntarme cómo me ha ido a mí.

De repente, me pregunto cómo se comportará el sábado, cuando venga mi madre. Puede que lo parezca, pero no es tan temperamental.

— ¿Quieres una taza de té? —le pregunto, como una buena esposa.

—No, algo más fuerte.

Le sirvo una copa de vino.

Se la bebe en cinco segundos.

—Eso es —dice. Luego me echa una mirada libinidosa y dice— Dame un beso.

Le doy un beso, pero mientras lo hago, no puedo evitar preguntármelo. ¿Adam quiere una novia, o solo busca una *geisha*, una esclava sexual y un ama de casa, todo en uno? Tiene algo esta noche. Algo que no me gusta. Algo que está cargando el ambiente de energía negativa.

Tiene la mirada a kilómetros de aquí. En el planeta lujuria. Por un momento, me pregunto hasta qué punto conozco a este hombre, al que he invitado a entrar en mi vida. Sí, está dispuesto a mentir por mí. Pero no puedo negar que aquella decisión se basó en sus pantalones tanto como en su cerebro. Y desde que consintió, parece actuar como si tuviera cierto poder sobre mí. Como si estuviera bien hacerme perder el trabajo y hacerse una paja delante de mi hermana.

Me agarra un pecho.

—Adam... —Entonces me baja a la moqueta colocándose sobre su pierna. Luego se pone encima de mí.

—Adam, por favor, ahora no. No estoy de humor.

Se ríe.

—No estás de humor.

Capítulo 60

Está encima de mí, una sola mano le basta para sujetar mis dos manos. La otra mano está atareada abajo, agarrando los botones, tirando con avidez, como un animal desesperado.

—Para, no, no —le digo, débil, patética. Mi voz es tan débil como mi cuerpo.

Pateo, dando golpes en el suelo, pero no puedo zafarme de él. El cuerpo esculpido de gimnasio, cuya fuerza me atrajo, me está dando una lección sobre atracciones inadecuadas.

Acerca la cabeza buscando mi boca con la suya. Me retuerzo y me alcanza la mejilla. Entonces, con voz amenazante, me dice al oído.

—Eres una... —Todo mi cuerpo lucha contra sus palabras— Calienta-braguetas.

Levanta la cabeza y le escupo. Se ríe cuando la saliva le alcanza la mejilla. Una risa auténtica, como si realmente le resultara divertido.

Siento cómo mueve las piernas para despojarse de los vaqueros. Me vienen a la cabeza ranas muertas y experimentos con electricidad, una imagen preservada en mi memoria de algún programa de televisión infantil de antaño.

Luego piel con piel. Me pincha con los pelos de las piernas. Me ha bajado los pantalones hasta los tobillos y ahora me ha agarrado las bragas.

Por un momento dejo el cuerpo quieto, todos los músculos se me tensan. Entonces, de alguna manera musito un grito, algo parecido a la palabra «socorro». El grito de una víctima. Un grito que hace que todo se torne real. Lo cual hace que la escena se convierta en una escena de terror.

Entonces lo siento. La verga erecta. Dura, contra mi pierna desnuda, contra mi entrepierna.

—Para —grito— no.

Me está dando un ataque, pero aún soy demasiado débil para zafarme de él. Me han dado clases de autodefensa en las que te enseñaban cómo dar puñetazos y patadas. No soy luchadora. Soy débil.

Miro a un lado, con la cara en la alfombra. Sigo gritando mientras busco algo, algo. Algo que pueda detener todo esto. Veo toda la escena reflejada en el cristal de la tele y puedo ver el

pánico de mi propio rostro, como si fuera el de una extraña.

Una extraña chica impotente, tumbada con un monstruo rubio de ojos azules sobre ella.

Miro el teléfono y pienso en mi madre. Está solo a dos metros y siete números de aquí. Probablemente estará limpiando en este momento, pasando la aspiradora o quitando el polvo, pensando en la boda de Hope, ajena a todo.

Entonces, cuando me pone la mano en la boca tratando de que me calle antes de ir a lo suyo, pienso en mi padre. Por primera vez desde que murió, rezo porque no exista un cielo, espero por encima de todo que no me esté viendo, que no lo esté observando todo.

Espero que se haya ido para siempre.

Está a punto de ocurrir.

Está a punto de ocurrir y no puedo forcejear. Estoy exhausta.

Le he dicho que no. «Por favor. No». Se lo he estado diciendo lo que parece una eternidad, pero han sido probablemente sesenta segundos.

Hace menos de cuarenta y ocho horas lo habría agarrado, lo hubiera deseado, y hubiera querido sentirle dentro. Pero era otro yo. Era otro Adam.

El Adam que me está forzando en este instante es un extraño. No lo conozco, y él no me conoce. No puede, no puede querer hacerme esto.

—Para, por favor, para.

Se ríe, puedo sentir su aliento en la oreja. Entonces me doy cuenta de una cosa. Es capaz de cualquier cosa. Podría...

Hay un ruido.

Llaman a la puerta.

No se ha dado cuenta. Continúa, sujetándome de las muñecas, luchando contra mi resistencia. Pido ayuda.

—Ey, Faith, está bien, está bien. —Tiene la voz tranquila, con un tono que, en otro contexto, sería tranquilizadora. Y entonces, me tapa la boca con la mano que tiene libre y cierra los ojos. Trato de morderle, pero no llego con los dientes.

Forcejeo, pero casi la puedo sentir ahí. En cualquier momento...

Otro ruido.

Esta vez más alto. El ruido de un cuerpo arrojándose contra la puerta. Entonces el ruido de la madera cediendo.

Adam se queda quieto. Me mira. El temor que ha introducido en mis ojos ha retornado a su legítimo dueño.

— ¿Qué diablos ha sido eso? —Relaja la mano, olvidando su tarea.

Es mi oportunidad.

Le muerdo con todas mis fuerzas, tan fuerte como para perder los dientes, y no me detengo hasta que saboreo la sangre.

— ¡Zorra! —chilla, apartando la mano, levantándola, perfectamente dispuesto a dejarla caer sobre mí. Su mano, manchada de sangre y maquillaje planea en el aire, ávida, a la espera de una orden.

Cierro los ojos con fuerza, anticipándome al golpe.

No ocurre.

Por un segundo, o durante toda una vida, no hay nada más que la obligada oscuridad de mis ojos apretados. Entonces escucho pasos. Pesados, rápidos.

Abro los ojos. Adam se aparta de mí, con la mano aún alzada, girándose hacia el intruso.

—Apártate de ella.

Reconozco la voz vagamente, aunque aún no puedo ver quién es.

—Colega, lárgate —dice Adam— no es asunto...

Lo toman de los pelos y, de repente, tengo menos peso encima. Puedo respirar.

El intruso anti-vicio es anónimo, tiene la cara tapada por un estropajo de cabello oscuro, mientras trata de levantar a Adam y apartarlo de mí. Adam, rojo y gorjeando como un maníaco me está mirando fijamente, con ojos de psicópata.

Entonces, cuando arrancan el cuerpo de Adam del mío en una especie de limbo obligado, el intruso alza la cabeza. Es Frank. El del piso de abajo.

— ¿Estás herida? — me pregunta, provocando con esa pregunta un lapso momentáneo de concentración. Adam lo aprovecha y se zafa de él.

Un segundo después, Adam le ha dado un puñetazo en la nariz a Frank. Un segundo después a Frank se le está llenando la barba de sangre, mientras Adam se agacha para subirse los pantalones. No le da tiempo. Frank arremete contra él y lo sujeta con una extraña llave.

Me subo rápidamente los vaqueros y me coloco la camiseta; el miedo y la adrenalina hacen que los ocales parezcan más pequeños de lo que eran esta mañana.

Todo salta por los aires, mi salón se ha convertido en un cuadrilátero. Adam estira el brazo para agarrar una botella de vino vacía.

— ¡Cuidado! — le advierto a Frank.

Frank lo ve y lo esquiva echándose a la izquierda, tirando de la pierna de Adam hacia la mesita. Durante un momento surrealista, la escena adquiere un efecto casi cómico. Con Frank erguido, luchando cuerpo a cuerpo con un Adam retorcido, parecen uno de esos caballos de pantomima, loco y sin disfraz, convulsionándose por todo el salón.

Adam lo esquiva, pisando el mando de la tele, y hace otro intento con la botella de vino.

Esta vez lo consigue y le golpea la cabeza a Frank con ella. La botella no se rompe, solo provoca un doloroso ruido seco.

— ¡Ah!

Se repite la acción.

— ¡Tú, cabrón!

Al observarlos, el instinto toma el control. Antes de que pueda darme cuenta, estoy de pie, tratando de detener el hercúleo brazo de Adam. Como recompensa a mi esfuerzo, me dan un codazo en la barbilla, tirándome sobre la alfombra.

Frank lo ve y decide tirar de la cabeza del cruel y chillón Adam, agarrándolo del pelo, levantando la rodilla y dándole en la nariz con ella.

Está claro que Frank compensa de sobra la falta de músculos con la imaginación.

Todo está pasando tan deprisa. No es como en las peleas de las películas. Ya saben, cuando hay una pausa entre puñetazo y puñetazo con una gran coreografía. No. Ver una pelea a puñetazos en tu salón es una experiencia bastante distinta.

Mientras se agarran de la ropa y destrozan el jarrón que me regaló mi madre, me arrastro por el suelo para tomar el teléfono.

—Voy a llamar a la policía —digo, con la mano temblándome a lo loco.

—Me cago en la puta, no vas a hacer eso —dice Adam, lanzando a Frank a un lado y tirándose hacia el teléfono. No logra alcanzarlo, pero desde donde se ha estrellado, hace un ágil ademán y lo toma.

Me levanto, mientras, Frank le pateo el estómago. Recuerdo que, si Frank no hubiera arremetido contra la puerta, en este mismo momento sería una mujer violada, así que también le pateo el estómago a Adam.

Adam tose y le dan arcadas, pero le grito e insulto hasta que siento en el brazo una mano.

Frank se enjuga la sangre de la nariz y levanta a Adam, que sigue tosiendo y gimiendo, arrastrándolo fuera del apartamento. La puerta se abre y se cierra. Adam ya no está.

Capítulo 61

Frank vuelve al salón.

Estoy otra vez en el suelo, temblando. Todo es un caos.

Frank aparta los cristales y la porcelana, y recoloca los muebles.

—Si quieres me marchó —dice— no volverá.

Lo miro. No sé lo que quiero. Para ser sincera, no alcanzo a comprender lo que acaba de suceder. O lo que casi sucede. Sigue sin tener ningún sentido.

Confié en Adam. Lo invité a entrar en mi vida. En mi cama.

Creía que me respetaba. Me he estado engañando a mí misma al creer que quería de mí algo más de lo que mi cuerpo podía ofrecerle. Había empezado a convencerme a mí misma de que el sexo no es lo único que puedo ofrecer.

He sido una boba.

Frank interpreta mi silencio como una señal para que se marche.

Escucho sus pasos amortiguados en la entrada. Miro la habitación. El televisor, el DVD, el sofá, la chimenea de gas, la repisa de mármol. Todo parece ahora distinto.

Casi traicionero. Como mudos testigos de la escena, implicados por lo que han presenciado.

No quiero quedarme aquí sola. No puedo.

—No —grito, al oír que se abre la puerta— quédate.

Capítulo 62

La puerta se cierra y los pasos vuelven al salón. Frank me lanza una sonrisa amable y entra.

Algo en su presencia me tranquiliza al instante. Quizá tiene algo que ver con el hecho de que sea tan distinto a Adam. Físicamente, son casi opuestos.

Frank es moreno, barbudo y desaliñado, mientras que Adam es rubio, va bien afeitado y obsesivamente acicalado. Frank es exactamente lo opuesto a mi hombre ideal. Aun así, dado que mi hombre ideal ha demostrado ser el extremo opuesto a lo ideal, Frank es una presencia bienvenida.

—Lo siento —digo, apartándome el pelo de la cara.

—No tienes por qué sentirlo —dice, serio— pero deberías llamar a la policía.

Sus palabras me llegan a la mente como un eco. No es que no sepa lo que me está diciendo, es que es como si se lo estuviera diciendo a otra persona. «Deberías llamar a la policía».

—Yo... —Pero ni siquiera sé lo que voy a decir— No.

Apenas sé cómo me llamo en este momento. La idea de protagonizar una cruda escena policial y recordar lo que me acaba de ocurrir no resulta muy tentadora.

Y, de todas formas, ni siquiera sé lo que me ha pasado.

No me han violado.

No me han pegado.

No me han robado.

No era un extraño.

Lo único que sé es que me ha asustado. Me sujetó y me asustó. ¿Qué diría la policía? Me harán preguntas. Puede que se enfaden conmigo por hacerles perder el tiempo. O puede que se compadezcan. Eso es aún peor. No sé por qué, pero así sería.

Esperaba que Frank fuera a insistir, pero no lo hace. Se queda ahí con su jersey enorme, mirándome con amabilidad.

—Si estás segura... —dice, y una parte de mí sabe que debería seguir asustada. Después de todo, confié en Adam, y me ha demostrado que es capaz de hacer cualquier cosa. Y ni siquiera sé nada de este hombre barbudo, desaliñado, hediondo y en otro tiempo, muy grosero, que está ahora ahí parado en mi salón. Aun así, sé que no me hará daño.

Desaparece en la cocina. Se abren y cierran las puertas de los armarios. Saca algo del frigo. La tetera empieza a hervir.

Me ha leído la mente.

—Gracias —le digo, cuando vuelve con una taza de té en la mano.

Sonríe y hace un ruido nasal amistoso.

—No —dice— gracias a ti.

Se me inclina la cabeza, confusa.

—Gracias ¿por qué?

Sus ojos se desvían a la zona de la moqueta donde me peleé con Adam. De repente, parece triste.

—Por salvarme la vida.

—Oh —digo— ya me diste las gracias.

—No —contesta— no me refiero solo a lo de la otra noche. Bueno, sí, pero quiero decir desde entonces. Cómo me ha cambiado. Cómo hiciste aquello sin ni siquiera saber quién era.

—Cualquiera en mi lugar hubiera hecho lo mismo —le digo.

—Puede. Puede que sí. Pero gracias.

Frank se sienta en el sofá.

—Está bien —le digo.

Noto que quiere añadir algo más. Que tiene que sacar algo más de dentro, y recuerdo el estado de su piso. Todas esas cajas sin desembalar.

Pero no voy a obligarlo a que me cuente nada. Se deben respetar los secretos, eso debería saberlo.

—Tengo que irme —dice, inclinándose hacia delante.

—No tienes por qué.

Se levanta.

—Estarás bien. Pero, si te entra miedo, estoy abajo.

Me levanto.

—Gracias —digo— por... ya sabes.

—De nada —responde, ya en la puerta— Si quieres, me quedo contigo.

—No —digo, poniendo cara de valiente— estaré bien.

Pero en cuanto se cierra la puerta, mi cara de valiente empieza a desfigurarse.

Capítulo 63

A los cinco minutos, estoy llamando a su puerta.

—Lo siento —digo cuando me abre.

—No pasa nada —contesta— pasa.

El piso está transformado. No hay a la vista ninguna botella de vodka, ni ninguna lata de cerveza. La mayoría de las cajas de cartón han desaparecido. Las únicas que quedan son aquellas en las que está escrito «Cosas de R».

—Has hecho limpieza —digo.

—Sí —contesta, preparándose para hacerme la revelación del siglo— estaba un poco desordenado.

— ¿Te gusta Al Greene? —me pregunta.

—Sí —contesto— sí que me gusta. Mi padre ponía sus grandes éxitos.

Pone el CD que tenía puesto antes y baja el volumen.

—Creía que lo que te gustaba era el *heavy metal* —digo, haciendo referencia a sus travesuras de vecino infernal de antaño.

—Oh —dice— no. En realidad, no. Solo era una cinta que me regalaron. ¿Quieres llamar a alguien?

—No —contesto— está bien.

Pienso en mi madre. Pienso en que voy a tener que verla este fin de semana. Pienso en sus ansias por conocer a Adam. Por alguna razón, estoy pensando en voz alta. Se lo estoy contando a Frank. Lo de las mentiras. Lo de mi padre. Lo de mi despido. Todo.

—Vale, a ver si lo entiendo —dice, tras escuchar mi monólogo de media hora— tu madre viene el sábado para conocer a un abogado llamado Adam, con el que cree que llevas tres meses saliendo. En realidad, solo has estado con ese cabrón con el que me he... encontrado... esta noche, porque se llamaba Adam y estaba dispuesto a seguirte la corriente con las mentiras.

—Sí —digo— suena bastante patético ¿Verdad?

—Suenas a que te importa muchísimo tener a tu madre contenta.

Entonces me habla de sus padres. De su divorcio hace algunos años, y de que su madre vive ahora en Edimburgo, mientras que su padre sigue viviendo en Leeds, que es donde Frank se ha criado. Le pregunto que a qué se dedica su padre y no tiene ninguna gana de contármelo y se limita a decir: «Tiene un negocio». También me cuenta que vivía con su padre, hasta que se mudó aquí, porque las cosas se pusieron «difíciles».

—Bueno —digo. Entonces, mirando de nuevo las cajas, le pregunto— ¿Quién es «R»?

Suspira y aguarda un instante antes de contestar.

—La «R» es de Robert.

—Oh —digo, tratando de no parecer demasiado entrometida.

—Mi hermano.

Está negando con la cabeza insistentemente.

Por su cara, percibo que estamos en terreno espinoso.

Ahora veo su vulnerabilidad. Empiezo a entender por qué le gusta ocultarse tras el vello facial.

No lo entiendo. Pero tampoco voy a sacarle nada. El silencio se alarga hasta la tristeza, hasta que al final se explica.

—Está muerto.

— ¡Oh! —digo, quedándome de repente sin palabras.

Al decirlo, me mira a los ojos y, durante medio segundo, siento un escalofrío.

—Lo siento mucho —le digo, con ese tono extraño y patético que pone la gente para dar el pésame.

No le pregunto lo que ocurrió, aunque ambos sabemos que la pregunta está en el aire.

—Un accidente de coche —dice finalmente, con los labios tensos como si estuvieran conteniendo un torrente de emociones.

Pero hay algo más, lo sé. Quiere decir algo más.

Empieza a levantarse el jersey.

Me siento rara. No sé por qué. Al fin y al cabo, ya lo he visto desnudo.

Una vez se ha quitado el jersey, se gira para mostrarme la espalda, la única parte de su anatomía a la que aún no le he echado ningún vistazo. Al principio no veo nada, solo una piel suave y blanca y unas formas agradables. Pero entonces lo veo. Una larga cicatriz entre rosada y parda en la parte baja de la columna. Curvada, como una sonrisa boca abajo.

La cicatriz, entiendo, me dice que él también iba en el coche, junto a su hermano. Pero la cicatriz solo puede contar parte de la historia, así que Frank decide completarla.

—Yo iba conduciendo —dice, con expresión espectral. Se pone el jersey — Eso es — dice, encogiéndose de hombros forzosamente— Ese es mi gran secreto. Maté a mi propio hermano. Hoy hace once meses.

—Frank, lo siento muchísimo.

—No lo sientas —contesta— fue culpa mía.

Las últimas cuatro palabras las pronuncia con la mirada puesta en el techo, como si estuviera aguardando a que una enfermera le ponga una inyección.

Continúa.

No le pregunto, pero quiere contármelo. O contárselo a alguien. Y yo estoy ahí, escuchando, dispuesta a escucharlo, así que eso es lo que hago.

Me cuenta que estaba oscuro, lloviendo a mares. Que se difuminaban las luces y las distancias. Que iba sobrio. Que su hermano, cuatro años menor, no lo estaba. Había estado en un concierto. Estaba en un grupo, él era el solista. Pero no era su grupo el que tocaba aquella noche. Tan solo estaba allí, borracho. Fue en Rock City. En Nottingham. Donde vivía su hermano. Frank lo había acompañado porque ninguno de los amigos de Robert podía ir aquella noche. Incluso aunque no fuera el tipo de música que le gustara a Frank, había accedido a acompañarlo, porque las cosas no iban muy bien entre ellos últimamente y quería arreglarlo. Tender puentes. Y estaba tan ocupado construyendo los puentes, charlando, riendo, escuchando música, que no prestaba mucha atención a la carretera.

Estaba haciendo un adelantamiento.

Estaba haciendo un adelantamiento en una carretera en la que no se veían bien las luces ni las distancias. Había una pequeña curva.

Una pequeña curva que coincidió con un pequeño badén. Así que no vio las luces que venían de frente hasta que fue demasiado tarde. Y cuando las vio, dio un volantazo. Esquivaron un coche, pero era demasiado tarde. Perdió el control y se precipitaron hacia el arcén y hacia una señal de tráfico.

—Dijeron que fue un trágico accidente —dice, para terminar, negando con la cabeza— un trágico accidente —vuelve a negar con la cabeza— pero ¿sabes lo que pasa con las tragedias? Tiene que haber un error fatal. Ya sabes, es lo que te enseñan en la escuela ¿no? Cuando estudias Shakespeare. Con sus tragedias. Y lo supe, en el mismo momento en que chocamos, sabía que era culpa mía.

Se queda quieto, mirando por la ventana. Las cortinas están corridas. La lluvia golpea los cristales. Alza la vista hacia la farola, observando cómo derrama lágrimas doradas sobre la acera.

Capítulo 64

Me cuenta lo que ocurrió tras aquello. Que dejó de querer estudiar.

Que se dedicó a llenar los días con vodka y cómo llegó a temer la mañana, y todos los nítidos recuerdos que venían con ella.

Y, mientras habla, no puedo creer que me haya equivocado tanto con este hombre. Estaba cegada por la barba, por las botellas vacías de vodka, por su incapacidad para decir algo educado.

Vale que cualquier otro hubiera pensado lo mismo. Un borracho neandertal ruidoso.

Pero no supe interpretar nada de todo aquello. No me pregunté la razón de todo ello.

Dejó de afeitarse porque pasarse una cuchilla de acero por la barba incipiente le resultaba la cosa más trivial del universo.

Emplea esa palabra. Universo. Y me pregunto si realmente creará que existe un universo alternativo en el que su hermano continúe con vida. En el que él mire a la carretera. Me pregunto si investigar sobre ese tema le ayuda a creer. No en otra vida, sino en alguna especie de vida paralela, en la que todo siga bien.

Empezó a beber porque estar sobrio ya no era una opción. Porque la cirrosis, o alguna otra enfermedad producida por el alcohol, ya no era algo que debiera temer.

Y con respecto a lo de ser grosero, bueno, se trataba tan solo de una manera de cerrarse a la gente. Porque es lo que pasa con el dolor, tiene dos efectos opuestos.

Cuando murió papá tuve unas veinticuatro horas de intimidad y, luego, deseaba salir y abrirle mi corazón al mundo. Quería que todo el mundo amara a mi padre como yo lo hacía. Quería que me contaran los recuerdos que tenían de él, y quería compartir los míos. Quería hablar, y sonreír, y hablar, porque, mientras estuviera hablando y sonriendo, no estaría hecha un ovillo bajo el edredón, aguardando el fin del mundo.

Pero Frank, evidentemente, tiene otro tipo de duelo. Al estilo de los hombres, diría yo. Es del tipo de los que quieren encerrar la pena, y guardársela para ellos mismos.

Y de quienes pueden afrontar el dolor ahogándolo.

Con el alcohol.

Con el caos.

Con el ruido.

No me extraña que su padre no pudiera seguir viviendo con él.

Mientras continúa hablando empiezo a preguntarme cómo sería el Frank de antes. El Frank que se lavaba la ropa. El Frank que se lavaba, punto. El Frank que no necesitaba beber para afrontar el día a día. El Frank que puede que esté a punto de regresar.

—Pero he dejado de beber —dice— no ha sido fácil, pero hace once meses era prácticamente abstemio, tampoco es que fuera George Best.⁸

—Ya —digo.

Hay un silencio entre los dos. Un silencio triste.

Frank sonríe, pero es una sonrisa forzada. Una sonrisa que contradice su mirada.

No está llorando, pero puedo sentir el esfuerzo que está haciendo por reprimir las lágrimas. Un esfuerzo que me hace desear acercarme a él, ayudarlo. Hay un abrazo aguardando. Si tan solo pudiera acercarme, echarle el brazo por los hombros y dejar que apoyara la cabeza en mi hombro. Me lo imagino, en mi cabeza, pero no tengo el valor de hacer que se haga realidad.

—Lo siento —dice Frank, recuperando la compostura.

—Venga —le digo, comprendiendo que ha pasado el momento del abrazo— tiene que haber sido tan duro.

Frank pasa junto a mí, se acerca al equipo de música que hay en la esquina de la sala y se agacha.

—Quiero que oigas algo.

—Vale —digo, sin saber qué más decir.

Me limito a levantarme y observar a Frank mientras hurga en su dispersa colección de cintas. Se le levanta el jersey, dejando al descubierto la piel blanca y las sutiles hendiduras de sus vértebras lumbares, y la cicatriz que las cruza. Hay algo en la visión de su piel que me hace notar que me sonrojo. ¿Por qué me he ruborizado? Después de todo, he presenciado la

⁸ Famoso futbolista irlandés con problemas de alcoholismo. Falleció en 2005. (*N de la T*)

desnuda anatomía de Frank en su plenitud.

Voy al sofá y decido no volver a mirarle la espalda. En lugar de ello, miro por la ventana.

Sigue lloviendo a mares. Es el tipo de tiempo que hace que el mundo exterior parezca un televisor con mala recepción.

—Aquí está —dice Frank. Veo que sujeta una cinta negra. Abre la pletina, mete la cinta y pulsa el *play*.

Aguardo para ver lo que Frank quiere que escuche. La cinta silba. Frank se levanta y se gira para ver mi cara. Esperando a que algo suceda

La música comienza. Suenan las guitarras de *heavy metal* que se filtraron antes por las baldosas. La batería, que me recuerda al instante las migrañas de madrugada. Y luego las voces, la misma voz grave, de angustia.

Solo que esta vez, logro escuchar lo que dice.

Ven y únete a nosotros,

ven y aprende,

todos son bienvenidos

al extraño espectáculo de la naturaleza.

Más guitarras altas. Más batería. Y entonces la segunda estrofa.

Mira, es agradable,

yo contigo y tú conmigo,

todo el mundo se acerca,

nuestro amor es un tostador automático.

Creo que la última frase no la he entendido bien. La cinta está algo rayada en ese punto. Las guitarras suenan demasiado altas. Pero entonces, al empezar el coro, lo relaciono.

Una relación que hace que me quede boquiabieta. Es él. Robert.

—Es tu hermano.

Frank asiente.

Un sentimiento de vergüenza me atraviesa. Cuando bajé a quejarme por el ruido, le estaba diciendo que apagara a su hermano muerto.

—Es hermoso—le digo, porque, de alguna manera, lo es. Vale que lo odiara cuando me molestaba. Cuando solo era ruido. Un ruido que, de primeras, nadie me había pedido que escuchara.

Pero ahora, sabiéndolo, el ruido se ha convertido en música. La voz, la voz de su hermano, oculta algo en su interior. Una dulzura que no quedaba oculta bajo la aspereza. Y aun a pesar de las palabras, aunque las palabras que estoy escuchando, no tienen ningún sentido para mí, la voz comunica algo claramente, incluso desde la tumba.

Frank baja un poco el volumen y se levanta, incómodo.

Sigue mirándome, deseando que sienta lo que ya estoy sintiendo.

—Me alegro... —vacila, consciente de que le tiembla la voz— me alegro de que te guste.

—Me encanta —le digo— Tu hermano tenía mucho talento.

Sigue habiendo algo incómodo en el ambiente, pero también hay intimidad. Es como si, al haber decidido ponerme la cinta, estuviera dejando que algo se marchara. No es el dolor exactamente, sino el jodido dolor egoísta. Siento que es la primera vez en los últimos once meses que Frank se ha abierto a alguien.

Ha compartido algo que era íntimo.

—Estaba... estaba a punto de firmar un contrato —me dice— Fue un ojeador a una de sus actuaciones en Nottingham.

Frank mira al techo, y su respiración suena graciosa. Hay un ruidillo *sinusítico*, como si estuviera a punto de llorar.

Me levanto. No sé por qué, parece que es lo apropiado.

La canción termina y nos quedamos solos con el silbido de la cinta. Vuelvo a mirar a Frank, y veo que tiene la mirada triste, aunque seca.

Vuelve la posibilidad de un abrazo.

La visión de este hombre, este treintañero barbudo altísimo, de repente tan vulnerable,

me provoca una sensación. Algo extraño. Algo que no puedo explicarme ni a mí misma.

Me acerco. Se produce el abrazo.

Siento sus fuertes brazos en la espalda, pero está demasiado débil y exhausto como para seguir reprimiendo las lágrimas.

—Lo echo de menos — dice.

—Lo sé.

—Lo echo tanto de menos.

Capítulo 65

La tarde siguiente, cuando oscurece, vuelve a entrarme el miedo. Empiezo a pensar que va a volver Adam. Bajo al sótano, pero Frank no está. Entonces me acuerdo, dijo algo de que se iba a pasar por la biblioteca de la universidad para trabajar un poco.

Para pensar en otra cosa, llamo a Alice. Por supuesto, no es lo que debería hacer. Vamos, llamar a Alice para que me tranquilice es como meterte en un chat buscando algún estímulo intelectual, o poner un CD de Eminem para dormir.

Le cuento todo lo que me ha pasado con Adam. No le cuento que creía que me iban a violar, porque ahora no quiero creérmelo ni yo. Quiero creer que paró. Quiero creer que, de repente, se hubiera dado cuenta de lo que estaba haciendo, y que hubiera escuchado a su conciencia. Porque no quiero pensar que habría hecho lo impensable.

No para él.

Sino para mí.

—Pero ¿estás bien? —me pregunta Alice, con tanta compasión en la voz, que podría echarme a llorar.

—Sí, ya estoy bien.

—Porque, si quieres, me paso —suena como si lo dijera en serio. Y para Alice es un gran reto. Ya ha anochecido, y es una buena caminata.

El problema es que, de hecho, quiero que venga, pero no puedo pedírselo, así que me limito a decir.

—No, está bien. De verdad. Estoy bien. En serio, lo más seguro es que me vaya ya a dormir, después de ver un poco la tele.

Afortunadamente, no me cree.

En veinte minutos está aquí, en la puerta.

—Soy yo. —Me llama por la rejilla de las cartas, para no sobresaltarme.

Cuando abro la puerta, verla me proporciona cierto alivio. Vale, como guardaespaldas, una embarazada de nueve meses con ataques de pánico y agorafobia puede que no sea la

candidata ideal, pero tampoco se me ocurre ninguna otra persona que pudiera ser más apropiada que ella.

Capítulo 66

Alice y su estomago deciden quedarse esta noche y yo, agradezco la compañía.

Compartimos la cama. A Alice se le da bien escuchar. También a su estomago. Cuando Alice se duerme, continúo hablándole a la personita que lleva dentro.

Me siento ahí, en la oscuridad, mirando su extraña silueta. Su cuerpo delgado desproporcionado, con ese estomago gigante. Como un horizonte llano en una puesta de sol.

Se lo cuento todo al estomago.

Lo de Adam.

Lo de que no tengo trabajo.

Lo de mi madre.

Lo de mi padre.

Lo de Frank.

Lo de todas las mentiras estúpidas.

Lo de que hay universos alternativos donde todas esas estúpidas mentiras podrían ser ciertas.

Y el estomago me comprende. El estomago, como Alice, no juzga.

Coloco la mano suavemente sobre el vientre y siento un latido.

¿El latido de un minúsculo corazón? Se me llenan los ojos de lágrimas. Estoy orgullosa de Alice, de la capacidad de su cuerpo para hacer algo que es tan natural y milagroso. Jamás lo había sentido. Lo que debe de significar para Alice tener una vida creciendo en su interior. Una vida no tocada por el mundo exterior, por las relaciones, los celos y el dolor. Y las mentiras.

Entonces comprendo por qué adoramos a los bebés tanto como lo hacemos. Por qué hacemos *cucú* y *gagá* delante de sus caritas arrugadas. Miramos a los bebés y nos vemos a nosotros mismos, solo que sin el bagaje vital. Podemos mirar la cara de un bebé y, de alguna manera, imaginar que la vida será distinta para ellos. Que será mejor. Más amable. Sin dolor.

Y aunque esta no es sino otra mentira, es una mentira reconfortante. Es una mentira que puede ayudarte a dormir con una mano apoyada en el vientre hinchado de tu mejor amiga.

Me pesan los ojos. Estoy divagando. Sigo sintiendo el latido del bebé.

Sonrío, hasta que me entra sueño.

Capítulo 67

Tras un profundo sueño sin sueños, me despierto completamente renovada.

Vuelvo a agradecerle a Alice que se haya pasado mientras la maquillo. Tiene una hermosa piel pálida, a la que solo le hace falta un poco de colorete.

—Me haces cosquillas —dice, cuando empiezo a darle con la brocha.

—Perdona.

—No, es agradable.

Una cosa que he aprendido en el trabajo, cuando lo tenía, era que la gente tiene dos aspectos. Está el aspecto que tiene cuando hablas con ellos, que es el aspecto que normalmente usamos para juzgar si alguien es guapo, atractivo o feo.

Y luego está su aspecto más de cerca. Una cosa que se aprende cuando una se ha tirado la mayor parte de su vida laboral aplicando maquillaje, es que una cara no es una superficie plana y suave. Hay venas contra las que luchar. Poros, ya estén dilatados o congestionados. Contornos. Músculos, arrugas, rincones, marcas incluso antes de que el proceso de envejecimiento haya comenzado.

Ya ven, esa es la cuestión que no llegué a comprender del todo. Antes pensaba que era solo mi cara la que era así. Que la mía era la única cara del mundo que necesitaba maquillaje. Creía que, para los demás, es solo una opción adicional, más que una necesidad física. Porque, a no ser que seas maquilladora, una analiza su propia cara mucho más que la de los demás. Y, en alguna medida, la analizas demasiado.

De hecho, algunas de las maquilladoras más importantes recomiendan apartarse un poco del espejo al aplicar el maquillaje, los polvos y el colorete, para luego acercarse para las tareas más delicadas de aplicar la sombra de ojos, el lápiz de labios y el corrector para imperfecciones.

La lógica que hay detrás de la aplicación de maquillaje a media distancia es bien sencilla. Te estás mirando tal y como el mundo te verá. No obstante, por mucho que te alejes, jamás obtendrás la verdadera imagen.

Al fin y al cabo, tú eres la última persona del planeta que puede saber el aspecto que realmente tienes, porque cuando nos miramos la cara, en realidad no estamos mirando nuestra cara, sino que estamos mirando un mapa que hemos visto tantas veces, que ya no vemos el

paisaje que representa con ojos renovados. Conocemos cada señal, cada contorno, cada irregularidad.

Y las partes que menos nos gustan son las que más atraen nuestra atención.

Es como sacar el mapa del servicio estatal de cartografía de las Islas Británicas y ser capaz de detectar únicamente Grimsby y Bognor Regis. Es solo una parte, no la imagen completa.

Ya ven, en mi caso, cuando me miro al espejo, únicamente veo dos cosas: los hoyuelos y mi labio inferior.

Odio los hoyuelos, porque siempre los he odiado y creo que hacen que mis mofletes parezcan más gordos de lo que son ya de por sí, y porque no puedo controlarlos de ninguna manera. El maquillaje no los puede ocultar. Tampoco podría extirpármelos con cirugía estética.

Mi labio inferior, sin embargo, es aún peor. En serio, es raro. Deformado, así es como lo veía antes, pero desde entonces, he madurado un poco.

Ahora solo pienso que es más feo que la leche.

Dicen que la belleza está en la simetría. Cuanto más simétrica tenga alguien la cara, más guapo será. Bueno, si es así, tengo el labio inferior más feo de todo el planeta. La parte izquierda es rechoncha, mientras que la derecha es estrecha.

Si tengo un buen día (un muy buen día), puedo justificar la presencia de los hoyuelos si pienso que me dan carácter. O que son monos. Al estilo de Shirley Temple.

Pero mi labio inferior no admite justificación. Es mono de la misma manera en que ET es mono. Feo, desfigurado y mono.

Tal como he mencionado, es raro.

Y, aun sabiendo que hace que toda mi cara sea fea de circo, Alice insiste en que estoy loca. No sabe de qué hablo. Aun cuando no trato de arreglarlo con el lápiz de labios, ella sigue pensando que no tiene nada de malo.

Pero a ella le pasa exactamente lo mismo. Tiene un lunar en la mejilla del tamaño de un guisante, si llega, y está convencida de que esa cosa enorme y horrorosa la afea.

Estoy echando los polvos sobre él en este instante, y ella me dice.

—Asegúrate de que tapas bien esa horrible cosa. —Como si fuera una verruga o un

forúnculo gigante. Entonces le digo todo eso de los lunares postizos, y que tener un lunar no detuvo a Cindy Crawford, a Enrique ni a Pink.

Entonces está a punto de decir algo más sonriendo cuando, de repente se vuelve a sentar sujetándose el vientre, haciendo una mueca y emitiendo un pequeño gemido de dolor.

— ¿Estás bien? —le pregunto, haciendo amago de llamar a una ambulancia.

—Sí —contesta— lo siento. Es que a veces duele. El doctor dice que es inevitable, pero duele de la leche. Es cuando se mueve el bebé.

Le miro la barriga.

Ella me mira con mirada de preocupación. Por supuesto, Alice siempre tiene mirada de preocupación. Mirada de bastante preocupación y mirada de completo pánico.

En este instante está en el tramo de mirada gravemente preocupada.

— ¿Y si el bebé lo hereda?

— ¿El qué? —le pregunto, temiéndome alguna enfermedad mortal hereditaria.

—Mi lunar, pero aún más grande. ¿Y si se meten con él en el colegio por eso? ¿Qué hago?

—Creo que podrás superarlo cuando llegue el momento. Pero, si es tan minúsculo como el tuyo, no se le notará.

Se lo replantea por un instante. Entonces asiente solemnemente.

—Tanto si es niño como si es niña, tu bebé será muy guapo —le digo— como su mami.

—Ahora sé que estás mintiendo.

Sonríe y vuelvo a ensimismarme con su maquillaje. Pienso en lo de que cuando analizas tu cara ves cosas feas que nadie percibe.

Empiezo a pensar que puede que la vida sea también así.

Simplemente, puede que magnifiquemos las cosas malas hasta tal punto que eclipsan las buenas. Así que, probablemente, por eso mentimos. Porque las mentiras funcionan exactamente como el corrector de imperfecciones. Ocultan las partes de nuestra vida que creemos que son horribles. Tal como aprendí anoche, a veces, tratar de hacer que la ficción más hermosa se convierta en una verdad hermosa puede ser tan doloroso como operarse la nariz.

Una operación que, para empezar, puede que no sea ni siquiera necesaria.

Capítulo 68

Vuelvo al punto desde el que partí.

No tengo novio.

Por supuesto, eso no debería importarme. Lo que debería importarme es que Adam era una persona horrible que ya no forma parte de mi vida, por lo que debería estar contenta.

Pero es duro estar contenta cuando una está en la cola del paro. En serio, llevo aquí media hora, y aún quedan siete personas delante de mí. Se supone que los viernes tienen que ser de otra forma.

Entonces suena el móvil.

— ¿Sí?

— ¿Faithy? ¿Eres tú? —Mi hermana— ¿Estás en el trabajo? Me he imaginado que estarías en el descanso para el almuerzo.

—Sí —le contesto sombría— es mi hora del almuerzo.

—Oye, Faithy, te llamo para decirte que tienes que venir a París para mi despedida de soltera. Va a ser genial —continúa Hope— nos alojaremos en el hotel Costes. Es uno de los hoteles más glamurosos de París. Es donde siempre se alojan Sting y Robbie Williams.

Observo la sala a mi alrededor. Miro a los diecinueve añeros de aspecto depresivo, vestidos de traje, que buscan vacantes para lavaplatos y empacadores de coles.

—Sueno estupendo..., pero...

—Oh, y no te preocupes por el dinero —dice, leyéndome la mente— No tendrás que pagar nada. Yo me ocuparé de tu billete de tren, y podemos compartir habitación.

Me he quedado sin excusas. Y, de todas formas, si ha habido algún momento en mi vida en que me haya hecho falta una inyección de glamur es justo ahora. No tengo ningún plan.

—Vale —digo— me encantará asistir.

—Genial —dice.

— ¿Cómo van los preparativos de la boda? —le pregunto, por compromiso.

—Oh —dice— va a ser preciosa. Ya tengo el vestido, y todo está preparado ya para el convite. Aunque nos marcharemos a las seis, por el viaje de novios. Nos vamos a Santa Lucía.

—Uau —digo, avanzando unos centímetros en la cola del paro— Santa Lucía, fantástico.

—Oh —dice— pero aún tengo mucho tiempo para conocer a Adam.

El corazón me da un vuelco.

—Sí —digo.

La idea de aparecer en la boda de Hope sin el hombre del que tanto han oído hablar es demasiado para mí. Debería contárselo ahora, de verdad que debería, pero, por alguna razón, no puedo. Entonces pienso en la boda. En la cara de mi madre, en la de Hope y en la de mi hermano, cuando me vean llegar completamente desparejada.

Creerán que jamás hubo ningún Adam, aunque realmente lo haya habido.

Creerán que soy incapaz de decir la verdad, de encontrar un hombre. De tener éxito en algo. Y yo tendré que quedarme ahí, la eterna dama de honor, observando cómo mi hermana (mi hermana pequeña) se casa con un hombre anatómicamente tan perfecto, que debe haber sido diseñado por ordenador. Un hombre cuya sonrisa de famoso podría iluminar el país entero.

Y, cuando Hope tire el ramo, mi madre empezará a gritarme como un aficionado obseso por el fútbol en el disparo de un penalti: « ¡Vamos, Faith! ¡Vamos nena, puedes hacerlo! ¡No le quites ojo, Faith! ¡Concéntrate! ¡Céntrate! ».

Le digo a Hope que tengo que volver al trabajo y me contesta que me mandará todos los detalles sobre lo de París por correo.

—Vale, hasta luego.

Avanzo otro paso en la cola, y me doy cuenta de que no tiene sentido pensar en la boda. Aún no. Hay puentes más cercanos que atravesar. Como el de dentro de veinticuatro horas. Cuando mi madre aparezca con mirada ávida y expectante, exclamando: « ¿Dónde está ese hombre tan misterioso? ».

Y yo le diré: «Ha salido».

Y ella dirá: « ¿dónde? ».

Y yo le diré: «Al trabajo», o «Al bar», o «A jugar al fútbol» o «Ha surgido una urgencia familiar», o «Se ha caído por una alcantarilla», o «Se ha ido a luchar por la patria», o «Está construyendo un orfanato fundado por la Cruz Roja para los niños enfermos de Zimbabwe», o «Está en una misión secreta del MI6», o cualquier otra cosa. Pero nada de lo que le cuente será suficiente. No existe secuencia de palabras alguna que pueda sacarme de este apuro en concreto.

Tendré que levantarme y ver cómo a mi madre se le descompone la cara al enterarse de que mi novio era, en verdad, demasiado bueno para ser real. Y, una vez haya acabado de asimilar ese hecho concreto, seguro que descubrirá que, en realidad, no trabajo en la mejor agencia de publicidad que existe exceptuando las de Londres. Y, seguramente, llegadas a este punto, seré demasiado débil como para mentir, y ella, finalmente, comprenderá que lo único que se me da bien es maquillar. Y maquillar la realidad.

Hago que las cosas parezcan más atractivas de lo que realmente son. Porque sé cuál es la verdad.

Y eso siempre hay que ocultarlo.

Capítulo 69

Tras más de una hora en la oficina de empleo, justo cuando me va a tocar, me vuelve a sonar el móvil.

Aprieto el botón y escucho una respiración entrecortada.

—Alice ¿Eres tú?

—Sí... soy yo... —El corazón me da un brinco, le está dando otro ataque de pánico.

—Escucha, Alice. Está bien, no pasa nada.

—No...pasa...al...go.

—No, Alice. Vamos, todo irá bien. Ya te ha pasado antes. En diez minutos empezarás a calmarte. Sabes que será así. Trata de pensar en cosas relajantes, ya sabes, una playa o algo. Estás tumbada en una playa, puedes oír las olas, el sol brilla y hay un cielo raso... —El resto de la cola me está mirando como si estuviera loca.

—No..., pasa algo de verdad... He roto aguas..., han comenzado las contracciones...

Tardo cinco segundos en entenderla, entonces lo comprendo todo.

¡Oh, Dios mío!

—Oh, Dios mío. Vale, tranquila. —Se oye un primario y agudo aullido al otro lado de la línea— ¿Estás bien?

—Es... una... contr...aaaaac... ción.

—Bien, vale. Quédate ahí. Yo, eh... —Mierda, ¿qué hago? ¿Un taxi? ¿Una ambulancia? ¿Un helicóptero de la policía?— ¿Es la primera contracción?

—Sí. Sí. Es la primera.

—Bien, ¿llamo...?

—Llama al hospital.

—Bien, sí, venga. Llamo al hospital. Haré lo que me digan, e iré para allá.

—Bien...

—Bien —digo, como si decir esa palabra hiciera que todo fuera mejor.

—Bien.

—Bien.

La mujer del mostrador me mira como atravesándome, preguntándose por qué estoy reteniendo la cola.

—Lo siento —digo, dirigiéndome ya hacia la puerta —vuelvo enseguida.

Capítulo 70

—Aaah...

El dolor es completamente insoportable. En serio, como me siga estrujando así la mano, creo que me desmayaré.

Toda la sala está llena de gente, un obstetra, un pediatra, comadronas y más gente cuya plaquita no he podido leer. Están todos alrededor de Alice, mirándole la entrepierna, o lo que sea que está pitando detrás de mí.

Resulta extraño. Me refiero a que se trata de Alice. Una chica a la que le da vergüenza el simple hecho de caminar por la calle. A pesar de ello, ahí está, sin bragas, con las piernas espatarradas, preparándose para dar el espectáculo de su vida. Y lo que es más, no parece avergonzada ni en lo más mínimo al tratar de traer a este pequeño (o, a juzgar por la cara que pone, no tan pequeño) ser humano al mundo.

La comadrona jefe, que aparenta tener ciento siete años, le lanza a Alice una sonrisa que dice: «Si crees que esto duele, espera diez minutos y te enterarás de lo que es una verdadera agonía». Entonces se acerca y empieza a mover la extraña correa que Alice tiene alrededor del vientre que, según nos han dicho, se usa para controlar los latidos del corazón del bebé.

—Vamos pequeñín —dice, hablándole al estómago— ¿Qué estás tratando de decirnos?

Y entonces, Alice, que, evidentemente actúa como traductora del estómago, empieza a emitir el sonido más extraño que haya oído en toda mi vida. El sonido contiene elementos de un gemido, un aullido y un grito a pleno pulmón, aunque, por alguna razón, resulta más inquietante que ninguno de esos sonidos por separado.

Su rostro entero es una caricatura del dolor. ¿Quieren que los jóvenes practiquen sexo seguro? Háganles en este mismo instante una foto a esta señora, péguenla en un póster con la siguiente frase: «El embarazo sí que te jode». La tasa de madres adolescentes caería en picado de la noche a la mañana.

—Ah —responde— tú, puta mentirosa.

Apenas puedo creerlo. Alice se está convirtiendo en un monstruo ante mis propios ojos. Esta es la tía que, normalmente, no sería capaz de matar ni a una mosca. Es como si los sentimientos de ira y furia que siempre ha logrado reprimir estuvieran explotando ahora. Casi no sé si necesita una comadrona o un exorcista.

Continúa agarrándome la mano con una fuerza criminal, mientras se prepara para penetrar en el séptimo círculo del Infierno.

—Muy bien, cariño —suelta la comadrona jefe, con un chasquito estilo «Esto lo he visto antes»— vamos a necesitar que empujes muy fuerte si queremos ayudar a este pequeño a salir de *Barrigalandia*.

La comadrona jefe, ahora me doy cuenta, es una completa psicópata. Está disfrutando cada minuto de todo esto.

—Cariño, ¿puedes apartarte de la máquina? —me dice.

Me doy la vuelta y me doy cuenta de que estoy frente al monitor eléctrico blanco donde reza: «Unidad de monitorización fetal».

—Lo siento —digo, y me aparto.

—No te vayas —dice Alice con un destello de terror en la mirada— no me dejes.

—No me voy a ninguna parte —le digo, como si ir a alguna parte fuera una posibilidad, teniendo en cuenta que mi mano sigue presa bajo su llave mortal. —Quiero morirme.

—Puedes hacerlo —le digo— tú puedes.

Ahora hay más gente en la sala, más batas blancas, preparándose para el acto final. Hay un hombre entre sus piernas. Tiene una fina capa de cabello gris cepillado hacia atrás, lleva gafas y luce una cálida y reconfortante sonrisa. Aparenta saber lo que hace, aunque podría ser un farol. Todo en él parece sugerir que todo es perfectamente normal.

Me siento como un marido blandengue, a punto de desmayarme, pero sé que debo permanecer fuerte por Alice. Ahora me necesita más que nunca.

Es justo en ese momento, justo en ese instante, cuando me doy cuenta de que jamás tendré un bebé. Si alguna vez empiezo a ponerme tonta y maternal, adoptaré. De verdad que lo haré. (Por cierto, si están pensando que esta es una de esas novelas donde la protagonista, de repente, cambia el chip y acaba con un hermoso bebé entre sus brazos en el último capítulo, me temo que están muy equivocados. No es así.)

Vuelvo a observar la escena y Alice está ahora empujando como esos gigantes escandinavos que salen en los concursos del hombre más fuerte del mundo en Navidad. Esos que levantan piedras enormes. Está empujando y respirando, empujando y respirando, y empujando; y yo, estoy ahí, junto a ella. Empujando, respirando, empujando, respirando. Y todo el mundo me mira como si estuviera loca, pero no me importa, porque se trata de la

mejor amiga que tengo en este mundo, y todo esto es hermoso, lo es, es la cosa más hermosa del mundo entero (aunque, evidentemente, sigo sin querer hacerlo yo).

—Vamos, Alice —le digo— casi estamos ya.

— ¿Estamos? —dice, con aire asesino en la mirada. Entonces llega, la contracción definitiva. Empuja como ninguna otra mujer ni levantador de pesas ha empujado antes. Cuando empiezo a dudar si podré volver a recuperar la sensibilidad en la mano, Alice vuelve a emitir ese sonido, ese gemido-aullido-grito, como si algún lobo de las praderas, desde lo alto de alguna colina, fuera a contestar a su llamada.

La comadrona jefe, que mira ahora fijamente entre las piernas de Alice dice.

—Ahí viene el pequeño. Ahí viene su pequeña cabecita. —La reiteración de la palabra «pequeño» es evidentemente irónica, a juzgar por el hecho de que Alice parece que estuviera a punto de partirse en dos— Empuja más fuerte, cariño. Sí, buena chica.

Empuja con más fuerza y puedo sentir el esfuerzo. Todos lo sentimos. Pero ahora está sola. Está en otro mundo, un mundo de intenso dolor físico y sobreesfuerzo; los demás, lo único que podemos hacer, es mirar.

—Aaaaaaah. Aaaaaaah. Aaaaaaah...

Entonces la veo, la cabeza del bebé. Jamás pensé que algo tan horriblemente feo (por toda la sangre, baba y fluidos) pudiera ser tan increíblemente hermoso. Tan increíblemente inocente. Me refiero a que, de eso se trata, ¿no? Esto es la vida en su estado más puro e inmaculado. Y, de repente, justo en ese momento, me siento completamente parte de todo esto. Como si fuera un padre orgulloso.

Cuando, finalmente, el bebé ha salido completamente, gritando como cabe esperar cuando te has pasado nueve meses en un agradable y cálido vientre, y luego has llegado al mundo exterior y te han recibido con un montón de porquería sobre la cabeza. La comadrona jefe y uno de los médicos examinan al bebé y lo limpian.

—Es un niño —le dice la comadrona jefe a Alice, mientras se lo coloca suavemente entre los brazos.

Alice se derrumba ante el tacto de esa suave y arrugada piel. En la sala, se intercambian agradables sonrisas de satisfacción y, por un instante, la vida parece capaz de alcanzar la perfección.

Parece exhausta, como si le hubieran quitado todas las fuerzas, pero, de alguna manera,

su mirada está más viva de lo que haya estado jamás.

—Mi bebé —dice, por encima de los gritos, mirando a su minúscula cabecita rosada arrugada— mi precioso bebé.

Capítulo 71

Es sábado por la mañana y los gritos ya no provienen del bebé de Alice. Están en mi cabeza.

Aún no se lo he contado.

Mi madre.

Traté de llamarla hace una hora, pero ya debe haber salido.

Me la puedo imaginar en este instante. Pasándose al carril de la izquierda, inclinada sobre el volante, tarareando «Oh, qué bonita mañana», sonriendo como una maníaca, pensando en el acontecimiento que lleva un año esperando: conocer a Adam.

Estoy mareada.

No he comido nada en toda la mañana, pero voy a vomitar. Me voy corriendo al cuarto de baño y me inclino con una arcada sobre la taza del váter. No sale nada. Otra arcada. Me sale agua pastosa por la boca.

Oh, todo esto es ridículo.

Recomponte, Faith.

Solo tienes que contárselo. Solo tienes que contarle la verdad. La verdad.

Otra arcada. Más agua.

Mamá, hay una cosilla que se me olvidó mencionar...

Tan solo le diré que hemos roto. Tan difícil no será. Me refiero a que esto no es serio. Es la verdad, por el amor de Dios.

Pero no me creerá. Creerá que jamás hubo ningún Adam, ni siquiera cuando realmente lo hubo.

Vamos. Respira profundamente.

Voy al dormitorio y me maquillo. Normalmente suele tener un efecto tranquilizador, pero hoy no. Estoy aplicándome la base de maquillaje a súper velocidad, aguzando el oído para escuchar el ruido de su coche y el tirón tan familiar del freno de mano.

Me hago un lío y casi me saco un ojo con el rímel.

Me miro al espejo, y me doy cuenta de que me he pintado demasiado. Mi madre acabará diciendo algo parecido a que parezco una ramera. O que no le sorprende que no haya logrado mantener a mi lado a ningún hombre. O que estoy enviando las señales equivocadas.

Me lo quito rápidamente y opto por una estrategia ligeramente más sutil. Crema hidratante de color, brillo de labios rosa claro y una pincelada de colorete.

Entonces lo oigo.

El coche.

Mierda, llega pronto. Pero, claro que llega pronto. Seguro que no podía esperar ni un minuto más. Habrá saltado a su Renault mama móvil a las cinco de la mañana. Voy corriendo al salón, y mis temores se confirman. La veo tratando de aparcar en línea en un hueco del tamaño de una caja de cerillas.

En cuanto apaga el motor y echa el freno de mano, se inclina desde su asiento y me ve tras la ventana.

Me saluda con la mano. Sonriendo como una perturbada.

Le devuelvo el saludo con la mano, y obligo a mi cara a sonreír.

Al verla cerrar la puerta del coche y cruzar la calle trotando, me doy cuenta de que todo esto va a resultar más difícil de lo que había imaginado. Miro frenéticamente por todo el salón.

No, sigue sin haber novio alguno.

Y, a menos que me metamorfosee en Victor Frankenstein en cinco segundos, parece que no voy a ser capaz de crear uno.

Llaman a la puerta. Es el toc toc ávido de mi madre.

Vale, me digo a mí misma mientras me dirijo hacia la entrada. *Ya está. Unos tres meses de invención echados completamente por la alcantarilla, lo sé*, mientras me dirijo hacia mi madre, deformada tras el cristal biselado.

—Hola, mami —digo, al abrir la puerta.

—Hola cariño —dice mi madre, avanzando para darme un abrazo. La abrazo, inhalando el aroma de su cabello, olvidándome temporalmente de por qué temía tanto que

llegara este momento. Mantengo el abrazo todo lo que puedo, no como una táctica para entretenerla, sino porque necesito ese abrazo. Sea lo que sea lo que suceda cuando me encuentro con mi madre, esta es siempre la parte más importante. Es el combustible que nos hace seguir adelante, cada fin de semana que pasamos juntas, especialmente desde que perdimos a papá. Nos decimos más durante estos cinco segundos en silencio, que en cualquiera de nuestras largas conversaciones telefónicas.

Pero lo que pasa con los abrazos es que no duran mucho.

Aparta los brazos de mi espalda y se retira, poniéndome emocionada las manos sobre los hombros.

—Bueno, ¿dónde está —me pregunta— el fantástico hombre misterioso?

Capítulo 72

— ¿Quieres una taza de té? —le pregunto a mi madre, evitando su pregunta.

—Sí, estaría bien —dice. Con inquietud, se dirige a la entrada sin examinar la moqueta en busca de polvo y desorden. Es una mala señal, que me vuelve a recordar el único y exclusivo propósito de su visita: conocer a un hombre que no está aquí.

—Hola —dice nada más entrar en el piso. El corazón se me acelera mientras relleno la tetera, girándome para observar cómo va asomando la cabeza por el salón, la cocina y el dormitorio— ¿Está en el aseo? —pregunta, al fin.

—No —le contesto, comprendiendo que ya está. Ha llegado el momento de ser clara— ya ves, mamá, la cuestión es que... —La miro a la cara, un rostro que ha envejecido más en los últimos tres años que en los diez anteriores— La cuestión es que...

La cuestión es que Adam y yo lo hemos dejado.

La cuestión es que hemos roto.

La cuestión es que resultó ser un completo cabrón que intentó violarme.

Vamos, Faith, cuéntaselo. ¿Tan mal puede ir?

Pero, al mirarla a los ojos, me doy cuenta de que esta es una pregunta retórica. Puede ir muy mal. En este momento, su sonrisa empieza a adquirir cierta vulnerabilidad. Está a punto de derrumbarse, ya que está empezando a darse cuenta de que puede que Adam no esté aquí. Puede que el hombre misterioso siga siendo un misterio.

—Mamá, siéntate —le digo, entre dientes— tengo que contarte una cosa.

Se sienta y la tetera empieza a silbar en la cocina.

—Bien ¿De qué se trata? ¿Qué quieres contarme? ¿Te han ascendido?

—Es... bueno... es... es sobre Adam.

— ¿Sí? —Pregunta, y la inquietud empieza a ensombrecerle el rostro— ¿Qué pasa con él?

—Bueno, él no...

Ella asiente con la cabeza, tratando de sonsacarme con la mirada.

—No estamos...

Su rostro entra en fase de transición. Para cuando haya logrado concluir la frase, cualquier rastro de felicidad, o de amor maternal, se habrá evaporado de su expresión, para mostrar una decepción total. Nuestras conversaciones telefónicas nunca volverán a ser las mismas. Jamás, y eso lo sé, pero es demasiado tarde ahora para echarse atrás.

Vale, vale. Allá vamos.

—Mamá, Adam...

Alguien llama a la puerta.

Al principio, creo que estoy oyendo alucinaciones, un efecto secundario del delirio que siento en este instante. Pero vuelvo a oírlo. Tres golpecitos fuertes y tranquilos en la puerta.

— ¿No vas a ver quién es? —me pregunta mi madre.

—Claro —le digo, levantándome desconcertada.

Salgo del salón y me dirijo a la entrada. Por el cristal de la puerta veo la silueta borrosa de un hombre vestido con una pulcra camisa azul. El corazón me da un vuelco, al darme cuenta de que no lo reconozco. Probablemente sea un testigo de Jehová. Siempre van vestidos muy elegantemente, ¿no? O un vendedor a domicilio vendiendo aspiradoras o algo por el estilo.

Sea como sea, enseguida lo averiguaré, pienso para mis adentros mientras abro la puerta.

Capítulo 73

La puerta se abre y sigo sin reconocer al hombre. Es alto, moreno, va recién afeitado, lleva una elegante camisa azul y es excesivamente guapo. Es el sueño húmedo de cualquier madre. De hecho, todo él es un sueño húmedo, punto. Pero ¿Qué demonios está haciendo en mi puerta?

— ¿Sí? —pregunto, esperándome un rollo o algún pasaje del Antiguo Testamento.

No dice nada. En lugar de eso, sonrío y abre los ojos.

¡Oh, Dios!

Creo que espera que sepa quién es. Hay algo en él que me suena. Hay algo en sus ojos.

Pero entonces, mi vida está tan atascada de extraños elegantes y buenorros presentándose en mi puerta, que resulta fácil que se me olvide. Después de un rato, todos se emborronan formando uno solo.

— ¿Quién es? —trina mi madre desde la otra habitación.

— ¿Es tu madre? —me pregunta el hombre de la puerta, con una voz que, definitivamente, me suena de algo. Puede que sea uno de esos interlocutores de la tele, o algo por el estilo.

— Eh, sí ¿Por?

— Bien —dice— será mejor que vaya a conocerla.

— ¿Conocerla? ¿A mi madre?

El hombre se cruza conmigo y atraviesa la entrada. Empieza a entrarme el pánico.

Podría ser un asesino a sueldo, o algo de eso. O un secuestrador. O un asesino en serie. Me refiero a que siempre van vestidos elegantemente ¿no? Como en *American Psycho*. Puede que alguien le tenga ojeriza a mi madre. Puede que sea uno de esos vendedores groseros que le suelen dar la tabarra, que la acosa en busca de venganza. Alguien de la House of Frasers o de Debenhams⁹ a quien haya logrado llevar al límite. El pobre hombre al que chilló por no haberle traído a tiempo el sofá nuevo. Sigo al intruso.

⁹ Grandes almacenes muy conocidos en Gran Bretaña (*N de la T*)

— ¡Eh! ¿Qué hace?

Sigue hasta el salón y se detiene justo frente a mi madre. En cualquier momento. En cualquier momento va a sacar una pistola y a dispararle justo entre los ojos.

Levanta la mano.

¡No tiene pistola!

Será que va a estrangularla.

Avanzo y le agarro del brazo.

—Faith —dice el hombre con una voz extrañamente familiar— ¿Qué narices estás haciendo, cariño?

Cariño.

¡Oh, Dios mío! Debe de ser un violador.

Entonces me guiña un ojo.

¡Me ha guiñado un ojo!

¡A mí!

Pero, aguarda un segundo. Conozco a este hombre. Esos ojos.

No. No puede ser.

—Frank —digo con voz entrecortada. Entonces todos los colores empiezan a emborronarse y la habitación se inclina, desapareciendo entre la nada...

Capítulo 74

Me he desmayado.

Cuando me deslizo de nuevo hacia la conciencia, siento dolor en la parte de la cabeza en la que he aterrizado. Mi madre y Frank, Frank, están junto a mí con aspecto preocupado.

— ¿Estás bien? — me pregunta Frank.

— Sí — digo, mientras me pongo en pie — me he mareado un poco.

— Me has dado el susto de mi vida — me informa mi madre.

— Lo siento. No pretendía asustarte.

— Voy a darte un vaso de agua — dice Frank, añadiendo — cariño.

Me siento, y mi madre hace también lo mismo. Tras entregarme el vaso de agua, Frank se vuelve hacia mi madre y dice.

— ¿Dónde estábamos?

— Creo que estabas a punto de presentarte — le dice.

— Exacto, eso es. Soy Adam, encantado de conocerte.

Oh, Dios mío. Esto es demasiado. Frank no solo ha perdido la barba, se ha arreglado el pelo, ha hallado algo de gusto para vestir elegantemente, junto con los buenos modales y la capacidad para asearse; es que, además, ha cambiado de nombre.

Entonces me acuerdo.

Se lo conté todo. Lloré y le conté lloriqueando todo lo que tenía dentro al pobre muchacho. Sabe exactamente lo mucho que significa para mí todo esto. Que mi madre conozca a Adam. Así que, por segunda vez en el transcurso de una semana, ha venido a rescatarme.

Pero ¿quién podría haberse imaginado que se lavaría con tanta meticulosidad? Si ignoramos el hecho de que tiene los ojos un poco enrojecidos, y que parece bastante cansado, tiene un aspecto impecable. Tiene mucho mejor aspecto del que jamás tuvo Adam. Me refiero al Adam de verdad. Adam, Adam.

Bueno, ya saben lo que dicen. Detrás de cada neandertal barbudo y ex-alcohólico hay un

Homo erectus acicalado y atractivo deseando salir.

Pero no es solo Frank el que se ha transformado. Mira a mi madre.

Antes, cuando me desmayaba en casa, entraba en un frenético interrogatorio, ¿Qué has desayunado? ¿Eres heroinómana? ¿Te estás acostando tarde? ¿Por qué no dejas la tontería esa de ser vegetariana?

Pero ahora, tras un par de minutos de sosegada preocupación, ha caído en un trance de felicidad, colgada de cada una de las palabras de Frank, perdón, Adam. Pero sé que, realmente, no lo está escuchando. Debe estar perdida en sus pensamientos de orgullosa madre.

¡Qué bien!

¡Qué apuesto es!

¡Qué hombre tan elegante!

¡Parece rico!

Sin embargo, tras un instante, mi madre arruga ligeramente la frente.

—Perdona la pregunta —dice— pero ¿por qué ha reaccionado Faith de manera tan extraña cuando has llegado?

— ¿Extraña?

—Sí. Te ha tirado del brazo.

—Oh, eso. Sí... bueno... debe de ser mi magnetismo animal supongo —se ríe— No puede mantener las manos alejadas de mí.

Oh, Dios. Puede que el magnetismo animal no sea la principal cualidad que mi madre busca en su futuro yerno, pero Frank ha hecho todo lo que ha podido, supongo. Hay una extraña pausa, pero mi madre vuelve a sonreír. El peligro ha pasado.

Bueno, casi.

—Pero, ¿Por qué te ha llamado Frank? —Dios, ¿Quién es? ¿Jeremy Paxman?¹⁰

—Frank —interpongo— ¿De verdad lo he hecho?

¹⁰ Presentador de televisión de la BBC conocido por su estilo brusco y su carácter iconoclasta. (*N de la T*)

—Sí —dice Frank— siempre me llama Frank. Es la manera cariñosa que tiene de llamarme. Es que me gusta el *swing*. Ya sabe, por Frank Sinatra. Pero bueno, supongo que es anterior a su época, señora Wishart.

—Oh, no —dice mi madre, ruborizada al oír el halago— me encanta el bueno de Frank.

Me hundo en mi asiento, observando con incredulidad la escena, que se va tornando cada vez más surrealista. Demonios, ni el propio Salvador Dalí hubiera imaginado lo que viene ahora. Empiezan a entonar *Fly Me To The Moon*. No, en serio. Lo hacen. Frank dándole una serenata a mi madre desde su asiento en la moqueta, como si fuera Julieta en el balcón.

Vale, en una escala de escenas vergonzosas, está a la altura de los vídeos de Celine Dion y de las lacrimógenas escenas que salían en *Friends* antes de una boda, pero no me importa. Desde que mi padre murió, cualquier momento de felicidad que mi madre pueda tener vale su peso en oro. Y no tengo ni idea de por qué Frank está haciendo esto por mí, pero le estoy tan agradecida que podría llorar.

Siguen canturreando y mi madre tararea cuando no se sabe la letra.

Pero a mí no me hace falta volar hasta la luna.

Ya estoy allí.

Capítulo 75

Lo hemos logrado. Lo ha logrado.

No sé cómo, pero lo ha logrado. Para ser exactos, fue llegar y besar el santo. Me refiero a que mi madre parecía ávida por hacerle mil preguntas sobre su profesión de abogado.

Luego mi madre dijo que nos llevaría a tomar algo. Así que bajamos a tomar algo. Le preguntó a Frank lo que quería tomar, y aquella pareció la pregunta del millón. Es como si se hubiera visto forzado a dejar a su propio hermano en manos de Jack Bauer¹¹. Sus ojos pasaron a modo pánico cuando se lanzaron sobre las botellas que había boca abajo en la barra.

—Yo me voy a tomar um... eh... um...

Yo rezaba en silencio: *que no diga vodka, que no diga vodka, que no diga vodka.*

—Me voy a tomar un agua mineral —logró decir finalmente. Entonces, por si mi madre le tomaba por un aburrido, añadió— Con gas.

Le sonreí. Él me sonrió a mí. En algún lugar de la Antártida, se derritió un iceberg.

—Gracias —le digo, cuando mi madre se ha marchado— me has salvado la vida.

—No, para ser exactos, tú me salvaste la vida. Yo solo te estoy devolviendo el favor.

—Eso ya lo hiciste —le recuerdo— la otra noche, ¿recuerdas?, con Adam.

—Oh, bueno. —Se encoge de hombros— Dejémoslo en que me debes una.

— ¡Pero te has afeitado la barba! ¡Te has comprado una camisa nueva!

—Para un momento —dice, levantando la mano— puede que me haya afeitado la barba, pero la camisa ya la tenía, no tengo solo sudaderas y camisetas.

—Oh, bueno, aun así, lo que has hecho, ha sido mucho.

—Bueno, cuesta mucho trabajo —dice con aspecto sombrío— impresionar a los padres.

Asiento.

¹¹ Agente federal de la serie norteamericana 24, interpretado por Kiefer Sutherland (*N de la T*)

— Eso no se puede negar.

Pero sigo sin comprender. Sigo sin entender por qué lo ha hecho. Me refiero a que ¿por qué debería importarle que yo hubiera mentido a mi madre en lo de tener novio? Es mi maldita culpa, ¿no? No es razón para cambiar tu identidad y conocer a la madre de una novia que realmente no tienes.

Capítulo 76

— ¿Has tenido suerte? — me pregunta Frank— Con lo del trabajo, digo.

—No —le contesto— pero no pasa nada, la semana que viene empiezo a buscar en serio.

Asiente.

—Todo irá bien, ya lo verás.

—Sí.

Entonces me cuenta algunas cosas más sobre su hermano. Sobre el hospital. Sobre lo que pasó cuando salió.

—Quería emborracharme, quería alejarme de mi propia cabeza. Porque mi cabeza no era el mejor lugar para estar — añade.

Asiento y le digo.

—Lo entiendo porque sé que es así. Cuando mi padre murió, todo mi mundo cambió de la noche a la mañana, y lo sentí intensamente. Me despertaba en mitad de la noche, sentía el silencio a mi alrededor y a veces solo quería gritar para bloquear mis pensamientos. Pensaba que me estaba volviendo loca, con todas esas imágenes de película de terror en la cabeza. Y admito que me hubiera vuelto loca si no llega a ser por mi madre. Lo que quiero decir, es que alguna de nosotras tenía que mantenerse cuerda.

—Así que, dos días después de salir del hospital, me metí en el pub y me quedé allí hasta que me echaron.

—Oh, vaya.

—Sí. Pero no me fui a casa. —Detecto cierta frescura en su voz. Como si nunca le hubiera hablado a nadie de esto antes— Sabía que si me iba a casa sería demasiado. Así que busqué otro bar y el único sitio que encontré fue esa discoteca. Pero era uno de esos sitios en los que todo el mundo estaba puesto de éxtasis, sonriendo con cara de locos, pasando junto a este bastardo deprimente, borracho, y vestido con una gabardina. Así que, de todas formas, llego a la barra y pago Dios sabe cuánto para mantener alejado cualquier pensamiento sobrio. Estoy ahí de pie, cuando aparece el tipo ese. No tenía mucho más de dieciocho. Y me dice: «¿Por qué diablos no estás bailando?». Yo no le contesto. Sigo bebiendo. Entonces me dice: «Bastardo deprimente» y se va a bailar. No lo entendía. Lo que quiero decir es que ¿en qué

clase de mundo vivimos en el que uno no puede salir y ser un bastardo deprimente si le da la gana? —Sonríe, aunque sus ojos están atrapados bajo la tristeza de los recuerdos.

Le devuelvo la sonrisa.

—A la gente le asusta. Creen que puedes contagiarles parte de tu tristeza.

—Probablemente es eso —dice— pero, de todas formas, fue así. Desde aquel día, emborracharme parecía ser la mejor opción. La única opción realmente, para ser sincero.

Continúa hablando. Y hablando.

Y hablando.

Pero no me importa. De hecho, me alegro de que alguien pueda hablar tan abiertamente y con tanta sinceridad sobre algo que le duele tanto.

Es casi como si se hubiera accionado un interruptor en su interior. Como si todas esas palabras hubieran permanecido encerradas hasta hoy y, una vez que ha empezado a hablar, no hubiera manera de detenerle. Está bien, escucho cómo trata de desenmarañarse de las experiencias que me está contando. Entonces, comprendo algo. Algo que me agita y asusta a la vez.

Es un hombre que necesita que lo amen. Entonces, inmediatamente después de ese pensamiento, viene otro. Aún más espeluznante.

Yo podría ser la persona que podría hacerlo.

Amarlo.

Y, al mirar esos fuertes y cálidos ojos, me doy cuenta de que no me resultaría difícil en absoluto. Sería la cosa más fácil del mundo.

Capítulo 77

El bebé de Alicia es la criatura más bonita que haya visto en toda mi vida.

Al menos, lo es una vez que superas lo del olor. Y lo de la cosa que le sale de la boca, y la baba que te resbala por la manga. Y lo de los gritos a pleno pulmón cada vez que lo toco. Y la visión del pañal cuando Alice se lo cambia.

—Muy bien —le dice, haciendo palmas— qué grande.

Le va a poner Oscar, así que, en realidad, debería llamarle por su nombre, en lugar de llamarle «él» todo el rato, ¿no? Es solo que está en ese momento en el que hasta el nombre parece demasiado grande para él.

Jamás había visto a Alice así.

Tan centrada. Tan feliz.

Estaba preocupada por si le ocurría justo lo contrario. Por si le sobrepasaba todo.

— ¿Quién es un niño adorable? —le está diciendo, frotándole la nariz a Oscar, que está tumbado, embelesado, sobre la moqueta— ¿Quién es un niño adorable?

—Ga —dice Oscar.

Han pasado dos días desde el parto y, para ser sincera, Alice está reventada. De hecho, probablemente podría meterse en el decorado de *La noche de los muertos vivientes*, y los zombis la mirarían con inquietud. Pero no parece importarle. No creo que nada pueda quebrantar esa amplia sonrisa de madre.

Una vez cambiado el pañal, levanta al babilas, se lo coloca sobre la rodilla y se saca el pecho derecho.

—Vamos, Oscar —le dice Alice— te toca.

Oscar localiza el pezón con la misma firme determinación que un misil con termorradar y, una vez hallado el pezón, empieza a succionar. Chico, a eso lo llamo yo succionar.

—Dios mío —le digo— parece que estaba sediento.

Alice sonrío.

Entonces, cuando parece que Oscar tiene para rato, me pregunta cómo van las cosas.

Le cuento lo de ayer, lo de que Frank me salvó. Lo distinto que está sin la barba.

—Oh, qué romántico —dice Alice, mientras Oscar trata de crear más potencia de succión que una aspiradora Dyson.

—Bueno, no sé si es romántico, pero fue muy amable por su parte.

—Debes de gustarle.

— ¿Gustarle?

—Bueno ¿de qué otro modo podrías explicarlo?

Puede que tenga razón.

—Es solo un... un... una persona agradable.

Alice se ríe.

—La chica de la oficina de correos es una persona agradable, pero dudo mucho que estuviera dispuesta a cambiar su identidad por mí.

—Bueno, no pienso en él de esa manera.

—Venga, entonces ¿de qué manera piensas en él? A Oscar le gustaría mucho saberlo.

Pero, por supuesto, a Oscar no le importa una mierda. Lo único que Oscar quiere es leche de teta, y en grandes cantidades.

—No sé en qué sentido pienso en él —le contesto— supongo que antes lo veía como alguien por el que me compadecía, ya sabes, por todo lo que le ha pasado con su hermano. Pero ahora ya no estoy tan segura. Me refiero a que, aún sigo sintiendo lástima, pero no en plan caritativo. Solo le estoy agradecida, eso es todo.

—Bueno —dice con tono burlón.

—Venga, Alice —digo— déjalo ya.

—Bueno, debe de sentir algo por ti.

—Supongo.

—No parece que te guste mucho la idea.

—Bueno, eso haría las cosas más difíciles.

— ¿Más difíciles?

—Solo... —Aguardo a que Oscar se suelte, luego retoma su tarea y se vuelve a agarrar— Es solo que no creo que esté preparada para nada de eso. Ya sabes, después de lo de Adam.

Alice asiente con la cabeza.

—Pero tiene que ser agradable tener un admirador.

—No es mi admirador. —Pero mientras lo digo, ya estoy cuestionando esa afirmación.

—Vale, vale, lo que tú digas.

Capítulo 78

Una hora después estamos dando un paseo. Alice, Oscar y yo.

Es una gran ocasión para Oscar. Es su primer paseo por el mundo exterior.

También es una gran ocasión para Alice. Me refiero a que, antes de que Oscar naciera, rara vez llegaba al parque sin que le diera un ataque de pánico.

Pero, por el momento, parece que está bien. Sigue frotándole la nariz a Oscar, que va colgado de la mochila portabebés.

—Niño guapo. Niño guapo. Niño guapo —le dice, haciéndole pedorretas en la mejilla.

De camino al parque, Alice me pregunta por mi situación laboral.

—Sigo en paro —le explico— ¿Y qué hay de ti? ¿Qué vas a hacer cuando te organices?

—Volveré a rellenar sobres.

—Vaya dos chicas prometedoras ¿eh?

—Richard Branson¹², cuidadito que allá vamos —me contesta.

Llegamos al parque, y el sol decide hacer acto de presencia. Alice continúa libre de todo pánico mientras caminamos por el sendero, cruzándonos con gente que hace footing, estudiantes extranjeros y otros padres jóvenes. Llegamos hasta uno de los bancos y decidimos sentarnos.

Oscar tiene los ojos abiertos como platos, podría ser que a causa del asombro, aunque probablemente será por el viento.

—Sí —está diciendo Alice con la vocecilla con la que le habla al bebé— es el parque ¿verdad? Nos gusta el parque ¿a que sí? ¡Nos gusta venir al parque! Sí, ahora somos un chico grande, ¿a que sí? Claro que sí. Claro que sí. Claro que sí. —Lo mueve suavemente de arriba abajo.

Mientras Alice se pierde en los balbuceos de su bebé, me echo hacia atrás y disfruto de la cálida brisa. Una urraca aterriza a nuestros pies. Luego otra. Su hermosa esposa.

¹² Es el propietario de Virgin Atlantic Airways, y uno de los hombres más ricos del mundo según la revista Forbes (*N de la T*)

La agradable sensación que me dejó el día de ayer aún no se ha esfumado. De hecho, parece estar cobrando fuerza. Sigo sin hacerme a la idea de que alguien haya hecho tal esfuerzo por mí. Por mí.

Vale que le salvara la vida. Pero, aún así, no puedo quitarme las palabras de Alice de la cabeza. Debe de sentir algo por mí. Pero ¿qué?

Miro a mí alrededor, a la gente de los otros bancos. En el banco más próximo hay un grupo de adolescentes de ropas holgadas examinando sus monopatines. En el banco siguiente hay una pareja de ancianos vestidos de beis, mordisqueando unos sandwiches. En el banco siguiente hay... hay...

No.

No puede ser. ¿Es?

Pero, cuando me fijo mejor, no hay duda. Es John Sampson, vestido con unos elegantes vaqueros y una bonita camiseta.

Y junto a él, tonteando, coqueteando con él, está Doña Flequillo Gigante.

— ¡Oh Dios mío! — digo en voz alta.

Alice deja de dar saltitos con Oscar.

— ¿Qué? — pregunta.

— Sabes, el puesto de relaciones públicas que quería conseguir. ¿Te acuerdas que te conté que el entrevistador se había enterado de que toda la mierda que había puesto en el impreso de solicitud era mentira?

— Sí.

— Bueno, pues no mires, pero está ahí, con la chica del flequillo gigante. En el tercer banco por allí.

Por supuesto, siempre que le dices «no mires ahora» a alguien, miran en ese mismo instante. Así que Alice mira. Y al hacerlo, se pone pálida. Se le congela la sonrisa, luego desaparece. He visto esa cara antes. Es la cara que indica que está a punto de tener un ataque de pánico.

— ¿Te encuentras bien? — le pregunto.

—No —contesta— creo que no. Será mejor que me vaya a casa. Pero por ahí —dice, señalando la dirección opuesta a John Sampson.

—Sí —digo— creo que es una buena idea.

Capítulo 79

Sentada en el sofá, comiéndome mis Choco Krispis veo que un hombre sale del piso de Frank. Un hombre gordo y calvo con un abrigo largo. Tengo la extraña sensación de que lo conozco, pero no sé de qué.

Estoy bastante segura de que debe ser el padre de Frank, aunque no nos han presentado. Aun así, hay algo en él que me resulta familiar.

Entonces suena el teléfono.

Al ir a tomar el móvil supongo que oiré una de las siguientes tres voces: la de Alice, la de mi madre, o la de la mujer del banco que no para de llamarme para que me pase a hablar de lo de mi descubierto.

Pero no es ninguna de las tres voces.

Es la voz de un hombre.

—Hola, Faith.

— ¿Sí?

—Soy, eh, yo. — ¿Yo? ¿Quién es «yo»? ¿Quién narices es «yo»?— John, John Sampson, de la agencia Coleridge. Le hice una entrevista hace poco, para el puesto de ejecutivo contable.

¡Oh, Dios mío!

Entonces me acuerdo de lo de ayer, en el parque. Él con Doña Flequillo Gigante.

—Oh —digo— eh, hola.

—Bueno, la cuestión es que ha surgido otro puesto, y me estaba, bueno, preguntando si seguirías disponible.

— ¿Disponible?

—Sí, para el puesto.

— ¿Para el puesto?

—Eh... es otro puesto de ejecutivo contable. —Su voz suena apagada, deprimida.

Completamente distinta al tono que utilizó durante la entrevista. Pero sus palabras son música para mis oídos.

¡Me está ofreciendo un trabajo!

Y no cualquier trabajo, ¡Un trabajo en la agencia!

¡Un trabajo prometedor!

—Eh, sí —digo— eso suena... genial. Me encantaría.

—Bueno, entonces —dice— pásate a las dos hoy y hablaremos un poco más en detalle.

—De acuerdo.

—De acuerdo, entonces hasta luego.

—Sí, hasta luego.

Incluso tras colgar el teléfono, no puedo creer lo que me acaba de suceder. John Sampson. John Sampson. El mismo hombre que me hizo sentir como si midiera cinco centímetros durante la entrevista. Pongamos que ha cambiado de opinión.

Quizá se haya dado cuenta de que cometió un terrible error.

Quizá se haya dado cuenta de que Pinocho sería un excelente ejecutivo contable.

O quizá no.

Quizá me vio ayer en el parque. Yo creo que no, pero quizá sí. Y quizá está liado con Flequillo Gigante y no quiere que su mujer se entere.

Pero ¿cómo iba yo a contárselo a su mujer?

Y ¿Por qué?

Ni siquiera sé quién es ella. Y tampoco es que viéramos nada incriminatorio. No se estaban besando. No iban tomados de la mano.

O quizá, simplemente me vio y recordó lo increíblemente bella que era, y deseaba volver a verme.

Sí, de acuerdo.

Pero entonces recuerdo otra cosa.

Alice.

La forma en que empezó a entrarle el pánico cuando lo vio. La manera en que quiso asegurarse de que nos marcháramos a casa en dirección opuesta. Pero ¿por qué debería conocer Alice a John Sampson?

Por qué...

Oh, Faith, para qué tanta pregunta. Disfrútalo. Tienes el trabajo que querías. El que tu madre cree que ya tienes. Así que tranquilízate.

Faith Wishart, ejecutiva contable.

Realmente suena bien.

Capítulo 80

De camino a casa de Alice, me encuentro con Frank. Sigue sin barba. Sigue igual de guapo.

Lleva una pila de libros de la biblioteca con fotografías de estrellas en la portada.

—Acabo de conseguir un trabajo —le digo.

—Oh, es estupendo —contesta, alegrándose sinceramente por mí.

Se lo cuento.

Entonces se pone un poco nervioso.

—Faith.

—Sí.

—Estaba...no sé...estaba preguntándome...si te apetecería venir a cenar esta noche a casa.

El corazón me da un vuelco y me entra un hormigueo en el estómago.

—Sí, estaría genial.

—Genial.

—Genial.

— ¿Me paso sobre las siete y media?

—Vale. Te veo entonces.

—Sí —le contesto— hasta luego.

Capítulo 81

Al llegar a casa de Alice, le cuento todo lo de Frank y lo del trabajo.

Parece alegrarse por mí, por lo del trabajo, aunque no está lo que podría decirse sorprendida. Bueno, abre la boca y dice.

— ¡Uau, es increíble! —Pero, puedo leer en Alice como en un libro. Soy capaz de distinguir entre la sorpresa real y la variable forzada.

Y esta es, definitivamente, la variable forzada.

—Así que ¿cuándo tienes que ir? —me pregunta, dándole a Oscar palmaditas en la espalda, mientras él permanece recostado sobre su hombro.

—Hoy a las dos.

—Y ¿qué te dijo?

—Bueno, en realidad no dijo mucho. Casi nada. Solo me ofreció el puesto y ya está, colgó el teléfono. No hubo charla ni nada.

—Oh. —Parece preocupada, y continúa ayudando a Oscar con su problema de gases actual.

Me siento, observándolos durante un rato. Entonces me levanto para marcharme.

A mitad de camino, volviendo a casa, de repente, lo asocio. De repente, todo tiene sentido. La llamada telefónica. La reacción de Alice. La cara que puso en el parque.

La llamo en cuanto cruzo la puerta.

—Era él ¿verdad?

No dice nada. Solo la oigo respirar a través del auricular.

—Es el padre ¿verdad? John Sampson es el padre de Oscar. John Sampson es Peter. Te mintió con lo de su nombre ¿verdad?

—Yo... —Le tiembla la voz. Un temblor que me comunica que mis sospechas son ciertas.

—Y le llamaste ¿verdad? El lunes por la mañana. Le llamaste y le dijiste que me diera el trabajo, entonces él me llamó y me dio el puesto, porque tenía miedo de que, si no me daba el trabajo, tú le contarías a su mujer lo de su relación. Y lo de Oscar.

—Sí —contesta, lánguidamente— lo siento.

—Pero —digo con tono molesto, incluso enfadado.

Pero entonces me doy cuenta de una cosa. Me doy cuenta de que no se trata de mí. Se trata de Alice, y de Oscar. Y si tuviera que estar enfadada con alguien, debería ser con John Sampson. Al fin y al cabo, es él el que le mintió a Alice. En lo de que era soltero. En lo de que la quería. En lo de su nombre. Su trabajo. Todo. Es él el que se largó en cuanto se enteró de que estaba embarazada. El que no quería saber nada más de ella. Y el único delito de Alice fue el ser demasiado débil para plantarle cara. Hasta que lo vio en el parque, con otra víctima. Y entonces, cuando se dio cuenta de que había sido él el que me había humillado en la entrevista, debió de ser la gota que colmó el vaso. Entonces tomo el teléfono. Y lo chantajeó.

—No —le digo— lo siento. Pero Alice, no pienso trabajar para un idiota como ese, sean cuales sean las circunstancias.

Y lo digo en serio. No pienso hacerlo.

Aunque eso no impide que vaya a verle, con el extracto de cuentas de Alice. Ella insistió en que no lo hiciera, pero yo insistí en que era lo menos que él podía hacer por ella, así que al final cedió.

—Quinientas libras al mes —le digo, en su despacho, resumiéndole el acuerdo— pago a la orden.

—De acuerdo...

—Por supuesto, esto es completamente cosa tuya. No quiero que pienses que te estoy chantajeando ni nada de eso. Es solo que estoy segura de que no querrás negárselo a Oscar.

—No —dice— por supuesto que no.

Salgo del despacho con una sonrisa y una promesa que sé que va a mantener. De camino al ascensor, me cruzo con Doña Flequillo Gigante, que me lanza una mirada de zorra, entonces le veo una erupción que le baja por la mandíbula hasta el cuello.

—Oh, querida, deberías ir a que te vieran eso —le digo, mientras el ascensor pita y se abre.

Capítulo 82

—Así que —pregunta Frank, vigilando la lasaña de espinacas y requesón que está cocinándose en el horno— tienes un trabajo.

—En realidad, no —digo, antes de embarcarme en toda la historia.

— ¡Oh, Dios mío! —Dice— ¿Y qué dijo él?

—Nada. No podía decir nada.

—No quisiera tomarte por lo que no eres.

—No señor —le digo, riéndome— no lo hagas.

—Entonces ¿qué vas a hacer con lo del trabajo? —me pregunta.

—Oh, no sé. Ya se me ocurrirá algo.

— ¿Y qué hay de lo de tu antiguo trabajo? ¿Hay alguna posibilidad de que lo recuperes?

—Lo dudo —le digo.

Durante la cena, Frank me cuenta algo más sobre la teoría de los universos alternativos. Pero, para ser honesta, no lo estoy escuchando. Me limito a asentir con la cabeza y pensar en lo guapísimo que está, tan elegante y bien afeitado. Con la piel clara, los ojos verdes y el pelo moreno danzando a la luz de las velas que ha colocado sobre la mesa.

Me pregunta qué voy a hacer el fin de semana.

Le cuento lo del viaje a París. Y eso me lleva al tema de la boda de Hope. Y lo de que todo el mundo cree que tengo novio.

— ¿Y si voy contigo? —me pregunta.

— ¿Lo dices en serio?

—Claro —dice— ¿Por qué no?

—Porque ya has mentido por mí.

—Faith —dice— si no te acompaño a la boda, solo habré empeorado las cosas.

—Pero por qué... no lo entiendo.

—Porque —dice, queriendo añadir algo más— porque quiero.

Capítulo 83

La noche antes de la despedida de soltera de Hope, me quedo en el piso de mi hermano, en el centro. El Eurostar sale mañana a primera hora y no me daría tiempo si tuviera que bajar desde Leeds.

Hace siglos que no veo a mi hermano. Bueno, desde Navidad. Ha estado demasiado ocupado con el trabajo. Y yo he estado demasiado ocupada inventándome novios.

De todas formas, es agradable volver a verlo. Es viernes por la noche, por lo que acaba de salir del trabajo. Me abraza, dándome un beso en la mejilla.

—Me alegro de volver a verte —me dice, con bastante formalidad. De hecho, ahora que lo pienso, todo en él es bastante formal. Su traje. Su raya en el medio.

—Tienes buen aspecto —le digo.

—Igualmente —dice.

¿Igualmente?

¿Tengo un hermano que dice «igualmente?». ¿Qué le ha pasado?

Me siento en el sofá y Mark se queda ahí parado, da unos pasos y se vuelve a quedar parado. Empiezo a hablar de mi madre, de lo entusiasmada que está con la boda, de que no se pueda creer que uno de sus hijos vaya a casarse.

Entonces se abre la puerta de la entrada y un hombre con gafas y traje entra en el piso.

—Este es mi compañero de piso —dice Mark— Lee.

—Encantada de conocerte— digo.

—Igualmente —dice.

¿Igualmente?

Me mira aún más nervioso que Mark. Y es incluso más elegante. En serio, no creo que haya visto un hombre de aspecto tan impoluto en mi vida.

Su camisa, al final de un día de trabajo, no tiene ni una arruga. De hecho, ahora que lo pienso, el piso entero está reluciente. Miro la librería y me doy cuenta de que los libros están

ordenados por tamaños. Las macetas que hay en la repisa de la ventana están colocadas de modo equidistante. El suelo de parqué brilla tanto, que podría servir de espejo.

¿Cómo narices ha encontrado Mark un compañero de piso a la altura de sus elevados estándares de higiene? ¿Es que ha enviado un anuncio clasificado al *Semanario de Personalidades Anal-Retentivas*? («Se busca compañero de piso. Imprescindible camisa inmaculada y alergia al polvo»).

Lo que quiero decir, es que, cuando crecí, tuve la sospecha de que mi hermano era un poco *friki*. Lo quería y todo eso, pero me preguntaba si los demás chicos ordenarían también sus cintas por orden alfabético. Recuerdo que una vez puse su cinta de Swing Out Sister entre Duran Duran y Erasure. Se volvió loco. Casi tan loco como cuando derramé zumo Ribena en la moqueta de su dormitorio. O cuando le dije que la razón por la que no tenía novia era porque tenía las piernas demasiado flacas. Ahora que lo pienso, estuvo muy mal decirle algo así, pero tenía trece años, así que, probablemente, puedo echarle la culpa a las hormonas.

Pero, de todas formas, son buenos anfitriones. Me preparan una buena comida de pasta, me ofrecen vino tinto y entablan una conversación interesante. Entonces me ceden la cama de Mark, y él duerme en el suelo de la habitación de Lee.

Luego, cuando estoy ahí tumbada en el dormitorio de mi hermano, me entra una extraña sensación de tristeza. Recuerdo cómo era su habitación, cuando era adolescente. Estaba igual de ordenada, pero tenía personalidad. Había posters en la pared. Había un tablón lleno de fotos, postales, cartas y entradas de conciertos. En cada estantería o superficie había alguna muestra de su personalidad.

Pero, al observar su habitación, aun a media luz, puedo sentir el anonimato en ella. Podría pertenecer a cualquier persona. Parece como si estuviera desprovista de toda personalidad, como si fuera una habitación de invitados.

Entonces pienso en toda la velada. En el extraño aire de formalidad. En toda la cortesía.

Y en la ironía de crecer con alguien, gritarle a diario, pasar por el mismo trance de perder a un ser querido y seguir sintiendo la necesidad de ser estirado y cortés con los demás, por el simple hecho de que hace tiempo que no nos vemos.

Pero quizá sea culpa mía tanto como de mi hermano. Quizá sea porque no puedo hablar abiertamente sobre ningún aspecto de mi existencia. Tengo que continuar hablándole de un trabajo que no tengo y de una vida amorosa que es pura ficción.

O puede que sea solo porque nos hemos hecho adultos.

Pero no me siento adulta.

Los adultos no se inventan novios.

Los adultos no cuentan que trabajan en un lugar en el que no trabajan.

Porque en eso consiste ser adulto.

Consiste en contar la verdad.

Capítulo 84

Esto es una pesadilla.

En este momento, me encuentro en algún punto bajo el canal de la Mancha. Estoy en un tren rodeada de un grupo de mujeres a las que no había visto jamás. Y está también mi hermana, que podría igualmente ser una mujer a la que jamás había visto antes.

Y todas están hablando a voces, compitiendo por que las otras escuchen cuáles son sus discotecas favoritas, sus diseñadores de moda favoritos, o sus posturas sexuales favoritas.

Por primera vez en mi vida entiendo por qué a estas reuniones las llaman *hen parties*¹³.

Todo ese cloqueo, los graznidos y las conversaciones sobre pollas.

Oh, y todas están flacas. Y son altas. Y todas tienen ese aspecto vip, como si todas las noches se sentaran en un tubo gigante de Crème de la Mer.

Mi hermana me sonríe para que no me sienta excluida. Pero seguro que hasta ella se da cuenta de que estas modelos y estrellas de la tele están fuera de mi entorno social.

Me las ha presentado a todas cuando estábamos en el vestíbulo de salida en Waterloo. Pero ya se me han olvidado todos los nombres. Todas tenían nombres del estilo de Natalia, Clarissa y Tara-Jane *von Culoflaco*, pero se me ha olvidado quién es quién.

De manera ocasional, cuando me concentro, me uno a las risitas y asiento con convencimiento cuando corresponde, y creo que Hope valora mi esfuerzo. Y, de todas formas, realmente debo intentarlo, dado que Hope me ha pagado el hotel. Y por teléfono, parecía que de verdad quería que viniera.

Pero sigo divagando. Me pongo a pensar en Frank. En todo lo que ha hecho por mí. Y, hasta el simple hecho de pensar en él, está empezando a hacerme sentir vulnerable. Empiezo a preocuparme por él. Por si volverá a su yo barbudo y alcohólico.

Y entonces empiezo a preguntarme por qué debería importarme tanto eso.

¹³ *Hen party*, literalmente «fiesta de gallinas», término en inglés para referirse a las despedidas de soltera. (*N de la T*)

Capítulo 85

Estamos comiendo en un sitio llamado La Cantine du Faubourg, aunque la palabra «cantine» no parece hacerle justicia. Todo es blanco y rosa, muy bonito, con viñetas en la pared. Es el tipo de lugar al que uno se imagina que van los famosos, y, probablemente estará repleto de ellos, solo que deben ser todos famosos franceses, por lo que difícilmente podríamos reconocerlos. A menos que se tratara de la actriz de Amélie. O Gérard Depardieu. O Jean Paul Gaultier. O el tipo ese de Eurotrash¹⁴.

Estamos sentados en una gran mesa junto a uno de los biombos, donde hay un sutil espectáculo de luces sobre nuestras cabezas. Es como sentarse en una lámpara gigante de lava.

Los camareros, al contrario del estereotipo del parisino, son muy amables cuando vienen a tomarnos nota. La mayoría de las mujeres piden ensaladas, aunque mi hermana, sorprendentemente, opta por un gran plato de pasta. Yo pido lo mismo, porque es una de las pocas opciones vegetarianas.

También piden dos botellas del champaña más caro. Bueno, por supuesto que lo piden. Lo que quiero decir es que es lo esperable, ¿no?

—No puedo creer que ustedes dos sean hermanas —dice la culo flaco número uno, negando incrédula con la cabeza.

—Ni yo tampoco —dice culoflaco número dos— aunque ambas tienen las cejas muy parecidas.

—Así que, cuéntame —dice culoflaco número tres— ¿Por qué demonios vives en Leeds?

— ¿Dónde está Leeds exactamente? —pregunta culoflaco número cuatro.

—Oh —dice culoflaco número uno, cuando llega mi plato— Me encantaría ser como tú. Me encantaría que no me importara el peso lo más mínimo.

Yo sonrío, y sonrío, y sonrío, pero en mi interior, estoy tramando para ellas una muerte lenta y dolorosa.

Tras la comida, mi hermana va al baño.

Al instante, me entra el pánico, al pensar en quedarme sola con estas gallinas chillonas.

¹⁴ Programa humorístico de la televisión británica. (*N de la T*)

Todas empiezan a hablar de lo afortunada que es por casarse con alguien tan atractivo y rico como Jamie Richards.

— ¿Y qué hay de ti? —Pregunta culoflaco número dos, volviéndose hacia mí— ¿Hay algún hombre en tu vida?

—Eh, sí —le digo, continuando con la mentira— Adam.

— ¿Y a qué se dedica?

—Es... eh... abogado. En Leeds.

—Ah —dice culoflaco número uno, arrugando la nariz— qué tierno.

Maldita sea, hasta tratan mis mentiras con condescendencia. Mi hermana aún no ha llegado y no puedo aguantar un solo segundo más, así que yo también voy al lavabo.

Elijo el cubículo que hay justo junto a la única puerta que hay cerrada. Supongo que será mi hermana, pero no digo nada, por si acaso. Me limito a sentarme allí, sin poder hacer pis, matando el tiempo.

Se oye algo. Un gemido. Mi hermana está llorando.

Tras sonarse la nariz, y controlar las lágrimas, tira de la cadena y sale del cubículo. Yo salgo también del mío.

Está sorprendida de verme.

—Hola —dice. Está pálida.

—Hola —contesto, sin saber qué más decir. Es su despedida de soltera, al fin y al cabo. Y no quiero estropeársela. Pero siento que quiere añadir algo más.

—Me siento algo rara —dice— supongo que será por los nervios de la boda.

—Claro —digo— ¡Oh, cariño!

Respira profundamente. Quiere decir algo más, lo presiento. Pero no dice nada, porque le empiezan a brotar las lágrimas.

—Hey —digo, rodeándola con los brazos— hey, está bien, está bien. —Una parisina de aspecto elegante nos mira con suspicacia, al cruzarse con nosotras.

—No —dice Hope— no está bien. Estoy hecha un lío. Sé que, probablemente, crees que

lo tengo todo, pero me siento fatal. Me siento gorda y fatal.

— ¿Gorda? ¡Pero si eres un esqueleto!

Sonríe, con lágrimas en los ojos. Es una sonrisa estilo «tienes buena intención, pero no sabes de lo que estás hablando».

—Esto no es el mundo real. No estoy rodeada de gente real, como tú. Estoy rodeada de insectos palo, como ellas —dice, señalando la mesa de culos flacos que hay detrás de la pared del baño— Hay tanta presión. Si quiero hacer otro vídeo de yoga, tengo que perder al menos dos kilos. Y Jamie...

— ¿Y Jamie qué?

—Jamie dice que soy tonta.

—Bueno, Jamie tiene razón. No necesitas perderlos —le digo, aunque me doy cuenta de que, como «persona real», mis palabras no tendrán demasiado efecto.

—No se lo vas a contar a nadie ¿verdad?

—No.

—No se lo vas a contar a mamá ¿verdad?

—No.

—No dirás nada esta noche ¿verdad?

—No, por supuesto que no.

Me echa una mirada que jamás fue más vulnerable.

No puedo evitar preguntarme lo que le habrá ocurrido. Me doy cuenta de que todas las cosas que he envidiado de ella (su aspecto, su dinero, su carrera profesional, su vida amorosa) no la han ayudado lo más mínimo. Es más insegura ahora que cuando tenía quince años.

Y entonces lo comprendo. Quizá le haya afectado más de lo que me había imaginado. La muerte de papá. Quizá no se fue a Australia porque no pudiera afrontar el dolor. La pena. Quizá, realmente, jamás lo ha afrontado, y quizá sigue viviendo con ello.

—Gracias —me dice, y entonces me abraza.

Luego, regresamos a la multitud y veo que todos los culos flacos están de pie, en plan

jirafa, junto a la barra tallada de color pizarra

Mi hermana me invita a un cóctel. Yo decido no mencionar ni una palabra más de lo que acaba de suceder.

— ¿Qué opinas de ellas? — me pregunta.

Observo a las jirafas, bebiendo de sus pajitas.

— Son muy agradables — miento — muy simpáticas.

— Son unas hipócritas — dice — son unas zorras, todas ellas. Pero a veces pueden ser divertidas, si llegas a conocerlas.

Me río. Hacía tiempo que no veía ese lado de mi hermana. Más de una década. Charlamos y seguimos hablando, luego pasamos al tema de Jamie. Me cuenta lo mucho que lo quiere. Y lo romántico que es. No puede negarse que, al menos en lo que a Hope respecta, parece amor de verdad. Pero ni el amor verdadero parece suficiente para hacerla sentir segura de sí misma pero por muy deprimida que esté en este momento, probablemente será más feliz con él que sin él.

Mientras las gallinas de culo flaco cloquean y cacarean tras nosotras, choco mi copa contra la suya y le deseo buena suerte. Me toma la mano y me agradece que sea tan buena hermana. Tan buena amiga.

Capítulo 86

Cuando vuelvo a Leeds, me paso a ver a Frank.

De hecho, todos los días anteriores a la boda de mi hermana me paso a ver a Frank. Como Alice está tan ocupada con las matronas y los grupos de madres y bebés (tan ocupada que no ha tenido un ataque de pánico desde el incidente de John Sampson), y con mi madre concentrada únicamente en la boda de Hope, Frank es la única persona con la que realmente puedo hablar.

Y cada día nos acerca más. De hecho, nos acerca tanto, que me empiezan a pasar cosas extrañas.

Frank, el hombre al que devolví a la vida, está haciendo ahora lo mismo por mí.

Es verdad. Realmente me siento viva. Creo que, por primera vez en mi vida, mi existencia significa realmente algo para alguien. Alguien que no es ni mi madre, ni Alice. Alguien que me gusta, me gusta mucho y al que, además, le gusto, y es una agradable sensación. De repente, siento que merece la pena ser yo. No tanto como ser Nelson Mandela, o Gandhi, o Beyoncé Knowles, pero merece la pena igualmente.

Me gustaría poder envasar esta sensación. Quiero almacenarla y guardarla para un día lluvioso. Pero ni los días lluviosos son ya lo que eran. Solo parecen el telón de fondo de un vídeo pop que nunca acaba. Y es un vídeo pop de los Carpenters. O de Sister Sledge. *Frankie* sería adecuado, supongo.

Porque el mundo parece diferente. Lo suficientemente diferente como para hacerme creer que Frank podría ser más que un buen amigo. Todo tiene sentido. Los árboles, las carreteras, los coches, los edificios, todos forman parte unos de otros, igual que los labios y los ojos son parte de la misma cara. Puedo ver la belleza de todo. El mundo entero se ha sometido a una sesión de belleza.

Pero entonces, la tarde antes de la boda, Frank me cuenta que también lo ha notado. Todo eso del vídeo de los Carpenters.

—La manera en que, de repente, los pájaros aparecen —dice— cuando estás cerca.

Me río, nerviosa, pero entonces me detengo, y me doy cuenta de que la cara de Frank está bastante cerca de la mía. A la corta distancia de un beso. Le miro a los ojos y me asusto. Me asusto de lo fácil que sería amarlo.

— ¿Por qué estás haciendo todo esto? —le pregunto.

—Porque me importas. Y creo que siempre me importarás.

Me resulta extraño que alguien pueda decir eso de mí. Alguien que sabe toda la verdad, todas mis mentiras.

—Bueno, no debería ser así.

—Pues es así.

Sus labios se están acercando. Pero en lugar de dirigirse hacia mi boca, aterrizan en mi frente, dándome un besito.

—De todas formas —dice— deberíamos acostarnos pronto. Mañana será un gran día.

Capítulo 87

Al comienzo del largo viaje hasta Sussex, al pequeño pueblecito donde se va a casar mi hermana, Frank parece inquieto. Al principio, doy por hecho que solo son nervios, que tan solo está nervioso por todas las mentiras que nos esperan.

Pero, cuando estoy hablando por teléfono con mi madre (que se ha presentado en el umbral de la puerta de mi hermana a las siete de la mañana, tras pasar toda la noche en la autopista), sé que hay algo más que le preocupa.

—Frank —le pregunto, tras haberle explicado a mi madre el lugar exacto de la red ferroviaria en el que nos encontramos y colgar el teléfono— ¿Estás bien?

—Sí —dice.

— ¿Es por lo de hoy? ¿Estás nervioso?

—Solo me estoy preguntando cómo terminará todo esto.

— ¿Terminar?

—Me refiero a después de lo de hoy. Habrá más veces en las que tengas que mentir a tu madre sobre Adam, ¿entonces qué harás?

Tiene razón. Tampoco puedo esperar que Frank lo sustituya de manera permanente.

—Así que ¿qué me estás queriendo decir? ¿Me estás diciendo que debería contarle a mi madre que no tengo novio? ¿Debería contarle la verdad? ¿Que solo eres un amigo?

Permanece en silencio. Tan solo apoya la cabeza en la ventana cuando estamos atravesando una estación a demasiada velocidad como para poder leer el cartel.

—Puede ser.

—Pero si piensas así, ¿entonces por qué has venido? ¿Qué sentido tiene haber venido, si no es para ayudarme a mantener la mentira?

De nuevo, permanece en silencio. Esta vez parece que le ha dolido. Pienso en lo que acabo de decir y, en mi mente, empieza a tomar forma la respuesta a lo que le acabo de preguntar. Quizá está aquí porque...

—Yo... Me importas mucho, Faith —dice— por eso estoy aquí.

Miro sus suaves y bonitos labios. El delicado arco de cupido. Recuerdo lo mucho que deseaba besarlo anoche.

—Lo sé —digo— lo siento.

—Yo... —añade algo más, pero no lo oigo porque, en ese momento, nos cruzamos con otro tren, que va en dirección contraria.

— ¿Qué?

Se calla.

—Nada —dice— no importa.

—Así que ¿crees que debería contarle a mi madre que no tengo novio?

Entonces dice.

—No necesariamente.

— ¿Qué quieres decir?

Me mira fijamente y se inclina sobre la mesa.

—Me refiero a que ¿y si yo fuera tu novio?

Tengo el corazón a cien. De repente, todo cobra sentido. Todas esas sensaciones que tengo, como si estuviera en un extraño vídeo musical. Durante unos instantes, ni siquiera pienso en mi madre, ni en las mentiras, ni en el día que nos espera. Pienso en lo que Frank acaba de decirme.

Quiere ser mi novio.

Me inclino hacia delante, por encima de la mesa, y le beso suavemente en los labios. Cierro los ojos. Y ninguna otra cosa importa. Ni los demás pasajeros del tren. Nada.

Entonces oigo una voz, que viene de arriba.

—Billetes, por favor.

Nos apartamos el uno del otro y buscamos los billetes, sonriendo como unos chiquillos avergonzados. Le mostramos los billetes, y pienso en todo lo que Frank ha hecho por mí. En que incluso se pagó él su billete de tren, en lo poco que le debe de quedar del préstamo de

estudios¹⁵.

Cuando el revisor se ha ido, sé exactamente qué decir.

—Vale.

—Vale ¿qué? —pregunta Frank.

—Lo de que seas mi novio. Y lo de contárselo a mi madre.

Frank sonrío. Sabe lo difícil que ha sido para mí decirlo.

—Faith, si no quieres... quiero decir que yo no soy abogado ni nada.

—No —digo— sí que quiero. —Entonces, pensando por un segundo en mi madre, digo— Pero ¿se lo podemos decir después? Ya sabes, durante el banquete.

—Claro —contesta, sonriendo aún— por supuesto.

¹⁵ En el Reino Unido, el Estado hace un préstamo-beca a los universitarios, que, posteriormente, una vez trabajen, deberán devolver. (*N de la T*)

Capítulo 88

No puedo creerlo.

He aceptado decir la verdad.

Por Frank.

Y eso lo va a cambiar todo. Porque, es lo que tiene decir la verdad: te vas cociendo en los jugos de todos los secretos que encierras, sintiendo que eres una mala persona, pero consciente de que las mentiras te hacen parecer estupenda. Entonces, cuando reúnes todo el valor necesario para contar la verdad, empiezas a sentirte bien, pero ahora pareces peor, y todo el mundo cree que eres la mala persona de la que, en realidad te has despedido al contar toda la verdad.

Porque contar la verdad consiste en desvelar todas las mentiras. Y en cuanto lo haces, puede que eso sea lo único que la gente sea capaz de ver en ti. Las mentiras.

Pero ya no me importa. Si todo se reduce a elegir entre sentirme bien y parecer estupenda, elijo la primera opción.

Capítulo 89

Estamos todos en la iglesia.

Frank, que, por el momento debe seguir siendo Adam, está a mi lado. Al igual que mi madre. Y, detrás está Mark, que se ha traído a su compañero de piso, Lee, como acompañante.

De pie, frente al altar, está el mismísimo gurú del *fitness* de las estrellas, Jamie Richards. Es más bajito de lo que me imaginaba, y parece que lleva menos bronceador del que lleva puesto en la carátula de sus vídeos. Pero parece un buen tipo. Se ha girado y nos ha sonreído, suponiendo quiénes somos.

La iglesia es pequeña, pero de forma perfecta. Es como una de esas postales de iglesias inglesas que salen en las películas de Hugh Grant, excepto por las hojas de oraciones plastificadas, que le quitan algo de encanto. Lo que quiero decir es que este es un lugar de culto religioso, no un maldito Little Chef¹⁶.

Pero no. Aparte de las hojas de oraciones, todo está en su sitio. Peculiares bancos de madera. Grandes arcos de piedra. Vidrieras que representan escenas de la Biblia con las que no estoy familiarizada. Está esa atmósfera eclesiástica. Vaya, ¿cuál es la palabra?

Reverencial, eso. Si fuese una persona religiosa (que lo soy, a veces, cuando estoy de humor), ahí es, definitivamente, donde querría llegar. Es el lugar perfecto para venir y quedarte tranquilamente esperando el Cielo.

Miro a mi madre, que ya está en él. En el Cielo, me refiero. Tiene las mejillas coloradas, se está mordiendo el labio superior, los ojos se le están empezando a llenar de lágrimas y tiene esa especie de brillo radioactivo que las madres orgullosas parecen generar siempre en este tipo de eventos. Parece que fuera a explotar como resultado de una sobrecarga de sentimentalismo. Cuando la misa termine, probablemente habrá una cola de inspectores de armas de la ONU, que querrán comprobar si puede detonar.

—Esa serás tú algún día —me dice, en un tono lo suficientemente alto como para que Frank lo oiga.

Me giro hacia él y pongo los ojos en blanco.

—Perdona —le digo, apretándole la mano— creo que está sobreexcitada.

¹⁶ Cadena de restaurantes de comida rápida habituales en las carreteras del Reino Unido (*N de la T*)

Él se limita a sonreír y me aprieta también la mano, sin decir nada.

Quisiera preguntarle cómo lo hace. Cómo puede tener esa capacidad para hacerme siempre sentir mejor, sin decir nada en absoluto. Pero no es ni el lugar, ni el momento, así que me limito a esperar y disfrutar del momento.

Jamie Richards y sus nalgas perfectas está de pie, frente al altar, esperando a la futura señora Richards. Las nalgas de Jamie se contraen nerviosas y él mira hacia la puerta de la iglesia, que está abierta, por donde están pasando los últimos invitados.

Quizá piensa que no va a venir. Su nervioso culo parece dudar, ciertamente.

Entonces me viene a la cabeza que quizá no venga. Recuerdo lo de París. Cuando se puso a llorar en el baño. Todas sus inseguridades.

Observo la cara de mi madre, ensombrecida por el ala de su sombrero (con una circunferencia lo suficientemente grande como para rodear Júpiter), aunque sigue irradiando felicidad radioactiva. De verdad que la destrozaría. Y a esta mujer ya la han destrozado demasiadas veces. Se desmoronaría.

Me vuelvo y miro a mi hermano. Parece estar pensando lo mismo que yo, porque pone gesto de preocupación y le echa una mirada a mi madre. Ambos sabemos que podría suceder. Al fin y al cabo, ya ha huido de cosas otras veces. Quizá haya decidido volver a Australia.

Pero justo cuando la sombra de la duda está atravesándole el rostro a mi madre, un silencio generalizado inunda la iglesia y el órgano empieza a sonar con la *Marcha Nupcial*.

Miro y ahí está. Más hermosa que nunca, con un sencillo vestido blanco.

La acompaña por el pasillo alguien que, supongo, será el padre de Jamie. Hay algo terriblemente triste en esa imagen, y sé qué es.

Pienso en mi padre. Pienso en lo mucho que hubiera significado todo esto para él. Cuánto hubiera deseado estar caminando junto a su hija menor en su gran día. Dar su mano.

Hope me mira y sonrío. Me siento más unida a ella de lo que jamás me he sentido. Se alegra de que estemos hoy aquí, compartiendo su alegría. Pero lo gracioso es que, realmente, me siento así. Por una vez en mi vida, no estoy celosa, ni enfadada, ni resentida porque me haya superado.

Comienza la misa. El párroco empieza a hablar. Hay muchas palabras como «unión», «matrimonio» y «ante Dios».

Hay más palabras y luego dicen sus votos y sus « Sí, quiero», él toma el anillo y se lo pone a Hope en el dedo. Mi madre lloriquea. Frank me aprieta la mano.

Se besan. Con los ojos cerrados, como si se hubieran puesto de acuerdo.

Es un momento perfecto, y toda la congregación está preparada para estallar en un aplauso espontáneo.

Pero, al salir de la iglesia hacia la radiante luz dorada, ya estoy pensando en el banquete. Y en la promesa que le he hecho a Frank.

Capítulo 90

El banquete se va a celebrar en un hotel muy pijo a unos tres kilómetros del pueblo. El *pijerío* se hace evidente por el lento chirrido de la grava al entrar con el coche. También lo indica el cuarteto de cuerda que está tocando en la entrada, así como los camareros, que llevan bandejas de plata sobre sus cabezas con la punta de los dedos. Oh, y por los sombreros- Hay más sombreros que en Ascot.

Cuando llegamos, el salón, ya está repleto y el mordisqueo de canapés ya ha comenzado. Mientras los hombres echan un trago, se oyen voces femeninas por todas partes.

— ¿A que estaba encantadora?

— ¿A que iba guapa?

— ¡Qué cura tan encantador!

— ¡Y qué vestido!

Mi madre está charlando con el padre de Jamie, Tom. Es un hombre atractivo, al estilo de Sean Connery, y tiene una amplia y cálida sonrisa. Recuerdo que Hope me contó que estaba divorciado y me pregunto, por un instante, si mi madre volverá alguna vez a estar con alguien. Todo el mundo asiente con la cabeza, y mi madre parece estar en el cielo, utilizando sus músculos de sonrisa ufana hasta la extenuación.

Mi hermano está hablando con su compañero de piso con cara seria, en tono bajo, mientras mordisquean cuidadosamente unas aceitunas rellenas de anchoa.

Me pregunto de qué estarán hablando.

Me doy cuenta de que destacan entre la gente.

Son los únicos de toda la sala que no sonríen, ya sea con una sonrisa falsa o real.

Bueno, aparte de Frank. Puede que sea porque se ha confinado al agua mineral San Pellegrino, mientras que el resto de la sala está sorbiendo algo un poco más fuerte.

— ¿Estás bien? —le pregunto, antes de sorber de mi copa de champaña.

—Sí —dice, con aspecto algo preocupado— ¿Estás tú bien? —me pregunta Frank, preguntándose claramente cuándo le voy a contar la verdad a mi madre.

—Sí —le digo— estoy bien. Es solo que... —Localizó a Hope y Jamie, que están tomando un regalo de una pequeña anciana—... ¿Te importa si esperamos un par de horas? Solo hasta que Jamie y Hope hayan partido para Santa Lucía. Siempre se lo puedo contar a Hope cuando vuelva, ¿no?

Frank me mira y una leve sombra de duda le atraviesa el rostro.

—De acuerdo —dice— vale.

—Estás muy elegante —le digo, tratando de hacerle sentir mejor. De hecho, es cierto. Su traje da la impresión de costar un riñón y sigo preguntándome por el estado de su cuenta bancaria.

Hope me mira y se dirige hacia mí, tirando de Jamie. Ya no veo a la mujer insegura a la que consolé hace una semana en París.

—Hola Faithy —dice.

—Hola —digo— estás preciosa.

—Este es Jamie —añade.

—Hola, Jamie —digo.

Se inclina y me besa en la mejilla.

—Hola —dice, tranquilo— encantado de conocerte. —Entonces, le da un apretón de manos a Frank. Al verlo de cerca, me doy cuenta de que es una persona normal. Vale que es una persona normal que ha patentado su propio estilo de hacer ejercicios para las nalgas, y al que le encanta que se la chupen en los restaurantes, pero, aún así, parece querer realmente a mi hermana. Y con eso, para mí, es suficiente.

—Oh, hola, Adam, he oído hablar mucho de ti. ¡No me lo puedo creer! ¡Mi hermana! ¡Con un abogado!

—Sí —digo, sintiéndome avergonzada ante Frank

Intercambiamos algunos cumplidos más y entonces Hope dice que tiene que ir a saludar a más gente antes de irse a Santa Lucía.

—Muy bien, feliz luna de miel —le digo.

Él me mira, luego mira el reloj, preguntándose cuánto más tendrá que seguir con la

mentira de Adam.

— Está bien.

Capítulo 91

Dos horas después, Hope y Jamie se han ido al aeropuerto de Gatwick. Y yo he estado tratando de beberme el valor para contárselo todo a mi madre.

La sala está empezando a darme vueltas.

Hay sonrisas histriónicas y sombreros aún más histriónicos.

—Creo que deberías bajar un poco el ritmo —me aconseja Frank.

Hay una puerta. Una puerta marrón de madera con la palabra «Baños» inscrita. Agarro a Frank de la mano y lo llevo hacia la puerta.

—Faith ¿me puedes explicar qué es lo que estás haciendo?

—Shhhh —le digo, alto, mientras abro la puerta y la cierro a nuestras espaldas.

—Faith, estamos en los servicios...

No puede completar la frase, debido al hecho de que mis labios están sobre los suyos.

—Faith —dice, tratando de tomar aire. Pero, de nuevo, lo someto con mis labios.

Empiezo a agarrarle la camisa, desatándole la corbata, desabrochándole los botones, en un frenético arranque de lujuria. Por un instante, se une, levantándose la falda, pero a continuación, se detiene.

—No, Faith, no podemos.

— ¿Qué quieres decir con que no podemos?

—Está mal —dice, apartándose y abrochándose los botones.

—Pero...

Me besa en la mejilla.

—Yo no soy Adam —dice— solo hay una cosa que quiero que hagas por mí. Y es que le cuentes la verdad a tu madre.

—Vale —digo, poniéndome seria al pensarlo— se lo contaré ahora mismo.

Capítulo 92

Salimos del baño y pasamos entre la gente hasta llegar hasta mi madre, que está junto a la mesa del bufé. Está mirando a alguien. Me giro y le sigo la mirada, que lleva hasta la elegante figura del traje de Tom Richards.

—Mamá, tengo que contarte algo.

Sonríe.

—Oh, no me lo digas —dice— para ti también hay campanas de boda.

—No —le digo, cerrando los ojos— no es eso.

—Entonces qué. ¿De qué se trata? —Entonces, metiéndose un pastelito de hojaldre en la boca añade— ¿A que están increíbles estos pasteles?

—Sí, mamá, están estupendos.

—Entonces qué —dice— cuéntame ese gran secreto tuyo.

—Bueno, ya sabes, la cuestión es que... —miro a Frank, que, claramente, está nervioso porque se va a revelar su verdadera identidad— la cuestión es que... —Entonces miro a mi madre. Jamás la había visto tan feliz. Bueno, al menos desde que murió mi padre. ¿Realmente quiero destrozarme esa felicidad? En realidad, ¿no resulta más egoísta contárselo, que cerrar la boca?— La cuestión es que... Frank... somos... yo... me han ascendido.

— ¿Te han ascendido? ¡Oh, Faith, eso es estupendo!

Sin embargo, Frank, parece menos contento con esta noticia imaginaria. De hecho, se da la vuelta, y sale del salón.

Mi madre me ha tomado del brazo. Parece no haberse dado cuenta en absoluto de la repentina desaparición de Frank.

—*Uau*, así que te pagarán más —dice.

—Sí —digo, arrepintiéndome enseguida.

—En horabuena, Faith —dice— estoy muy orgullosa de ti. Y en algún lugar allí —apunta al techo— tu padre te estará sonriendo.

No. Estará diciendo, maldita sea, Faith. Dile la verdad de una vez.

—Mamá. Tengo que ir arriba, a nuestra habitación a ver si está Fr... Adam.

—Vale nena. ¡Hala, vete!

Capítulo 93

Cuando regreso a la habitación del hotel, Frank está haciendo la maleta.

— ¿Qué haces? —le pregunto.

—Me marcho.

— ¿Te marchas?

—Sí.

—Pero si íbamos a quedarnos aquí esta noche.

Frank no levanta la vista, solo continúa haciendo la maleta.

—Lo siento.

—Pero ¿y qué le digo a mi madre?

—Oh —dice— estoy seguro de que se te ocurrirá algo.

No me gusta su tono. ¿Qué significa?

—Bueno, puede que tenga que arreglar un importante caso, o algo por el estilo.

Entonces lo pillo.

— ¿Es porque no le he dicho eso a mi madre?

Su silencio me dice que es por eso.

—Lo siento, Frank, no he podido. No podía. Ya has visto su cara. Si se lo llego a contar, la hubiera destrozado. Hoy es el día de mi hermana, no el mío.

Pero incluso cuando me estoy defendiendo, sé que solo estoy empeorando las cosas. Porque sé lo que estará pensando. Estará preguntándose qué parte de todo esto la habría destrozado. El hecho de que le haya mentado, o el hecho de que mi verdadero novio no pueda estar a la altura del ficticio.

—Ya está —dice, reprimiendo con los labios cualquier emoción— lo entiendo, de verdad. Es solo que jamás podré igualar al hombre que has creado en tu cabeza, así que,

seguramente, lo mejor será que lo dejemos antes de empezar. Porque solo terminaría decepcionándote. No soy un ambicioso abogado. Soy un estudiante de treinta años.

Vacilo. Quiero decirle que no es cierto. Que no me importa lo que él sea.

Pero no lo hago.

Hay algo que me detiene. Porque, quizá, en lo más profundo, no es que me preocupe solo la aprobación de mi madre, sino también la mía. Puede que tenga razón. Puede que jamás pueda igualar al hombre que hay en mi cabeza. Lo que quiero decir es que jamás me habría inventado a un alcohólico en rehabilitación, cuyo principal interés en la vida es explorar la posibilidad de la existencia de universos alternativos.

Así que abro la boca, y la cierro, sin que salga de ella palabra alguna.

Frank cierra la cremallera de la maleta y me mira como si le hubiera vuelto a decepcionar.

—Somos opuestos —me dice— polos opuestos. No podrían importarme menos las cosas que te importan a ti. Tener buen aspecto. No me importa un carajo mi aspecto. No me importa la moda, ni la belleza, ni el maquillaje, y, la última vez que te tanteé, tampoco es que te quedaras muy embelesada con el tema de la materia subatómica del universo.

—Pero...

—Y no me vengas con lo de que los polos opuestos se atraen. No se atraen. Mi madre y mi padre eran polos opuestos. Los polos opuestos discuten y se divorcian, y después se pelean por lo que es de cada uno. Eso es lo que les pasa a los polos opuestos. —Toma la maleta por el asa y rodea la cama, deteniéndose justo frente a mí— Lo siento, Faith. Por lo de tu madre. Pero al menos creará que Adam existe de verdad.

Quiero detenerle. Quiero clavarlo en la cama y hacer que me espere, pero en este momento, por mi cabeza están pasando demasiadas cosas.

—Así que ¿te vuelves a Leeds? —le pregunto.

—Esta noche —dice— Sí, pero mañana me iré a casa de mi madre. Y me quedaré un tiempo. Solo quiero desaparecer de Leeds un tiempo, no es bueno.

— ¿A casa de tu madre?

—En Edimburgo.

—Pero, ¿dónde está? Quiero decir que ¿cuál es su dirección?

—No quieres la dirección, Faith, se ha terminado. Ya nos hemos devuelto los favores y se ha acabado. —Su rostro sigue negándose obstinadamente a mostrar emoción alguna.

—Pero yo...

Aguarda, expectante, solo un instante como si quisiera que terminara la frase. Y sé que hay palabras que podrían detenerle, son dos palabras, para ser exactos, pero no sé si son correctas. No sé si estaría diciéndole solo otra mentira.

—Yo... —Las palabras siguen sin salir.

Frank suspira, como si mi incapacidad para decir lo que necesito decir fuera la confirmación definitiva que necesitaba. Sé que quiero que se quede. Eso lo sé. Pero no sé por qué. ¿Es por mi madre? ¿O es por mí? Y, si es por mí, ¿será solo porque quiero guardar las apariencias?

No lo sé. Y como no lo sé, me quedo inmóvil, mientras Frank y su maleta de cuadros escoceses salen de la habitación del hotel.

—Adiós, Faith —dice, girándose en la puerta— ya nos veremos.

Se muerde el labio superior y me lanza una triste sonrisa de despedida.

—Ya nos veremos —le digo, sin comprender, sin ser consciente de lo que acabo de permitir que ocurra.

Capítulo 94

Me quedo sentada en la cama durante unos diez minutos. Hay una parte de mí que desea seguir a Frank. Una gran parte de mí, aunque no es suficiente.

La cuestión es que hoy es el día de Hope, de mi madre. No el mío, no tengo intención alguna de hacer que se convierta en el minidrama de Frank y Faith.

Pero, conforme va pasando cada segundo sin Frank, me voy sintiendo peor. Sé que tengo que salir ahora con alguna excusa razonable sobre por qué Frank ha decidido repentinamente hacer la maleta y marcharse, pero, por alguna razón, no se me ocurre ninguna.

Resulta extraño.

Lo que quiero decir, es que eso se me da bien. Inventarme cosas. Pero, de repente, mi capacidad para decir sandeces parece haberme abandonado. Y sé por qué. Es por Frank.

Lo quiero. Con locura. Y cuando estoy con él hace que me alegre de ser yo. Con mi propio yo, no con el que me he inventado para mi madre. Porque ahí está el quid de la cuestión, la razón por la que le mentía a mi madre no era porque a ella no le fuera a gustar la verdad. Era porque era a mí a quien no le gustaba.

Pero ahora eso no importa. Frank ha hecho que sienta que uno es más que un trabajo, o la falta del mismo. Que no soy más por trabajar en un sitio u en otro. Ni por ganar más o menos.

Me he dado cuenta de que el amor no tiene nada que ver con las ambiciones profesionales. Frank tiene treinta años. Está a mitad de un doctorado, buscando universos alternativos. No podría tener menos posibilidades de empleo si tratara de buscarlo.

Pero, aún así, lo quiero.

Formo parte de él. Le devolví a la vida. Le he ayudado a superar su dolor. Ningún ascenso podrá jamás igualar eso.

Ninguna subida de sueldo podrá igualar el sonido de su voz. Ni la forma en que me mira. La forma en que parece entender cada uno de mis pensamientos.

Me ha ayudado a ver las cosas con claridad. E, incluso ahora, incluso marchándose ha hecho que las vea.

He cometido un error.

Pero, puede que aún esté a tiempo de alcanzarlo. Salgo corriendo de la habitación, atravieso el pasillo y bajo las escaleras, saliendo al patio de gravilla.

Ha logrado encontrar un taxi, o se ha ido corriendo a todo trapo para tomar el último tren. Sea como sea, ya es demasiado tarde.

— ¡Frank! — Grito, inútilmente — ¡Frank!

Vuelvo adentro.

Hay gente por todas partes. Risas ebrias. Música hortera. Mis tíos bailando.

Localizo a mi madre, a mi hermano y a Lee, junto a la comida. Voy directa hacia ellos.

— Necesito tu coche — le digo a mi hermano.

— Mi querida hermana — dice.

— Necesito tu coche. Tengo que ir a un sitio.

— No sabes conducir — me recuerda.

Ahí me ha dado.

— Vale, pero necesito que me lleves en el coche a un sitio.

— He bebido — me dice y, como para demostrármelo, lanza una aceituna rellena al aire y trata de tomarla con la boca. Aterriza en su mejilla.

— Oh, Mark, compórtate — le dice mi madre.

Miro a mi madre, pero puedo ver en su mirada que ella también está a más de diez copas de champaña de ser una conductora legal.

— Faith, ¿va todo bien? — Por el tono de su voz, puedo ver que esta está a punto de tornarse en tono de preocupación.

— Sí, estoy... — *No, Faith. No estás bien.*

Busco por el salón por si hubiera alguien lo suficientemente sobrio como para llevarme en el coche, y a quien pudiera engañar para que se pase el resto de la noche en la M1. Pero nadie por debajo de los setenta parece capaz de atarse siquiera los cordones.

—No, mamá —le digo— en realidad, no estoy muy bien en este momento. Ya ves, de verdad que tengo que contarte algo.

— ¿Es sobre ti y Adam? —me pregunta.

—Sí, mamá, eso es.

—No han... no han... intercambio de parejas ¿verdad?

Oh, es inútil.

—No, mamá, no es eso.

—Es que la semana pasada vi un programa que iba de eso.

—Que no hacemos intercambio de parejas.

—Ah, bueno —dice, aliviada— porque parece bastante antihigiénico.

—Mamá, por favor, ¿podrías escucharme, aunque solo fuera por un segundo?

Miro a Mark y a Lee, y me doy cuenta de que no es solo a mi madre a quien le voy a dar una información que removerá la Tierra. Trago saliva.

—Mamá, Adam no es quien piensas que es.

—Ah, ya —dice, trabándosele un poco la lengua— ya sabes, lo sabía. Desde la primera vez que lo vi, lo sabía.

— ¿Sí?

—Por supuesto, lo sabía. No puedes engañarme.

— ¿Ah no?

—No —dice, tomando un sorbo de la copa vacía de champaña— claro que no puedes. Se ve a la legua.

— ¿Ah sí?

—Sí, se le ve en la cara. Se le nota por la raya del pelo. ¿Qué era antes?

— ¿Antes?

—A ver si lo adivino —dice, pensativa, con el dedo en la barbilla— ¿Adriana? ¿Adela?

¿Adrienne? ¿Me estoy acercando?

—Mamá, ¿qué estás queriendo decir? —Entonces lo pillo— Mamá, no se ha sometido a un cambio de sexo.

—Oh —dice, desconcertada— ¿entonces qué se ha hecho?

—No se ha hecho nada.

— ¿Entonces de qué se trata?

—Es que él no es quien piensas que es. Él es Frank.

Miro a mi hermano, que parece estar comprendiendo algo más rápido.

—Bueno, eso está muy bien, que siempre diga lo que piensa —dice mi madre. ¡Oh, Dios!

—No, no es franco, es Frank. Se llama Frank, no Adam. —Mi madre empieza a comprender, así que continúo— Jamás hubo ningún Adam. Bueno, hubo uno, pero no al principio. Era todo una invención. Me lo inventé.

La sobriedad vuelve a la cara de mi madre. Hasta su sentido del equilibrio parece haber retornado.

—Yo no...

—Lo sé, lo siento. Estuvo muy mal, pero tienes que entender que solo lo hice porque... porque... quería que fueras feliz. Porque quería que estuvieras orgullosa de mí. —Bueno, ahí es donde debería parar, dejarlo por hoy. Son suficientes confesiones para una boda. Pero no puedo evitarlo, es como si hubiera liberado una fuerza imparable desde lo más hondo de mi ser. Como una fuente de la verdad o algo así. Como si lo único que importara ahora fuera Frank, y la forma en que le he decepcionado — Y mentí con lo de mi trabajo también. Jamás he trabajado de relaciones públicas. Era maquilladora. Trabajaba en el mostrador de cosméticos Keats. Pero ahora estoy en paro porque... porque... —Vale, algunos secretos es mejor mantenerlos guardados...— Porque sí. Y Frank no es abogado. Está a punto de empezar un doctorado sobre la posibilidad de la existencia de universos paralelos, lo cual viene siendo lo mismo que decir que está tan pelado como yo.

Mi madre está sorprendida, por decirlo de algún modo. ¿Saben esas fotos que te hacen en los parques temáticos justo cuando estás bajando en el tronco o por la pendiente más empinada de la montaña rusa y tienes la boca abierta y el pelo de punta, y parece que vayas a vomitar? Bueno, esa es la cara que tiene mi madre en este momento. Y yo soy la responsable de ello. Jesús, qué idiota. En la boda de mi hermana.

Pero justo cuando estoy a punto de derrumbarme por el sentimiento de culpa, mi hermano da un paso adelante, ante las protestas de Lee. Tiene una mirada de sosegada determinación cuando empieza a hablar.

—Lee no es solo mi compañero de piso —dice, mirando a mi madre fijamente— es mi pareja. Soy gay.

Parece confundida.

—Mamá, soy gay.

A Dios le encantan las comedias de situación. En ese momento, cuando mi hermano está saliendo del armario, tras tres décadas ocultando su sexualidad, es también el instante en el que el pinchadiscos de la boda pone *In the Navy* de los Village People.

La ironía se pierde con mi madre, que parece haber entrado en algún tipo de coma vertical.

—Mamá —le pregunta Mark— ¿Estás bien?

Pero no responde.

— ¿Mamá? —le digo, agitando la mano frente a su cara— ¿Mamá? ¿Puedes oírnos?

Sigue sin haber respuesta.

Esperamos, mientras, el pinchadiscos baja el ritmo con algo más suave y, en mi actual estado emocional, descorazonador. Dido, creo.

Entonces, de alguna parte a mis espaldas, surge la voz de un hombre. Es Tom. El padre de Jamie.

—Doreen —le dice a mi madre— me estaba preguntando si te gustaría venir conmigo a la pista de baile.

Mi madre lo mira, aún con el rostro sorprendido. Pero ahora, la sorpresa es otra. Es una agradable sorpresa.

—Oh —dice— oh, claro. Sí. ¿Por qué no?

Sale correteando como si nada hubiese pasado. Miro a mi hermano, cuyas cejas arqueadas me dicen que está tan sorprendido como yo.

— ¿Qué sacas tú de todo esto? —le pregunto.

—No lo sé. Puede que pensáramos equivocadamente. Puede que debiéramos haber sido sinceros con ella. Quizá supusimos que le molestaría.

—Oh, bueno —le digo, mirando a mi madre en la pista de baile con un hombre atractivo— parece que Tom Richards ha destensado el ambiente.

Pero ahora que mi madre parece estar en proceso de superar la doble sorpresa, mi mente vuelve a Frank. Trato de encontrar la manera de ponerme en contacto con él.

Pero es que ni siquiera tiene teléfono móvil. Bueno, al menos, ninguno que funcione. Se lo cortaron por que dejó de pagar las cuotas cuando su hermano murió.

Podría llamar a un taxi. Pero el trayecto de Sussex a Yorkshire sería muy caro, y no creo que mi madre esté muy de humor como para prestarme dinero.

— ¿Te encuentras bien? —le pregunto a Mark.

—Sí. —Suspira, y luego añade— No pretendía hacer eso, ya sabes, no pretendía contárselo de ese modo. No quería herirla.

—No, lo sé. Yo tampoco.

Antes de que pueda darme cuenta, estoy llorando. Por Frank. Por mi madre. Por Mark. Por el universo. Por todo.

Mi hermano me abraza.

—Hey, venga, hermanita, todo irá bien, ya está. —Me preocupa mojarle la camisa inmaculadamente planchada.

—Te quiero —le digo, por primera vez que yo recuerde.

—Yo también te quiero —me dice. Entonces, se ríe— Pero ten cuidado con la camisa, ¿de acuerdo?

Capítulo 95

A la mañana siguiente, lo primero que hace mi hermano es llamar a la puerta. Va vestido. Va afeitado. Va impoluto.

—Buenos días —consigo decir, cansada por la temprana hora y por lo poco que he conseguido dormir.

—Vamos entonces —me dice— vámonos.

— ¿Qué nos vamos?

—A Leeds. Voy a llevarte de vuelta. Vamos a tratar de llevarte a tiempo. Antes de que tu amor se haya marchado.

—No te entiendo.

—No hay nada que entender. Toma tu ropa y vámonos.

—Pero ¿y mamá? ¿Y Lee?

—Ambos están aún durmiendo. Probablemente no se despertarán hasta dentro de unas horas. Puede que logre llevarte y volver para entonces. Y, de todas formas, le he dejado una nota a mamá. Y podemos llamarla al móvil desde el coche. Ahora venga, vámonos.

Mark está loco. O, al menos, conduce como tal.

En serio, apenas baja de los cien en todo el trayecto. Llegamos a Leeds en menos de tres horas. Aún así, es demasiado tarde.

Frank se ha marchado.

Le doy las gracias a Mark y me disculpo por la enorme pérdida de tiempo y de gasolina. Me da un abrazo y me dice que lo llame si necesito cualquier otra cosa. Mientras nos abrazamos, me pregunto por qué antes le tenía tantos celos y me molestaba tanto él y su profesión con futuro. También me pregunto por qué jamás me contó que era gay y si sería porque no confiaba en que yo mantendría la boca cerrada, o porque no sabía cómo reaccionaría.

—Conduce con cuidado —le digo, y enciende el motor.

—Lo haré. Cuídate, hermanita.

—Sí. Tú también.

Capítulo 96

El piso jamás había estado tan deprimente.

La moqueta naranja, el papel de pared despegado, la cocina americana, todo ha perdido el escaso encanto que pudiera haber tenido en el pasado.

¿Qué tamaño tendrá Edimburgo? Tampoco será tan grande, seguro. Podría encontrarle, con un gran esfuerzo. Podría tomar un tren y caminar por las calles, escudriñar la guía telefónica y preguntarle a la gente por los bares y las cafeterías, como hacen en las películas.

Me tumbo en el sofá y miro por la ventana, observando las formas que la lluvia deja en el cristal. Ya lo estoy perdiendo, en mi mente. Su cara. Toda su presencia física. Quizá estoy tratando de recordarlo con demasiado ahínco, de imaginármelo, de escuchar su voz. Lo único que quiero escuchar es a él hablando sobre universos alternativos o sobre Al Greene. Lo único que quiero es a él.

El cojín no es un buen sustituto, aunque eso no impide que lo abrace y me quede ahí, enroscada en el sofá, pensando en un hombre que existe, aunque podría no existir igualmente, hasta que empiezan a pesarme los ojos y caigo dormida.

Poco después (no tengo ni idea de cuánto tiempo transcurre), doy un respingo y me despierto.

Se oye algo.

Se escucha música.

Podría estar soñando. Debe ser un sueño. Un sueño con Frank.

Porque es Al Greene. Es la canción *I'm So Tired of Being Alone*. Y está puesta a todo volumen.

Me levanto y me doy un pellizco. Luego me vuelvo a dar otro.

Esto no es un sueño.

Sopeso mentalmente las probabilidades de que hubiera un nuevo inquilino abajo. Luego las probabilidades de que haya un nuevo inquilino abajo, al que le guste Al Greene. En mi meditación, suena otra canción. Es *I'm Still in Love With You*.

Cinco segundos.

Eso es lo que tardo en llegar hasta mi puerta. Bajo corriendo las escaleras de piedra y empiezo a llamar frenéticamente a su ventana.

— ¡Frank! ¡Frank!

Puedo oír, sobre la conmovedora voz de Al Green, el sonido de un cerrojo. La puerta se abre.

Es él.

— ¡Frank! —Le digo— ¡Frank!

—Hola, Faith —contesta. — ¡Eres tú!

Mira al suelo.

—Sí.

—Pero creía que estarías en Edimburgo.

—Yo también lo creía —dice— pero algo parecía retenerme. —Aguarda un instante, prolongando mi agonía, hasta que añade— Alguien.

Está lloviendo con fuerza, pero apenas puedo oírlo. Debo estar horrible con esta camiseta holgada, empapada, pero, de alguna manera, eso parece no importar.

—Se lo conté a mi madre —le digo— se lo conté todo. Todas las mentiras. Cuando te fuiste del hotel, se lo conté todo.

Asiente con la cabeza, pero parece estar esperando que diga algo más.

—Te quiero —le digo— te quiero mucho.

Me mira, confundido. No creo que jamás, en toda mi vida, me haya sentido más vulnerable. Pero tenía que decírselo, porque es la verdad. Y porque es cierto que podría estar aquí parada todo el día, bajo la lluvia helada, diciendo lo mismo.

Da un paso adelante, saliendo a la intemperie de Leeds. Me mira, guapísimo y sin arreglar. Y me agarra la cara con las manos. Y ahí es cuando lo sé.

Pero, aún así, es muy agradable oírle decirlo.

—Yo también te quiero.

Me mira y, mientras lo hace, me hace sentir un millón de cosas diferentes en mi interior. Me doy cuenta de que no hay lugar más romántico que este. Ni la torre Eiffel, ni ninguna góndola veneciana puede compararse con esta puerta mojada en West Yorkshire.

También me doy cuenta de que, si no entramos pronto, uno de los dos morirá de neumonía.

—Y aquí es donde me besas —le digo, apresurando las cosas.

—Oh, sí —dice— por supuesto.

Capítulo 97

—Pero ¿y qué pasa con tu madre? —le pregunto, secándome con una toalla el pelo empapado por la lluvia.

—Hablé con ella —me dice— Le conté lo tuyo y lo comprendió todo. Me dijo que era cuestión de tiempo que encontrara «una chavalita bonita».

Asiento con la cabeza, dándome por vencida ante las preocupaciones de las madres. Entonces, me acuerdo de algo.

—Pero si no estabas. Tu coche no estaba.

—Me fui con el coche —me cuenta, quitándose la camiseta. Entonces añade algo más, pero no puedo concentrarme en otra cosa más que en su torso desnudo. Pero no es por una cuestión sexual. Bueno, no es solo por una cuestión sexual. Es solo que he estado tan preocupada por si jamás volvía a verlo, y ahora ahí está, justo delante de mí. Medio desnudo.

— ¿Qué? —le pregunto.

—Digo que me marché con el coche, pero me puse a, ya sabes, pensar.

—No —digo— no lo sé.

—De acuerdo —dice, reticente— empecé a pensar que ya era hora de dejarlo; no sé, suena un poco estúpido, pero sentí que ya era hora de dejar de huir de las cosas. Ya vez, desde que murió mi hermano, es lo que me he dedicado a hacer. He estado tratando de evitar tener que enfrentarme a las cosas. A la vida. Y me di cuenta, a mitad de camino, en la autopista, de que tú eres algo de lo que no puedo huir. Porque significas demasiado. Así que di media vuelta y regresé. —Se detiene, recordando cómo ocurrió todo— La verdad es que la radio tampoco me ayudó mucho. En todas las cadenas que sintonizaba estaba sonando alguna canción de amor sentimentaloides. Mientras estuvo sonando Elton John, pase; pero luego, cuando empezó a sonar esa de U2, ya sabes, *With or Without You*. Y aquello ya fue demasiado. Para cuando estaba terminando la primera estrofa, ya estaba en el carril de deceleración, y para cuando llegó al estribillo ya había dado la vuelta. Así que, si quieres culpar a alguien de que volviera y te esperara, échale la culpa a Bono.

—De acuerdo —contesto, sonriendo— así lo haré.

Poco después, cuando estamos los dos tumbados en su cama, me pregunta si me gustaría conocer a su padre. Mañana. Me dice que su padre quiere llevarnos a cenar a

Othello's.

Eso, por supuesto, desencadena multitud de preguntas.

Como que cuándo nos había invitado su padre. Si fue antes de que nos besáramos bajo la lluvia, que así debió ser, entonces resultaba algo atrevido. Y además, Othello's es el restaurante más caro de todo Yorkshire.

Movida por este pensamiento, le pregunto a Frank.

— ¿A qué se dedica tu padre?

—Oh —dice, encogiéndose de hombros de manera extraña— estoy seguro de que te hablará de ello.

Capítulo 98

Todo esto me está destrozando los nervios.

Me siento como Ben Stiller cuando va a conocer a Robert de Niro en *Los padres de ella*. Aunque no creo que Ben Stiller llevara puesto su mejor vestido de Zara. Y no creo que se tirara una hora depilándose las cejas, maquillándose, ni alisándose el pelo.

Pero tampoco podía negarme, ¿no? Después de todo lo que Frank ha hecho por mí, con lo de mi madre.

Así que aquí estamos, en el asiento trasero de un taxi, en dirección a Leeds, en una templada noche de lunes.

— ¿Estoy bien? —le pregunto a Frank.

—Estás perfecta —me contesta, sonriéndome, pero algo distante. Es el tipo de sonrisa que uno pondría si tuviera preparada una fiesta sorpresa de cumpleaños. Es solo que no es mi cumpleaños.

Oh, Dios, ya hemos llegado.

Veo el cartel. Frank me toma de la mano, apretándola.

— ¿Estás bien? —me pregunta con dulzura.

—Sí —le digo, aplicando la técnica de respiración de yoga de mí hermana— estupendamente.

Frank le paga al taxista, me da un beso en la mejilla y salimos. El percusionista loco, que no veía desde la entrevista con John Sampson, ha regresado a mi pecho al encaminarnos hacia las escaleras del restaurante.

Esto no parece Leeds, parece cualquier otro lugar muy distinto. Las lucécitas de colores, el cristal reluciente, el cartel iluminado, y todas esas preciosas plantas. Podría estar en cualquier lugar de la Riviera francesa. Y Frank, ahora que me doy cuenta, encajaría perfectamente. Está, bueno, de hecho está bastante elegante con esa camisa negra y esos bonitos vaqueros. Pero no demasiado elegante. Vamos, que sigue siendo Frank.

Llegamos hasta donde está la mujer de la recepción y Frank dice.

—Tenemos una mesa reservada. A nombre de Blake. Para tres personas.

En mi cabeza, resuena una alarma. Me giro hacia Frank.

— ¿Blake? Pero si tu apellido es Black. Frank Black.

Niega con la cabeza.

—Blake. Me llamo Frank Blake. Creía que sabías cómo me llamaba. Pensaba que te lo habían dicho en el hospital.

Me acuerdo de la mujer del hospital, que se estaba comiendo un sándwich de queso cuando me dijo su nombre. ¿Por qué no me aseguré? ¡Idiota!

¿Se puede uno enamorar de alguien sin ni siquiera conocer su apellido?

Al parecer, sí, amigos.

La mujer sonrío.

—Ah, sí —dice— por supuesto —entonces toma un par de cartas y nos acompaña dentro.

Doblamos la esquina y nos dirigimos hacia el mar de románticas parejas y familias. Entonces, veo a alguien a quien conozco.

Un calvo gordo, sentado solo, fumándose un puro. El corazón me da un vuelco.

—Dios mío.

Frank se gira.

— ¿Qué pasa?

—Ese hombre. Lo conozco. Trabajaba para él. Bueno, trabajaba en su tienda. El señor Bla... —Me detengo, aguardando a que la última pieza del rompecabezas se coloque en mi cerebro.

Una vez hecho esto, Frank sonrío.

—Ya lo has pillado.

— ¿Ese es tu padre?

—Sí. Exacto —me dice, percibiendo que estoy aterrorizada— confía en mí. —Lo miro a los ojos y siento su reconfortante mano sobre la mía— Confía en mí. Todo irá bien.

Oh, Dios mío. Eso no es bueno. Esta es una terrible situación de la que no podré salir con ninguna mentira. Seguro que ya sabe de mí, a estas alturas. El señor Blake. El señor Blake. El padre de Frank. Sabrá lo que pasó en el almacén. Sabrá lo del hombre desnudo. Por supuesto que lo sabe. Debe ser el chisme más famoso que jamás haya habido en Blake.

Blake.

Frank Blake.

El señor Blake.

Capítulo 99

¿Cómo habré podido ser tan idiota?

Pero ¿cómo iba yo a saberlo?

El señor Blake nos ha visto. Está sonriendo. Puede que aún no me haya reconocido. Todavía.

Coloca el puro en el cenicero y se levanta para saludarnos.

—Hola, Faith.

—Hola —le digo, con voz vacilante— encantada de conocerlo.

El señor Blake, el padre de Frank, sonrío.

—Otra vez —añade— encantado de conocerte, otra vez —dice, con tono jovial, aunque con ello no logra calmar mi nerviosismo.

—Sí —contesto, preguntándome si iré a desmayarme.

Frank me ofrece asiento. Nos sentamos todos. ¿Por qué Frank no me lo había dicho? Y si su padre dirige Blake, entonces, ¿por qué tiene que vivir Frank en ese sótano asqueroso?

—Vaya sorpresa ¿eh? —dice el señor Blake.

—Sí —contesto.

Llega el camarero para tomar nota de la bebida. El señor Blake pide un Château de algo, un agua mineral para su hijo, y se mete el puro en la boca.

—Te despidieron de mis almacenes —dice.

—Sí —digo.

—Te despidieron injustamente —dice, y con las palabras aún resonando añade— Hice que el personal de seguridad revisara la cinta. Hay cámaras ocultas en el almacén. Fue un terrible error despedirte.

— ¿Ah, sí?

—Eras una empleada muy eficiente.

¿Era una empleada muy eficiente? ¿Y él cómo demonios lo sabe? Solo me ha visto una vez.

—De todas formas —continúa— nos libramos de Lorraine Baxter. No porque te despidiera. Bueno, no solo por eso. Pero cuando los chicos de seguridad estuvieron revisando las cintas, la sorprendieron robando artículos. Productos anti-envejecimiento. Tomando todo cuanto podía llevarse.

Oh, Dios mío. Por eso Lorraine pasaba tanto tiempo revisando el almacén.

Llega el vino, justo en el momento oportuno. Mientras el camarero sirve el vino y Frank permanece en un satisfecho silencio junto a mí, el señor Blake continúa hablando tras el velo de humo del puro.

—Le salvaste la vida a mi hijo. En más de un sentido, además. Después de que su hermano... mi hijo... muriera. —Por un momento, se queda absorto mirando al frente, por el dolor que aún está por sanar.

—Vale, papá —le dice Frank, con dulzura— ya está.

—No —dice— quiero explicarme— Se vuelve hacia mí— Traté de que dejara de beber. Le dije que no quería perder a otro hijo. Pero no me escuchaba. De hecho, estaba tan harto de mí que se marchó. Se podría haber ido a cualquier sitio. Podría haber alquilado un bonito apartamento en el centro de la ciudad, o algo así. Pero no. Creyó que eso sería poco respetuoso. Así que, en vez de eso, alquiló un agujero de mierda en Hyde Park.

—Papá —interrumpe Frank.

—Oh —dice el señor Blake, al recordar que vivo justo encima de dicho agujero de mierda— No era mi intención ofenderte. Pero para ser sincero, es uno de los principales accionistas de Blake's, y el futuro heredero de la empresa, así que podría vivir donde quisiera.

Miro a Frank. Se encoge de hombros.

—Oh, no te ha contado nada de eso ¿verdad? —dice el señor Blake, sonriendo— por supuesto que no lo ha hecho. Siempre ha creído que es mejor no contárselo a la gente, hasta que lo conozcan bien. Su hermano era exactamente igual. Se parecían como dos gotas de agua. No querían atraer a los caza fortunas.

—Yo... no... soy una caza fortunas —le digo al señor Blake, sin saber qué más decir.

—No, Faith, querida. Ya sé que no lo eres. Solo estás un, poquito ida —dice, riéndose.

—Papá...

— ¡Hay que ser una chica muy valiente, o estar muy loca para aceptar un reto como este!

El señor Blake se ríe. Yo también me río. Frank, que no se ríe, de repente empieza a preguntarse si, realmente, todo esto ha sido una buena idea.

—Gracias —dice.

—Y, hablando de retos —continúa el señor Blake— tengo otro para ti.

— ¿Ah sí?

Frank me aprieta la mano bajo la mesa, al parecer, consciente de lo que viene a continuación.

—Estamos haciendo algunos cambios en los grandes almacenes. Muchos cambios — dice, apagando el puro— Los grandes almacenes están entrando en una nueva era. Los clientes esperan más y, si no se lo ofrecemos, los perderemos y se marcharán a las boutiques y a Internet. Ya no solo quieren comprar productos, quieren interactuar con ellos. Se trata de ofrecerles el máximo nivel posible de personalización. Y ahí es donde entras tú.

— ¿Sí?

—Sí, Faith, así es. Estamos reformando toda la planta baja. En lugar de tener mostradores de cosméticos separados, estamos dándole un... cuál es la palabra esa que les gusta tanto ahora... enfoque más holístico.

—Bien —digo, sin tener ni idea de lo que está hablando.

—El Paraíso de la Belleza, ese es el nombre que hemos elegido. Toda la planta estará destinada a los productos de belleza y maquillaje. Habrá barras de maquillaje y peluquería, una zona de tratamiento spa, secciones para el cuidado de la piel. Y no estará dividido por marcas. Porque, aunque se sigue tratando de vender productos, estamos vendiendo un servicio de belleza completo. En pocas palabras, estamos vendiendo el paraíso de la belleza.

—Bien.

—Y es lo más atrevido que hemos hecho jamás. Tan atrevido que ni siquiera hemos hecho aún ningún estudio de mercado. Porque tú sabes lo que es un estudio de mercado, ¿no?

—Eh, sí —contesto, recordando la importancia que Adam le daba a esa expresión.

—Es basura, eso es lo que es —dice, encendiendo otro puro y continuando con lo que debe ser uno de sus temas favoritos— Es como lo que dijo Henry Ford sobre el primer coche que fabricó. Dijo: «Si le hubiéramos preguntado al cliente su opinión, nos habría pedido un caballo más rápido». Uno tiene que asumir riesgos.

—Bien —digo.

—Papá —dice Frank antes de tomar otro sorbo de agua mineral— quizá deberías decírselo directamente.

—Sí —dice el señor Blake— sí, muy bien. —Se reclina sobre su asiento. Llega el camarero, listo para tomar nota de la comanda, pero Blake lo echa. Luego, se vuelve de nuevo hacia mí y dice— Faith, quisiera que volvieras a trabajar con nosotros.

—Eso sería estupendo —le digo— gracias.

—Pero tengo otro puesto en mente.

— ¿Ah, sí? —Oh, Dios mío. Me va a pedir que sea estilista.

—Sí —dice— quiero que seas la coordinadora del Paraíso de la Belleza. De toda la primera planta.

Debo tener un problema de audición. Juraría que me acaba de pedir que sea la coordinadora de la primera planta entera.

—Pero... yo... solo soy maquilladora.

—No, Faith. No, tú no eres solo maquilladora. Tú eres la mejor maquilladora que hayamos tenido jamás.

Por un segundo, resulta muy agradable. Pero entonces, empiezo a sentirme mal. Me refiero a que es un gesto muy bonito, y es una buena forma de agradecerme que le salvara la vida a Frank. Pero no se puede negar que se trata únicamente de eso. No es por mis propios méritos. No puede ser por eso. Vamos, no creo que Lorraine le diera muy buenas referencias sobre mí.

Todos estos pensamientos deben de ser evidentes, por la cara que pongo, ya que el señor Blake levanta la mano, de modo tranquilizador.

—Sé lo que estás pensando —dice— estás pensando que todo esto es por Frank. Que es

un modo de recompensarte por sacarlo del hoyo. Y te estaría mintiendo si te dijera que eso no ha influido en mi decisión. Frank me lo contó. Cómo te lo encontraste, cómo te mantuviste serena, cómo estuviste esperando en el hospital durante toda la noche para asegurarte de que estaba bien. En fin, no hace falta tener todos esos cursos sobre gestión de Peak District para darse cuenta de que eres una mujer capaz de llevar una tarea hasta el final.

—Gracias —le digo, aún algo incómoda.

—Pero ¿realmente crees que contrataría a alguien para esta tarea, basándome solo en eso?

Le doy un sorbo al vino y miro a Frank.

—No lo sé.

—Soy un hombre de negocios, Faith —dice el señor Blake, expulsando por la boca una nube de humo— solo tomo decisiones que favorezcan mis intereses económicos.

—Créeme —dice Frank, puede que recordando alguna escena de la infancia con su padre— es verdad.

—El hecho es que —continúa el señor Blake— hemos estado observándote durante un tiempo. Y, en cierto modo, tus sospechas son fundadas. Quiero contratarte por mi familia. Y porque un miembro muy cercano de mi familia tiene una magnífica opinión de ti.

Miro a Frank.

—Sí, ya lo sé, pero...

—Oh, no se trata de Frank —dice el señor Blake— Algún día, sé que será un buen empresario, pero en este momento está demasiado ocupado mirando las estrellas y observando otros planetas, o lo que quiera que sea lo quiere estudiar.

—Universos alternativos —dice Frank, examinado la carta.

—Creo que no le entiendo —digo.

El señor Blake me lanza una cálida sonrisa.

—Es mi madre —dice el señor Blake.

— ¿Su madre?

—La abuela de Frank.

Busco frenéticamente en mi cerebro a una señora Blake.

—Sigo sin...

—La conocerás por Josephine.

—Yo...

—O Josie.

Josie.

La adorable anciana a la que maquillaba. La que usaba agua de rosas para la cara. Esa a la que Lorraine jamás se dirigía. Esa que me decía que todo iría bien.

—Siempre me decía que eras la mejor de toda la planta —continúa hablando el señor Blake— Más atenta que cualquiera de los jefes. Ya ves, siempre me ha ayudado en la tienda. Durante treinta años ha estado viniendo todos los sábados, sin decirle su apellido a nadie. Es mi agente secreto.

Me quedo sin palabras.

La venerable Josie es su agente secreto, y lleva treinta años trabajando para la tienda.

Miro a Frank, al que le divierte que me haya quedado sin palabras, y que me sirve un poco más de vino.

—No sé qué decir.

—No tienes que decir nada —dice el señor Blake.

Pero, en mi interior, ya están cantando los ángeles. Todo esto es real. Está ocurriendo de verdad. La verdad está demostrando ser más espectacular que cualquiera de las mentiras que le haya contado jamás a mi madre.

El señor Blake se levanta.

—Voy al lavabo de caballeros —dice.

A solas conmigo, Frank se vuelve y dice.

—Bueno ¿qué opinas?

—Creo que... creo que no soy la única que ha estado ocultando algunos secretos.

—Hey —dice, apartando mis palabras con la mano— jamás te mentí en nada, lo sabes. El trabajo es tuyo si lo quieres. Y serías muy buena en ello, eso seguro. Se trata solo de disfrutar con lo que haces y de sacar lo mejor de la gente. Y tú estás hecha para eso.

—Oh, déjalo ya —digo— te estás poniendo tonto.

—No me importa —me dice— te quiero, Faith Wishart.

Me muerdo el labio.

—Yo también te quiero.

El señor Blake vuelve a la mesa.

—Bien —dice— obviamente, tu salario estaría a la altura de la responsabilidad, y tendré que decidir exactamente cual será, pero quiero asegurarme de que tienes tanto tiempo para la planta como haga falta y de que te esfuerzas al máximo. —Se detiene, para darle más efecto, luego, me mira a los ojos— Tienes que pensártelo.

¿Está loco?

—Ya lo he pensado —le digo, si malgastar ni un segundo más— y estaría encantada de hacerlo.

El señor Blake deja el puro en el cenicero y da una palmada.

—Estupendo —dice, resplandeciente— ahora ¡vamos a pedir algo de comida!

Capítulo 100

Cuando volvemos al piso, sigo sintiendo un zumbido en la cabeza.

—Aún no puedo creerlo —le digo a Frank, en mi dormitorio— de verdad.

—Quizá debería haberte avisado.

—Sí —digo, echando un poco de leche limpiadora en un disco de algodón— quizá deberías haberlo hecho.

—Venga —dice Frank— déjame que lo haga yo. —Me quita el disco de algodón y empieza a retirarme suavemente el maquillaje de la cara.

—Hey —le digo— te has equivocado de vocación.

Tras quitarme el maquillaje de la frente, me besa suavemente en la ceja. Luego añade más leche limpiadora y empieza con mis mejillas, absorto en su tarea.

Probablemente debería llamar a mi madre. Contarle la buena nueva. Pero puedo esperar hasta mañana. Todo puede esperar hasta mañana.

—Cierra los ojos —dice Frank, antes de empezar a limpiarme el ojo— Mírate. Estás más guapa que nunca.

—Eres un encanto —le digo.

—Eso pretendo.

Me abraza y siento el latir de su corazón en el pecho. Un corazón que podría haberse detenido para siempre. Lo aprieto contra mí, y sé que jamás permitiré que nada malo le vuelva a ocurrir. Y sé que él cuidará de mí de la misma forma, ocurra lo que ocurra.

Por encima de su hombro, puedo mirar por la ventana. Hace una noche clara con un cielo lleno de estrellas. En algún lugar están todos esos universos alternativos de los que Frank me ha hablado, con todas esas diferentes posibilidades.

Y, por primera vez desde que me lo explicó, me doy cuenta de que no quiero ninguna alternativa. No quiero pertenecer a ningún universo alternativo. Estoy muy contenta con este.

Agradecimientos

Quisiera darle las gracias a: Emma, Gillian, Judy, Jana, Paola y a todo el equipo de Piatkus. Paul, Camilla y el resto de la agencia Marsh y, por supuesto, un sentido agradecimiento a mi familia y a mis amigos por haberme apoyado, especialmente a mi madre, a mi padre, a Dave, Katherine, Harvey, Alex, Mary, Richard, Phoebe y Clive.

Gracias a todo el equipo de Harvey Nichols en Leeds, que me han asesorado sobre el arte del maquillaje, especialmente a Sam, del mostrador de MAC. Y también a todos los que se han puesto en contacto conmigo a través de la web por sus alentadoras palabras de apoyo. Sé que suena redundante decir que hacen que todo esto merezca la pena, pero así es.

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Andrea Semple



Andrea Semple nació en el Condado de Durham en 1975 (Inglaterra) y ha vivido en Londres, Hull (donde fue a la universidad) e Ibiza (donde trabajó como relaciones públicas en un club nocturno). Actualmente vive en Yorks, con su marido Matts y su hijo Lucas.

Entró en el mundo de la literatura a través del periodismo freelance escribiendo artículos para *The Guardian* y *The Independent* así como para numerosas revistas. *The Ex-factor (El factor ex)*, publicada en mayo de 2003, es la primera de las tres novelas del género chick lit que ha escrito hasta ahora. Ahora que es novelista, dedica la mayor parte de su tiempo a la ficción. Su segunda obra, *The Make-Up Girl*, fue elegida libro del mes de la revista *Cosmopolitan*, y se ha dicho de ella que es la nueva Marian Keyes.

La maquilladora

En muchos sentidos, Adam es el chico perfecto. Nunca ve el fútbol, nunca se emborracha y prefiere una noche tranquila en casa a salir con sus amigos. El único problema es que Adam no existe. Faith Wishart se lo ha inventado.

De hecho, Faith se lo inventa prácticamente todo para complacer a su madre. Finge estar contratada por una importante empresa de relaciones públicas, cuando realmente trabaja en una tienda como maquilladora. Pero su madre está deseando conocer a Adam y cuando su hermana menor vuelve de Australia con su prometido, no son precisamente campanas lo que Faith oye a su alrededor, sino sirenas de alarma. Ahora tiene menos de dos meses para encontrar el novio perfecto a tiempo para la boda y ya se sabe, a situaciones desesperadas, soluciones desesperadas...

© Andrea Semple, 2004
Título original *The Make-up Girl*
Editor original Piatkus Books/Junio, 2004

© 2009, La Factoría de Ideas.
Primera edición Enero/2009
Colección Pandora Romántica
Ilustración de portada: © Opalworks
Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo
ISBN: 978-84-9800-452-6
Depósito Legal. B-2730-2009